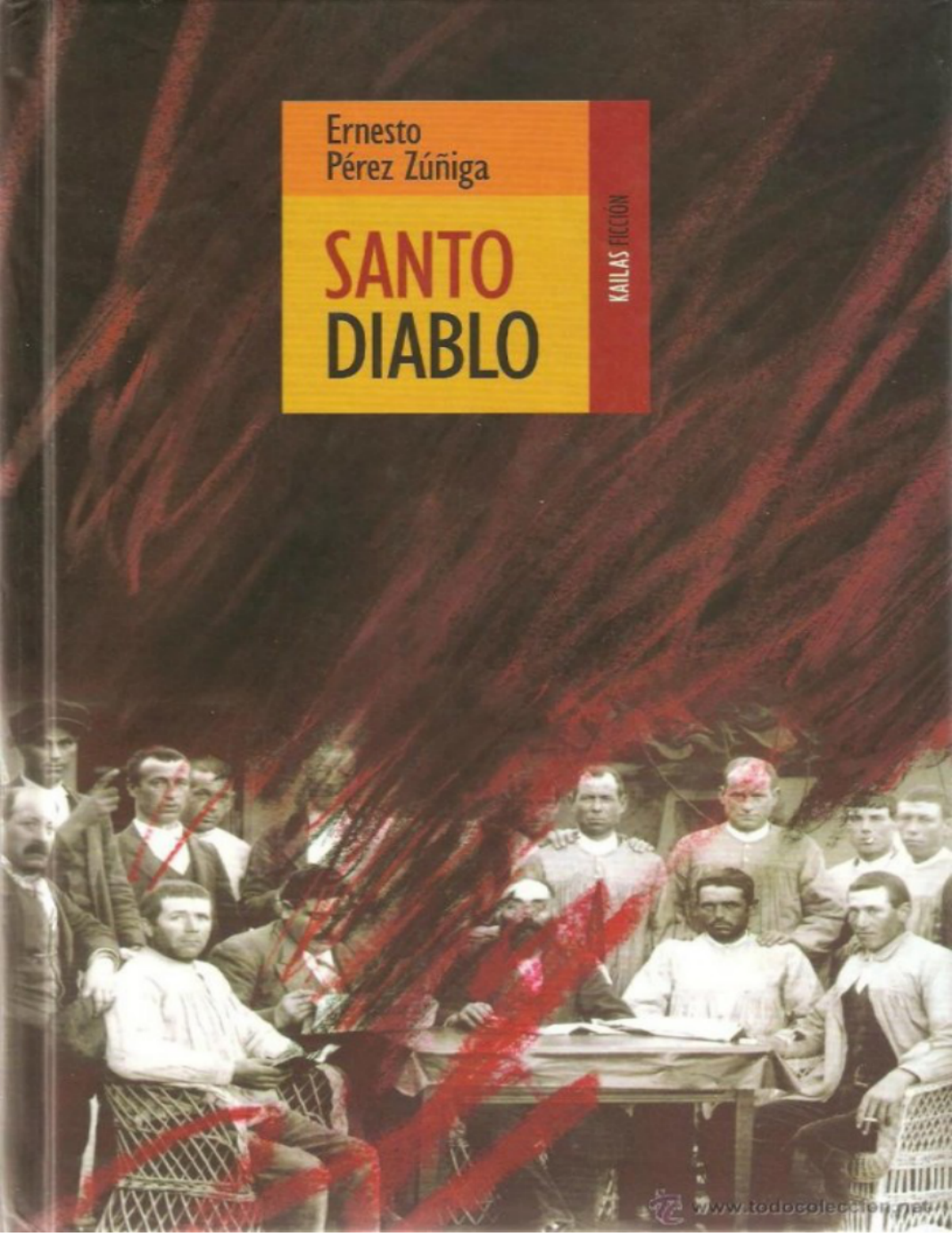
Ernesto
Pérez Zúñiga

SANTO DIABLO

KAILAS FICCIÓN



www.todocoleccion.net

SANTO DIABLO

ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

ISBN: 978-84-938383-3-1

©Ernesto Pérez Zúñiga

© Musa a las 9, S. L.

www.musaalas9.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento.

A mis difuntos
A la ciudad enterrada de Acinipo

CAÑONCITO PUM

(*Día*)

Sombrero en mano, rodilla fría, en el pasillo central de la iglesia, Cañoncito Pum alzó sus ojos hacia la imagen lujosa de María Auxiliadora y pidió socorro para depurar la puntería. Imaginó los dedos celestes acariciando un vértigo de balas hacia la frente de su enemigo, y bajando la mirada sonrió, y gozándose se incorporó al tiempo que se santiguaba.

Obedientes a la orden de ese gesto, también se levantaron tres hombres que guardaban con arrobo la espalda del Amo. Los cuatro vestían traje blanco, sombrero blanco. Los cuatro, Cañoncito Pum en cabeza, se encaminaron con paso firme hacia la salida del templo. El automóvil, que parecía de aceite rojo bajo el día radiante, esperaba con el motor en marcha al pie de los escalones. Tenía faros enormes y radios de madera. En la puerta de la izquierda vibraba con el motor una ametralladora que Iván el Abubilla había instalado por orden tajante del señorito. Había dicho Cañoncito Pum, templándose:

—Iván, mejor dejas la Santa unos días y te vienes a Vulturno para ayudarme. Tengo balas para todos. Destrozaré al Antón y después iré a buscar al hijoputa de Manuel Juanmaría.

Cañoncito Pum y sus secuaces subieron al auto, y entre una algarabía de palomas temerosas tomaron el camino de las Quemadas.

Pero eso ocurrió pasado mañana, un periodo que la conciencia humana siente demasiado corto. Ni siquiera entonces, pasado mañana, Cañoncito había sido bautizado con aquel apodo: su nombre es Luis Sánchez de León y Bontempo. Si se queda en Vulturno y va al Casino, le dicen don Luis. Si baja a las Quemadas le llaman Amo. Con la excepción de Manuel Juanmaría, casado con una Orantes, el cual desde el episodio de la bombilla se hace el ciego si se lo topa y, si no hay remedio, le enfrenta los ojos y le trata de Luis. En el mercado ahora se murmura mucho sobre don Luis debido a los últimos fuegos en las Quemadas.

—¡Qué hará ahora el marqués de la Santa! —pregunta la joven

verdulera a Nazario quien, antropólogo y curioso, va por gusto al mercado.

—Te apuesto que le pone un fusil a cada una de sus monjas. Y, a la superiora, un cañón alemán, o mejor uno italiano, que por ser latino será más garboso.

—¡Qué cosas dice usted, don Nazario!… ¿Y cuánto se apuesta?

—Este nabo que tengo en la mano.

Bajo el bombín entrecierra los ojos, mueve rápidamente el mostacho, una vez, y sonríe. La verdulera apoya su brazo en la cadera arqueada. Se contonea y dice:

—Ya estamos…

Las Quemadas es tierra grande, labrantía, arrendada a los Orantes en tiempos de don Pedro Sánchez de León, ya difunto. El marqués de las Quemadas reservó una enorme cortijada para sí con el fin de aislar del resto de los hombres el convento de la Santa. Cimero sobre una colina plantada de pinares, lo encerró entre lindes con vallas y desde entonces sólo en fiestas de romería se permite el paso de otras personas ajenas a la finca. El resto del año, el convento sólo puede ser visitado —con alguna excepción, como la otorgada a Isabel Orantes, que ayuda a las monjitas en la cocina— por la familia de su heredero, don Luis Sánchez de León y Bontempo, marqués de la Santa. Ejerce el honor de vigilarlo Iván el Abubilla, aperador de la cortijada que tiene edificio al pie de la colina. Sin embargo, joven poco religioso, Iván apenas entra al convento donde cuarenta monjas observan regla de clausura y, con extrema devoción, veneran el Brazo Incorrupto de la Santa que está guardado en una urna de cristal debajo del sagrario. Desde las torres del convento, sobre las copas de los pinos, se divisan todas las Quemadas: el cortijo que desciende en olivares hasta el río, la linde; la otra mitad del valle, trigo y olivo, arrendada a los Orantes; y allá enfrente, sobre la altura de otra colina, las ruinas romanas de Ambusta. El muro de su teatro, alto, bien conservado y con un arco en el centro, puede divisarse desde muy lejos, incluso desde la Plaza de Rosas de Vulturno.

Romana, mora, judía y, durante los últimos siglos, católica, Vulturno es una ciudad blanca bajo el fuego del verano; y, por el contrario, ciudad de paredes gruesas, que huele a carbón de encina en las heladas invernales.

Tan antigua es Vulturno que tiene leyendas en la mayoría de sus calles empedradas.

Los balcones de los antiguos palacios se enfrentan, con coraza de rejas y color de geranios, a la curiosidad de los habitantes del barrio

bajo, situado junto a la puerta árabe de la ciudad. Allí se abre la Plaza del Mercado, desde donde se divisan en la cercana colina los muros del monasterio de San Leopoldo. Un laberinto de callejones sube hacia la Plaza de los Evangelistas, donde está la Catedral, en la parte oeste. Y hacia el este serpentea la calle principal que desemboca en la Plaza Noble, con el Ayuntamiento a un lado y el Casino al otro. Desde ambos puntos cardinales la ciudad se estrecha, formando un ángulo en cuyo vértice la Plaza de Rosas mira sobre un precipicio el cuenco que forman las sierras. En el fondo de ese cuenco hay dos suaves colinas separadas por un valle. Don Luis, envuelto en una bata oscura, cierra un ojo y, colocando el dedo índice de su mano derecha delante del que ha dejado abierto, puede ocultar la totalidad de ese valle: las Quemadas. Con un leve movimiento a la izquierda, hace desaparecer la colina de Ambusta; moviéndolo imperceptiblemente hacia la derecha, sepulta la colina donde se alza el convento, aunque éste ni se intuye, cubierto de pinares.

—Luis, sal de la terraza, que entra el aire. Vuelve a la cama, anda.

El Palacio de Bontempo hace esquina con la Plaza de Rosas, cuyos rectángulos de mirtos cobijan rosales y saltaojos. La fachada del Palacio es de piedra, con líneas estrictas que enmarcan la gran puerta de madera, sobre la que está el escudo de los Sánchez de León: dos espadas en cruz latina, con un Inri grabado en el guardamano de la empuñadura más alta. Hay sombras y humedad en el zaguán del Palacio; un patio interior con naranjos y, en el centro, una fuente culminada por un angelote cuyo pene es surtidor de poca agua; hay puertas cerradas que se ven a través de los arcos de la galería, una escalinata que lleva a un portón de madera con una cerradura tan grande que siempre tiene puesta una llave de luz. Tras la puerta, un pasillo acristalado comunica las dos alas del Palacio.

En este momento se oye una voz. El pasillo dobla a la izquierda y se pierde en una progresiva penumbra con más puertas cerradas. Es en la primera donde se oye esa voz, femenina, paciente —«Luis, anda, que entra el aire»—, ondas que arrastran, atravesando la madera de la puerta, hacia una boca pintada, hacia unos párpados cerrados, hacia un rostro de rasgos suaves con cejas remarcadas con lápiz. Con su pelo castaño suelto sobre la almohada, Leonor suspira.

Al volver de la terraza, don Luis la mira con ojos de azabache, hirientes. La boca del marqués de la Santa es carnosa, romboide y, sin estar pintada, es casi tan roja como la de su mujer. Ahora se

contrae en una mueca de asco. Don Luis está pensando en el aliento, fermentos de noche, de Leonor tras el sueño. Le parece que ya respira ese aliento por su nariz de semita, en cuya superficie crecen algunos vellos negros. El marqués sabe que Leonor le va a pedir un beso y luego le dirá, como siempre: «raspas». Es muy moreno don Luis. La barba le crece dura y rápida apretando aún más su rostro cejijunto, que sólo se muestra despejado en la frente, bajo un cabello abundante y lacio aplastado por la gomina.

—Dame un beso, Luis.

Él se inclina sobre ese rostro, en el que comienza a marcarse una segunda generación de arrugas. Lo besa.

—Raspas, Luis.

Acaricia ese cuello. Es una mano vellosa la que desciende e, introduciéndose por debajo de las sábanas, busca el escote del camisón y toca la piel, cálida de mantas, con dedos que se mueven con lujuria y algo que empieza a parecerse al odio.

—Luis.

La mano aparta un escapulario, palpa la tristeza del pezón, recoge el seno caído. Lo suelta, de pronto, como si quemara. Leonor abre los ojos grandes, de un castaño tan intenso que apenas se distinguen las pupilas. Es un iris que parece cubierto de una cortina de lluvia cegadora.

—Hoy vamos a ir la Liga entera a ver al señor obispo.

Pues que folle contigo el obispo. No han sido palabras. Don Luis, de pie junto a la cama, la mira fijamente, en silencio. Por un instante, imagina al obispo tendido junto a Leonor, mostrando la desnudez de un cuerpo degradado, con la mitra sobre las ingles.

—Dios los cría y ellos se juntan —dice ahora girándose hacia la terraza y con la mirada preocupada, catapultando el mismo refrán que ha dicho a su mujer hacia allá lejos, a las Quemadas.

Leonor se ha incorporado y ha apoyado la espalda en el cabecero de la cama. Sus cabellos alborotados rozan la base de un pequeño estante, sobre el cual un Jesús Niño de madera policromada hace un gesto decidido de avanzar hacia delante, llevando entre pecho y hombro una gran cruz, como si se dispusiera a desfilar ante el Altísimo.

Don Luis no se ha movido:

—Yo voy a ir también a la Catedral en cuanto me vista, aunque no a ver al obispo. Seguramente lo veré más tarde. Hoy pueden ocurrir grandes cosas. Aparte de su apoyo necesito la inspiración de Nuestra Señora.

La lluvia castaña se detiene un momento en el iris de Leonor.

—¡Qué es lo que vas a hacer! —pregunta. Y esa lluvia se reanuda.

Don Luis se acerca hasta ella. Coge su mano. Muy blanca. Suave. La aprieta. A la vez que aprieta los dientes, imperceptiblemente.

—No te lo contaré hasta que suceda, Leonor. Hoy mismo lo sabrían tus íntimas de la Liga y todos los confesores de Vulturno —se inclina para besarla—. Hay que acabar con esta locura cuanto antes —el rombo de sus labios abandona bruscamente la mano de su esposa, pero el marqués no la suelta; le da la vuelta, hunde el azabache de su mirada en las líneas de la palma—. Venceremos —resuelve y se aleja de la cama—. Ya no te veré hasta esta tarde —dice desde la puerta—. Adiós, querida. No existe otro destino que la voluntad de Dios.

Magdalena empuja la puerta de la habitación de sus padres y, de pronto, se detiene. Su madre está tumbada en el suelo junto a la cama, boca abajo, con los brazos en cruz. Y aunque una vez ya la vio así, Magdalena no se acuerda. Magdalena no se llamaba Magdalena. Dos semanas después de que hubiera nacido, el marqués la tenía en brazos, sentado en una mecedora cerca de la ventana y observando a Leonor, que estaba en la misma postura de esta mañana, tumbada ante el Niño de madera. Don Luis, doce años más joven, mecía a la niña con el balanceo de la butaca y, al cabo de un rato, Leonor se levantó.

—No la vamos a llamar Auxiliadora, sino Magdalena —dijo—. El nombre hace el carácter y yo quiero que mi hija nazca ya arrepentida del pecado original.

—¿No ves que ya ha nacido, mujer? —el marqués reía acariciando la boquita de la niña—. Mira qué bonita eres, Auxiliadora Magdalena.

—La bautizaremos la semana que viene —la lluvia caía lentamente en los ojos de Leonor—, en la Santa.

Magdalena no se acuerda de cuando no estaba bautizada y, todavía sin cerrar la puerta, aprieta los brazos desnudos sobre el camisón blanco, a la altura del pecho, y con un escalofrío pregunta:

—¿Mamá?

Leonor se levanta del suelo y se envuelve en una bata de color gris perla.

—Hija, pasa, estaba rezando.

—Pero si el suelo está muy frío —dice Magdalena abrazándose a ella, disfrutando el tacto de la seda entre las mangas de su madre.

—El que algo quiere algo le cuesta. El Señor entiende mejor

nuestras palabras si las pronunciamos con un poco de sacrificio.

—A mí ya me falta poquito para confirmarme —dice alegre Magdalena, sentándose en la cama—. Hoy Antón me va a llevar al convento a ver a la superiora.

—Mira qué bien… Pues aprovecha para hacerme un favor, hija —Leonor camina hacia el otro lado de la habitación—. Hay que entregarles la asignación mensual. Ya eres mayorcita para que te encargues tú.

—Ellas no trabajan, ¿verdad?

—No digas eso, niña —se enfada su madre abriendo un escritorio con incrustaciones de nácar—. En el convento trabajan mucho rezando por todos nosotros y cuidando el Brazo de la Santa. Las personas de Dios oran por la sociedad que trabaja y por el Ejército que nos defiende.

—Pues, ¿sabes lo que dice Antón? -contesta Magdalena avanzando hacia su madre.

—No me vengas con una de las ocurrencias de ese golfo.

—¿Te lo cuento o no?

—Dime…

—Pues que papá se jubiló cuando hizo la primera comunión.

Leonor, sentada ante el escritorio, cuenta los billetes que hay dentro de una caja de madera. Magdalena la observa por encima del hombro, y se moja los labios con la lengua.

—Magdalena, ¡no seas indiscreta! —Leonor guarda el dinero en una bolsa de cuero y la cierra impulsivamente—. Y no se te ocurra creer a nadie que diga que tu padre no trabaja, y menos a ese desgraciado. Quien lo diga es por envidia. Tu padre dirige el trabajo de mucha gente y procura que nunca falte. Anda, toma.

Mientras le da la bolsa, se oye la llamada de don Luis:

«¡Antón!»

Madre e hija se miran.

«¡Antón!», se vuelve a oír.

Leonor se levanta y, tomando a su hija del hombro, la lleva fuera de la habitación, y, en el pasillo, abre una de las ventanas que dan al patio.

—Míralo —dice—, no sabes lo que tiene que hacer para que esos diablos no nos devoren a todos.

—Pero si Antón es como mi hermano mayor.

—Por muy amiguitos que seáis, él es tu criado. A ver si te enteras de una vez. Me gusta que seas generosa y que seas su amiga. Pero empiezas a tener una edad en que te conviene guardar las distancias con los hombres, y más si no son de tu condición. Prueba

hoy cuando te lleve a la Santa, trátalo como a un chofer. Eso es lo que él es, nada más.

—¡Antón! —la voz retumba en el patio y se pierde, y reaparece en la fuente el manso chorro del angelote como si el susto le hubiera provocado una retención involuntaria de la orina—. ¡Antón!

Limpiaba el coche, gris en la oscuridad de la cochera. Pasaba el trapo por el metal, escuchando la voz de mando con el placer de no acudir a su llamada. Con la paz que produce la indiferencia a las órdenes, la libertad. Así podría ser siempre si él quisiera. Si de una vez tuviera los cojones de hacerlo. Todos los días esperando el momento de decidirme, de que todos se decidan. Uno solo no tiene poder. Salvo el Juanmaría, menudo. Pero todos juntos, eso es otra cosa. Porque de qué va a vivir uno si se enfrenta a un amo y luego a otro y a otro. Pero si los diablos toman el poder…

—¡Antón!

«Mierda», se dice golpeando el capó del coche, donde el reflejo de un ventanuco tiembla.

—¡Amo! —exagera el jadeo—. ¡Amo! —corre desde la cochera que está al otro lado del patio, como si viniera desde muy lejos—. ¡Ya estoy aquí! —se detiene a dos metros de don Luis, defendido por un costado de la fuente. A un lado el marqués del traje blanco, la frente alta de la que nace ese pelo negro, lacio y aceitoso; al otro, el criado, de estatura menor, con el cuerpo musculoso dentro de un mono azul; el pelo corto, moreno; la nariz chata, los ojos grandes y verdes que miran los zapatos, también blancos, del Amo.

—Dónde estabas, don Cojones. Llevo dos horas llamándote. Acércate, hombre, que no te voy a comer.

—Estaba poniendo a punto el coche. Es por su hija, ¿sabe usted? Hace tiempo que el motor no arrancaba, lo estaba probando y, claro, no le oía —miente, acercándose con una disculpa en la sonrisa.

—Antón, yo no he oído nada.

—Sería el ruido de la fuente, que cegaba el del motor —dice ya a su lado. Duda. Se atreve—: Incluso los gritos de usted…

—¡Cállate! —grita don Luis. Antón se queda inerte, la vista en el suelo, sintiendo la fuerza contenida de sus propios músculos. Entonces se oye una risa corta y alegre, y ambos alzan la vista con tiempo suficiente de ver a Magdalena con una mano en la boca mientras su madre la aparta de la ventana.

—No me mientas, coño —continúa don Luis—. Si no fuera

porque tu padre nos sirvió durante cuarenta años…

Antón permanece en silencio, rojo de vergüenza. Ahora la niña le perderá el respeto.

—Mi padre —balbucea. Antón lo recuerda en la Santa, aparcero antes que el Abubilla, la noche en que murió. Él era niño; unos doce tenía, ya hace ocho años. Había fiesta en la Santa por la romería. Casi todos los señoritos de Vulturno estaban allí. Y fue idea de madre que lo veláramos en la cuadra para no estropear la celebración. Qué iban a hacer tantos señoritos a esas horas. No se iban a ir a casa. Dijo. Y tú aceptaste, hijo de puta. Luego le diste buenos dineros a madre, a cambio del favor de que nadie se enterara. Menos mal que ella también se murió. De triste…—. Mi padre —balbucea Antón—, usted…

—Vamos, Antón, hagamos las paces —el Amo le da una palmada en el hombro—. Siento haber mentado a tu padre. Era un hombre fuerte y duró más que el mío, que también lo era. Ellos pasaron mucho tiempo juntos en el campo. Tú has salido de ciudad, más rebelde. Tu padre era un buen hombre, Antón. Y tú también lo eres, qué coño. Ya sabes que estoy nervioso. Hay mucho jaleo en las Quemadas y puede ocurrir cualquier cosa. No paro de buscar soluciones y a ti se te ocurre tocarme las pelotas. Ayúdame —exclama—, ayúdame, hombre —se echa mano al bolsillo derecho de la chaqueta y saca un paquete de cigarrillos. Enciende uno. Se guarda el paquete pero lo saca otra vez. Sonríe. Mira a Antón—. Toma uno, anda.

Antón da pataditas al empedrado del patio con la pierna derecha, como si fuera un niño. Hasta que no vea tu cabeza en el suelo, piensa y levanta la vista para coger el cigarro.

—Parece que hoy vamos a quemar el coche —resume el Amo dándole fuego, ocurrente—. Es verdad que hace tiempo que no lo usamos. ¿Vas a llevar a mi niña, dices?

—Sí, a la Santa. Algo con las monjas.

—Su confirmación.

—Eso.

Los dos fuman. Se miran a los ojos.

—No me gusta que vayáis allí ahora. Los jornaleros están tramando algo.

—No se preocupe, Amo, en la Santa no hay ningún peligro. Otra cosa sería si fuéramos por las Quemadas, pero había pensado ir por detrás, por el camino de Calima. Nadie de las Quemadas nos verá. Además, el Abubilla ha tomado la linde con la Guardia Civil. En el coche estamos allí en menos que canta un gallo. Las monjas le dan

la charla a Magdalena y nos volvemos.

—Oye, Antón, más respeto.

—Es sólo una manera de hablar.

—Está bien, pero contente un poco… Es verdad que es imposible que entren en la Santa, entre otras cosas, porque está protegida por el Brazo. No se atreverían. El pueblo es un demonio, pero un demonio que adora a todos los santos. Id cuanto antes y cuanto antes os volvéis. ¿A qué hora salís?

—A primera hora de la tarde.

—¡Con toda la calor!… Pues está estrecha la cosa. Dentro de un rato tienes que recogerme en el Casino, a las dos. Podemos estar aquí de vuelta a las cuatro o cuatro y media. Da tiempo, ¿no es así? —dice don Luis tirando el cigarro al suelo, a medio fumar.

Antón sigue fumando con grandes caladas y asiente con la cabeza.

—Buen tabaco este —dice.

—No te creas… Bueno, basta de charla, que se me acaba la mañana. —Don Luis se dirige hacia la puerta de la calle—. A ver si un día aprendo de ti y me levanto con el sol. Hasta luego.

Antón ve desaparecer la espalda del Amo, chupa con fuerza la colilla, diminuta entre sus dedos, y la lanza contra el angelote de la fuente.

Después de rebotar contra el pecho del ángel, la colilla se deslizó por la barriga de piedra y, tomando la parábola del surtidor, cayó en la taza de mármol. Vibró en las pequeñas olas, bailó con mansedumbre hacia el desagüe y fue conducida a la canalización que expulsaba el alma de la fuente, cristal continuo, hacia la calle; lenta, primero, la colilla tropezó con una avispa muerta y pegadas una a la otra fluyeron juntas por el estrecho cauce de mármol que desembocaba en la Plaza de Rosas. El mismo camino que había tomado don Luis, de ancestros nobiliarios. Pero, mientras que él pudo escoger entre cruzar la Plaza de Rosas o encaminarse hacia la izquierda por la calle Espronceda, la colilla no tuvo más remedio que dejarse arrastrar por la acequia que bajaba por la calle Espronceda y, embalándose, ya separada de la avispa, adelantó a don Luis Sánchez de León y Bontempo, que había elegido descender hacia la Catedral precisamente por la misma calle.

Estaba dando un rodeo para no pasar por delante de la Casa de las Luces, la sede de la Compañía Eléctrica Vulturniana, S.A., donde había estado trabajando Manuel Juanmaría, un electricista que no hacía distinciones con la gente —casuchas y mansiones, a todos

trataba del mismo modo— y al que Don Luis no quería ni ver desde que fue al palacio para hacer la revisión anual.

Paso a paso. De la calle Espronceda a la de la Esgrima, dejando a la izquierda la Plaza Noble. Llegó ese Juanmaría, casi descortés de taciturno, y no le hice ni caso. Hay decenas de bombillas en el Palacio de Bontempo. Yo no tenía ni idea de cuántas había, la verdad. Antón le hacía el recorrido: garaje, caballerizas, almacenes, despensas, dormitorios, salones. Ese Juanmaría las contó todas. «Hay ochenta y un bombillas», le dijo al Antón, «hay permiso para ochenta». Y qué le diría el enano del Antón, pues que a él le resbalaba. «Pues si no lo sabes tú», le contestaría el otro, «llévame ante el dueño de la casa». Paso a paso. Llegaron ante mí. Yo estaba en el patio dispuesto para irme al Casino como voy ahora con mi traje blanco como para comulgar. Paso a paso. Encamino la calle de la Aurora. Vienen los dos y dice el Antón: «Aquí, Amo, de la Casa de las Luces que…» «Con permiso», le corta Juanmaría. «Tiene usted una bombilla de más, según el contrato le corresponden ochenta». Hablaba sereno y me miraba a los ojos, los suyos enormes, grises. Me turbé, lo reconozco, me turbé. Seguro que es un diablo, me dije, y me puse a la ofensiva. «Pues pon en el contrato ochenta y uno», le dije. «Imposible», contestó sin nervios. «Sube la tarifa. Tienes que ir a la Casa y firmar uno nuevo. Si te niegas, no pasa nada, te cortamos esa fuente de luz y se acabó el problema». Paso a paso. Le dejé hablar por la sorpresa, por el silencio que hacía en mí la indignación. «Cómo te atreves a tutearme», salté. «No somos más que hombres», aseguró Juanmaría, «si tú me tuteas, yo también tengo derecho a hacerlo». Entonces me pensé la furia. Me agradaba la valentía de aquel hombre. Saqué un billete y se lo tendí. «Con esto queda solucionado», concluí, pero Juanmaría ni movió la mano. «Eso arréglalo en la Casa, buenos días». Y se marchó, paso a paso. Calle Angosta. El Antón le miraba la espalda boquiabierto, rojo de alegría el muy canalla. Cuando desapareció por la puerta, le descargué un buen sopapo y me marché directo a la Casa de las Luces. Paso a paso. Entré en el despacho de Juan y no me fui de allí hasta que no le vi firmar el despido de Manuel Juanmaría, por diablo. Y él ahora va a la Casa de las Luces, paso a paso, cada día y se planta en la puerta toda la mañana. Nada dice. Ni pancartas ni voces, y todo el mundo que pasa paso a paso entiende su denuncia y su protesta. El único que se ha atrevido, el cabrón. Paso a paso. Plaza de los Evangelistas.

El marqués llegó al centro de la plaza. Le gustaba detenerse en el punto de intersección de los rayos espirituales de los cuatro

evangelistas, cada uno situado en una esquina de la plaza. Don Luis cerró los ojos, como quien toma el sol, y se esforzó en percibir el calor divino que disparaban, apuntándole con infantil conciencia, los ojos de las estatuas. Después avanzó hacia la puerta renacentista de la Catedral, construida sobre la antigua mezquita que aún sobrevivía en la torre bajo el campanario. La penumbra del recinto, dorada de cirios y oros barrocos, tiñó de cobre el traje blanco de don Luis, quien, tras avanzar por el largo pasillo central, se arrodilló frente al altar despreciando, como hacía siempre, los reclinatorios de madera. Se santiguó mirando el sagrario de plata y, alzando los ojos, detuvo su oración en la imagen policromada de María Auxiliadora:

Luz para Curro Sincero,
para el fascismo italiano.
Proteja a la niña mía
y extermine a los diablos,
Auxiliadora María,
Amén.

La virgen esbozaba una sonrisa y el niño que llevaba en brazos saludaba con la mano izquierda. El marqués se santiguó de nuevo y abandonó la Catedral.

Atravesó blancos callejones palaciegos, placetas de naranjos y, al poco, se detuvo en el centro de la Plaza Noble, dando la espalda al balcón del Ayuntamiento donde su familia siempre había colocado a los alcaldes. Avanzó hacia el Casino, la gente le saludaba con el sombrero, don Luis sonreía sin mover el suyo y en la puerta señorial le abordó Nazario Ortiga, que venía sudoroso del mercado.

—Cuánto irradia, don Luis, su presencia en la oscuridad de esta puerta. Parece usted un Juan Bautista de raro atildamiento —exclamó ejecutando un movimiento rápido del mostacho.

—No empieces, Nazario. En estos tiempos se precisan amigos y no aduladores.

—Cuánto se equivoca usted —le apaciguó Nazario, tomándole del brazo e iniciando la subida de las escaleras del Casino—. Los emperadores de antaño solían acompañarse de un poeta y consejero, el cual, con su dominio de las artes retóricas, sabía enaltecer las estampas del día tal como merecen aquellos que sufren dirigiendo los destinos del imperio.

—Te imagino a ti, Nazario, al lado de Julio César, con tu bombín y tu traje de tres cuartos pasando el Rubicón.

—No son buenos estos tiempos para los intelectuales, don Luis…

Adelante —invitó, cediéndole el paso a un amplio zaguán que olía al verde rancio de las paredes forradas de terciopelo, donde dos armaduras viejas apoyaban sus metales. Don Luis y Nazario abrieron a la derecha una puerta con vidriera y entraron en el amplio salón de lectura del Casino.

Las cuatro ventanas de cuatro balcones miraban a la Plaza Noble. Se reflejaban en la madera pulida de las mesas, en torno a las que se agrupaban unos sillones de piel marrón, separados entre sí la distancia necesaria para permitir tanto la conversación como la lectura independiente. Una de las paredes estaba cubierta por una librería en cuya balda inferior se amontonaban los periódicos.

—Nazario, anda, mira a ver si ha salido ya el Fuerza agraria —le pidió don Luis, tomando asiento en el sillón que siempre le esperaba junto a la primera ventana. Desde allí podía dominar el paisaje de los hombres principales de Vulturno: trajes nuevos en pie y conversando en las esquinas, trajes algo gastados, grises, medio ocultos en un sillón por los periódicos abiertos. Don Luis los juzgaba uno por uno. Nadie osaba acercársele si él no le hacía el gesto. Desde el fondo, sólo enfrentaba su mirada sobre el periódico que leía un elegante vestido con traje crema, de rostro alargado, cuidado bigote y un pelo que parecía dibujo de Modigliani. Ése era el juez de Vulturno.

—Hay un artículo suyo, marqués, en la primera página —dijo Nazario tomando asiento en un sillón.

—Venga, lee, ya estás tardando.

—Será usted recordado por su púgil oratoria: «Hay otro problema, el malo, el sindicalista, el mismo que mata a los obreros en Barcelona, el que predica el robo de la propiedad, el deshonor de la mujer, el incendio, la destrucción de todo. Para resolver este problema, organícense los somatenes, auméntese la Guardia Civil bien retribuida, agrúpense todos aquellos que creen en Dios y desean el bien de su patria y la honra de su familia, defiéndanse a tiro limpio de ésos atacados de hidrofobia social que agrupa el sindicalismo. Basta de cobardías, y a exterminarlos por el bien y la tranquilidad de todos».

—¡Bravo!

Algunos principales se habían acercado hasta una distancia prudencial del sillón donde Nazario acababa de terminar su lectura. Hacía rato que habían leído y comentado el artículo de don Luis. Ahora celebraban, repetían:

—¡Por el bien y la tranquilidad de todos!

Con cada gesto de su inquilino, los trajes grises desprendían un

olor a alcanfor:

—Eso es. ¡A tiro limpio!

Nazario había plegado el periódico sobre sus rodillas y tenía el rostro encendido. Aunque no fuera el autor del texto, él era hoy la mano derecha del rey. ¿Acaso don Luis no lo hubiera sido en otros tiempos, los feudales? Nazario movía, inquieto, el mostacho. Como si un moscardón estuviera atrapado sobre sus labios pugnando por escapar. El marqués enrojeció de satisfacción. Se levantó.

—Acercaos —dijo.

Mientras los principales lo rodeaban comprobó que sólo su enemigo, Antonio, el juez de Vulturno, permanecía sentado.

—Tenemos que armarla —comenzó. La luz fogosa de Vulturno fijaba el semicírculo de los principales ante don Luis, blanco sobre la moqueta verde, con el brazo alzado—. ¡Dios nos mira y tenemos que armarla! Nuestras familias tienen miedo y Dios nos mira. Vosotros sabéis que los diablos lo quieren todo. Las tierras de mis antepasados, las Quemadas. «La tierra para quien la trabaja», gritan. ¡Ladrones!, grito yo, ¡ladrones de la tierra antigua de los Sánchez de León! Siglos llevan saciando el hambre en nuestras cosechas —Un brazo se alzó en el semicírculo: «¡Aprovechados!»—. ¿Y qué ha ocurrido? Que llegó la República y en las Quemadas puso piedra el Sindicato. ¿Todos somos hombres? Dios nos creó. Aquél que reniega de Él no merece ese bautismo. Pero yo les escuché. Mira que son rudos, pues vinieron y tratamos de esto y aquello y llegamos a un acuerdo. Subieron los salarios, se eliminó el trabajo a destajo. Esos sucios ateos se salieron con la suya. ¿Y ahora cómo lo agradecen? Ya van tres veces que intentan quemarme el cortijo. ¿Cuántos de vosotros habéis tenido que abandonar los vuestros atemorizados por esos valentones que, protegidos por esta República sin Dios y sin orden, se han negado a recoger vuestras cosechas y se han enfrentado a vuestras mujeres e hijas? —La manga de un traje azul se arqueó hacia el techo: «¡Hidrofóbicos!», disparó, citando el artículo de don Luis—. Las huelgas que permiten las autoridades son la tranca que impide girar el molino de nuestra economía. ¿Acaso no he tenido hace poco que rogar a don Curro Sincero que me prestara el Ejército para recoger la cosecha de la Santa? Intenté dar una lección a los diablos dejando estériles gran parte de mis tierras, para que reconocieran quién era su verdadero protector —se alzó otro brazo: «¡Si votan República que coman República»—, pero no, señores míos, no se conformaron con dejar atrás la monarquía del orden y la justicia, sino que se hacinaron en votos y dieron el triunfo al conjunto de diablos, la Vanguardia de Todos y, ahora,

más chulos que un ocho, nos desafían y nos tratan de tú. ¿Acaso somos iguales? Perros sin fe, desagradecidos sin historia, fulleros en harapos. ¿Qué quieren? ¡Lo nuestro! Abolir la propiedad privada para apropiarse ellos de las tierras que sus padres araban para los nuestros. Ésa es la ley que Dios quería. Él hizo la noche y el día para que el caos no venciera en la creación; hizo al rico, rico para que diera trabajo al pobre. Hizo hombres ricos para que fueran caritativos con la muchedumbre ingente y así ordenaran el desorden humano. Pero ahora ellos quieren imponer un carnaval, hocicar como cerdos en nuestras posesiones y levantar el caos y cambiar la ley de la cordura y de Dios —«¡Cicerón!», gritó uno. «¡Orate!», gritó otro. El auditorio se entusiasmaba. Una salivilla clara comenzaba a formarse en las comisuras de los labios rápidos del marqués—.

—Por algo será, caballero —se oyó claro y fuerte a espaldas del auditorio.

Como bola de billar que alguien empuja suave y desapercibida sobre el tapiz verde hacia el otro lado de la mesa, donde se agrupa el resto de las bolas en juego, así se había acercado Antonio el Juez al grupo de hombres desde un ángulo del salón hacia el contrario. Todos se volvieron hacia él y don Luis dio un paso adelante.

—Esa gente a la que usted desprecia, sin un ápice de comprensión —dijo Antonio el Juez—, lleva mucha hambre en las espaldas. De trigo, por supuesto. La carne, esa que usted toma cada día, no la han probado jamás. —«¡Cállese, hombre!», exclamó una manga alzada—. Cállese usted. En este país aún se puede expresar uno con total libertad —«¡Será libertinaje!», despreció otro—. Lo que sea. Lo que voy a decir en un punto es esto: ustedes y usted, don Luis, en representación del resto, han dejado sus tierras yermas, hectáreas y hectáreas marchitas en venganza por las reclamaciones de los campesinos; han causado mucho padecimiento; han mirado por encima, despreciado; han humillado a los padres delante de sus hijos: han entrado en las gañerías donde se hacinan los trabajadores, en tono de mando, los tirantes bien puestos, las manos en jarras; los han tratado como bestias del campo. Y ellos ahora responden: se rebelan, quieren la tierra que ustedes no usan para trabajarla: es lógico. Ustedes harían lo mismo.

—No te atrevas a compararnos —se enrabietó don Luis frunciendo el ceño—. No somos iguales a los diablos.

—Por supuesto que no. Usted es una bestia, un espantajo.

Don Luis se fue hacia él. Los principales se atrevieron a tocarle por primera vez y le detuvieron entre varios.

—Cálmese don Luis, que es una autoridad.

Antonio el Juez sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta y encendió uno. Parecía un héroe de película muda, pero le temblaban las manos.

—¿Gustan? —habló ante el silencio de los demás.

—Por cierto, don Luis —continuó diciendo—, me ha hecho mucha gracia eso de la «hidrofobia social». Dado el caso de que sepa lo que esa palabra significa, pregúntese si no es usted el enfermo.

—Acabaré contigo —murmuró don Luis retorciendo el rombo de la boca.

—Está usted hoy hablando demasiado. Amenaza con destruir a esos desgraciados y ahora la toma conmigo. A lo mejor me tomo la molestia de que alguien le denuncie a usted para juzgarle yo mismo. ¿Le parece bien que se lo proponga a Manuel Juanmaría? —Antonio el Juez avanzó hacia la puerta del salón, forzando su papel de héroe empapado en sudores fríos.

—Buenos días, caballeros.

A través del cristal de la vidriera, los principales vieron la espalda que se marchaba. Se acercaron al ventanal y, agrupados como colegiales sorprendidos, miraban al juez alejarse por la plaza. Don Luis se había sentado en el sillón con la cabeza gacha. Nazario, de pie, se limitaba a permanecer a su lado, con la misma impotencia de un perro que no puede consolar a su amo con palabras. Sin embargo, don Luis parecía más meditabundo que afligido, como si estuviera guardando rencores en una botella hasta que llegara el momento de descorcharla.

—Venid —dijo con voz suficiente para que los principales la oyeran, pero sin cambiar la inclinación de la cabeza, reflexiva, hacia al suelo. Ellos abandonaron la ventana y rodearon el sillón—. Quizás, llegado el momento, haya que depurar a todo disidente. ¿Hay aquí alguno? —desafió levantando la barbilla hacia los nudos de las corbatas presentes—. ¿Nadie? —insistió. Sus ojos, diamantes negros, sonreían y arañaban—. Bien, entonces es que estáis conmigo.

—¡Por supuesto!

—¡Cómo no!

—¡Faltaría!

Bajo los trajes, el mecanismo de los cuerpos se sobresaltó con el sonido potente y ahuecado que retumbó en la plaza.

—¡Es su coche, don Luis!

—Venga Nazario —dijo, incorporándose—, tú te vas a venir

conmigo.

Los principales, como en los cuadros clásicos, miraron inmóviles y mudos cómo don Luis y Nazario también se marchaban y cómo sus figuras también iban rasgándose tras el cristal esmerilado de la puerta.

Cuando bajaban las escaleras, estalló la conversación en el salón.

—Se me antojan, don Luis, revoltosos pupilos cuyo profesor acaba de abandonar el aula.

—Ay, Nazario, ¡si tú fueras trigo limpio!

El coche, fuego pulido, lanzaba destellos hacia la fachada blanca del Casino. Reflejaba tibiezas rojas en el traje y en los zapatos blancos de don Luis. Sus faros grandes, las enormes branquias que se abrían verticales en el capó para que el motor respirara, daban a aquel automóvil un aspecto de pez mecánico bajo el cielo estridente de Vulturno.

—Tenga máximo convencimiento de que ignoro las razones de su sospecha.

Caminaron la corta distancia que separaba el coche de la puerta del Casino. Nazario, un poco adelantado, torcía el cuello hacia don Luis. El bombín le proyectaba en la frente una sombra horizontal.

—No te hagas el tonto, Nazario, que llamaste a tu primera hija Igualdad y a tu hijo Liberto. ¡Y no los bautizaste!

Antón salió del coche, que tenía el motor en marcha, y mantuvo la puerta abierta para que ellos pasaran al asiento trasero. Se llevó la otra mano a la gorra, a modo de saludo. El mono azul que vestía desentonaba con el lujo de la máquina que venía conduciendo.

—Mucho ha llovido desde entonces, don Luis. ¡Hoy hasta los tengo confirmados! —contestó Nazario, acomodándose en el asiento.

—Antón. Al monasterio de San Leopoldo —ordenó el Amo.

—Hace tiempo que me percaté —Nazario abrió la mano derecha como si estuviera jurando— de que las masas usan su libertad como aquellos bárbaros que destruyeron Roma. La República hispánica no ha demostrado otra cosa. El desorden social es norma que se avecina. Se precisa cuanto antes un organizador de hierro, un director de los ríos descarriados, que tenga la misma fuerza de Moisés al abrir las aguas del Mar Rojo.

—Está muy bien ese ejemplo, Nazario, lo del mar y los rojos. Nos asfixian esos diablos. Nos pisan todo el puto día los talones como los egipcios perseguían al pueblo de Dios en su huida hacia la Tierra Prometida. Y como el mar se tragó a esos hijos de perra, las

Quemadas se tragarán a éstos, que lo son todavía más —exclamó golpeando el cuero del asiento y enfrentando sus ojos con los de Antón, quien los estaba observando por el espejo retrovisor.

El coche descendía por la Cuesta Amarga hacia la Plaza del Mercado.

—Y, a propósito, ¿adónde vamos? —preguntó Nazario toqueteándose el mostacho.

—Qué te pasa, amigo. ¿Te aprieta el hambre? Vamos a lugar santo. ¿No has oído? Al monasterio de San Leopoldo, donde mejor dan de comer. Te necesito con las orejas bien abiertas. Sí que quiero ese consejero y testigo que decías antes, y nadie hay en Vulturno más sabio que tú.

Nazario adivinó que se encaminaban hacia alguna cita importante, y sintió el cosquilleo del ego a la vez que una expectación temerosa. El automóvil traqueteaba sobre el empedrado y se cruzaba con perros, con algún mulo que subía cargado de la plaza, con algún paisano que echaba maldiciones al sol, con ningún coche, porque en la ciudad sólo los tenían también los militares. Y Antonio el Juez, que se había comprado uno hacía muy poco.

—Las calzadas están desiertas. No sólo yo tengo hambre. Es la hora en la que todo hombre se esconde en su hambre. Mire, ahí hay uno que no para de manifestarla —dijo Nazario con cierta mala idea de la que enseguida se arrepintió, y señaló a Manuel Juanmaría que, después de su protesta diaria en la Casa de las Luces, se dirigía a las puertas de la ciudad en su regreso al cortijo de los Orantes, en las Quemadas. Alto, desgarbado, pasos largos, firme andar, Manuel caminaba por el lado derecho de la calzada. Había oído el coche, todavía lejos, y, aunque adivinaba a quién podía pertenecer, no volvió los ojos, no se detuvo. Se secó la frente con la manga de su chaqueta oscura, quitándose un momento la gorra de paño. Se la colocó de nuevo. Introdujo las manos en sus pantalones grises. Caminaba.

—Atropéllalo, Antón —don Luis se inclinó bruscamente hacia el asiento delantero—, barre a ese hijoputa.

El silencio se hizo tenso dentro del automóvil.

—Hablo en serio, Antón, quiero que lo atropelles —murmuró don Luis casi en la nuca del conductor—. Nadie te va a ver.

Los nervios de Nazario temblaron en su mostacho. Juanmaría caminaba, pasos largos, unos metros adelante. Antón notó que sus brazos se aflojaban y afirmó el volante. Su cuerpo era todo sudor.

—Está usted loco —dijo.

Don Luis se llevó la mano bajo la chaqueta, sacó un revólver

plateado y, amartillándolo, encañonó la cabeza del conductor.

—Don Luis —gimió Nazario.

—Calma, gallina —respondieron los ojos de diamante negro—. Antón, atropéllalo. Será sólo una desgracia.

Como la antorcha veloz que un pirómano acerca a un arbusto y a otro de la linde del bosque, así se aproximaba el automóvil rojo, faros y branquias, a Manuel Juanmaría. Antón, temblando, cerró los ojos y aferró aún más el volante. El dedo índice de don Luis no temblaba en el gatillo. Nazario rezaba:

—Don Luis.

Y Juanmaría miró con dureza, sereno, el coche que le adelantaba. Don Luis apretó el gatillo y su revólver sonó descargado contra la nuca de Antón, que abrió los ojos con espanto. Don Luis estalló en risas. Después de un instante de estupefacción, Nazario le rió la gracia. Y así, dando tumbos, atravesaron la Plaza del Mercado y, enseguida, las puertas de la noble Vulturno.

Antón, a través de la lupa de unas pocas lágrimas que no acababan de saltar, veía cómo los insectos se estrellaban contra el parabrisas. Se esforzaba en la muerte aquel auto que empezaba a subir por la carretera del monasterio. Los olivos, desde taludes paralelos, retorcían sus ramas hacia el camino. Por ellas caminaban las hormigas en hilera. Si una mano la golpea, la fila se deshace en una mitad aplastada y en otra que huye desequilibradamente. Hay que lograr atar esta mano entre todos, detenerla inmóvil y viva. Entonces las hormigas podrán devorarla. Los brazos de los olivos. Otro insecto en el cristal.

Todavía aquellas risas aleteaban en el asiento trasero. Antón cerró y abrió los párpados, y saltó por fin un lagrimón.

—La próxima vez habrá una bala dentro —dijo don Luis, sacando munición del bolsillo de la chaqueta y cargando el revólver —. Estos van a ser tiempos de guerra, Antón. Al soldado que no cumple, se le fusila. ¿De qué bando estás tú?

Antón callaba. Aún le temblaba la mandíbula.

—Vamos, dime de qué bando estás, maldito diablo…

—Déjelo usted, don Luis, que se reponga. Este hombre ha sufrido un choque emocional de cierta importancia. No conviene atormentarle y, menos aún, si está conduciendo. La misericordia también es un don de reyes, no lo olvide, sobre todo, del buen rey cristiano.

—Le he dado todo a este hijo de puta, para que ahora no me obedezca.

Antón, mirando la sangre de los insectos en el cristal, asintió con

la cabeza. El automóvil bramaba por la cuesta en zigzag y, más allá de aquellos restos verdirrojos, hogueras secas en el parabrisas, poco a poco se iban acercando a los muros del monasterio, cuyas piedras tenían suaves oquedades como si el tiempo usara un lentísimo pico de pájaro carpintero.

Uno de los monjes, ocupado en sacar agua del pozo que había en el patio, oyó el motor. Los grandes portones se fueron abriendo, primero una hoja, luego otra, y Antón dirigió el morro del coche hacia el interior. Lo detuvo entre el pozo y los dos automóviles que estaban ya aparcados y, al tiempo que bajaba para abrirle la puerta a don Luis, salió del edificio otro monje, envejecido y grueso, que ostentaba una gran cruz de oro sobre el pecho.

—Dichosos los ojos que os ven —exclamó el abad Rodrigo, cruzando las manos sobre el inicio superior de la curva de su barriga—. Parece usted descendiente directo de la Santa Paloma.

—Lo mismo digo, beatísimo Padre —contestó don Luis, que acababa de bajar del coche, y ahora alisaba la blancura de su traje —. Veo que le han condecorado.

—Es un regalo del fogoso italiano que ha reclutado el general Curro Sincero. Ha insistido en que me la ponga durante el almuerzo. Arriba esperan todos. ¿Quién es este caballero que le acompaña? —preguntó, señalando con una sonrisa a Nazario, quien también se estiraba el traje, apenas arrugado de tan tieso que era.

—Un amigo fiel, Nazario Ortiga, seguro que ha escuchado hablar del más famoso intelectual de Vulturno.

—Cómo no. Muchos años ha tardado en honrarnos con su visita —exclamó el abad al recibir el besamanos artificioso de Nazario, quien, rubricando la zalema, dijo:

—Era un esperado honor.

Y el abad les invitó a seguirle.

—Amo —se oyó a sus espaldas—, amo, ¿me quedo aquí?

Antón estaba apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos.

—Tú empieza por quitarte esa gorra, hombre, que estás en lugar santo —ordenó el marqués.

—No sea usted tan fiero, don Luis. Que acompañe al padre José María —dijo el abad amablemente señalando al monje flaco y barbudo que, en cuanto hubo cerrado el portón, había continuado con su tarea de sacar agua del pozo—. Él se encargará de darle de comer.

—Ya has oído, Antón. Tate con lo que haces.

Los tres principales se adentraron por un oscuro pasillo a la

derecha. El padre José María se asomó al coche.

—¿Cómo se llama?

—Antón.

—No, tú no, digo el coche.

—Ah, un Fiat 508 Balilla.

Desde el interior del monasterio sonaba el eco agigantado de las palabras del abad. Cicerone de un museo casero, les enseñaba aquí un Zurbarán humillado por la pátina: allí un baúl donde Felipe II había guardado un tapiz flamenco que donó al monasterio, y que éste acabó regalando en una de las visitas que les hiciera Isabel II. Los candelabros de bronce les miraban oscurecidos encima de los aparadores y los visitantes iban subiendo las escaleras que conducían al refectorio.

Era un salón con el techo cóncavo que recibía luz desde los dos muros, los cuales miraban a través de arcos ojivales, uno, hacia la blanca Vulturno; otro hacia la intimidad musgosa del claustro. A esa hora el sol hacía espejear la mesa rectangular, de madera de Indias, y los galones de los militares presentes. Había un tufo a alcanfor que se filtraba entre el humo de los habanos. Y se oían las risas satisfechas en aquella atmósfera donde se alimentaron, transparentes, los beatos de antaño.

Los militares se interrumpieron cuando los nuevos invitados llegaron. Sólo la larga figura del obispo, Marcelino Claret, parecía bendecir aún con unas últimas palabras la cola de la conversación que se escabullía.

—Lamentamos mucho, reverendísimo, interrumpir su homilía —dijo el abad inclinando la cabeza ante el obispo. La cruz que colgaba de su cuello descendió unos centímetros. Parecía que iba a despegar por la rampa de aquella barriga—. Hoy Dios me brinda la fortuna de albergar bajo este techo a los apóstoles de una nueva cruzada. Aquí llegan los dos últimos. Tengo el honor de presentarle —le dijo a don Luis señalando a un joven alto, vestido con uniforme negro, cuya cabeza de melena rizada y perilla oscura elevó aún más el mentón al ser aludido— a Enrico Bellimbusto, el aliado con que Italia nos agasaja.

Todos se fueron saludando. Nazario, que a nadie conocía si no era de vista, estrechaba muy ceremonioso la mano de los próceres, con un quita y pon del bombín. Curro Sincero, primera espada de los cuarteles vulturnianos, ofrecía la suya lánguidamente con el otro brazo en jarras sobre la parte posterior de su cadera, regalando una sonrisa ratonil bajo su bigote ralo. Había traído como segundo a un veterano de las guerras africanas, el famoso Kilometrón Solar, que

ganó el apodo cruzando el desierto hasta liquidar al último enemigo en retirada. Espigado y seco, con un rostro momificado donde brillaba un ojo siempre furioso y crecía un espeso bigote gris, Kilometrón era tuerto por capricho de metralla y, como el manco de Lepanto, había perdido un brazo en defensa de la cristiandad. Un sable moro se lo había rebanado desde la altura de un caballo en primera línea del frente. Pero él aún tuvo el coraje de descargar al ofensor un tiro en el entrecejo con el brazo sano, antes de caer desfallecido por la pérdida de sangre.

—Necesitamos héroes como usted —le dijo don Luis estrechándole la mano huérfana.

—Yo vivo para morir por la patria.

Fueron ocupando los asientos de la mesa. Rodrigo el abad y el obispo Marcelino se sentaron cada uno en un extremo; el marqués en el centro de la mesa; junto a él, Nazario, el discípulo que toleraba; y enfrente, al otro lado, los tres espadas: Kilometrón, Sincero y Bellimbusto.

—E gloriosa señale que la Iglesia sea la nostra anfitriona —dijo el enviado del Duce.

—Credo Deum esse sanctum. Es a Él a quien debemos todo —corrigió el obispo, sutil y modesto a pesar de su amplia sonrisa que expandía una llovizna salivar desde su cabeza pequeña y morena—. Nosotros agradecemos a Roma, nuestra madre, que se digne ser aliada nuestra.

—¡Siamos naziones fratellas!

—Una misma mano nos bendijo —confirmó el obispo Marcelino elevando la suya.

Don Luis miraba con ojos diamantinos aquella mano. Antes, al besarla, había creído percibir el perfume de su mujer, Leonor. Rechazaba el pensamiento de que el obispo se atreviera a aprovecharse de la devoción de su señora, pero no podía evitar la imagen de aquella boca sonriente besando los senos fláccidos que él había despreciado aquella mañana. Don Luis intentaba leer en los ojos de Marcelino Claret. Pero los cristales ahumados que usaba el obispo en sus gafas redondas apenas le permitían vislumbrar la orilla de su mirada. Estaba seguro, se decía don Luis, de que aquel perfume se le había caído a su señora en el besamanos. Se ven demasiado, eso es todo, maldita beata.

—…y yo ahora, en el nombre de Aquél que todo lo contempla, bendigo el negocio de este almuerzo y ruego al padre Rodrigo que haga lo mismo —y el obispo Marcelino dejó caer la mano.

—Amén —obedeció el abad haciendo la señal de la Cruz en el

aire—. Padre José María, sirva el almuerzo.

El padre José María, delgaducho bajo el hábito, escondía tras su maciza barba el rayo de una cicatriz. Después de haber indicado a Antón el camino de la cocina, aguardaba en la esquina del refectorio, las manos recogidas sobre el pecho, las órdenes del abad. Purgaba así los crímenes secretos de su primera juventud, cometidos en tierras extremeñas. Inclinando la cabeza, acercó hacia la mesa el carrito de los vinos. Y mientras empezaba a servir las copas, uno por uno, en silencio, los comensales esperaban las palabras de don Luis. Éste, tras pasar la mano por la brillantina de su pelo y enderezando la espalda, comenzó:

—Tenemos que armarla. Dios nos mira y tenemos que armarla —se animó, mirando de reojo a Nazario que había sobresaltado las cejas—. Hay que dar una lección a esos diablos que quieren acabar con el orden social y divino. Aquí tengo mi propuesta —puso un cheque sobre la mesa, enfrente de Bellimbusto—. Compro un avión para bombardear el Sindicato de las Quemadas. ¡Compro un avión para hacer la guerra y vencer! Ya están bordando las monjitas de la Santa un escapulario con el «detente bala» para cada uno de los soldados de esta ciudad.

—¡Viva la muerte! —coreó Kilometrón.

Y el padre José María se llevó un repullo justo cuando iba a llenar la copa del obispo.

—¡No se derrame la sangre de Cristo! —exclamó éste.

Todos le miraron escandalizados ante tan fervorosa oposición a la política de don Luis. Pero, al ver al padre José María inclinarse sobre él para limpiarle la túnica con la manga del hábito, suspiraron aliviados.

—Qué ha detto? —susurró Bellimbusto hacia Curro Sincero.

—Diente, diente —respondió éste sonriendo.

—Come dichi?

—Niente —corrigió Nazario inclinándose hacia delante y haciendo pantalla con la palma de la mano en la boca.

—Italia es Roma, primera madre de lo español, y nosotros somos apostólicos romanos. Aparte del avión —dijo el marqués poniendo la mano en la de Bellimbusto— quiero una ametralladora para uso personal. Van a ver esos cabrones lo que es tener coraje. ¡Hay que acabar con esos enfermos de hidrofobia social! Y también con todos los perros disidentes y rabiosos que los apoyan —continuó con otro puñetazo en la mesa. Los vasos vibraron. Don Luis puso la mano en la espalda de Nazario—. Aquí tengo un testigo de lo que ha ocurrido esta mañana en el Casino. El juez de Vulturno se ha

atrevido a desafiarme delante de todo el mundo poniéndose de parte de los diablos. Cuéntalo, Nazario.

—Me permito asegurarles que Antonio el Juez ha defendido en el foro la Anarquía y el Caos, y se ha atrevido a insultar al espejo y príncipe de esta ciudad, mejorando lo presente.

—Eso es posible antes de la cruzada —sonó el flautín de Curro Sincero—. Pero no lo será después. Hay que hacer, don Luis, seguras limpiezas una vez que comience la cruzada y hay que estar muy seguros de quiénes son nuestros aliados. Usted, Nazario —dijo sacudiendo el índice de la mano derecha— también defendió en otro tiempo, en algún escrito suyo, a estos diablos. Tengo noticia de que usted se ha reformado y es suficiente garantía que don Luis le haya traído a esta reunión, pero no estaría de más que profesara de nuevo nuestra fe.

Nazario se levantó y, poniendo la mano izquierda en el pecho y alzando el brazo derecho peroró:

—Es hora de remediar los males propios y ajenos. Espanta pensar que esa cuadrilla pueda hacerse dueña de España. Sin quererlo percibo que estoy lleno de resquicios por donde me entra un odio que nunca había conocido. Y aún es mayor mi angustia por haber sido amigo de tales escarabajos, y por haber creído en ellos.

Nazario se volvió a sentar. Se escuchaba su propio corazón en el silencio que reinaba en el refectorio. El general Curro Sincero se levantó. Movió la cabeza hacia un lado y otro, con majestad. Los brazos, en jarras. Los ojos pequeñitos, chisposos y retadores buscaban la aquiescencia de los comensales. Tomó su vaso de vino, dejando el brazo izquierdo arqueado sobre la cadera. Sonó el flautín:

—Es usted el intelectual que la madre patria acogerá en su seno. El apoyo de su inteligencia a nuestra causa será un previo y filial agradecimiento. Habrá que estar atentos. Pues al derramar de sangre, se levantarán en contra voces que no nos comprendan. ¿No son necesarios acaso los mártires para que sus hijos conozcan una nueva patria? Ésa es la causa que usted defenderá. ¡Brindo por usted!

Todos los vasos, bermejos de vino, apuntaron diagonales hacia una simetría de sangre. Bebieron.

Y Bellimbusto, vibrantes los rizos de sus cabellos, acompañó cada palabra con un golpe en la mesa:

—Violentsa, aristocracha, iglesia. ¡Evviva il Coliseum!

—¡Y los centuriones cristianos! —le halagó el intelectual de Vulturno.

—Muy bien, Nazario —le susurró el marqués a la oreja.

—Por fin, hermanos, la comida.

Los brazos del abad se extendieron hacia el padre José María, que empujaba cuidadoso otro carrito repleto de platos humeantes. Delante de cada comensal fue colocada, con un brillo untuoso sobre la gradación de tonos tostados, una pierna de cordero. Le acompañaba una blanda mezcolanza de patatas, pimiento y cebolla que dejaba entrever, entre un brillar de aceite y un deshacerse tierno, la mesura del fuego en que fueron cocinadas.

—Y Antón, ¿no come? —preguntó don Luis al padre José María.

—En la olla hay un caldo donde hierve el arroz.

El padre José María, cabeza gacha, se humillaba para purgar sus pecados. Púber charlatán que se había rozado contra las pieles mozas, ahora esculpía una lengua parca.

—El monasterio es pobre, don Luis —intervino el abad, masticando un gran trozo de carne—. Éste no es nuestro pan de cada día.

—No se disculpe, reverendísimo. No pedía carne para el Antón, que es un bellaco. Es conveniente que los diablos tengan una dieta blanda para que estén debilitados. El arroz es bastante para peones y frailes. La oración no requiere mucho del cuerpo y a nosotros nos conviene en estos tiempos que esos cabrones estén reventados al final de la jornada. Lo único que quiero es darle a mi Antón un poco de pierna de cordero —sonreía don Luis cortando un buen pedazo —. Hoy hemos tenido algunos roces y es mejor tenerle contento, también es un semejante, coño. Dame un plato, fraile.

El padre José María le puso uno limpio al lado. Don Luis, cuidadoso, repartió en el plato vacío el trozo de carne y una parte de las patatas.

—Por favor, escupan ustedes todos aquí —dijo y, para dar ejemplo, pasó la lengua por el rojo rombo de sus labios, y expulsó un galipo sobre el cordero de Antón, extendiéndolo con el tenedor para que no se notara—. Escupe y pásalo, Nazario. Vamos a darle esta carne a quien me va a traicionar tarde o temprano. Diablo o cristiano, él se la va a comer en representación de la canalla hidrofóbica. Él digerirá por adelantado un veneno inofensivo, pero simbólico. Conmemoremos así esta alianza que acordamos hoy los genuinos poderes de Vulturno.

Llegado su turno, Marcelino Claret, el obispo, columpiaba un salivajo sobre el plato de Antón. Melindroso, su lengua pastosa de vino no había logrado reunir un impulso eficaz. Don Luis, que le miraba con asco, le pasó un cuchillo a Nazario.

—Corta.

—Con permiso —obedeció Nazario inclinándose hacia el obispo, quien por fin liberado le alcanzó el plato a Kilometrón Solar.

—¡Santo Dios! —comentó el abad al contemplar el rotundo gargajo del legionario.

—Pues yo no me quedo corto —flauteó Curro Sincero con su escupir de niña.

—Escupa, coño —se encaró don Luis con el italiano al ver que dudaba.

—E costume anticua? —Bellimbusto se separó con ambas manos los rizos de la frente y se los metió por detrás de las orejas.

—Evangélica —le animó el abad con una palmadita. Y, por fin, en su turno, apartó la cruz de oro, para evitar que se salpicara.

—Espero que allá arriba se hayan hecho los tontos —sonrió, santiguándose y removiendo el plato con el cuchillo—. Este vino que bebemos nos disculpa, pues bendice una nueva cruzada. Venga aquí, padre José María, terminemos con esto, lléveselo.

El padre José María se había cubierto la cabeza con su capucha de monje. Dentro sus ojos verdes fulguraban y, bajo la tela, una penumbra de piscina iluminaba sus mejillas. Sujetando el plato con la palma de las manos, avanzó hacia la puerta del refectorio.

—¡Y que se lo coma todo! —resonó bajo la bóveda el vozarrón de don Luis.

Como en los lienzos pasmados de Zurbarán, así presentó el padre José María el plato de cordero ungido para Antón, que esperaba en la cocina del monasterio. A sus pies dormitaba un perro pastor. En un claroscuro de penumbras y fogones encendidos, de arroz y cubiertos de palo, de rabias negras y ojos en llamas, el antiguo bergante y el criado rebelde intercambiaron propósitos, dogmas y rencores. Cejas en arco, miradas de flecha. Como en los lienzos pasmados de Zurbarán, el peón y el fraile se estrechaban la mano.

—Quizá haya fuego en las Quemadas.

Hablaban de la noche. El padre José María se quitó el hábito y lo tiró al fuego. En calzones parecía, famélico y furioso, trabajar en la fragua de Vulcano.

—Vete a las Quemadas, al Sindicato. Pregunta por el Asombradizo.

La pared de la cocina pertenecía al muro trasero del monasterio. El padre José María abrió la puerta que daba al exterior y un gran cilindro luminoso se introdujo en el cuadro. La colina quedó a los pies del padre, cuya silueta huesuda y a contraluz estaba a punto de

zambullirse en los campos de trigo que descendían, ondulándose en una irisación de amarillos, hacia un futuro todavía sin costumbres.

—Ánimo, camarada —dijo Antón.

Y el padre José María se lanzó hacia las afueras del monasterio. Corriendo en el descenso su tonsura reflejaba el sol, y la piel, sosegada en la penumbra monacal, se iba tostando con los brincos paganos.

Antón cerró la puerta y, volviendo al claroscuro de la cocina, estuvo mirando con hambre y con asco el plato de cordero que el padre había dejado sobre la mesa. Se acercó y, escupiendo antes en él, se lo dio al perro.

—¿Y el padre José María?

Antón, que se había quedado dormitando en la silla, se sobresaltó con la pregunta del abad. En la puerta de la cocina sólo resaltaba la cruz de oro desequilibrada sobre la curva de aquella barriga.

—Se ha ido.

El abad se quedó mirando el plato del cordero, limpio a lametones, en el suelo.

—¿Estaba bueno?

Se dirigía al perro que le observaba sin levantar la cabeza, apoyada sobre sus patas delanteras.

—Me alegro —se contestó el abad mirando a Antón con una media sonrisa—. Te están esperando. Iban hacia los coches.

Antón se levantó de la silla.

El abad, adivinando en sus gestos crueldades y dolores futuros, le instó:

—Más te valdría hacerte fraile.

—¿Para colgar los hábitos a la primera ocasión?

—¿El padre José María lo ha hecho?

—La gente está harta de servir.

—Siempre servir. Servir a otros. Servir para algo. Estamos todos condenados.

La voz del abad, ahora frágil y melancólica, contrastaba con la opulenta cruz de oro.

—Amén, padre.

Antón avanzó por un largo corredor. Sus pasos producían eco en las bóvedas, como un aviso. Oyó el arrancar de motores. Cuando llegó al patio, salían a la carretera dos de los coches; se adelantaba el de Curro Sincero, al volante, con Kilometrón a su derecha, que alzaba su único brazo para despedirse del marqués; tras él, el coche

negro de Bellimbusto. Llevaba de copiloto al obispo, que había echado el brazo por los hombros del conductor y hablaba animadamente en lengua italiana. Don Luis y Nazario, bajando el saludo fascista, se mostraban alegres y beodos.

—Qué tal el almuerzo, bellaco —don Luis palmeó la espalda de Antón.

—¿A que estaba jugoso el cordero? —se compinchó Nazario entrando en el coche.

Antón, sentado al volante, les dio las gracias.

—Has comido cordero a lo principal.

—¡A la salsa principesca!

Resonaron las risas dentro del coche que salía por el portón. El chofer lo miró y se alegró de que nadie hubiera ahora allí para cerrarlo.

—¿Has visto los cojones que tienen, Nazario?

—A mi próximo hijo lo llamaré Curro Sincero.

—Más te vale. No se anda con chiquitas. Ni porque hayas venido conmigo ha dejado de ponerte a prueba. Olé su madre.

—Ha sido un encuentro que no puede acabar sin un colofón de fiesta.

—Mira que eres pedante, Nazario.

—Latina mi sintaxis es.

Nazario mostraba con sus risas la encía superior, después de un veloz movimiento del mostacho.

—Guarda tus latines para la Casa de los Cascabeles.

—¡La Casa de los Cascabeles! Excelsa su ocurrencia, don Luis. He oído hablar tanto de ella como para morirme de ganas de conocerla. Pero es tan exclusiva. ¡Día bendito! ¡Hay que refrescar también las ideas inferiores! Lugar legendario ése, sin duda, y no menos mítico ese nombre de mujer: ¡la Rubia!

—Ésa no vas a catarla, Nazario. Ésa es mía. Pero no te preocupes, que todas son extraordinarias. La madama, doña Rosario, las cría con mucho mimo. Están más ricas que teta de novicia. ¡Como para pegarse un tiro!

—Por cierto, amigo don Luis, eso último que dice me recuerda una pregunta que le tenía guardada. ¿Para qué quiere usted una ametralladora?

—Tengo mi propia receta de carne picada —dijo, hiriendo con la mirada los ojos de Antón que, por el espejo retrovisor, se habían sentido aludidos.

El coche rojo caracoleaba bajo el sol vulturniano y por el tubo de escape se elevaban hilachos de humo.

Nazario se bajó en la Plaza del Mercado y Antón condujo el coche hacia la Plaza de Rosas. Don Luis había caído en un silencio alcohólico, traspasado de filias y fobias. En silencio, Antón acariciaba y rechazaba imágenes de venganza.

—Dígale a la señorita Magdalena que la espero en el coche.

Acababa de aparcar delante del Palacio de Bontempo y le había abierto la puerta a don Luis. Éste, conteniendo un tambaleo, se dirigió hacia el patio. El ángel de la fuente repetía su eterno orín de agua.

—¿La vas a llevar a la Santa?

Don Luis se había detenido y, sin volverse del todo, forzaba la voz para que no pareciera que estaba enfadado. De pronto, como si hubiera recobrado la lucidez y el sentido de la realidad, regresó hacia Antón, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Antón. Tienes que perdonarme. Estoy muy exaltado con todo lo que está pasando. A veces veo enemigos por todas partes. Tú eres buen muchacho. Cuando acabe todo esto, que va ser muy pronto, te vas a forrar. Igual que es el Abubilla en la Santa, vas a ser tú en Bontempo. Mi hombre de confianza. Pero tienes que dejar esos escarceos con los diablos, me cago en la puta. Si te viera tu padre, te partía la cara. ¿Estamos?

Antón miraba al suelo.

—¿Estamos, Antón?

—Estamos.

—¡Mírame, coño!

Antón le obedeció una vez más y alzó los ojos enrojecidos.

—No estés triste, joder. Pronto volverán los buenos tiempos. Anda —dijo dándole una palmada afectuosa en la espalda—. Lleva a la niña con las monjas, que está muy ilusionada con su confirmación. Le digo que salga —dijo, marchándose—. Pero no te olvides de ir por el camino de atrás, por Calima. Por mucha guardia que hayan puesto en las Quemadas, es lo más prudente. Dile al Abubilla que venga mañana. Y volved antes de la noche.

La última frase sonó ya detrás del chorro de la fuente. Antón, allá, fuera del portón, apoyado en el coche, las manos en los bolsillos y la gorra calada, parecía un novio resignado a que su novia tardara en arreglarse.

Después de avisar a su hija con la voz y un golpe de nudillos en la puerta de su cuarto, el marqués entró en su dormitorio y se encontró a Leonor tumbada en el suelo, boca abajo y con los brazos

en cruz. Sobre ella, en la pared, el niño Jesús iniciaba eternamente su desfile con la cruz al hombro.

—Leonor, con tanto rezo vas a coger una pulmonía.

Ella no contestó. Nunca lo hacía cuando estaba rezando. Don Luis se acercó hasta sus pies, que mostraban los talones marcados por las piedrecitas que ella introducía en sus zapatos para mortificarse. Observó las pequeñas heridas, los tobillos pequeños, la piel pálida de sus pantorrillas que se iba escondiendo bajo el camisón, y se arrodilló ante las piernas abiertas de su mujer. Ella no se inmutó. Con la cara pegada al suelo, murmuraba una letanía. Don Luis, inclinando la cabeza, atisbó los muslos de su mujer por debajo de la ropa. La oscuridad creciente de esa carne le incitaba a desnudarla. Pensó en la forma de aquellas ancas ocultas. En su curvarse hacia un vértice aún más oculto. En el olor que allí se guardaba, cada vez más viejo. Fuera sonó el motor del coche. Su hija y Antón se iban a las Quemadas.

—¿Qué haces? —dijo Leonor de pronto.

—También rezo.

—Pues vete a otra parte. Ahí me pones nerviosa.

—Tú reza. Ya me voy.

La letanía volvió a oírse como un río que no se hubiera detenido nunca.

Desnuda, con los brazos en cruz, de espaldas, don Luis la violentaba. Le sorbía el rezo desesperadamente. La penetraba, con rabia, partiéndola.

—Luis, anda, déjame rezar tranquila.

Leonor juntó las piernas y el borde inferior de la falda se deslizó un poco más hacia los tobillos.

—Estoy terminando —contestó don Luis, que continuaba arrodillado y fingiendo un rezo.

Por detrás, como con la Rubia. Pero ella no, Leonor siempre huía, la persiguiera por detrás o por delante.

—¿Has visto al obispo? —preguntó don Luis, incorporándose y tumbándose en la cama.

—Esta mañana. Déjame ahora. Luego te lo cuento.

El río de letanías volvió a sonar. Leonor, en cruz sobre el suelo frío, extenuaba su pasión de adoratriz. A su lado, en la cama con los brazos abiertos, don Luis miraba el techo. Los vapores del vino le velaban los ojos. Pronto, junto al rumor del rezo saltaron los ronquidos.

A la caída de la tarde, la Plaza de Rosas era un balcón hacia la

humareda roja del poniente: las nubes eran brazos alargados que, desde las colinas de las Quemadas, hacían por tocar el cenit del cielo deshilachándose en ascuas carmines y añiles, como en un pasar de fantasmas. Don Luis, planchado el traje blanco y engominado el pelo azabache, miraba el crepúsculo apoyando los brazos en la baranda de hierro. Imaginaba la belleza de aquella tierra en manos de los diablos y le ardían las entrañas. Una feroz determinación llevaba desquiciándole durante meses. Ahora por fin comenzaría a cumplirse. Sus ojos negros reflejaron un instante el crepúsculo mientras se puso en camino hacia la calle de las Luces, que era el trayecto más corto para ir a la Casa de los Cascabeles.

Los tacones de madera de sus zapatos resonaban en el empedrado. Al pasar por delante de la Casa de Luces miró el sitio, a la derecha de la puerta, donde cada jornada Manuel Juanmaría serenaba su protesta silenciosa. Durante un momento sintió la mordedura de la culpa por haber exigido el despido de aquel hombre. La guerra es la guerra, se justificó. Alguien tiene que ser cruel por el bien del conjunto.

—¡Judas Nepote! —se oyó de pronto.

Era un grito de mujer en la calle desierta. Don Luis, sobresaltado, se detuvo. No lograba ver a nadie. Habría venido desde alguna ventana. Pero todas estaban vacías.

—¡Tirano!

Don Luis reanudó el paso. Ésa había sido voz de vieja. Sabía que, desde las ventanas en penumbra, los ojos que le vigilaban eran los mismos que admiraban diariamente la protesta de Juanmaría.

Tendría que poner fin a esos desórdenes. Necesitaría hombres responsables que le ayudaran. Hombres necesitados para tenerlos firmes. Hombres de clase.

—¡Satanás!

Don Luis aceleró el paso. La luz crepuscular se reflejaba en su espalda blanca. Aquellas mujeres no le comprendían. Los satanases eran los otros. Pero, ¿Manuel Juanmaría lo era? Sí, también él, todos. ¿No se convirtió Luzbel, el favorito de Dios, en Lucifer por el poder de la llama? La llamada de fuego. Lo que tortura las almas en un perseguir de quereres, de poder. Diablos. ¿También yo lo soy? Sí, pero justicieramente. Pues, mientras aquellos se endiablan por ataque, yo me desangelo en mi defensa.

Don Luis se iba convenciendo poco a poco mediante un interpretar alucinado de viejas homilías. Abandonada la calle de las Luces, cruzó callejones y desenredó una ruta de calles blancas y estrechas, decoradas con rejas y geranios. Encontró algunos gatos,

algún anciano que, con sombrero, bastón y vestir humilde, daba el paseo vespertino. Uno de los gatos maulló y uno de los ancianos le saludó con la cabeza. Nadie volvió a insultarle y, antes de llegar a la Plaza del Mercado, se detuvo en el ensanche de una calle.

Delante de la cancela de la Casa de los Cascabeles estaba aparcado un automóvil azul. Don Luis nunca lo había visto antes en Vulturno. Un hombre vestido con traje de color crema estaba asomándose desde el exterior del coche por la ventanilla bajada. A través de la luna trasera se distinguía la silueta de una mujer tocada con sombrero. Don Luis sintió un vuelco de su corazón. Antonio el Juez acababa de incorporarse y se disponía a entrar en el asiento del conductor. Entonces se encontró con la mirada de don Luis. Alto y atildado, Antonio el Juez pasó de la alarma inicial a una sonrisa de satisfacción. Luego, entró en el coche, lo arrancó y se fue con la desconocida.

Don Luis se acercó a la cancela verde y tiró del llamador. Inmediatamente, se abrió una pequeña mirilla y, a continuación, una de las hojas de la cancela. El marqués puso un billete en la mano de un hombre de mediana edad, que vestía un traje gris y una corbata pomposa. Sus ojos eran opacos y pequeños, atopados. Tenía el pelo blanco y, bajo el bigote espeso del mismo color, una sonrisa que sólo se dibujaba para agradar a sus superiores. En cuanto éstos le daban la espalda, esa sonrisa se borraba y en su boca aparecía un gesto serio, como de desprecio.

—Tu propina, Bermúdez —dijo don Luis—. Pronto vendrá un sujeto llamado Nazario Ortiga. Es amigo mío, déjale entrar.

Era una escena que se repetía muchas tardes al comienzo del famoso paseo de guijarros blancos, cuyos bordes estaban sembrados de mirtos y rosales. A los lados del paseo había pedazos de tierra cultivada donde crecían unas tomateras y algunos manzanos; al fondo, se elevaba una casa blanca de dos pisos bajo tejas rojas, cuyas paredes estaban decoradas con piedras de río, grises y negras: la Casa de los Cascabeles.

Aquella casa hacía las delicias de los principales de Vulturno. Sus altísimos precios aseguraban una clientela exquisita y mucha discreción. El resto de la ciudad se lo imaginaba todo pero a ciencia cierta no podía saber nada de lo que ocurría allí dentro. Cuando sonaban los cascabeles, los niños se juntaban en el exterior de la cancela para mirar la chimenea empedrada, lo único que podían ver de la casa, y jugaban a adivinar cuál podría ser la causa de aquel sonido.

Al principio, justo después de que doña Rosario volviera de París

acompañada de una joven rubia y muy guapa para instalarse en la Casa de las Piedras, —que después un rumor general rebautizaría «de los Cascabeles»—, la curiosidad de las gentes hizo que, frente a la cancela verde, se fueran deteniendo los viandantes cuando aquéllos sonaban. Se oía uno, a partir de la caída de la tarde, como de gato. Más tarde, otro se le unía. Los testigos, apoyados en la pared de la calle, iban viendo cómo llegaban al lugar los elegantes. El marqués de la Santa había sido de los primeros en frecuentar la Casa. A veces era como si sonara una orquesta de cascabeles, cada uno con su propio ritmo, aunque no era raro que, influenciados unos por los otros, se acabaran conjuntando.

Después de las curiosidades primeras, las mujeres empezaron a prohibir a sus hijos que se acercaran por allí. Habían visto a doña Rosario acompañada de doce jovencitas, todas vestidas de salón, con sombrero y un quitasol en la mano. Salían por las mañanas, atravesaban la puerta de la ciudad que hay en la Plaza del Mercado y daban un paseo por el campo. A su regreso hacían la compra. Una iba a los puestos de verduras, otra se encargaba de las carnes, doña Rosario elegía unas telas para una cortina o para un traje. Las tenderas les tenían cariño. Eran tan sofisticadas y simpáticas, como de revista. Los hombres humildes les sonreían; sus mujeres se lo perdonaban. Los pequeños burgueses intuían que ellas eran algo que nunca podrían comprar y hacían como si las despreciaran. Si algún rico pasaba por allí, fingía no verlas. Luego todas se encerraban en la Casa y nadie pensaba ya en ellas hasta que se comenzaba a oír el primero de los cascabeles. Sólo unos pocos habían comprobado cuál era la razón. Y ellos, por el bien que les traía, se guardaban mucho de contárselo a nadie.

La cancela se cerró a sus espaldas y don Luis, complacido con el crujir de los guijarros blancos bajo sus zapatos del mismo color, caminó hacia la casa. Una señora entrada en carnes y en la quinta década salió a recibirle. Tenía la nariz aguileña, los ojos claros chispeantes y labios sonrientes y muy pintados. Vestía a la última moda de París.

—Mi querida madama —le dijo don Luis al tiempo que besaba la mano que ella ofrecía. Bermúdez, que venía detrás, saludó con mucha adulación y se encaminó hacia la casa.

—Don Luis, qué desgracia —exclamó ella sin dejar de sonreír y llevándose a la frente la mano que el recién llegado acababa de besar.

—Cuénteme, Rosario —ella era la única persona del mundo a quien él no tuteaba—. Qué ha ocurrido.

—Prepárese para un golpe, don Luis. Ayer me enteré de que su decisión era irrevocable. Ya sabe usted el carácter que tiene.

—¡La Rubia!

El rostro de don Luis se encendió. Inspirando hondo, alzó las cejas y arrugó el ceño. Doña Rosario se abrazó a él.

—Se ha ido —le susurró al oído.

—Cuándo.

El marqués sentía el latir de pájaro del gran corazón de la señora bajo los mullidos pechos que se le apretaban.

—Ahora mismo.

Don Luis, en la náusea del silencio, percibió un olor de rosales mezclado con el perfume oriental de la madama.

—¡Con Antonio el Juez! —comprendió, apartándose de la señora.

Detrás de los manzanos, en el porche de la Casa de las Piedras, había gesticular de brazos, humo de cigarros, caprichosas carcajadas.

—No armemos escándalo —sonrió doña Rosario—. Ahí detrás hay señores que ahora querrán saludarle. Caminemos hacia la cancela.

La primera brisa nocturna corrió por encima de la hilera podada de arrayanes. En el cielo, una nube azul oscuro rayaba la última claridad del día. Los guijarros parecían grillos bajo los pasos lentos.

—Sabe usted que don Antonio no venía por aquí —relató la madama—. No porque él fuera en absoluto un puritano.

—Sé por qué no venía.

—No quería verlo ni en pintura. Pero, la semana pasada, cuando se supo que usted la pasaría en las Quemadas ordenando este desorden a lo Robespierre de nuestros días, él se dejó caer por aquí.

—Ese cobarde…

—Estaba sentado en el porche. Se conoce que la Rubia lo vería por la ventana y, haciendo lo que nunca hizo, salió a seducirlo. Ya ve usted, ella, a la que siempre había que ir a buscar. ¡Cuántas veces usted tuvo que deshacer sus mohines para subirla al cuarto! —la madama, sabiendo que le hería, se vengaba del Amo fanfarrón —. ¡Usted y todos, claro! El único flechazo que le he conocido a la Rubia ha sido con don Antonio. Yo la vi venir con ese andar de gato que tiene sobre dos pies.

Sandrine, la Rubia, tenía también ojos de gato, esmeraldas en cuyo centro nadaba un pez azul. En su piel se había diluido una esencia de rosa y perfilaba los labios con un rojo sangre. Se movía con gracia natural y felina. Desgarraba a sus víctimas con una

caricia mucho antes de que poseyeran ese cuerpo por el que tanto habían pagado. Algunos salían de la habitación sin haberse quitado la ropa, sonriendo como si hubieran tenido en sus brazos, durante un instante, a una Virgen María pintada por Rafael. Otros la poseían, para domar la fiera, con látigos apasionados, con mordiscos feroces. Si le dejaban alguna marca, pagaban más por ella. Eran las tarifas de madama Rosario. Sus niñas, como ella las llamaba, tenían que estar inmaculadas para el próximo cliente.

—Si alguno me las quiere marcar, como está acostumbrado a hacer con el ganado, habrá de pagar cada día que dure la marca.

Los ricos vulturnianos habían oído decir a la madama esa frase en numerosas ocasiones. Como la Rubia le había escuchado tantas otras la siguiente:

—Tendríamos que habernos instalado en la capital, en lugar de en esta ciudad de catetos, ¿verdad que sí?

Sandrine, la Rubia, asentía con un suave movimiento del mentón. Meciéndose en un sillón de mimbre, se hastiaba del tranquilo lugar donde vivía. Recordaba sin nostalgia los tugurios de París, de donde doña Rosario la había rescatado a condición de que la ayudara a montar en Vulturno un lupanar exquisito. Hija de un navegante normando que nunca regresó del mar, tuvo como sola herencia la belleza y, con ella, bendición o condena, había marchado a la capital de Francia en busca de fortuna. Primero, los rufianes la encumbraron soberana de las noches del Barrio Latino, sobre un trono de tabaco, botellas y monedas fraccionarias. Después, doña Rosario hizo de ella una refinada musa con la que soñaba el gran señorito, don Luis Sánchez de León y Bontempo. Por fin, el amor se la había llevado en un automóvil. Madama Rosario, serena tras una noche de lágrimas, la había visto irse con sus andares de gato.

—Don Luis, me parece increíble. Van a casarse. Antonio el Juez se ha convertido en su príncipe azul. En el fondo, me alegro por ella.

El Amo callaba. Cerraba con los párpados la transparencia del dolor que sentía. Sus labios, un rombo apretado, apuntaban al lucero de la tarde, Venus. Ahora comprendía la sonrisa de Antonio el Juez, hacía un momento, en la puerta de la Casa de los Cascabeles. Lo veía otra vez, erguido en su traje crema, mirándole con ojos alegres. Aquélla era la sonrisa de la victoria y era la sonrisa de estar venciendo sin que el enemigo lo supiera todavía. Ella habría entrado en el coche un instante antes nada más. El juez, por los pelos, le estaba robando delante de sus narices su tesoro más

preciado.

—Sin la Rubia esta Casa no se hubiera distinguido —continuaba la madama, afectando la palma de la mano hacia atrás—. Eso sí. Se ha marchado dejando buena escuela.

La campana del llamador llenó el aire y, al instante, los pasos de Bermúdez sobre los guijarros del paseo.

—¿Qué tal éste? —preguntó don Luis aprovechando la ocasión para cambiar de tema.

—Éste es un pájaro —susurró la madama—. ¿Sabe cómo le llaman ahora las niñas?

—El Buitre.

—Eso era antes. Ahora le llaman Vilmúdez —Don Luis hizo un esfuerzo para sonreír—. Se lo dicen en la cara. Él nunca está muy seguro de si le han llamado por su apellido o no. Pobre, la verdad es que se lo ha buscado él solito.

—No sea perversa, doña Rosario, que lo tiene usted bien empleado.

Doña Rosario no contestó. Pasaba junto a ellos, con andar cansino, el contable de la Casa de los Cascabeles, que hacía las veces de mayordomo. Les hizo una mueca aparatosa que se borró en cuanto les hubo dado la espalda.

—Ya no —volvió a hablar la madama—. Ahora debe darme el dinero a mí.

—¡Le robaba!

—No, nada de eso. Pero, a la hora de pagarle a las chicas, les retrasaba el pago si no le hacían algún favor sexual. El típico contable que intenta aprovecharse de su poder. Ya estaba bien. Le he degradado y ahora he vuelto a llevar yo las cuentas, como al principio.

—¡Vilmúdez! —rió el marqués.

La noche iba tiñendo los guijarros blancos.

—¿Y qué va a hacer ahora usted con él? —preguntó don Luis al oído de la madama.

—Alguien tiene que abrir la puerta y servir las bebidas… Pero me sigue ayudando con las cuentas.

Desde la cancela, regresó el mayordomo de la Casa de los Cascabeles acompañado por un nuevo cliente.

—Doña Rosario, le presento a Nazario Ortiga, el gran intelectual de Vulturno.

—Su presencia en esta casa era muy deseada —contestó coqueta la madama mientras Nazario le besaba la mano:

—Yo ya estaba presente de ánimo.

—Pues ya es hora de que te estrenes con el cuerpo —intervino don Luis—. Anda, vamos hacia el porche.

Allí, sobre el suelo de mármoles, bajo una pérgola donde se enredaban las hojas de parra con los racimos de uvas colgantes, estaba bebiendo fino alrededor de una mesa un escogido grupo de elegantes. Era una noche rara, llena de novatos que escuchaban a don Juan, el director de la Compañía Eléctrica Vulturniana, S.A., en su explicación de cómo funcionaba la Casa. Don Juan, con su barriga de buda y los dedos pesados de brillantes, con su cabeza con tres pelos repeinados y su nariz de gancho, parecía un boxeador que hubiera devenido en patriarca. Repantingado en la silla y fumando un gran puro, hablaba entusiasmado con voz cascada y grave. Echados hacia delante, dos pollastrones acicalados, menores de veinte años, se estiraban de atención saboreando nerviosos las emociones que aún les esperaban. Eran los hermanos y gemelos Huesa, sobrinos del obispo, que venían por primera vez comandados por la gran promesa de la golfería vulturniana, el Rey Gallardo, como le llamaban los aduladores, ya estrenado en los lupanares de madama Rosario. Pelirrojo, pecoso y con mirada maliciosa, corroboraba tieso como un gallo las palabras de don Juan. En otra silla estaba Enrico Bellimbusto, muy bien compuesto en su uniforme negro. Los rizos de su cabello hacían simetrías con el entramado de la parra. Se levantó, alcoholizado y alegre, cuando vio llegar al nuevo cliente del fascismo que durante el almuerzo le había comprado un avión de guerra.

—¡Don Luis, amico mío! ¡Questo é tan bello come le ville romane! —exclamó abrazándole. El resto de los reunidos también se levantaron para saludarle.

—Hombre, Juan, qué alegría verte. Qué tal.

—Pues, nada, aquí, contándoles a los muchachos el sistema de los cascabeles.

—Sentaos, sentaos. Me parece perfecto. Pues cuéntaselo de paso a mi amigo Nazario, que también se estrena.

Pronto estuvieron todos sentados alrededor de la mesa. La madama había entrado en la casa a pedirle a Bermúdez que trajera nuevos vasos y otra botella. Don Juan, gesticulando castizo con sus manos adornadas, volvía a explicar el asunto:

—Vamos a ver. Esto es muy fácil. Cuando les entren las ganas, se suben para arriba, a la planta dos, que está llena de habitaciones a un lado y otro del pasillo, diez en total. Ustedes pegan la oreja a la puerta y si no se oye el cascabel, entran para dentro. Si se oye el cascabelito es que está ocupado por cualquier otro cliente. No hay

modo de equivocarse.

—Pero… pero entonces… uno no elige señorita —tartamudeó pardillo uno de los hermanos Huesa.

—Se-ño-ri-to —retintineó el flamenco buda tras una bocanada de habano—, cada jardín tiene sus flores y cada jardinero sus normas. La exquisitez de esta casa estriba, entre otras muchas virtudes, en que cada puerta esconde una auténtica perla. Aquí hay nivel para sultanes. Al abrir la puerta, la sorpresa añade placer. Es como una aparición, un sueño. Ya no, y esto sí que es una desgracia, pero, por si fuera poco, al pasar a la habitación uno podía ser el afortunado de encontrarse a esa señorita que habéis visto marcharse, perdonándote la vida con una mirada que te derretía. Aunque últimamente la verdad es que la niña subía muy poco.

Conmigo sí que subía, se entristeció el marqués. Se iluminaba de recuerdos. La madama siempre le soplaba en qué habitación estaba la Rubia, o acordaban alguna para que ella subiera. Él, gracias a su poder, era la excepción. Pero la Rubia cada vez se negaba con más rotundidad a trabajar de prostituta, por mucho dinero que ganara con el alto salario de la Casa y las propinas que recibía. Don Luis la recordaba de rodillas sobre la cama, con las manos en el colchón, sosteniéndose con los brazos estirados. Su cuerpo era como el de una cálida y suavísima estatua esculpida por un griego de manos refinadas y lascivas. Sus nalgas ofrecían una radiante herida que imantaba el vuelo de la lengua. La Rubia volvía la cabeza, sonreía y de sus ojos se iban disparando, soles azules, los rayos del odio.

Los perdularios devoraban los platos de jamón serrano y seguían vaciando las botellas de fino.

—Para cumplir bien, la tripa tiene que estar a gusto —sentenciaba el director de la Casa de Luces.

—¡Senza vino dové la bravura!

Nazario, alegre de vapores y pedante en el gesto, estaba sentado al lado del petimetre del fascio.

—Desconozco, mi buen italo, si significa usted el vigor del cuerpo o la valentía del ánimo.

—La bravura! —culminó Bellimbusto levantando el brazo.

Y en el corro romano se alzaron los brazos.

—A los novatos los apadrino yo —se exaltó don Luis sobre su tristeza.

—¿Y qué pasa con los reincidentes? —chuleó el Rey Gallardo—. ¿No tenemos también derecho a padrino?

—Un putero joven es siempre un novato —don Luis vació otra

copa de fino—. Vosotros vais a ser mi tropa. Necesito gallos para domar el corral. De ésta saldréis muy favorecidos. ¡Os invito a todos a una señorita! ¡Son teta de novicia!

—¿Siguen chungas las Quemadas? —se interesó el Rey Gallardo.

—¡Amotinadas! Pero aquel amigo —señaló al italiano— y yo las vamos a hacer volar por los aires.

—Como a serpientes.

—Como a víboras. ¿Qué se sabe del Juanmaría? —don Luis se dirigió a don Juan— ¿Sigue insultando mi buen nombre?

—Se sigue presentando cada día en la Casa de Luces. Con la boca muy calladita, se apoya contra la pared al lado de la puerta. Se está allí hasta la hora de cerrar. Todos los trabajadores están de su parte. Habría que readmitirlo, don Luis. Es un buen hombre.

—¡Es un diablo! ¡Un agitador!

—Según yo sé, es persona pacífica. Los diablos están organizados en el Sindicato de las Quemadas —don Juan pegaba, nervioso, la mano anillada al corazón—, él se mantiene al margen y no se casa con nadie.

—¡Él es el jefe en la sombra! —tronó don Luis.

—A ése le doy yo el tirito de gracia.

El Rey Gallardo lo había dicho con una media sonrisa y poniéndose el índice en la sien.

—Bien dicho. Y a ti, Juan, no quiero volver a oírte defender a ese hijo de puta.

—Se lo prometo —dijo don Juan levantando el antebrazo y mostrando la palma en señal de juramento.

Enrico Bellimbusto, al verlo de reojo, estiró el suyo en saludo fascista.

—¡Viva el imperio nuovo!

—¡Viva!

Todo el corro de legionarios beodos había levantado el brazo.

—Vaya espectáculo de niños.

Doña Rosario, saliendo de la Casa, acababa de aparecer en el porche. Con los brazos en jarras, parecía sujetar en su cintura su acampanado vestido.

—Bermúdez no para de sacaros botellas y luego ya sabéis lo que pasa.

—¡Que se entristece la churra! —se desgañitó uno de los hermanos Huesa.

—Dadle agua a ese pollastrón, que no es éste un lugar para chillidos —se enfadó la madama—. Y un poco más de diligencia, que se os van a dormir las niñas.

Igual que un destacamento de exploradores se dispone a tomar una casa enemiga y, divididos en grupos, uno corre valiente y sin prudencia ofreciendo el cuerpo a las balas, y otro, agazapado y sigiloso, avanza despacio escaleras arriba, vigilando el movimiento de cada sombra, atisbándolas entre los barrotes de la baranda, así fueron subiendo, desde el porche hasta el piso superior, los clientes que aquella noche adornaban la Casa de los Cascabeles.

Subió don Juan, decidido, instruyendo a los hermanos Huesa, atolondrados. Se oyeron pasos torpes, dos preguntas imperiosas y poco después el primer cascabelear, trino, de aquella noche. Subió el Rey Gallardo en ágiles y veloces zancadas, repeinándose por hábito los rojos cabellos con un rápido movimiento de la mano. Subió en tenguerengue Enrico Bellimbusto. Hacía eses por la escalera y se apoyaba ora en la baranda, ora en la pared empapelada con estampas parisinas. Subió Nazario, entre risas nerviosas, frotándose las manos. Seguía la espalda inmaculada de don Luis que, domando el alcohol que hervía en sus venas, se erguía melancólico y maquinando un capricho con su furia. Subían los deseos. Subían, civilizados, los animales amorcillos. Subían los dineros, garantes del trueque de amor, bien doblados en las carteras. Una parte serviría de propina a cada meretriz. Otra, siempre sustanciosa, le sería entregada a doña Rosario una vez hecha la cuenta de los vinos.

El pasillo era amplio y profundo. Tenía a cada lado cinco puertas de madera tallada, con bajorrelieves de ninfas perseguidas por sátiros y, al fondo, había una estatua de Venus desnuda con un velón encendido a sus pies. En el aire cruzaba, siluetas sonoras, un tintinear de cascabeles.

—Entra ahí mismo —dijo don Luis a Nazario, después de pegar la oreja en dos de las puertas—. Yo estaré en aquella habitación. Ven cuando termines.

—¿Para qué quiere usted que violente su altar particular? Creía que en esta Casa cada uno tenía el suyo.

—Y así es Nazario. Pero hoy quiero aliviar mis penas y tengo ganas de divertirme. Tú ven y no te preocupes, que voy a necesitar de tu sabiduría literaria. No te des prisa. Tarda lo que quieras.

Y la alegría de Nazario enseguida quedó plasmada en el movimiento de su mostacho cuando, al abrir la puerta, contempló a la moza que le aguardaba, mientras que Don Luis entró en la otra habitación y se estuvo allí, preparando a la prostituta que le había tocado, hasta que al cabo de un rato llegó Nazario.

—Por fin —exclamó don Luis—. Ya estábamos inquietos esta

niñita y yo.

Nazario, ebrio y exultante, cerró la puerta. Tumbada boca abajo sobre el colchón, una mujer muy joven volvió la cabeza hacia él y le sonrió encantadora. Tenía los ojos almendrados, el pelo rizado y negro, la piel como recién nacida, que había recibido muchos cuidados y pocos sinsabores. Sus manos estaban atadas con dos pañuelos al cabecero de la cama, del que también colgaba un cascabel, y en sus tobillos estaban anudados unos cordones de seda que la sujetaban, perniabierta, a las patas traseras del somier. Don Luis, sentado tranquilamente en un sillón, cubría las vergüenzas con una sábana blanca que se había dejado caer sobre las ingles a la entrada de su amigo.

—¿Verdad que es hermosa? —dijo don Luis, mirándola complacido, corpulento en su desnudez blanquecina y fofo en la barriga, en el pecho y en los brazos. El rombo de sus labios sonreía y, tras sus ojos de piedra negra, estaba la imagen de Leonor, tal como rezara horas atrás, tumbada en el suelo boca abajo, con los brazos en cruz y las piernas abiertas.

Nazario, boquiabierto, bombín en mano, se limitaba a observar la escena.

—Nazario, no me va a importar que mires o que cierres los ojos. Tú mismo. Luego te la dejo. Pero, antes quisiera, mientras yo monto a esta bella señorita, que me recitaras un poema erótico, de esos que yo sé que sabes. No tienes por qué entenderlo… Lo que te pido no es sólo un capricho.

—No otra cosa, mi buen don Luis, imagino yo, pedían los antiguos emperadores romanos a los poetas de su corte para acompasar los ritmos del amor con los del verso. Así que accederé con gusto a su deseo, como si fuera usted un Nerón de nuestros tiempos, y sospecho que al menos lo es en cuanto al conocido refinamiento que aquél alcanzó en sus placeres.

—Nazario, el vino te ha sentado mal y te hace hablar como el peor de los curas. Pero no creas que me disgusta. Todo lo contrario, esas maneras le vienen muy bien al favor que te pido.

—Pues, entonces, sea —contestó Nazario, avanzando hacia el sillón, del que se levantó don Luis para cederle el sitio.

Don Luis se arrodilló entre las piernas de la prostituta y, acariciándole las nalgas, le dijo a Nazario:

—Comienza.

—¿Tiene predilección por algún autor? —preguntó aquél, mientras le daba la vuelta al sillón, de manera que quedara de espaldas a la cama—. Mejor así, don Luis, que el pudor me obliga.

—Como tú estés más cómodo, Nazario —dijo don Luis sin dejar de acariciar aquel maravilloso cuerpo femenino—. Y el autor que tú quieras, que yo soy un ignorante, que no hay tiempo para todo.

—Bien —respondió Nazario, ya sentado en el sillón—. Creo que servirán unos sonetos muy consonantes con esta ocasión, escritos por Francisco Villaespesa, poeta de nuestro Parnaso. Y el primero dice así:

«El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje…
Y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.»

—la voz de Nazario se alzaba pomposa sobre el suave cascabelear que producía la vibración de la cama donde el marqués gozaba a la señorita—

«La onda azul al morir suspira queda;
gorjea el ruiseñor entre el ramaje;
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje
en la sombra nupcial de la arboleda.»

—el jadear de los cuerpos se iba cruzando con los ritmos endecasílabos y, Nazario, bajando la voz, entretejía los murmullos—

«Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala, cándido abanico,
acarició los senos y el cabello…

Leda dio un grito y se quedó extasiada…
Y el cisne levantó rojo su pico
como triunfal insignia ensangrentada.»

En el crecer de los jadeos, un olor a sexo y a alcohol evaporado del estómago fue viciando el aire. Nazario, cerrados los ojos, se extasiaba. El cascabeleo de la cama se mezclaba con el que venía de otras habitaciones y con el recuerdo de la puta con la que él tanto había disfrutado hacía unos pocos minutos. Impulsado por el latido de una nueva erección que quería nacer debajo de sus pantalones, recitó bajo la luz interior de un arrebato:

«Enferma de nostalgias, la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,

tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, con el cabello al viento,
y embriagarse de amores en el Circo sangriento
con el vino purpúreo de la vendimia humana.»

—Nazario, soñando las imágenes del verso, sonreía entre el gemir creciente y el bailar violento de los cascabeles. Por fin erecto, se había incorporado del sillón y, bajándose los pantalones, metió la mano en sus calzoncillos y, meneándola al ritmo del alejandrino, declamó—:

«Sueña… Un león celoso salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces… A la bacante mira,

salta sobre sus pechos, a su cuerpo se abraza…
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna… y sonriendo expira!»

Y al acabar el verso, el pene de Nazario despidió un rayo blanco que fue a dar en el rostro de uno de los sátiros tallados en la puerta; don Luis, en el apogeo de su bramido, cayó de bruces sobre el cuerpo de la hermosa joven que aún quiso soltar un profesional maullido; y, atraídos por los ecos, en un callejón de la noche vulturniana un grupo de niños se reía del aire que rodeaba la Casa de los Cascabeles.

(*Noche cerrada*)

Don Luis llegó tambaleándose hasta la puerta de su dormitorio, que estaba abierta, y buscó apoyo en el quicio. El codo doblado, la mano lacia y alcohólica, contribuían a crear la ilusión de que un muñeco de trapo, con manchas en el disfraz del traje, se paseaba insomne por el Palacio de Bontempo. Don Luis entrecerró las canicas, estriadas de venas, para controlar el borrón que miraba: la cama deshecha, Leonor ausente y, en la mesilla de noche, una vela encendida con una llama de mil rayos. Dibujando una ese alcanzó el lecho y, quitándose cada zapato con el pie contrario, el muñeco se tumbó y se puso a roncar de inmediato.

El Niño Jesús del estante, con la cruz al hombro, comenzó a desfilar a lo largo de la pared. «Un dos, un dos». Se oyó desde el cielo una advertencia divina: «¡Ojo con la legión romana de diablos!». Y el Niño, empuñando la cruz de madera como una ametralladora, hacía un simulacro de muerte: ¡Tatatatatatatá!

—¿Es así, Amo?

Don Luis miró a su izquierda. Bajo el Niño Jesús, que volvía a desfilar, «un dos, un dos», la Rubia estaba tumbada con el camisón de Leonor, el pecho contra el caliente suelo y, tomándola por detrás, Antón Mitra de obispo, preguntaba:

—¿Es así, Amo? ¡Es teta de novicia!

«Tatatatatatatá».

El Niño apuntaba contra la frente de Antón, y su cruz disparaba pequeñas cruces. Una volaba más allá de la nuca, habiéndola atravesado, y surcaba los cielos azules, las nubes deshilachadas. «Buena avioneta le he comprado al italiano», se dijo don Luis, que la pilotaba. Sobrevolaba las Quemadas y tiraba las bombas, y, al explotar éstas, del rebullir de polvo y tierra subían globos de plástico en cuyo interior había brazos de niños, manos de mujeres y, en uno más grande, escapaba hacia el cielo Manuel Juanmaría en postura fetal. Distraído al mirarlo, don Luis estrelló el avión contra una montaña, pero la piedra se hizo carne y el aparato la atravesó.

—Ahhhhhhhhhh. No lo atraparás nunca.

Era el alarido de Antonio el Juez, que se quejaba del agujero que le había hecho la avioneta en un muslo. Estaba arrodillado dentro de una fuente de asar, tostado y pringoso como una pierna de cordero.

Don Juan, vestido de abad, decía, abriendo los brazos:

—Ha de comprenderlo, don Luis, Juanmaría es un buen hombre.

Y escupía en el plato donde estaba Antonio el Juez. Se acercaron entonces Curro Sincero, Kilometrón Solar y Bellimbusto, hicieron el gargajo y lo lanzaron riendo hacia la boca del pozo desde cuyo interior don Luis les miraba. A través de la masa gelatinosa y transparente que le había cubierto, veía las caras enormes y las muecas de los que le habían escupido.

—¡Fuego! ¡Fuego!—se oyó.

Una multitud sin rostro sacaba agua del pozo y don Luis vino a aparecer dentro de uno de los cubos con que iban a apagar el incendio.

—Fuego, fuego —gritaba Leonor.

Y, don Luis, yah volabaahh en el aguaaahhh haciaaaahhhh laaaaahhhhh llamaaaaaahhhhhh pavorosaaaaaaahhhhhhh, cuando,

incorporándose en el lecho, preguntó con voz pastosa y aliento alcohólico:

—Qué pasa.

Leonor, despeinada y sudorosa, señaló la ventana. De pie ante él, se mostraba espectral bajo la penumbra rojiza que proyectaba en su rostro la luz de la vela:

—¡Arden las Quemadas!

Don Luis se levantó de la cama y corrió hacia el balcón, dejando atrás una brisa de olores rancios. Sobre la colina de la Santa, se alzaban las llamaradas. En la noche negra, parecían esos recortables con los que se simulan los incendios en los castillos de cartón piedra. Don Luis, entre la hoguera de las colinas y la llama de la vela que había en la mesilla de noche, padecía el conjuro de una simetría macabra. En la pared se agigantaba la sombra de la cruz del Niño Jesús. Ante él se había arrodillado Leonor y lloraba.

—Dónde estabas, Luis —repetía, gangosa.

—En mis asuntos —contestó él, dándole la espalda a ella y la cara al incendio.

—Te he, te he… —tartamudeaba, retorciendo la boca— estado bus-buscando por todas pa-artes.

—Eran asuntos de Estado.

—Noan, no han vu-elto.

Don Luis se giró alarmado:

—¡Quién no ha vuelto!

Leonor, haciéndose un ovillo en el suelo, sollozaba con hipos.

—¡Contesta! ¡Quién no ha vuelto!

Don Luis avanzó hacia ella y, cogiéndola de las mangas del camisón, la tiró sobre la cama.

—¡Vamos! ¡Di!

Leonor, cortando el llanto, lo miró desde la cama con los ojos muy abiertos, drogada de fantasmas:

—Magdalena, ¡tu hija!, y Antón. La cochera está vacía. He pasado toda la noche en vela de aquí para allá. ¡Y llevaban el dinero de las monjas!

LAS QUEMADAS

(*Día*)

Pasos largos, firme andar, tierra prieta y sombrear de encinas, polvo en vuelo y serpentear caliente. Manuel Juanmaría cortaba en atajos los ángulos de la carretera en el camino de las Quemadas.

Detenía sus ojos grises en la colina de Ambusta que a lo lejos, sobre la diagonal tostada de su lomo, marcaba las ruinas de un teatro en las estridencias azules de la primera hora de la tarde. Manuel Juanmaría sentía que la antigua ciudad romana estaba asentada sobre la joroba de un monstruoso animal —la tierra, el valle— que unas montañas de piedra, imponiendo su horizonte, aislaban del resto del mundo. Esas montañas protegían el sueño del asombroso animal dormido —el valle, la tierra— sobre el que se soñaba el río que lo dividía; unos cortijos que lo habitaban con olivos, trigales y hombres; el convento de la Santa oculto bajo pinares en las laderas del oriente; y, más sueño quizá que ninguna otra cosa, acechando el ocaso, la colina romana de Ambusta cien veces quemada.

En su trajín de pasos sobre los terrones secos que orillaban los sembrados, Manuel recordaba las palabras del viejo maestro, Mateo Cristalina, y lo veía de nuevo con su sonrisa de beato pagano explicar ante un chato de vino la historia de aquellas ruinas:

«Desde que la fundaron los primitivos, Ambusta ha sido pasto de las llamas. No se libraron de ellas ni los púnicos que controlaban desde la colina, como piratas que eran, las nuevas rutas del comercio; ni los romanos que vinieron después. A ellos les quemó la ciudad por primera vez el pastorcico Viriato, habiendo reunido en pos de una lucha común los esfuerzos que antes empleaban las tribus iberas en rencillas domésticas. Eran como zorros que se defendían atacando las ciudades de aquellos invasores que querían imponerles sus leyes y su lengua, por mucho que esa lengua sea este latín corrompido que hablamos y, esas leyes, el derecho que, a decir verdad, ha hecho más daño que bien protegiendo el altar de los ricos de la oración de los pobres».

Mateo Cristalina, con resuello de vejez y de oratoria, apuraba el corto de vino y se tomaba un rato para recuperar el aire:

«Has de saber, Manuel, hijo mío, que en la historia no hay vencedores ni vencidos, que a las civilizaciones las va quemando el tiempo con sus hombres en afanes de armas y de letras, con su soberbia de constructores, con su ambición de creadores, con una rabia capaz de las más crueles muertes para sus semejantes, para sus obras, para el entorno natural donde se informan; y de todo ello sólo resulta la gran victoriosa: la desolación de todo lo impulsado por el hombre; la fuerza invasora de todo lo impulsado por la naturaleza. Mira lo que queda de la gloriosa Ambusta».

Manuel Juanmaría volvía a mirar las ruinas del teatro y las detallaba en su memoria: las piedras porosas y gastadas de los graderíos, el escenario desperdigado en el espacio que ocupaba, como si un puzle de roca hubiera sido roto y deformada cada una de sus piezas, y también, ya perfectamente perfilado a la vista del camino que Juanmaría llevaba, en mitad de la colina, el gran arco en pie del muro del proscenio, que aguantaba el peso del cielo y de la ruina que le roía los adentros de sus piedras irregulares, recortadas rectas en el ayer:

«Mira lo que queda de la gloriosa Ambusta. Los viejos ciudadanos del Imperio, mientras que la gloria de Roma se perdía, la vieron quemarse otras cuantas veces, como si tuviera mecha que enciende el malfario. Pero no es la mala suerte. El fuego obedecía a un sentido oculto de justicia, como la ley invisible que hace girar los astros. Se quemaban una y otra vez los usos de la sociedad que habitaba Ambusta, con la civilización que heredaba. Las llamas que lamían el teatro, el foro, los graneros, eran lenguas que hablaban fuego para decir que todo aquel vivir de hombres no era más que injusticia en la desigualdad y falta de libertad en el poco poder de unos frente al inmenso de otros. Ojalá».

El anciano se restregaba los ojos cansados:

«Ojalá existiera ese reajuste de justicia de manera natural, como ocurre con las placas de la tierra cuando hay un terremoto. Ambusta se quemaba una y otra vez por guerras, venganzas y torpezas. Y al final de la época romana, tras la fundación de Vulturno, Ambusta fue abandonada poco a poco».

Y, mirando fijamente el vaso vacío de vino, sujetándolo con los dedos índice y pulgar de ambas manos, comenzó a recitar con un tono entre artificioso y melancólico:

> «Estos Fabio, oh dolor, que ves ahora
> campos de soledad, mustio collado
> fueron un tiempo Itálica famosa».

Y, cambiando el genio, la mano venosa y arrugada dio una palmada en la mesa:

«Pero, ¿sabes lo que te digo, Manuel? Que hay que seguir quemando».

Manuel Juanmaría, en su caminar sin tacha, se quitaba la gorra, se secaba el sudor de la frente y escuchaba el vacío de su estómago, sorteando unas zarzas y volviendo a encontrar la carretera. Pensaba ahora en su cuñado José Cid quien, después de arrendar a los Sánchez de León el campo de Ambusta, al construir la casa había encontrado gran cantidad de trigo quemado en la tierra removida. «Esto es mala pata, Manuel. He ido a poner los cimientos en el granero de unos difuntos.» Y era verdad que Mateo Cristalina decía que esos granos achicharrados debían de ser de la época romana. Y José Cid no, pero sí su mujer, María Orantes, se lamentaba de que su cortijo tuviera aparecidos. «Esto es por lo del granero, Manuel, que seguro que se murieron en el incendio.»

Manuel Juanmaría bebía los vientos de la colina de Ambusta. Era el lugar que él prefería del poco mundo que había conocido. Allí, durante un amanecer de julio, hacía ahora un año, había establecido casarse con Ángeles Orantes. Ella había consentido la cita en las gradas del desmochado teatro. Manuel se apretó a ella. Desde el escote del vestido subió un olor a flores y la sangre, acelerando, les agitaba el pecho.

—¡Eh, monsieur!

Arrinconada contra un pilar de piedra, Ángeles Orantes, sujetándose en el cuello del hombre que la abrazaba, enlazó sus piernas alrededor de la cintura de aquél y, con ese impulso, la falda se descubrió hacia las caderas y en la frescura de la aurora surgió el calor de aquellos muslos, la suavidad de su piel hasta entonces prohibida.

—¡Eeehh, don monsieur, pareces tapia!

Manuel dejó de pensar en Ángeles y miró por fin a su derecha. Al margen del camino, sentado debajo de una encina estaba Carlos el Buhonero, con la espalda apoyada en el tronco y repitiendo su llamada con el brazo, mientras el burro que siempre le acompañaba, palomilla de pelaje y espíritu, nambí resignado a las alforjas, y matalón por el mucho viajar y el poco comer, pelaba los hierbajos de la sombra del árbol.

Manuel se acercó hasta ellos, con la chaqueta al hombro.

—¿Tienes sed, monsieur? —le dijo el buhonero alargándole una redoma con agua. Sentado con las piernas cruzadas, guardaba sobre el regazo media hogaza de pan y un triángulo de queso—. ¿Hace?

—ofreció alegre levantando cada uno en una mano.

—Hace —aceptó Manuel devolviéndole la redoma y mirándole a los ojos.

Carlos el Francés, Carlos el Búho, era natural de Calima, un pueblo aplastado sobre el valle que queda detrás de la colina de la Santa, donde también tenían origen los Juanmarías. Carlos el Francés era hijo de un comerciante cuyo abuelo llegó con las tropas napoleónicas, dejó embarazada a una calimeña, desertó, y fue tiroteado por los mismos bandoleros con los que pensaba integrarse. Por eso Carlos estaba siempre con la monserga de su origen y con el juramento de que cualquier día de estos emigraría de aquella tierra que había sido tan ingrata con su estirpe.

—Yo no sé tú —le decía a la gente—, pero yo sí que fui niño que vino de París.

—Pues será. Pero a ti no fue una cigüeña la que te trajo, sino un búho y muy oscuro —le contestaba algún abuelo ocurrente. Carlos era muy moreno de tez, tenía un pelo negro pegado a la cabeza redonda que parecía pintado de tan graso y aplastado; la nariz picuda; los ojos grandes, las cejas oblicuas de abajo arriba y terminadas en ángulo entrecejo, de tal manera que bien mirado su rostro parecía, más que cerrado por frente, culminado por frontón griego. Las gentes de Calima, Revellín, Vulturno y las Quemadas, nunca habían visto un buhonero al que, por su rostro, mejor le pintara el nombre.

—Monsieur —le dijo a Juanmaría—, tengo una cosa para ti en las alforjas. Siéntate, come un poco.

Como si fuera un juego de relevos, Manuel se sentó, tomó el pan y el queso de las manos de Carlos el Búho y éste se levantó para rebuscar en las alforjas del burro.

—Quieeeto, Palomiiiiino.

Sudaba el queso de calor; el pan estaba duro. Manuel mezclaba en su boca la dureza y la blandura y pensaba, poniendo la vista en la colina romana, que también se mezclaban en la vida, aunque desproporcionadamente, lo pétreo y lo tierno.

—Toma, monsieur, para que no te quejes.

Como si fuera un juego de relevos, como si la vida consistiera nada más que en un toma y daca absurdo, cambiaron otra vez los objetos que tenían en las manos. El buhonero, sentándose y apoyando la espalda en el tronco, volvió a roer los alimentos y el caminante contempló las flamantes botas que de pronto sujetaba: la piel fuerte y suave, el tacón de gruesa madera, los cordones de cuero, los remates de chapa.

—Pero, ¡cómo te voy a pagar esto! —preguntó Manuel, fundiendo alegría y sobresalto.

—¿A que son mejores que las que me encargaste? Pues son tuyas. No me debes nada —contestó Carlos sin dejar de masticar—. Esas botas las hizo tu padre. No te me asustes, verás. Resulta que cuando el otro día fui a la tienda del mío y le dije que el Juanmaría quería comprar unos botos por partes…

—Carlos, se dice «a plazos», que «por partes» tendría una vez la suela y otra el empeine de la bota y, así, me acabaría volviendo zapatero como lo fue mi padre.

—Pues a plazos —Carlos espantaba las moscas del queso. Entre las ramas de la encina iban apareciendo algunas avispas—. Bueno, pues mi viejo me dijo: «Así que el Juanmaría necesita unos botos» y, metiéndose para dentro del almacén estuvo revuelve que revuelve hasta que me trajo éstos que te he dado. ¡Cojones con la avispa! —el buhonero dio un manotazo sobre el queso y el insecto salió disparado hacia el árbol vecino—. Al parecer, mi padre le llevó al tuyo unos botos que le habían traído hechos trizas de Elche, para que los arreglara. A tu padre le gustó tanto la piel que se inventó unos nuevos, cambiándole la suela, que era mala, el metal de los agujeros esos para atar los cordones, y no sé yo cuántas cosas más. Entonces, ya sabes cómo era tu padre, le dijo al mío que los botos valían tal que así de caros y que este trato le hacía: que por su trabajo de zapatero no le cobraba, que él como tendero intentara venderlos al precio que se merecían, y que si no los vendía al cabo de dos años, se los devolviera porque a él le gustaban mucho, de su número propio. Y sucedió como él dijo. Todo el mundo en Calima quería estos botos tan bonitos, pero ninguno quería pagarlos porque valían tres veces lo que los botos normales. Esto se pone feo. —Varias avispas rondaban el queso. Carlos lo partió en dos mitades y le dio una a Manuel—. Toma, cómetelo tú mejor que ellas. Bueno, pues pasó el tiempo y aún no se habían cumplido los dos años cuando metieron a tu padre en la trena y, bueno, pasó lo que pasó. Mi padre, que quería de verdad al tuyo, guardó los botos al cumplirse los dos años, en espera de que saliera de rejas, y como eso no sucedió nunca, pues en el almacén las tuvo en olvido. Hasta el otro día. «¿Así que el Juanmaría quiere unos botos?» Se estuvo un rato buscándolos y cuando salió con ellos me dijo: «Dáselos, que son suyos y no se te ocurra trapichear con ellos, porque los hizo su padre». Bueno, y ahí los tienes. Ya puedes estar mudando esas alpargatas que llevas.

Manuel miraba emocionado aquella herencia y, a pesar del

hambre que tenía, se le hacía difícil masticar el queso. Se imaginaba a su padre en su taller de remendón ajustando las costuras. ¿Se acordaría de aquellas botas durante su agonía en la cárcel? Llevarlas sería caminar con el esfuerzo póstumo de sus manos. Lo veía de nuevo, con el pelo blanco y alborotado y las gafas un poco resbaladas sobre la nariz, escribiendo El Corsario de la Idea y repartiéndolo después, ilusionado y vehemente, por el pueblo y el campo. Veía de nuevo a la Pareja golpeándolo en la zapatería el día en que se lo llevaron a la cárcel, después de las huelgas de aquel verano. Veía de nuevo sus gafas rotas en el suelo. Ya iba para cuatro años. Manuel apretaba aquellas botas con un amor que no podía recuperar lo perdido y con la rabia de no haber castigado a los verdugos.

Carlos dio un grito y se puso en pie manoteando el aire.

—¡Me cago en el inventor de las avispas!

—¿Te han picado? —preguntó Manuel, saliendo de su ensimismamiento y levantándose también, despacio—. A ver… —se retiró unos metros del lugar donde un grupo de avispas triscaba sobre los peñasquillos de queso que se habían quedado en el suelo, y untó con una mezcla de saliva y barro la mano picada de Carlos el Francés—. Si las hubieras dejado en paz, culillo…

—Culillo, culillo, culillo de qué, señor monsieur —se enfadaba el Búho.

—De mal asiento, de qué si no.

—¡Tres picotazos, las muy putas!

—Las quejas no solucionan nada, Carlos —dijo, soltándole la mano—. ¿Sigues paseando los periódicos?

Carlos resbaló sus ojos de búho por aquel rostro:

—¿No los he llevado siempre?

Un rostro más tostado de lo normal, más grande y serio de lo normal:

—Me dijo don Mateo que la última vez le pusiste pegas.

—Ya sabes cómo están los tiempos. Ahora tengo que ir con cuidado por los caminos. La Pareja me registra cada dos por tres y, siempre les tengo que dar algo a cambio de que me dejen ir.

—Nadie ha prohibido El Corsario.

—Monsieur, tú sabes que la Guardia Civil no está a la orden de la República, sino a la del Amo.

—No lo llames así. Todos tenemos un nombre.

Las moscas zumbaban bajo la encina. El burro, orejas gachas, las espantaba con la cola.

—Luis Sánchez de León —continuó Juanmaría—. Hasta el «don»

hay que merecérselo.

—Bueno, por si te interesa saberlo, le he dejado al Asombradizo unos Corsarios en el Sindicato y también por ahí, por el campo, aunque no me he salido mucho del camino, los guardias tienen tomada la linde. Ahora me voy para Vulturno y luego a Calima, así doy la vuelta al ruedo. Lo que tenía que hacer es tirar para Francia de una vez por todas. Vente conmigo, monsieur. Aunque me han dicho que tienes a la Ángeles a punto de parir. ¡Vente con la trinidad completa!

—Ya me gustaría, Carlos. Pero por aquí queda alguna que otra cosa por hacer.

Manuel regresó hacia el tronco y se cambió las alpargatas por las botas.

—Pues tengo el mismo número que mi padre —dijo acercándose de nuevo al buhonero que ya estaba desatando el burro—. Toma, por si pueden valerte de algo —le dijo, alargándole las alpargatas.

—¿Y qué voy a hacer yo con esto?

—Dáselas a alguien, que hay quien ni tiene alpargatas.

Carlos el Búho sostuvo, pinzándolas con los dedos, aquel calzado roto y mugriento.

—No sé yo, monsieur. Me las guardaré para que no te enfades, pero hazme un favor a cambio.

—Dime.

—Alcánzame la redoma, que se me ha quedado con las avispas. Y diles de mi parte que pueden quedarse con lo sólido.

Medio avispero con estilo humano hacía nidos de hambre sobre dos trocitos de queso. Manuel, vigilándolo, tomó suavemente la redoma y se la entregó al buhonero.

—Gracias, monsieur. Oye, ten cuidado con el Abubilla. Ha salido de la Santa y anda por ahí buscando chivatos y traidores. Me lo he encontrado antes en el cortijo de tu suegro y, por lo que he oído, preguntaba por ti. ¡Te tiene una tirria desde que te casaste con Ángeles!

—Peor para él. No te preocupes, Carlos, que de nada puede acusarme todavía.

—Pues a la paz de Dios, monsieur —se despidió el buhonero poniéndose en marcha y tirando del cabestro del burro—. ¡Palomiiinooo! Que nos vamos para Vulturno.

—A la paz de los libres —contestó Manuel, volviendo los pasos hacia Ambusta.

La tierra del camino comenzó a medir su distancia con los pasos

nuevos de Manuel. La tierra, que no conoce los antaños sino un continuo presente de materias perecederas, era hollada por las suelas que un día trabajara Ramón Juanmaría, zapatero remendón de Calima y mártir revolucionario, fundador de El Corsario de la Idea, periódico anarquista.

La tierra, infinito conjuntar de grumos que se disgregan, era dibujada por el andar con peso del hijo del zapatero: tres líneas de serpiente por parte de la planta y un círculo por parte del talón. Eran las formas agarraderas que Ramón Juanmaría había tallado en las sobresuelas de caucho, tan limpio aquel día. Ahora el polvo comenzaba a rellenar las junturas, a tapiar los poros, a engrisecer las suelas. La piel del empeine, mimada y lustrosa, se rallaba con los muros de las majadas que saltaba Manuel. Los fuertes cordones protegían sus pasos largos entre los matorrales. La piel de la caña le escudaba los tobillos por los atajos traidores. Manuel imaginaba a su padre en la zapatería.

¿Qué pasiones se habrían mezclado en su mente aquella mañana en que trabajó las botas? Era la época en que, recién muerta su mujer por un escorbuto, Ramón Juanmaría dedicaba las tardes a la educación de los jornaleros y a rebelarlos contra la miseria. Ya había fundado la Escuela Moderna junto con Mateo Cristalina, la que ahora estaba en el Sindicato.

Manuel creía ver otra vez a su padre en la penumbra matutina de la zapatería. Podía oler la grasa de caballo con la que había untado la piel de las botas. Podía apretar todavía la tibieza de aquellas manos fuertes. Podía sentir de nuevo los abrazos de despedida y rozar aquellas barbas grises y largas que le señalaban el rostro como a un Tolstoi. Le había dicho el día en que cumplió los veinte: «Vete por ahí a recorrer mundo, que hay mucho que aprender y, luego vuelve, que en tu tierra tienes tarea que necesita gente». Manuel entonces partió como los vagamundos pasados, con nada más que un hatillo al hombro y las ganas de andar. Recorrió los pueblos de la sierra, las villas de la campiña, llegó a una gran ciudad y, después, más allá de los campos, conoció un puerto de mar. Trabajó como temporero, peón y pescador, oficio que le retuvo más tiempo que ninguno.

Espejeaba el agua violenta, el sudor de los brazos que recogían las redes, la pesca cuando llegaba a bordo; y, enfrente, África era real, se veía de roca. Esto estaba en sus recuerdos mezclado con el olor a muerte de los peces y el misterio que hablaba debajo de las olas; con la mirada solitaria de las mujeres de los pescadores que iban al puerto a esperar el regreso del Maupassant; y aquel brazo de

un compañero que estuvo flotando un rato antes de hundirse definitivamente. Lo había cortado, en alta mar, la fuerza de una amarra que sujetaba la red. Si lo mismo hubiera ocurrido en tierra, ese brazo lo habrían inundado las avispas, como los trocitos de queso de Carlos el Francés. Y lo peor era que esa sociedad de avispas ávidas era perfectamente humana: campesinos en torno a cachos de pan y libertad, guardias civiles en torno a un preso.

Manuel nunca pudo darle a su padre el último adiós. Las botas se herían, polvo y matojos, con sus pasos largos, y pensó que caminar era un ir en rasguños. Tras la próxima curva tendría ante sí otra vez las ruinas de Ambusta. Desde su escondite en las mieses amarillas unas alondras dieron un salto vertical hacia el azul. Muy atrás, bajo aquella encina, la última avispa abandonó el vacío que había sido devorado y enfrente de Manuel apareció el muro del teatro, tan real, tan de piedra como África.

En lo alto de la colina sólo quedaba en pie ese témpano de piedra con un arco en el centro. Visto desde abajo semejaba una enorme cerradura de la inmensidad celeste que quedaba detrás. A su alrededor, y en descenso por la colina, se desparramaban los grupos de piedras que habían pertenecido al foro, a los baños y a las casas romanas. Manuel subió hasta el teatro y miró el proscenio en ruinas, las gradas erosionadas a fuerza de viento y horas, de lluvia y estaciones. Giraba la Tierra y había llegado al ángulo más dañino de su rotar en torno al Sol. Quemaban las Quemadas. Manuel miraba la colina de Ambusta sembrada de cantos blancos como calaveras. Entrecerrando los ojos, visualizaba el vapor que desprendía el terreno haciendo del paisaje un capricho impresionista. De entre las mieses se evaporaba la vida verde que aún permanecía oculta en las pajas. Lagartijas, serpientes y lagartos calentaban su sangre sobre los cráneos de piedra y de ellos también se seguía evaporando el clamor de todos los acontecimientos perdidos: el bullicio de la antigua ciudad, la pasión y muerte de cada uno de los habitantes de Ambusta. Manuel miró hacia la casa de José Cid, levantada al norte de la colina. Entonces se dio cuenta de que había oído un grito.

Oyó uno nuevo y reconoció la voz de María y, corriendo hacia la casa, se acordó de la única vez que la había escuchado gritar, ¡vivan los novios!, el día en que él se casó con su hermana Ángeles. ¡Vivan los novios! Aquella voz alegre estaba ahora afinada en los tonos del miedo y buscaba por los campos que rodeaban la casa la ayuda de su marido José. Cuando Manuel llegó, la casa estaba vacía.

Era un rectángulo pintado de cal y con sombrero de tejas, flanqueado, a un lado, por un pozo, y, al otro, por un corral.

Manuel se asomó al interior por la puerta entreabierta y sintió un escalofrío que empapó en un instante la cuerda de sus vértebras, de abajo arriba. Todas las paredes del interior habían sido despejadas. La estantería con la Inmaculada, los cuadros con los retratos de familiares, los cacharros de cobre, los platos de cerámica no estaban, ni uno solo, en su sitio. Al pie de las paredes peladas aún había movimiento. Manuel, paralizado por la sorpresa y el miedo, tenía la sensación de estar ante un paso procesional que acababa de detenerse. En el suelo y en fila india hacían equilibrio los platos, de canto, como si alguien los hubiera estado haciendo rodar y su mano todavía los sostuviera. Más adelante unos cazos de cobre, apoyados sobre sus propias asas, reflejaban hacia la pared la luz de la puerta entreabierta. Los cuadros estaban en tenguerengue sobre las esquinas del marco y, encabezando la procesión, una pequeña figura de la Sin Pecado miraba con sus ojos de témpera azul, con la pupila falsa que había depositado allí con toque temblón algún artesano, un no sé qué en el aire que tenía delante, un más allá, movimientos invisibles de quiénes, diminutas vibraciones, la mirada de espanto de Manuel Juanmaría asomado en la puerta.

—¡Manuel!

Mientras se volvía hacia la voz que le llamaba, se oyó en el interior de la casa el estruendo de todos los trastos que ocuparon de pronto su posición natural en el suelo. Y, en el entrevibrar de cobres, Manuel se encontró los ojos de su amigo y cuñado José Cid.

—¡Niño! ¡Otra vez me han dejado la casa para encalar!

Abrieron la puerta del todo y contemplaron las paredes desnudas, con toda la decoración puesta en fila sobre elsuelo y en el centro de la habitación.

—Ya van tres veces este año —lloriqueaba más atrás la voz de María— ¡Un año de purgatorio!

Manuel se volvió hacia ellos. Su amigo José le sonreía. En aquellos ojos claros se horizontaban alegría y fortaleza. Era una sensación que se saciaba en todo su rostro; en su frente despejada, en su cabello fuerte y negro, bien peinado hacia atrás. Llevaba un sombrero de paja en la mano y la camisa sucia de estar trabajando en el campo.

—Hoy están revueltos —le dijo a Manuel, abrazándolo—. ¡Pues no estaba cogiendo los tomates y me quitaban las matas!

—Cómo que te quitaban las matas —preguntó Manuel.

—Como suena. Uno se agacha a coger los tomates y donde estaba la mata ya no está.

—¡Vaya un año de purgatorio!

María se apretaba las mejillas redondas con las palmas de sus manos. Sus ojos, intensos y semitas, estaban acuosos por el temor y los nervios. Los rizos del cabello le caían sobre los hombros, sobre los tirantes de un vestido estampado con florecillas.

Manuel le dio un beso en la cara que ella recibió sin inmutarse.

—Si lo sé no me caso contigo, José —exclamó, todavía sin color, entrando en la casa.

—Siempre dice lo mismo. Vamos, Manuel, entra y echa un trago de algo, que vendrás seco —le animó su amigo.

—¡Los huevos! —se oyó la voz de María.

Manuel y José sortearon los objetos del suelo y avanzaron hacia la mesa que había en el centro de la habitación.

—Mira que esta mañana ha venido la recovera, que me hace el favor a pesar del canguelo que le da asomar la cabeza por aquí. ¡Estos difuntos siempre jorobando!

Sobre la mesa, alrededor de una cesta de mimbre, había desperdigadas hasta dos docenas de huevos.

—Por lo menos nunca rompen ninguno —acabó de decir María.

—Manuel, coño, cambia esa cara —le dijo José, alcanzándole el botijo—. Toma, agua fresca.

—No me digas que la cosa no hiela —dijo Manuel—. ¿Ocurre muy a menudo? —preguntó y echó un trago.

—Últimamente sí. Están inquietos, como los perros antes de una tormenta.

—¿Sabéis quiénes pueden ser?

Hablaban alrededor de la mesa, mirando los huevos.

—Estos son unos moros a los que les faltan unas misas —explicó María.

El calor caía sobre la casa. Las tejas acumulaban los rayos del sol. Entre las mieses, al pie de los cardos, trajinaban los insectos. En algún lugar del sembrado, la tierra sostenía pisadas invisibles. El follaje sonaba. Viento. Presencias. Una reunión de gorriones de pronto levantaba el vuelo. Los reptiles adormilados, que un momento antes parecían relieves sobre las antiguas piedras, huían vertiginosos hacia la primera madriguera. Las ruinas del teatro se recortaban contra el reazular del verano. Bajo las tejas del cortijo de José Cid, se iba enfriando la sombra: las ventanas entornadas, los muros gruesos, la penumbra de botijo y palangana. Sobre la mesa, los huevos blancos mantenían una inmovilidad de ídolos paganos. Los ojos no podían dejar de mirarlos. En la penumbra, relumbraban.

—No sé yo decirte, cuñado, quiénes sean con seguridad. Alguna vez te he dicho que son los romanos, no los moros que dice ésta,

que se murieron apagando el granero sobre el que tuve la mala sombra de edificar esta choza. ¿No te acuerdas de los granos quemados que me encontré? —José Cid hablaba recio, franco, socarrón—. Yo no sé cómo se llaman, pero el caso es que no paran. Pues no estábamos anoche tan bien dormidos, fresquitos, que había una brisa suave que parecía de regalo, cuando de pronto me despierto porque alguien está tirando de las sábanas y yo tirando de un lado y la cosa que fuera del otro y en esto también se despierta María y enciende una vela y ahí que no se ve a nadie, como si las sábanas estuvieran rebulléndose solas, y así hasta que me harté y se las dejé, coño, que le den por culo, que se las lleve.

—¿Y cuando les da por la máquina de coser? —participó María, llevándose otra vez las manos a las mejillas y arqueando las cejas—. A veces, de noche, me despierto y me abrazo a José, porque él no padece el miedo. Pero yo… yo oigo la máquina que ha comenzado a funcionar sola, primero lentamente y después como si la trabajara el diablo.

La mesa de coser, con su pedal de hierro y la máquina negra encima, se apoyaba inmóvil contra la pared blanca. Las palabras de María conferían un prestigio de ser vivo a aquella herramienta de confección. Un aura mental la envolvía bajo las miradas sobrecogidas de los tres concuñados.

—En fin, Manuel, el muerto al hoyo y el vivo al bollo o a lo que pueda y nosotros a lo nuestro, si Dios nos deja ¿A qué debemos tu visita?

—Poca cosa —sonrió Manuel—, sólo quería charlar contigo.

—¿Sigues con tu protesta en la Casa de Luces?

—Sí, hoy ha sido el último día. De eso quería hablarte.

Manuel había recuperado los granates de la cara. Aunque estaba acostumbrado desde niño a los cuentos ultraterrenos de su amigo José, la educación racionalista que había recibido de su padre y de Mateo Cristalina le armaba con el escepticismo suficiente para perder el ánimo en cuanto presentía alguna silueta del mundo de los muertos.

—Pues yo me voy a poner a recoger todo este desorden. Virgen Santa. ¡Todo un año de purgatorio! —se santiguó María delante de los cacharros que habían quedado desperdigados en el suelo—. ¡Y tú, virgencica, mira que hacerme esto a mí con lo que yo te rezo! —comenzó la faena por la estatuilla de la Inmaculada—. ¡Hasta manía te voy a pillar!

Los hombres salieron al porche. A pesar del calor, Manuel se abrochó su chaqueta oscura. Del alerón del tejado José había

colgado una techumbre de mimbre que proyectaba en el suelo una sombra cerrada. Se sentaron cada uno en una butaca, también de mimbre, y observaron la tórrida tarde que sobrevolaba, azulísima, los trigales maduros; la tierra caliente que alentaba un vapor antiguo; las ruinas de Ambusta, silenciosas, latentes.

—Dime, Manuel, ¿a ti qué te principia?

Los dos hombres se mecían. Manuel tardó en contestar.

—Supongo que lo bueno y lo justo.

—¡Y qué es eso! —exclamó José alzando los brazos resignados —. Mira esos muertos. Mira qué mal llevan el más allá, qué intranquilos están, como buscando algo que nunca encuentran.

Como si hubiesen sido convocados, el aire se llenó de escalofríos. Pequeñas piedrecitas volaron y cayeron en el porche. Manuel, inmovilizado en el asiento, sintió una borrachera de miedo y euforia. Era la emoción de un hombre delante de un milagro.

Igual que si una de las ruedas de un carro girara mientras la otra permanece detenida, así era el contraste entre Manuel y José, que seguía meciéndose y filosofaba:

—¿Ves? ¿Qué les mueve? ¿Y a ellos? ¿Qué les principia?

Dentro de la casa, se oyó el grito de María. Lento y silencioso, cansino, arrastrando las sábanas, el colchón de los Cid navegaba en soledad. Saliendo suave por la puerta, cruzó el porche y se detuvo junto al pozo que había a la siniestra de la casa. María apareció desde el interior, las manos en la cara, las cejas en arco, los rizos de su cabello alzados como por una permanente. Gritó de nuevo y el colchón cayó en el polvo. Las piedrecitas también dejaron de volar.

—¡No lo soporto más, me voy a ver a mis hermanas!

—¡No te pongas así, María! Joder, sí que es raro que estén tan activos. Seguro que es por la visita de Manuel. ¿Verdad que sí, compadre? —exclamó alegre dándole una palmada en la espalda—. Cuando él se vaya volverá la calma.

José reía. Colina abajo, su mujer se apresuraba hacia el cortijo de los Orantes. Y, Manuel, embriagado, repetía una pregunta:

—¿Por qué dices eso? ¿Qué mal tengo yo?

José se puso serio:

—A ver, compadre, cuéntame en qué lío te vas a meter.

—He venido a decírtelo. Esta noche, si todo sale bien, va a estallar el campo.

—Hoy he visto mucho movimiento de gente allí abajo. Los guardias se pasean nerviosos por la linde de la Santa. Y el cabronazo del Abubilla hasta me ha hecho una visita.

—Seguro que era para sacarte algo. Pero solamente lo sabemos

yo y a quien el Asombradizo se lo haya dicho. Llevan años esperando este momento.

—La revolución social.

—Lo que sea.

—Tú qué vas a hacer, todo el mundo sabe que vas por libre, cuñado. Es verdad que continúas una parte del trabajo de tu padre… pero yo sé que en el fondo eres un escéptico.

—Soy un misántropo solidario.

—Y eso para qué sirve. ¿Con algo tan poco consistente vas a ayudarles?

—Sí. Y también necesitamos tu ayuda. Esta noche tienes que dejarme entrar al pasadizo.

—¿El que comunica con la Santa?

—El mismo.

—Y por qué no, ya de camino, coges el otro, el que lleva a la sierra, y te escapas con tu mujer y os largáis a otra parte donde ningún amo te fastidie.

—En todas partes cuecen habas, cambian las circunstancias, eso es todo. Si hay algo que valga la pena intentar, este lugar es tan bueno como cualquier otro. El riesgo es mío. Ángeles y tu mujer están protegidas por su apellido.

—¿Y qué va a pasar con tu hijo? Ése está a punto de venir al mundo.

Manuel cerró los ojos. Y sus cejas, muy rectas, se hicieron protagonistas de su cara.

—Nuestros suegros son carcundas pero buenos. Por muchas visitas que reciba de la Liga y de doña Leonor, por muy católica que sean Marisabel y sus hijas, la gente no olvida cuánto ayudaron los Orantes en las épocas de hambre. No hay más que ver estos meses pasados. El cortijo de los Orantes no corre peligro.

—¿Y yo?

—Tú eres un bicho raro para ambos bandos. Sólo el Asombradizo sabe que me vas a ayudar esta noche.

—Cuñado, nada más te voy a abrir una puerta.

—Lo contrario sería cerrarla.

José reflexionó un momento mirándose los pies. Después se fijó en los de Manuel:

—¡Hombre!, por fin has estrenado botas.

—Eran de mi padre. Las tenía el padre del buhonero.

—Son muy bonitas. Aunque no sé si te traerán suerte.

La tarde doraba un silencio repentino, un reposo que —en las patas de los insectos, en las gargantas de los pájaros, en el viento

agazapado— esperaba volver.

—José, tú no crees en Dios, ¿no es cierto?

—Cómo no voy a creer. Tú mismo lo has visto.

—Quiero decir en el catolicismo.

—Hombre, todo el mundo es más o menos cristiano, pero eso no quiere decir que yo sea un fetichista.

—Mejor.

—¿Y por qué «mejor»?

—Porque voy a entrar en el convento de la Santa. La gente es muy supersticiosa. El asalto no saldría bien si ellos saben que el lugar sigue protegido por el Brazo.

José le miró, comprendiendo. Una bandada de grajillas fue pintando la sombra de cada una sobre el tejado, sobre el porche, sobre el trigal, y el mundo se puso en movimiento. Manuel se levantó de la butaca. José permaneció sentado:

—Ven a las doce. A esa hora María ya duerme. Le daré unos vasitos de anís de todas formas, para ponerle el seguro.

—¿Tienes una lámpara que dejarme?

—María tiene todo un altar de cirios.

Manuel se apresuró a bajar por la colina. La casa de José iba quedando lejos, en lo alto, y el teatro de Ambusta menguaba bajo una nube que, como una ballena perdida en el océano, había traído el viento desde las sierras de allende. Manuel, también a favor del viento y bajo la sombra de la gran nube, caía con pasos largos por los trigales como si fuera por otro cielo, amarillo, dejando atrás nubes rojas de amapolas. Se apresuraba para adelantar al día en su carrera, el día que también galopaba hacia ese lugar donde los acontecimientos ya no tienen remedio y han mordido a su modo el disco de la Historia, ese objeto que en alguna época venidera estará medio enterrado en la arena de un desierto sin hombres, lanzado por un discóbolo en cuyo corazón laten todos los muertos de las civilizaciones humanas. Manuel corría sin saberlo hacia la noche en fuego. Porque lo único que él sabía con seguridad era que tenía que pasar aún por el cortijo de los Orantes para besar otra vez a Ángeles y por el Sindicato para tratar la última estrategia con el Asombradizo, y aún llegar hasta Revellín y despedirse de Mateo Cristalina, el viejo maestro, antes de entrar en la batalla.

—¡Eh, Corsario!

De una colina grande saltaba a otra mediana, de ésta a un altozano, de allí a un remonte, del remonte a la cuenca del valle, ya en pleno dominio de los Orantes, si se le podía llamar así a las

tierras arrendadas a don Luis Sánchez de León y Bontempo, tierra para el trigo en su mayor parte, un trigo alto y fuerte de espiga rubia que, cuando está madura para el corte, se ennegrece en sus barbas mostrando su estirpe sureña de pieles tostadas y de anhelos recolectados por la guadaña.

—¡Corsario Manuel! ¡Bajapacá!

En la linde de una parcela de olivos, a la sombra, estaban sentados tres jornaleros junto a una espuerta con aceitunas tempranas. Un cuarto hombre, en pie, le daba el alto a Manuel llevándose los dedos índices bajo la lengua para consumar un chiflido.

—¡Chziiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiishshshshsh! ¡Re—Manuel, que te pierdes en los adentros!

Los sonidos los empujaba el campo. Desde dos distantes arboledas, dos cuclillos se contestaban.

La tarde era aire y, en su parecer inmóvil, movimiento y tiempo.

—Cu—cú.

Manuel, que se había acercado al pequeño olivar, estrechó la mano que hizo el silbido. Estaba áspera de tierra, dura de mucha herramienta, agrietada de intemperies, vieja en arrugas.

—Vaya paso que llevas, Juanmaría, que Pasos Largos te llaman como al difunto bandolero. ¡Anda que no nos vendría bien ése ahora! Has de saber, Juanmaría, que si raro era tu padre no le sigues rezagado, hombre, que al mismo tiempo tienes el ojo en el camino que en el magín, que cuando andas en ti mismo hay que rellamarte, Re—Manuel, que nos vienes al pelo.

—¿Qué se le ofrece, Tío Rubiales?

La mano, cubierta de un espeso vello amarillo, señaló hacia los tres hombres que estaban sentados bajo el olivo.

—Pues que la vida me va quitando las últimas agujas de vista, hijo, y aquellos malasombras no saben leer.

Uno de los tres —jóvenes, cetrinos con cejas de antracita— alzó el periódico.

—Veo que el Francés ha pasado por aquí.

—Sí que vino —continuó el Tío Rubiales— ese Búho buhonero y, por poco nos saca las piastras con el cuento de que don Mateo estaba sin blanca. Pero a mí no me la da ese pillastre, que yo sé, y todo Revellín lo sabe, que Mateo Cristalina va tirando con el último sueldo que ganó en la Casa de Luces un tal Manuel Juanmaría, poco antes de que el Amo le pusiera de patitas en la calle.

—No le llames así. Nadie es amo de nadie, estoy harto de decirlo —Manuel se quitó la gorra y secó el sudor del camino—. Menudo

con el Carlos, ya le echaré yo las cuentas a ese comerciante. Y le digo a usted otra cosa, Tío Rubiales, don Mateo no vive con el dinero de nadie. Él fabrica El Corsario de la Idea y lo difunde gratuito. Las ayudas que él reciba no son más que la justicia que le debe la gente.

La mano, pergamino y oro, se puso en el hombro de Manuel.

—No te enfades, Juanmaría. Tampoco es bueno que se silencie el bien que otros hacen. Pero no te llamaba por eso. Si no te entretenemos demasiado, léenos aunque sólo sea una mijica de la página primera. La voz se ha corrido. La liebre está agazapada y a punto de saltar.

Los tres zagales se habían puesto en pie. Formando un semicírculo habían hecho muro con el Tío Rubiales frente a los ojos grises y escrutadores de Juanmaría. En los otros se adivinaban pensamientos valientes, ganas de escapar del hambre.

—Mire Tío, la prisa me come. Ya me gustaría quedarme la tarde entera leyendo. Id al Sindicato, que el Asombradizo tiene tantas letras como yo. Os conformáis con que os lea la primera página, ¿estamos?

Manuel tomó el periódico que le alargaba uno de los muchachos. Parecían mudos. Esperaban alguna explosión que había de venir. Utilizaban las fuercecillas del hambre en ganar las miserias del jornal y, sobre todo, en paciencia.

Bajo el olivo, Juanmaría desplegó el formato grande de El Corsario de la Idea. El Tío Rubiales sacó una colilla y los muchachos le imitaron prendiendo las suyas.

—¿Hace? —le ofrecieron a Manuel.

—Zagales, los Juanmaría nunca han fumado —cortó el Tío Rubiales, antes de que Manuel contestara—. Su padre, cuando era él quien hacía el periódico en Calima, que me acuerdo yo, hasta un día lo puso por escrito: «El hombre que quiere transformar el mundo, primero debe superar las pequeñas esclavitudes». ¿No es cierto, Manuel? Tu padre ni fumaba, ni bebía ni se daba al juego y, según sé, tú eres del mismo palo.

—Ésa es la coherencia del que se tiene por libre. Uno nunca debe encadenarse ni a la religión ni a las costumbres. Si uno no es capaz de romper un pequeño eslabón, cómo va a salir de las rejas en las que nos encierran los poderes. Esa cárcel está hecha de normas que se nos han dado obligatorias como si hubieran sido escritas por un dios supremo, mejor dicho, por un hombre supremo. Luego se conoce que favorecen a los pocos que las hicieron y las protegen.

—El Gobierno —dijo un muchacho.

—La República —dijo otro.

—Mejor es que la Monarquía —dijo el tercero.

—Pues a mí me da igual que me peguen un tiro en nombre de la Monarquía que de la República —afinó el Tío Rubiales.

Manuel a veces no sabía si era él mismo el que hablaba o nada más repetía lo que había aprendido de su padre y de su padrino Mateo. Por eso, se ariscaba:

—Aquí, quien pega los tiros es la Guardia Civil. Ya los habéis visto en la linde de la Santa. Al único que protegen es a ése que en las Quemadas todo el mundo llama «el Amo». Los propietarios son los que ponen y quitan reyes y ministros, por lo menos en nuestros tiempos, que no siempre la injusticia se ha ejercido del mismo modo —Manuel se cansaba de oírse. Odiando a los predicadores, sentía que se había transformado en uno de ellos—. Me tengo que ir, así que escuchad lo que en El Corsario viene dicho mejor que lo que yo digo:

«Somos ricos en las sociedades civilizadas» —su voz sonó más suave, como si un esparto se fuera convirtiendo en tela—. «¿Por qué hay, pues, esa miseria en torno nuestro?» —y esa tela estuviera manchada de melancolías—. «¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas?» —y esas manchas fueran la mezcla de una realidad triste y un escepticismo fatalista—. «¿Por qué esa inseguridad del mañana (hasta para el trabajador mejor retribuido) en medio de las riquezas heredadas del ayer y a pesar de los poderosos medios de producción que darían a todos el bienestar a cambio de algunas horas de trabajo cotidiano? Porque todo lo necesario para la producción ha sido acaparado por algunos pocos. Porque, valiéndose de supuestos derechos adquiridos, se apropian hoy de dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolos del modo más insensato y escandaloso. Porque reduciendo a las masas hasta el punto de no tener con qué acabar el mes o la semana, no permiten trabajar al hombre sino llevándose la mayor parte de lo que producen. Porque le fuerzan a producir, no lo necesario para sí mismo y para los demás, sino lo que más grandes beneficios les reportan».

Juanmaría leía turbado aquellos fragmentos de Kropotkin que él mismo, ayudando al viejo Mateo Cristalina, había compuesto en la primera página de El Corsario y, bajo el calor de las Quemadas, se le secaba la boca. La témpera azul del cielo era caliente. Lo era en la nube que alejaba el viento; en los terrones de los sembrados; en el tronco de los olivos; en las alas de las moscas. Sabía que aquellos

textos eran necesarios. Sabía que convocaban un posible desastre.

—Niño, pásale a Manuel el pipo.

Uno de los muchachos, con el pitillo entre los dientes, le alargó un botijo que había quedado al pie del tronco. Juanmaría echó el trago.

—Gracias —dijo devolviendo el botijo— «¡Basta de esas formas ambiguas como el "derecho al trabajo"!» —leyó ahora más alto, más convencido—. «¡Muy diferente será el resultado si los trabajadores reivindican el "derecho al bienestar"! Por eso mismo proclaman su derecho a apoderarse de toda la riqueza social; a tomar las casas e instalarse en ellas con arreglo a las necesidades de cada familia; a coger los víveres acumulados y consumirlos de suerte que conozcan la hartura tanto como conocen el hambre».

Manuel hizo una pausa para mirar a aquellos muchachos. Escuchaban sin interrumpirle. Aquellos muchachos, espigas morenas en tensión que sueña, le conminaban con los ojos a seguir leyendo. Manuel entendía ese deseo de que las palabras fueran verdaderas, tanto como él quiso creerse las historias que su madre le contaba cuando era niño, en la penumbra de la cocina, dándole las migas mojadas en leche. Su madre de ojos grandes. Apenas recordaba una imagen conjunta de sus rasgos. Pero sí sus manos, que olían a las flores del jazmín que tenían en la puerta de casa; pero sí su voz que sabía mezclar la gracia de contar una historia con un tono maternal que jugaba a ser misterioso, así, así, diciendo érase que se era dos compadres muy pobres, uno sobre todo estaba ya de perecer —así, bonita y dulce—. Este matrimonio no tenía en su casa ya nada para comer, solamente les quedaban dos patos y como no se atrevían a comérselos la mujer le dijo al marido: toma y vete a la ciudad, vende los patos y con lo que te den ya podremos apañarnos los chiquillos y nosotros unos pocos de días —y aquí al pequeño Manuel se le hacía la boca agua pensando en el pato asado, imaginado un sabor que él desconocía, y ella, que se daba cuenta, sonreía y seguía diciendo—: Al día siguiente, antes de que saliera el sol, cogió el hombre los patos y, atándolos por las patas, se los echó al hombro. Empezó a andar y a andar hasta que llegó a la ciudad, media mañana sería. Era la hora del mercado y empezó a gritar: «¿Quién me compra estos dos patos tan gordos y buenos? ¿Quién quiere este manjar exquisito?» Nadie parecía escucharle. El hombre cada vez estaba más cansado. Ya le llevaba el desánimo cuando apareció un tipo que le dijo: «Buen hombre, te quiero comprar esos patos, dime lo que quieres por ellos y sólo tienes que esperar un segundo, pues vivo en esta casa; voy a por el dinero y

enseguida vuelvo». El compadre esperó en la puerta hasta que una mujer que pasaba por allí le dijo: «¿Qué es lo que esperáis tanto tiempo?» Y el hombre contestó: «He vendido dos patos a un hombre que vive en esta casa y estoy esperando a que me baje el dinero». «¡Ay qué lástima!, ya es usted el tercero al que engañan en esta semana. Esta casa es de paso y tiene dos entradas, o dos salidas, como usted quiera. Váyase a su casa, hombre, qué se le va a hacer» —y ella aquí se le quedaba mirando muy seria, como el día en que murió de las fiebres, cuando en un momento de lucidez le preguntó «Manuel, mi Manuelillo, ¿en qué piensas?», y él no podía contestar sino apretando la mano de su madre, porque lo que sentía, unido a su dolor, era la primera gran desilusión de su vida, que su madre podía morir, como sucedió horas después; de manera similar ella le miraba en aquel episodio del cuento que le contó tantas veces, y es porque él estaba sintiendo la primera pequeña desilusión de su vida: que a un buen hombre le robaban los patos. «Manuel, no en todos se puede confiar», le decía ella antes de seguir con el cuento —: El pobrecillo tomó el camino de su casa, otra vez andando, sin haber comido en todo el día. Casi lloraba al pensar que volvía con las manos vacías. Tal era su desespero y su cansancio, que al llegar al pie de una encina enorme, se dijo: «Buscaré un acomodo en este árbol, pasaré aquí la noche y que mañana sea lo que Dios quiera». Se quedó dormido enseguida y a eso de la media noche le despertó un ruido terrible y la encina empezó a moverse como si hubiera un viento huracanado. Muerto de miedo el hombre se agarró como pudo y vio cómo se abría en el suelo una raja muy profunda en la que se movía el infierno —y aquí ella fruncía el ceño y hacía corretear una mano por la mesa, que dejaba su rastro de jazmín— y muchísimos demonios que andaban como locos. Por fin sacaron un trono negro que pesaba como mil demonios y allí se sentó Lucifer y su séquito alrededor en el suelo. Todos escuchaban muy callados —y él, con la boca abierta se dejaba limpiar un churrete en la barbilla —. Dijo Lucifer: «Estoy muy contento con vosotros: esto se me está llenando de gente, como a mí me gusta. Hay una ciudad célebre con una fuente que da agua milagrosa, allí nadie se ponía enfermo, los campos daban trigo y frutas todo el año, la gente era feliz y alababa a Dios por su bondad. Pero uno de vosotros ha puesto un sapo en la fuente que envenena el agua. Los habitantes enferman, los trigos se secan, no tienen qué comer, esas gentes maldicen y se pelean entre ellas, y mueren y el infierno se está abarrotando. Al reino vecino ha ido otro de vosotros y ha pinchado al rey con un alfiler negro debajo del brazo y está tan enfermo que va el país a la ruina, la

gente blasfema y también vienen al infierno como locos». Y así fueron contando los demonios sus fechorías hasta que aquello terminó y se cerró el suelo como estaba antes —entonces, ella le acariciaba el pelo y le torturaba—: «¿Quieres que siga con el cuento?» «Sigue, sigue»—. Cuando al compadre terminaron de temblarle las rodillas, bajó como pudo del árbol y, pies para qué os quiero, fue al pueblo donde no había agua y le dijo a la gente: «¡Qué me dais si otra vez os doy agua en la fuente!» «Pues si fueras capaz de hacerlo, te daríamos un saco de monedas de oro.» —«¿Un saco entero de monedas de oro?» «Sí, un saco entero», decía ella con ilusión. Y a su padre se le oía detrás: «Mariquilla, no le enseñes al niño el gusto por el dinero, que hay que abolir la propiedad privada». «¿Qué dice, mamá?» «Shhh, no hagas caso, escucha, escucha»—: Así que nuestro hombre quitó el sapo de donde estaba y aquello empezó a echar más agua que antes y mucho más buena. La gente le daba gracias a Dios y se prometieron ser más buenos. —«Mariquilla, que en esta familia somos ateos». «¿Mamá, que es eso?» «Calla, shhh»—. Así que le dieron lo prometido y se fue a curar al rey. El pobre estaba ya a punto de morir y la gente estaba desesperada. «¿Qué me dais si os curo, majestad?» «Un saco de monedas de oro.» «Pues levantad el brazo», contestó. Le quitó el alfiler negro que ya estaba mohoso, lavó muy bien la herida y el rey se levantó loco de contento pidiendo de comer. Le dio un saco de doblones de oro y el compadre salió corriendo para su casa —«Mariquilla, si en esta casa se mienta al rey, que sea en su contra»—. Se imaginaba la cara de alegría que pondrían su mujer y sus hijos cuando vieran que eran ricos. Así pasó. Les contó sus aventuras y, como era tanto el dinero, le dijo a su mujer: «Ve a casa del compadre y le pides la media fanega». La comadre, que era una picoreta, se dijo: «¿Qué irán a medir éstos que antes no tenían para comer? Untaré de manteca la media fanega y así me entero». La mujer del buen hombre se fue a su casa, vaciaron los sacos y midieron dos fanegas de oro. Lo guardaron muy requetebién y fueron a devolver el recipiente, pero no se dieron cuenta de que en una esquina se había quedado pegada una moneda —¿y no era aquí, en ese momento de su infancia, cuando había sentido por primera vez, sin saberla definir, la pesadumbre que provoca la fatalidad? Entonces apretaba la mano de su madre, cuyo perfume él seguiría buscando después en su propia mano—. Así que la comadre exigió saber cómo había conseguido el oro. El compadre tuvo que contarle la historia y ella ni corta ni perezosa mandó a su marido en busca del árbol misterioso. Así que el hombre salió enseguida y

andando, andando, lo encontró, se subió y esperó. Cuando llegó la noche, que tardó mucho en llegar, se abrió el suelo, salieron los demonios y Lucifer ni quiso sentarse de lo enfurecido que estaba. «¿Qué pasa aquí que no cae ni un alma?» —y ella rasgaba la ternura de su voz— «¡No trabajáis nada, inútiles!» Se acercó uno tembloroso y dijo: «¿Te acuerdas lo que te conté de la fuente? Pues alguien ha quitado el sapo venenoso, ahora sale más agua y la gente es más buena. ¿Pues te acuerdas del rey» —y su padre se volvía mirar con un gesto entre la contrariedad y el cachondeo—. «Alguien le ha quitado el alfiler y le pasa lo mismo.» Entonces Lucifer se quedó pensando y dijo de pronto: «Pues, ¿sabéis lo que os digo? Que aquí hay alguien que nos espía». Todos miraron hacia arriba. Y allí vieron al pobre hombre que del susto tan grande que le dieron no hizo falta que le mataran, se murió él solito y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

El cuento se acababa siempre demasiado rápido y después durante un rato lo añoraba. Sin embargo, lo que hoy él estaba leyendo era: «El bienestar de todos como fin, la expropiación como medio», frente al Tío Rubiales y a los tres muchachos que escuchaban con la boca abierta. Acaso también él tendría que quitarles los churretes de la barbilla. Pero lo que ellos comían no dejaba manchas. Las manchas, secas, también alimentaban. «Devolución a la comunidad de todo lo que sirve para conseguir el bienestar». El hambre que él sentía de niño estaba protegida y mitigada por el hambre de su madre. El estómago de aquellos muchachos ya sólo dependía de su capacidad para rebelarse. Pero eso no eran capaces de entenderlo Leonor de Sánchez de León, a la cabeza de su Liga de la Caridad, ni su propia suegra, Marisabel, que vaciaba sus ahorrillos en la Liga, ni siquiera su suegro «don Melchor Orantes», como él quería que se le llamara, calcando a su «Amo». Aquellos jóvenes no querían su pan como limosna, sino que querían comer de su trabajo sin que nadie les robara la mayor parte dejándoles a ellos las migajas. Manuel añoraba a sus muertos, madre y cuento, y lo que estaba leyendo era: «¿De dónde vendrá la revolución? ¿Cómo se anunciará? Es una incógnita». No para él. Manuel lo sabía.

Sus botas, cuya piel de Elche era también la piel de su padre muerto en prisión, volvieron a pisar el polvo de la vereda. Manuel orillaba un cerro, otra vez con la chaqueta al hombro. A su derecha y abajo quedaba la linde que dibujaba el río. Entre los álamos de su ribera espejeaban tricornios y fusiles. Un poco más allá, tierra de la

Santa, humeaban las cenizas de un fuego que algún jornalero había prendido el día anterior para vengar que el Amo dejase estériles los campos y sin recoger las olivas. Manuel aceleraba el paso. En unos minutos estaría en el cortijo de los Orantes. En unos minutos apretaría contra sí el cuerpo de Ángeles, donde ya vivía su hijo, para, sin contarle nada, darle acaso los últimos quereres. Hoy no estaba seguro de que no fuera a ocurrirle una desgracia, pero en los próximos días el campo podía ser un infierno, a menos que Luis Sánchez de León entrara en razones con el Asombradizo. Luis, Luisín, Luisote, se sonreía Manuel cuando, de pronto, oyó el tiro al mismo tiempo que vio el impacto sobre un matorral que había a su izquierda, unos dos metros adelante.

—Se te saluda, Juanmaría.

La voz era inconfundible: aguda y empalagosa. Cobijado bajo un enorme nogal, espesa sombra, volvió a apuntarle Iván el Abubilla.

—Hazme una visita, si no es mucha molestia.

Manuel se puso la chaqueta para tener las manos libres.

—¿Tan pronto te has vuelto un asesino, Iván?

La escopeta de dos cañones reflejaba una tira azul del cielo que se filtraba entre las ramas.

—He dicho que vengas.

—No sé si me conviene hacerlo.

—Te dispararé a la cabeza, Juanmaría, te borraré la cara.

—El cortijo está ahí al lado, allí detrás están los jornaleros, en el río los civiles. Dispara.

—Los civiles se alegrarían.

—Ellos no, vuestro jefe sí. Sólo son esbirros, como tú, Abubilla. No creo que tengas órdenes de asesinarme.

—Todavía no, cuánta tristeza —almibaró aún más el tono, bajando la escopeta.

Manuel se acercó al nogal y se plantó a dos palmos de Iván. Al sentir la primera náusea ante aquel olor, la sangre que circulaba por su brazo, tensa, le pidió darle un puñetazo; un cosquilleo correteaba por la palma de sus manos, dispuestas a cogerle por el cuello y empujarlo contra el árbol. Pero Iván sonreía. Manuel penetraba, con una fuerza contraria, la proyección azul de aquella mirada juguetona pero también asustada: Sudaba y sonreía. ¿Por qué esa sonrisa? ¿Por qué esa sonrisa si sabe que le voy a partir la boca?

Un par de años atrás, Iván sembró todo tipo de mentiras cuando Manuel inició los cortejos de la hija más hermosa de los Orantes, porque, él, Iván, también la pretendía, el hombre más guapo que jamás pisara las Quemadas. La mujer que no lo conocía, si lo veía a

cierta distancia, se quedaba embobada hasta que alguna otra se le acercaba y le cuchicheaba algo al oído, siempre lo mismo, y las dos riendo se alejaban: «Abubilla», decían a media voz y seguían riendo. Un verano, siendo ya macero de la Santa, había llegado al cortijo de los Orantes con un calor de espanto, chorreando sudores y a punto de una insolación. La señora Marisabel y sus hijas lo atendieron en el primer momento y luego fueron desapareciendo salvo Ángeles, que le hizo compañía hasta que él se hubo repuesto. Por eso se enamoró de ella: la primera mujer capaz de aguantar sin rechistar los funestos olores que desprendía su sudor. El ave más bella de aquellos campos —alas negriblancas en bandas, redondeadas elegantemente en sus puntas, busto dorado, cresta dorada con una pincelada negra, vuelo aristocrático— apestaba en su nido. La abubilla no tenía el respeto de los hombres y él, Iván Martínez, desde sus primeros sudores púberes vino a llamarse Iván el Abubilla.

Sudaba y sonreía.

—Te huele el miedo, Iván.

—¿Es que me vas a pegar? Pégame, hijo de puta. Eres tan hijo de puta como lo era tu padre. Menos mal que se lo cargaron —dijo, con la voz temblona y aguda, sin acabar su sonrisa.

Don Luis le había contratado hacía ocho años, después de la muerte del padre de Antón, cuando el Abubilla era un veinteañero que no estaba maleado. Entonces el Amo le dijo: «Iván, tú has venido aquí a refugiarte de la peste que echas. Y tú tendrás el poder de la Santa, el respeto de la gente, mientras me sirvas bien en todo lo que yo te diga; Iván, ¡ojo!, en todo». Con el tiempo, en los años revueltos que pasaron, se vio en la circunstancia de obedecer órdenes que no eran de su gusto. Un día, no hace tanto, Mateo Cristalina se atrevió y le dijo: «Iván, tú no eres mal muchacho, pero ya vas rayando la treintena. Quien a esa edad se acostumbra a vivir de mezquindades de ellas vivirá toda la vida». Luego, haciéndose el tonto, lo invitó a pasarse por el Sindicato. Iván no dijo nada: esa posibilidad era totalmente incompatible con su trabajo. Por su olor las monjas de la Santa le llamaban el Bello del Azufre. Por su trabajo algunos jornaleros le llamaban la Bicha.

Manuel frenó el impulso de echar mano a la faca que llevaba sujeta en el costado, pero las llevó al cuello de la camisa de Iván.

Y, volviendo la cabeza hacia un ruido en un arbusto, llegó a ver un tricornio que se escondía.

—Así que me estás buscando las razones para que me cojan, ¿no, cabronazo?

Manuel le quitó las manos del cuello y se abrazó a él.

—¿Por eso sonreías, verdad, Bicha?

Manuel le apretó en su abrazo. Iván arrugó la barbilla, empujándola con el labio inferior.

—¿Ese tricornio iba a por mí, no es cierto, señor piara?

Manuel seguía abrazando aquella espalda, pero, notando de pronto una dureza nueva en el bajo vientre del Abubilla, lo soltó sorprendido

—Iván, no sabía que te gustara tanto… ¿Te has cagado también…? No te hace falta…

Y, ventilándose la camisa con un vaivén de las manos, Manuel fue saliendo de la sombra del nogal. Iván se había quedado en el mismo sitio con los brazos medio abiertos, como si esos brazos se estuvieran disculpando por algo que no lograban entender del todo.

—Lo dicho, que me he alegrado mucho de verte —dijo Manuel, para que el tricornio escondido le escuchara.

Y, dándoles la espalda al nogal y al arbusto, aceleró el paso hacia el cortijo de los Orantes.

Éste era una prominencia blanca en la pendiente de una loma. Sobre la puerta, al igual que sobre cualquier construcción que se elevara en las Quemadas —la choza de José Cid, el convento y la cortijada de la Santa, los palomares, torres de ajedrez de los alcores, los propios mojones de las lindes, incluso el Sindicato— estaba en relieve de cal la cruz de dos espadas con el INRI, escudo de los Sánchez de León. La puerta era de madera con clavos; las ventanas, pequeñas, también tenían una cruz en sus barrotes, como protegiendo el interior de los malos espíritus más que de los ladrones; los muros gruesos transparentaban la irregularidad de la piedra; el tejado se ondulaba en sus piezas de barro cocido, barro con el que precisamente en aquella casa también estaban fabricadas las baldosas del suelo y el alma humana gracias al soplo del Alfarero Omnipotente.

El interior de la parte principal del cortijo estaba dividido en cuatro dormitorios y una enorme cocina con chimenea y horno de leña. En ésta, en la parte de la chimenea, había una mesa baja rodeada de mecedoras; en el centro de la habitación una mesa grande donde los Orantes comían; y en el lado del horno de leña estaba Isabel Orantes, dos años mayor que Ángeles —que tenía veinticuatro— y un poco más gorda que sus hermanas, siempre trajinando por las tardes en la cocina donde repetía las recetas, aunque con menos y peores ingredientes, que por la mañana había

aprendido de las monjas en el convento de la Santa, a quienes ayudaba en sus quehaceres a cambio de algunas dádivas —un día unas monedas, otro una cesta de huevos— y del privilegio de arrodillarse cada día ante el Brazo Incorrupto.

Los dormitorios también eran espaciosos, con mucho aire y sobrios muebles. En el que hacía esquina con la espalda de la casa, Manuel acariciaba cada noche el cabello rojizo de Ángeles Orantes; en el que había pared con pared, Remedios, otra hermana, dormía con su hijo Tarrito; en el que quedaba enfrente, al otro lado de un estrecho pasillo, lindando con la cocina, Isabel se acostaba pidiéndole a la Santa por María, la cuarta hermana, que hasta su boda con José Cid había compartido la habitación con ella; por último, haciendo esquina con la parte delantera de la casa estaba el dormitorio más decorado de la casa.

La cama de Melchor Orantes, el padre de la prosperidad de aquel cortijo donde nunca faltaba la comida caliente, había sido encargada por el antiguo Amo, el padre de Luis Sánchez de León, al mejor orfebre de Vulturno como regalo de bodas para el entonces joven arrendador; la cama tenía un armazón de bronce adornado con esferas oscuras, en cuyo centro estaban talladas algunas escenas del Nuevo Testamento mezcladas con otras de los Evangelios Apócrifos: los desposorios de José y María, la Anunciación del Ángel Gabriel, el Nacimiento, la Adoración de los Reyes, la Huida a Egipto y el Primer Milagro, por el que unos gorriones de barro con los que había jugado el Niño tomaban vida bajo su soplo a semejanza del Verdadero Padre.

En aquella cama, donde nunca nadie había emitido ni un solo sonido de placer, habían sido engendradas todas las hijas Orantes y tres niños que murieron: Ángel, con diez días de edad, Melchor, con un año, y Pedro, con tres meses. Sobre la cabecera de la cama se anillaban varios rosarios rojos y negros, como si cada uno fuera subconjunto de otro, formando entre todos una figura triangular. Por encima de su vértice superior, había una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Sentada en la cama estaba Marisabel Muñoz, la madre, vestida de luto. Su cabeza blanca por completo miraba hacia los pies de la cama con la boca apretada y las comisuras de los labios hacia abajo. Sus ojos, del color caramelo que había heredado Ángeles, brillaban con lágrimas que no llegaban a saltar. Miraban a sus hijos muertos, Ángel, Pedro y Melchor. Ellos, apoyados en el respaldo de la cama de bronce, desnudos y en silencio, bebés con gesto adulto, le devolvían la mirada. Por la ventana se veía el movimiento suave de las hojas de un nogal, vibrantes en la brisa

que olía a savia y a nueces.

Por la parte de atrás de la casa, dos grandes higueras cobijaban en su sombra un pozo grande. A través de los dedos de sus hojas, manos verdes, los rayos del sol se reflejaban en el agua y en el movimiento vivo, rojo, que había debajo, peces de colores que, al igual que un girasol, buscaban con su bullir y sus ojitos oscuros, sin tiempo, la luz eterna pero inconstante que sucedía a la noche.

Los peces se quedaban muy quietos bajo las intensas estrellas. Entonces ellas se reflejaban en los ojos hondos y hostiles de un lagarto que no faltaba nunca a su cita con la oscuridad sobre el brocal del pozo. De noche relumbraba la luna en su piel de escamas. De día, sin embargo, era gris con manchas azules en su costado. Comía insectos cuyas patas se quebraban en su boca milenaria, huevos de pájaro, crías de conejo y también pequeñas hermanas lagartijas. Aparte de esta dieta, desde que era niña Ángeles se encargaba de darle de comer, una Ángeles risueña que le llevaba, andando todavía torpemente y extendiendo su manita hasta la boca del lagarto, lo primero que robaba en la cocina. Ella siempre había disfrutado de las lecturas que su padre hacía por las noches a la luz de un candil. Melchor leía que parecía que estaba hablando y Ángeles iluminaba con aquellas palabras una realidad que para ella todavía estaba repleta de sombras. Por las novelas que había escuchado, le puso al lagarto el nombre de Dragón. Y, más adelante, ya adolescente, por las campanas que había escuchado a su madre cuando se ponía a hablar de santos con las beatas de la Liga —venía entonces una Doña Leonor joven pero muy pomposa en un coche de caballos, escoltada por tres orondas señoras— y, sobre todo, por los poemas que su padre había comenzado a recitarles con una voz muy suave, le cambió el nombre al lagarto por el de San Juan de la Cruz. «Así le haces compañía al Brazo Incorrupto», le susurraba mientras le daba de comer una parte que se quitaba de su propio plato, «a un lado está la Santa y, a éste, conmigo, estás tú». Y Ángeles, aún ahora, cuando ya era una mujer casada, mantenía su amistad con aquel San Juan Reptil que, fiero, abría las fauces siempre que se acercaba cualquier otra persona del cortijo para inmediatamente, huraño, desaparecer entre las piedras que rodeaban el pozo grande.

Porque había otro más pequeño en la parte delantera de la casa. Al acercarse a él se olía la humedad que respiraban los juncos de sus inmediaciones y, entre ese verde oscuro y olor oscuro, se sentía el verde más claro y el olor más claro de la hierbabuena. El pozo estaba construido con piedras regulares y su pretil estaba pulido de

tantos cubos que habían descansado allí, derramando agua, después de haber sido izados con la garrucha. Las manos tristes de Remedios Orantes ahora se apoyaban en él y, más allá, las manos arañadas de su hijo Tarrito.

Estaban asomados a la penumbra en cuyo fondo se adivinaba el círculo de agua. Remedios también adivinaba el reflejo de su rostro aguileño, que seguía deformándose con las ondas que había producido la caída de su vieja medalla, la misma que doce años antes había acariciado su difunto esposo en una noche de verbena.

Era otro verano de Vulturno en fiestas. La Plaza del Mercado estaba decorada con guirnaldas rojas y banderas de papel de cien países y ella se había quedado sentada y sola mientras su hermana María, que entonces tenía diecinueve años, bailaba con José, un muchachito que empezaba a pretenderla, y sus hermanas pequeñas, Isabel, de catorce y Ángeles, más espabilada que la otra a pesar de ser dos años menor, jugaban a bailar con otras niñas.

Remedios estrenaba un vestido de tirantes, el regalo que por cumplir los veintidós había recibido de sus padres, que señalaban su edad casadera con aquel escote. Las ropas trotaban en el compás castizo del pasodoble. Entre las manos cogidas y los rostros de arrobo, Remedios recibía la mirada tristona de un hombre con el que no sabía que iba a casarse. Ella pensó que la miraba compadeciéndola y, en efecto, al poco tiempo había cruzado la pista para sacarla a bailar pues Juan, como se llamaba, Juan el Aterido, como le llamaban todos porque siempre estaba enfermo, también se compadecía de sí mismo. «Los débiles nos reconocemos», recordó Remedios que después le dijo. Y, al unirse en el siguiente pasodoble formando un solo animal de contrastes, causaron reojos y murmullos.

El rostro de Juan, con su palidez de ojos grandes, era hermoso y elegante en la finura de sus rasgos. El de Remedios, sin embargo, era de una fea melancolía. Su miradita opaca, su nariz ganchuda, su boca pequeña de labios estrechos, giraban en el marcado compás. Y, sin embargo, su cuerpo de femeninos generosos que daba espléndida forma a aquel vestido de tirantes aumentaba el aspecto debilucho de Juan. Mientras bailaba, se le iba la mirada negra al escote de Remedios, rebosante, en el que una medalla de la virgen en colgante de oro iba escondiéndose por las prometedoras curvas. Y, al final de la noche, en la fiesta desperdigada, Juan apoyaba su niñez enfermiza en el pecho de aquella mujer que acariciaba su cabeza sabiendo que él miraba más por los dorados de la cadena que por la ternura de aquellas manos tan poco acostumbradas a las

caricias.

Pobre de aquél que se llamó Juan el Aterido. Consiguió el matrimonio mediante el cual pensaba protegerse, gracias a la hacienda del suegro, de los achaques de su debilidad natural y, al poco, murió de un enfriamiento que cogió en el cortijo durante una noche de relente, dejándole a Remedios tan sólo un embarazo de tres meses del que nació aquel niño que ahora, doce años más tarde, se asomaba con ella al pozo donde había desaparecido esa medalla que había provocado el deseo y la semilla de su padre.

Pobre de aquél que se llamó Tarrito. Pobre de su descendencia. Tenía las manos arañadas de tanto buscar insectos en las malezas para meterlos en un tarro, costumbre que le marcó el apodo. Tenía el cuerpo fuerte de su madre y el temperamento débil de su padre. Atisbaba los sinsabores del pozo con la satisfacción que le había producido la sorpresa. Su madre, al sacar el cubo de agua, había visto cómo se le desprendía la cadena y cómo se la tragaba el interior del pozo, el musgo, la memoria, el aire todavía enfermo que exhalaba el espíritu de Juan el Aterido desde las grietas sin luz y desde el magnetismo oculto del agua, en cuyas hondas lentas y amargas Remedios veía los reflejos de su rostro deformado. «Al final, conseguiste la cadena», rezó en sus pensamientos.

—Buenas tardes, familia —les saludó Manuel, que acababa de cruzar el arroyo que corría a la vera del pozo.

—Buenas tardes, Manuel —le contestó Remedios todavía ensimismada.

—¡Manuel! ¿A que no sabes lo que he cazado? —se alborotó Tarrito, recogiendo del suelo el bote de cristal y acercándose a su tío.

—Un fascista.

—¿Qué es eso?

—Un insecto con patas que terminan en pistolas. Se alimentan de carne humana y en lugar de ojos tienen monedas, pero ellos no lo saben, creen que tienen ojos como los demás.

—No me cuentes cuentos…

—¿Que no? Acabo de encontrarme a uno por el camino. Lo he cortado en pedacitos.

Juanmaría sacó la faca del cinto y, entreabriendo la hoja y volviendo a cerrarla, le echó una sonrisa al sobrino y la regresó a la cintura.

—Tarrito, ¿has visto a Ángeles?

—Creo que está en la alberca con la tía María, que ha venido a

hacer la visita. Tío, mira, he cogido un alacrán —exclamó ilusionado alzando el bote a la altura de la cara de Manuel.

Sobre un amasijo de insectos con angustia de huir —barullo de vida que resbala cristal arriba: hormigas negras y rojas, moscas sin alas, arañas con un movimiento sutil en las patas por un dolor que necesita lentitud, cucarachas que pierden el equilibrio sobre la cáscara de los escarabajos, avispas que despegan una y otra vez, cohetes negriamarillos, contra un firmamento impenetrable— un enorme alacrán combaba el aguijón en busca de su propia muerte. Las pinzas abiertas de sus patas delanteras se apretaban, como narices, contra el cristal. En el hueco de su boca había una velocidad nerviosa de órganos que se desviven. Sus ojos engastados miraban, a través de una atmósfera turbia, las formas distorsionadas que son la realidad: una radiación de electrones terribles, azules y rojos, que desprendían los gestos, los árboles en su lentísimo motor sin viento, el cielo puro. Su abdomen estaba roto. Unos a otros —vida vertiginosa, demorada muerte, voraz sinsentido de bocas que mascan—, los insectos se iban devorando las entrañas.

—¿A que da miedo? —dijo Tarrito, retirando el bote de los ojos de Manuel.

—Más que miedo da pena. Suéltalos, Tarrito, que ya eres muy grande para estas cosas. Así ni tu madre te va a llamar nunca por tu verdadero nombre.

—Pero si son sólo bichos —exclamó el niño apretando el tarro contra el pecho.

—Un día va a venir uno más grande y te va a meter a ti en el bote.

—Sí, claro, ni que una persona fuera igual que un bicho.

Manuel le buscó en aquellos ojos grandes y oscuros. Encontró temor, crueldad, inocencias heridas. Luego miró hacia el pozo. Remedios seguía escudriñándolo, buscando también en aquel fondo grande y oscuro.

—¿Qué hace tu madre?

—Se le ha caído la medalla.

—Tendrá que darla por perdida.

Eran fondos grandes y oscuros. Manuel miró alternativamente al hijo y a la madre y sintió en el pecho la opresión de un futuro perdido, de un pasado inevitable. Eran fondos grandes y oscuros que también devolvían la mirada. Y Manuel no soportaba la sensación de que Remedios se estaba asomando por aquel pozo a una mirada húmeda y negra. Murmurando un adiós y poniendo la mano en el hombro de Tarrito, se encaminó hacia las cuadras.

—¿Ya te vas? —preguntó, desilusionado, el niño—. ¿Cuándo me vas a llevar a espiar a los búhos? Me lo prometiste —exclamó arrugando el rostro.

—¡Otro día! —casi gritó Manuel ya cerca del establo.

Melchor Orantes, que estaba detrás de la cuadra dando de comer a las gallinas, oyó la voz de su yerno. Volvió la cabeza para ver si también la había oído Ángeles, pero ella seguía sentada en el borde de la alberca charlando con María. Sacudiéndose el grano de las manos, Melchor fue resueltamente al encuentro de Manuel y, al dar la vuelta al edificio, llegó justo a tiempo de ver la espalda de su yerno que se adentraba en la penumbra del interior.

Melchor se detuvo. Dejó caer el peso de su cuerpo, fuerte de campo acumulado, sobre una sola pierna; las manos en la cintura. Inclinó la cabeza, blanca de años e intemperie. Escuchó su propia respiración, entreviendo la curva de su propia nariz, la misma que había heredado Remedios. Hizo un amago de regresar al corral, pero de nuevo dio media vuelta y avanzó despacio hacia la puerta del establo.

Dentro olía a mescolanzas animales y cereales. Se oía el zumbido de algún moscardón que iba de una boñiga a otra. Había unas pocas mulas y bueyes emitiendo también los ruidos de existir. Melchor avanzó sigilosamente y comenzó a oír un cuidadoso revolver de herramientas. Llegó hasta las escaleras de mano por las que se accedía a un chiribitil donde se guardaban algunos aperos de labranza de poco uso. Pisó los peldaños intentando tapar los crujidos, pero sólo conseguía hacer espasmódicas muecas con la boca. Los crujidos subían dentro del chiribitil pero se derrumbaban sin fuerza antes de alertar a Manuel quien, tranquilo y muy rápido, apartaba una zaranda, tras ella, un ladrillo, sacaba una bolsa, que llevó al bolsillo, tapaba el boquete con aquel ladrillo, también la zaranda y sobre ésta un trillo, la horquilla, la hoz y al fin un rastrillo.

Al volverse, se encontró con Melchor cara a cara, sólo que éste tenía todavía los pies en uno de los peldaños, de manera que asomaba nada más que la mitad de su tronco. Vista la escena de perfil, representaba el enfrentamiento entre un gigante y uno de esos tullidos que se desplazan entre los carromatos de los circos arrastrándose sobre un tablón.

—¿Se puede saber qué haces? —chirrió el tullido.

—Nada malo —tranquilizó el gigante, avanzando unos pasos que sonaron pesados y sordos sobre la tarima.

—Pareces un diablo de esos, un intrigante —volvió a gruñir el

tullido—. No sólo hay que ser bueno, también hay que parecerlo.

El gigante, más triste que enfadado, le miraba desde su altura con una preocupación creciente.

—¡Cuándo te vas a poner a trabajar de nuevo! —gimoteó ahora el tullido aumentando poco a poco de tamaño—. Tú nada, tú con tus protestas de cada día en la Casa de Luces, sin hacer nada de provecho. ¿A quién se le ocurre insultar al Amo? Con tu actitud haces que en Vulturno la gente murmure de nosotros. Lo que deberías hacer es ir a pedirle perdón y ponerte a trabajar en cualquier cosa, como hombre de provecho, en la ciudad o aquí en el campo conmigo. Mira que eres díscolo. De tal palo tal astilla. ¡Mira cómo acabó tu padre! Deberías hacer tuyas esas lecciones. Pero, nada, tú con el periodicucho ese sublevando gentes. Pero Manuel, ¿qué íbamos a hacer nosotros sin don Luis? Todo lo que tenemos se lo debemos a él. Tengo las tierras arrendadas a los Sánchez de León desde no se sabe cuándo. Lo nuestro, aparte de la Santa, es lo mejorcito de las Quemadas y, a ver, de qué comeríamos sin esto. Mira cómo está la gente por ahí.

Manuel le miraba sin hacer un gesto. Melchor ahora, ya dentro del chiribitil, era un poco más alto que su yerno.

—Eres mi suegro, Melchor, y yo vivo aquí con Ángeles porque ése era el deseo de tu hija. Eres mi suegro y me siento obligado a ti, pero eso no te da derecho a mentar a mi padre.

—¡Piensa en los vivos, Manuel! —encareció Melchor con las manos—. ¡Piensa en los tuyos! Mira el embarazo de tu mujer. Esa criatura te necesita. Yo entiendo la rabia que te mueve y que defiendas la memoria de tu padre. Pero los tiempos vienen malos y hay que pensar en los vivos, ¡en el bien de los vivos!

En el tragaluz se movía la tarde. El rayo de claridad nacía de la pared que Manuel había registrado y rozando el hombro de éste enfocaba el rostro de Melchor, que se había ido deformando con los gestos del ruego.

—No sólo nosotros estamos vivos, Melchor. Ya sabes cómo están todos los jornaleros. Después de que tu Amo dejara estériles sus tierras, sólo han podido vivir de las tuyas, mejor dicho, de lo imprescindible que tu Amo te ha dejado cultivar. Hoy tengo recorrida la mitad de las Quemadas y sólo me he encontrado al Tío Rubiales con unos muchachos en los olivos. Hace un año este mismo campo estaba repleto de trabajadores. Nunca les ha dado para mucho. Por eso comenzaron a pedir mejor jornal, después a exigirlo, y después fueron a la huelga. Y el hambre les ha quitado las fuerzas de la salud pero les está dando las fuerzas para luchar.

Atrás quedan los últimos fuegos. La desesperación, Melchor, no tiene piedad. Y ellos tienen mil razones para estar desesperados y para buscar la dignidad de sus alimentos, de sus ropas y de sus hijos, la dignidad de no ser tratados como inferiores por nadie. Nuestro mundo reparte mal las injusticias, Melchor. Y nosotros, los vivos como tú dices, tenemos la obligación de intentar repartirlas de otro modo, los vivos, porque todos lo estamos, iguales en la vida, desiguales en el subsistir. Mi padre se empleaba en restar esa diferencia. Por eso le mataron.

—Yo no me he quedado nunca el último en socorrer al prójimo.

—Las Quemadas siempre te lo han agradecido, Melchor. Pero la caridad alivia, no sana. La caridad asegura la injusticia y extiende la desigualdad: la sed de los pobres les hace sumisos y maliciosos mientras buscan la próxima dádiva. Los ricos remedian con unas pocas monedas su mala conciencia. Así funciona la Liga, que tanto entusiasma a tu mujer. Con la Liga de doña Leonor se endulzan los corazones de las grandes fortunas de Vulturno. Y también la tuya, Melchor, que si es paja y cascotes en comparación con la del Amo, es inalcanzable para los braceros de las Quemadas.

—Manuel, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra. ¿No eres tú el primer limosnero que ha dado la soldada entera a uno que yo me sé, ¡pedazo de inconsciente!, cuando tienes descendencia en el vientre de mi hija?

—Yo le he dado mis dineros porque el dinero no es de nadie, los dineros son de quien los necesita, por mucho que nos hayan impuesto lo contrario. Pero te digo una cosa, Melchor, por fin en las Quemadas hay voluntad de poner las cosas en su sitio.

El rostro de Manuel quedaba a contraluz. Luces rondadoras le destacaban un poco los pómulos, el brillo de los ojos, los dientes del hablar. Melchor le miraba el bolsillo donde le había entrevisto guardar la bolsa. La conversación sonó tranquila y terminante:

—Nada bueno vas a hacer, Manuel.

—Eso es asunto mío.

—Qué escondes ahí.

—También un asunto mío.

—Piensa en tu familia, mira que te viene un hijo. Tú te escudas en que sabes que yo voy a cuidar de ellos, aprovechado.

—No puedo evadirme por eso.

—Hablas como si fueras un profeta de pacotilla, pero en el fondo no eres más que un egoísta, un desgraciado y un caradura. Maldigo el día en que consentí que fueras mi yerno.

Manuel se hizo paso hacia la escalera de mano y bajó ante la

mirada desorbitada de su suegro. Ya estaba a punto de abandonar la cuadra, cuando a sus espaldas volvió a escuchar el ruego:

—Manuel, ¡por el bien de los vivos!

Melchor, en lo alto del chiribitil y con las manos extendidas, era la instantánea de un cantaor flamenco. Una vez que Manuel desapareció de su vista desbarató esa imagen y se puso a buscar el escondrijo en la pared. Apartó los aperos y dio con el ladrillo suelto. Cuando miró por el tragaluz, tenía los ojos humedecidos. Ya no estaba su hija María. Vio que Ángeles seguía sentada en el borde de la alberca y que volvía el rostro hacia la izquierda. Manuel, con paso tranquilo, llegaba a su lado.

Su cabello inauguraba, largo y suelto, tonos rojizos sobre la mansedumbre verde de la alberca; telón de ondas que, cayendo todo por un lado de la cabeza, despejaba el cuello largo que escenificaba la trágica pulsión de aquella piel joven y blanquísima bajo la cual se podía adivinar la carrera alocada de la sangre por venas y capilares, furiosa por ayudar a la vida y acabar de consumirse: la sangre que en su rodar fluente, vendaval de resplandor y materia, había construido los circuitos necesarios para conectarse a la niña que aún desconocían sus padres. Ella recibía rojas sombras de lo que le sería necesario cuando naciera. Se alimentaba de sombras rojas sin sentir el esfuerzo de unos órganos que ya han comenzado a trabajar para gastarse, cuando ella todavía es la niña secreta, la niña que flota en un espacio sin gravedad por donde se alejaría en lo oscuro si no estuviera sujeta por el cordón umbilical de su madre. Apenas se mueve: alguien la busca. Siente las ondas que tiran de ella. Hay una fuerza que intenta captarla desde fuera de la placenta, atravesando la carne y la piel de su madre; desde el tejido verde del vestido donde la oreja de Manuel está apoyada buscando el más mínimo de sus movimientos.

—No lo oigo, Ángeles.

—Pues antes ha estado un rato sin parar de dar patadas.

La niña no se mueve para pasar desapercibida ante la existencia mientras le sea posible.

—¡Hola! —cantaba Manuel, tierno y alegre, con la cabeza apoyada en el vientre de la madre—. Pues nada, ya lo escucharé otro día —dijo incorporándose.

Ángeles, sentada con las piernas cruzadas en el borde de la alberca, de cara al agua, apoyó la cabeza en el hombro de Manuel, también sentado en el borde, pero con los pies en el suelo y dándole la espalda al agua.

—Me ha dicho María que andáis armando algo.

—Mira con la cuñada. Es verdad, Tarrito me ha dicho que estaba contigo.

—No te la has cruzado de milagro.

—Milagros los que ocurren en su casa.

—Manuel, no te vayas por peteneras, dime qué pasa.

Manuel sacó la pequeña bolsa de cuero que había recuperado del escondrijo. La volcó sobre el borde de la alberca, entre él y ella.

—No sabía que teníamos ahorros.

—Les queda grande el nombre.

Dividió el montón de monedas en dos partes de igual tamaño y uno de ellos volvió a guardarlo en la bolsa y ésta en el bolsillo.

—Toma —dijo, con la parte que había quedado fuera—, para lo que fuere menester, lo otro es para Mateo. No le servirá de mucho. Pero se pondrá tonto de vinos si la cosa se desmadra.

Ángeles le miró con un rostro que, en un primer momento modelado por la alarma, era barro que secaba una triste preocupación.

—Qué ocurre, qué vas a hacer.

—Es difícil que me pase algo, pero ha llegado el momento de acciones mayores que las protestas.

Manuel se levantó del borde de la alberca y, situándose detrás de Ángeles, la rodeó con sus brazos. El agua, verde y opaca, guardaba un secreto de ranas y culebras que, de repente, producía un movimiento en la superficie. Manuel le susurró al oído:

—No temas, nada te va a faltar.

—Y si me faltas tú.

—Sabré cuidarme, pelirroja. Lo haré de manera que nadie pueda echarme la culpa. Sólo les voy a abrir la puerta.

—Qué puerta.

—Mañana lo sabrás. Alguien tiene que hacerlo. La cosa va a estallar de todas formas y debe ser en las mejores condiciones. Ya te mandaré noticias.

—¿Con quién?

—Ya lo verás, preciosa. No hay mucho que saber. Por cierto, no le comentes a tu padre ni mijita de lo que te he dicho. Y a tu hermana Isabel vaya a ocurrírsele ir esta noche al convento. Vigílala por si las moscas.

—¿Por qué, Manuel? ¿Qué tiene que ver el convento con esto?

—La linde es hoy un polvorín. Cualquiera sabe lo que puede pasar camino de la Santa.

Ángeles pegaba su espalda al pecho de Manuel y, dejándole

hablar a la oreja, presentía los horrores en la imagen del agua, de un color esperanza que ensuciaban algas y bichos muertos.

—¡No seas tan armadanzas, Manuel! —se enfadó de pronto y, detrás de ellos, sonó la voz cantarina de Isabel.

—¡Tórtolos!

Y dulce como si estuviera drogada con mieles místicas.

Ellos se volvieron e Isabel, con un movimiento felino de sus carnes algo gruesas y la mirada húmeda y verde, extendía los brazos hacia ellos girando suavemente las muñecas:

—He soñado con ella —dijo—. También hoy me ha visitado.

Se sentó junto a ellos en el borde de la alberca.

—Había puesto unos huevos a cocer y me he sentado un poquito, porque ya estaba cansada de tanto ir de aquí para allá por la cocina. Me he quedado adormilada escuchando en sueños el borboteillo del agua y de mi propia voz que decía despacio «salve regina, mater miseriocordiae» para medir el tiempo en el que los huevos están listos, y entonces he empezado a sentir una paz muy grande y una cosa así como la plenitud, ¿entendéis lo que quiero decir?, la plenitud, y ha venido la Santa y me ha puesto la mano en la cabeza y acariciándome me ha dicho: «Isabel, serás mi hermana».

El rostro de Manuel se ensombreció. Se le venía encima el peso del futuro que estaba a punto de suceder, que acabaría con los sueños de unos para imponer los sueños de otros.

—Demasiadas novelas te ha leído tu padre, Isabel —dijo. Y, disimulando sus sentimientos, se despidió—: Bueno, yo os dejo. Ángeles, me voy a Revellín a ver a Mateo. Esta noche me quedaré con él ayudándole en la imprenta.

Y, después de abrazarla, comenzó a alejarse. Avanzaba unos pasos y la mirada de Ángeles se hacía cada vez más triste. Avanzaba en sus pasos largos y la mirada verde de Isabel brillaba en sus mieles narcóticas.

Perseguido por el futuro anochecer, angustiaba el andar por el Camino de los Abejarucos. Éstos construían hondas galerías en los terraplenes de aquella senda de hombres e iluminaban sus tránsitos con los fogonazos de un vuelo multicolor. Manuel Juanmaría entregaba sus anhelos de paz al comportamiento de los abejarucos que, indiferentes y feroces, trazaban sus maravillosos vuelos en la caza renovada de insectos. El Camino de los Abejarucos medía la distancia entre el Cortijo de los Orantes y el Sindicato, un cortijo también que, arrendado tiempo atrás por un labrador que pasó a mejor vida, Luis Sánchez de León había cedido al Sindicato para

satisfacer parte de sus demandas, bastante antes de la victoria electoral de la Vanguardia de Todos.

Ya estaba Juanmaría a pocos metros de dicho lugar, cuando, saliendo de detrás de un zarzal, se le plantó delante un hombre vestido de tan extraña guisa que Manuel se detuvo entre el asombro y el susto. Aquel hombre cruzaba los brazos desnudos y famélicos y plantaba las piernas con una pretensión de fuerza donde no había. El resto del cuerpo, salvo la cabeza barbada y con tonsura, estaba cubierto por un saco al que se le habían perforado un cuello y unas mangas.

—Camarada llamarada —pidió malhumorado.

—Camarada llamarada —contestó Manuel con un tono de extrañeza que interrogaba aquella figura—. ¿El Asombradizo está ahí dentro?

—Pasa —se limitó a decir.

Al que nunca sembró
lo maldice la tierra.
El que nunca sembró
será polvo, no tierra.
Mi mano no sembró.

Marina Tsvetáeva

Era una pancarta escrita por la mano inconfundiblemente didáctica de Mateo Cristalina con la que todos se topaban al entrar en el antiguo cortijo, supieran leerla o no, pues estaba colocada en la pared que había justo enfrente de la puerta. Mateo la había puesto allí el mismo día de la instauración del Sindicato, diciendo las siguientes palabras:

«Camaradas, que estos versos nos sirvan a menudo de doble ración de lecciones. Por nuestras obras nos conocemos y nos conoceremos los unos a los otros. No seamos como esta mujer que se lamenta confesando que su mano no sembró. No hay que extrañarse de su tristeza, imaginaos, ¡ella era poeta del zar! Por eso mismo, su colocación presidiendo este Sindicato es también un símbolo de nuestra tolerancia por cada uno de nuestros semejantes si en sus palabras se encuentra la justicia, que no es otra cosa que la libertad de cada conciencia puesta en común. Camaradas hermanos, habremos de sembrar la tierra de trigo y de cambios sociales para que la siembra del primero obtenga la mejor cosecha por brazos de los segundos, y todo bien se reparta con igualdad en la comuna que ya hemos comenzado a ser. El que no siembre esta revolución, será

maldecido por la tierra porque seguirá siendo esclavo de las miserias de un jornal y de un terrateniente, como lo eran nuestros abuelos y los abuelos de nuestros abuelos cuando estas mismas tierras eran de un señor feudal para el que cultivaban sus siervos los campos, a sueldo de hambrunas. El dolor de las palabras de esta rusa nos presida y encienda la hoguera donde arderán las leyes del antiguo régimen que todavía reina en las Quemadas y en otras partes del mundo. ¡Al cielo llegarán las llamaradas! Camaradas, ¡llamaradas!».

Y este último ardor retórico tuvo que ser del gusto de muchos, pues a partir de entonces, malentendido pero esenciado, se fue convirtiendo por el comento de unos y por el mimetismo de otros en saludo, santo y seña de todos aquellos que deseaban rebajar las desigualdades del orden social en las Quemadas. Tuvo la buena fortuna que corren, en la memoria y en el mundo entero, los conjuntos consonantes.

—Camarada llamarada —saludó Manuel.

—¡Hombre, Manuel, cabronazo, lo que te llevo esperando! —respondió el Asombradizo.

Estaba sentado debajo de la pancarta de Marina Tsvetáeva, de cara a la puerta y detrás de una mesa, y, en ese momento, repasaba un gran libro de cuentas que siempre estaba a mano, pues era allí donde toda persona que así lo deseara tenía derecho a escribir cualquier queja. Era por eso que el Asombradizo llamaba a aquel libro que custodiaba «libro de cuentas y de cuentos».

—Ya estaba pensando mal de ti —exclamó con una sonrisa malaje.

—Perdona, amigo, es que no he parado de encontrarme gente por el camino. Por cierto, el que hay ahí fuera…

—No te lo vas a creer, Manuel —dijo el Asombradizo, levantándose—, lo ha mandado Antón para acá.

—¿Antón?

—Antón, el del Amo. Ha decidido de una vez avenirse con nosotros. Pues, arrea lo que he planeado con el muchacho.

El Asombradizo hablaba con una rudeza madura, sonriente. Mateo Cristalina le había concedido el apodo después de refrescarse El Quijote, pues decía que por allí había leído de alguno que no es que se asombrara de todo sino que se asustaba de su propia sombra, «como tú, Asombradizo, que te dan escalofríos todas las soledades en penumbra». Sin embargo, el Asombradizo le tenía miedo a los muertos, no a los vivos, y prueba de ello era que le había elegido el Sindicato para que negociara con el Amo las cláusulas de la paz en

el campo, que se habían ido a pique.

El Asombradizo era grandón y franco.

—Le van a dar mucho por el culo al Amo -dijo palmeando el hombro de Manuel—. Ése de ahí fuera se despertó esta mañana fraile del monasterio de San Leopoldo. Pero hoy han comido juntos todos los fascistas de Vulturno, más un general italiano, para hacernos la guerra. Han llenado de gargajos el plato del Antón, que estaba allí paseando al Amo. Y éste, el fraile, que ha sido testigo de todo, no ha aguantado más y se ha venido.

—No entiendo nada, Asombradizo.

El Asombradizo se lo explicó.

Manuel, mientras escuchaba, se acercó a una estantería donde se apilaban los números de El Corsario de la Idea; y, desordenados sobre otra balda, unos de pie y otros tumbados, tomos ya viejos por el uso: Dios y el estado, del evangelizador Miguel Bakunin; las normas de esperanza de La conquista del pan, del príncipe Kropotkin; una Historia de las agitaciones campesinas, de Díaz del Moral; y, más leídos que ningún otro, una novela de Blasco Ibáñez, La bodega, mediante la cual Mateo Cristalina explicaba la necedad de señoritos y de jornaleros sumisos; La Andalucía trágica, de un joven y valiente Azorín; y, por último, la filmación que un periodista, Ramón J. Sénder, había hecho en su Viaje a la aldea del crimen de la rebelión de un pueblo que sólo consiguió ser asesinado por las fuerzas que mantenían las desigualdades del orden. Una vez y otra cometeremos los mismos errores, pensó Manuel sin dejar de escuchar la narración del Asombradizo. Se acordó de la actitud de unos jornaleros reunidos en torno a la lectura comentada que hacía habitualmente Mateo Cristalina en aquella misma habitación; se acordó de las protestas indignadas en la imposible solidaridad con los hechos cometidos; de sus gestos de asombro ante el espejo de la historia que se repetía casi idéntica en los libros y en sus propias vidas. Pero Manuel añoraba los primeros entusiasmos, cuando, tras la muerte de su padre, don Mateo trasladó la Escuela Moderna desde su casa particular al Sindicato, casa de todos. Y allí, el rostro alegre y el puñetazo en la mesa explicaban al auditorio atento qué diferenciaba aquella escuela de la que tenían los Hermanos Teresianos en Vulturno, recitando las palabras de Bakunin:

«[…] habrá que fundar toda la educación de los niños», y de los adultos —dijo sacudiendo el índice que les señalaba— «sobre el desenvolvimiento científico de la razón, no sobre el de la fe; sobre el desenvolvimiento de la dignidad y de la independencia personales, no sobre el de la piedad y obediencia; sobre el culto a la

verdad y a la justicia, y ante todo sobre el respeto humano, que debe reemplazar en todo y en todas partes el culto divino». ¿No es esto razonable, eh? —gesticuló su mano abierta—. Pues anda que no ha habido tiros por esto. Ah, y aquí está el meollo del asunto —enfatizó saltando a otro párrafo—: «Toda educación racional no es en el fondo más que esa inmolación progresiva de la autoridad en beneficio de la libertad, el objetivo final de la educación no debería ser más que el de formar hombres libres y llenos de respeto y amor hacia la libertad ajena». Ahora escuchad, que esto os atañe y os toca —entonces tomó el libro con las dos manos y lo sostuvo con un vibrato tan apasionado que el auditorio pensó que se sabía aquello de memoria, pues, en caso contrario, no podía ser que el viejo Mateo distinguiera las letras con aquel sube y baja—: «[…] será necesario», ¡y tanto que lo es!, «fundar escuelas no sólo para los niños del pueblo sino para el pueblo mismo». Pero —titubeó un momento buscando el ensamblaje de la frase que había inventado con el subrayado— «no serán ya escuelas, sino academias populares» —nuevo titubeo— «donde el pueblo irá libremente a recibir una enseñanza libre y, en las cuales, podrá enseñar muchas cosas a los profesores», es decir, a mí, que ya aprendo con vuestro silencio las ganas que tenéis de aprender. Mirad, mirad qué verdad como un templo: «La vida social está fundada […] sobre la autoridad, no sobre la libertad; sobre el privilegio, no sobre la igualdad; sobre la explotación», ¡ay, Luis Sánchez de León! —exclamó histriónico mirando al techo—, «sobre la iniquidad y la mentira, no sobre la justicia y la verdad». Entonces, y esta lección ya os la sabéis: ¿cómo arreglar todo este mundo al revés, carnaval de los pobres? —¡Metiéndole al Amo una azada por el culo!, se guaseó uno del auditorio—. Calla, malhablado, que es eso más o menos: «¡Haced la revolución social! ¡Haced que todas las necesidades sean realmente solidarias, que los intereses materiales y morales de cada uno estén de acuerdo con los deberes humanos de cada uno! Y para eso no hay más que un medio: ¡destruir todas las instituciones de la desigualdad!».

Manuel recordaba el sentimiento de esperanza que les alegraba a todos y, también, cómo su propio espíritu fue aprendiendo a desear la lucha, que en el fondo detestaba. Pero ahora, mientras el Asombradizo terminaba de contarle lo que había ocurrido aquella mañana en el monasterio de San Leopoldo, le atemorizaban las horas venideras.

—Nos van a freír, Asombradizo —dijo, volviéndose hacia a él—. Sólo tendrás una posición de fuerza cuando tomes la Santa.

Entonces habrá que estar listos para negociar, habrá que estar templado, Asombradizo.

—No lo dudes, Manuel. Te lo voy a poner claro. Por la mañana temprano me entrevisté con el Antón. Esta tarde tenía que llevar al convento a la hija del Amo, ahora estará en ello. Lo que hemos planeado es retenerla en el campo hasta que tomemos la Santa. Esa niña nos dará garantías de trueque.

Manuel iluminaba sus ojos grises con vislumbres de tragedia. Por encima de sus cejas largas y rectas se veía marcada otra línea: la visera de la gorra. Levantó las manos y, con la cabeza gacha, las apretó sobre su nuca, la rascó, bajó los brazos.

—Eso es una locura —dijo al fin.

—Es un arma, no me digas, Manuel, artillería para nuestras razones.

—Es muy peligroso. Aunque no le ocurra nada a la niña, aunque se la trate bien, su padre no nos perdonará.

—Ese tiburón se merece un tiro y se lo daré yo mismo, Manuel. Ella será el cebo y, después, será libre. Todos seremos libres.

El Asombradizo había apoyado el trasero en la mesa de cuentas. Tenía ojos arábicos, ilusionados y un tanto desmedidos.

—Joder, hemos dicho mil veces que no habrá muertos y ya estás hablando de tiros.

—Eso lo has dicho tú. Habrá todos los que sean necesarios, y cuantos más de su bando mejor. Tú procura llevarte el Brazo de la Santa, que yo me encargo del resto.

—Es increíble que esa condición sea necesaria.

—Mejor que nadie lo sabes, Manuel. Ninguno, ni yo mismo, pisaremos el convento mientras el Brazo Incorrupto siga allí.

—Eso es superstición, Asombradizo.

—Eso es lo que hemos mamado.

—Aquí todos presumen de ateos pero luego son más católicos que la madre que los parió —se enfadó Juanmaría.

—¡Manuel, cojones, que no hace un año que te casó un cura!

Manuel protestó con un gesto rápido: inclinó la cabeza hacia la derecha y levantó un instante la mano de ese lado. Luego, dijo:

—No lo entiendes, Asombradizo.

—¿Tengo que entender que te rajas en el momento de la verdad?

—No es eso, carajo —exclamó Manuel—. Si la gente no cambia de ideas, podrá matarse por hacer una sociedad distinta, pero acabará siendo igual que la anterior. ¿Es que no has oído lo que dicen cuando hablan de sus planes si salimos de ésta? «Casarme,

jartarme y morirme». Más o menos lo que hace un señorito…

—Por fin todo el mundo está con ganas de dar el paso, Manuel. El Amo nos va a lanzar un Ejército de todas formas, ya lo has oído. Es el momento —el Asombradizo se acercó a Juanmaría y, tranquilo, reconciliador, le puso la mano en el hombro—. ¿O no?

—Qué remedio. Nos han tocado estos tiempos.

Manuel se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A confesarme con otro todavía más loco que tú. Voy a ver a Mateo.

—Dile que duerma tranquilo, que todo saldrá como él quería.

—Con unos vinos seguro que lo consigue.

—Oye, ¿te va a ayudar tu cuñado?

—Me va a dejar pasar por su casa.

—¡Las galerías!

—Te darían pavor, Asombradizo. Cuando lo haya conseguido te haré las señales de humo.

—Estaremos preparados.

Por delante de la ventana, pasó la figura famélica y hosca del fraile del saco.

—¿También te lo vas a llevar contigo?

—Seremos muchos, ¿por qué no él? —respondió el Asombradizo, acercándose a Manuel—. ¡Dame un abrazo, Corsario!

Sonaron las espaldas.

—¡Camarada!

—¡Camarada llamarada!

Cuando Manuel regresó a la intemperie, el cielo adelantaba hogueras donde ardían naranjas de nubes. El padre José María, empalando la holgura del saco, se había subido en una silla y pintaba con un tizón el escudo del Amo que había sobre la puerta del Sindicato. Delante del Inri de las espadas en cruz, ya había escrito la palabra «Cuánta».

—Qué escribes, fraile —preguntó Juanmaría.

—¡Cuánta inrritación!

Se puso de nuevo en el camino que cruzaba el valle de las Quemadas desde Vulturno a Revellín. El cortijo de los Orantes quedaba más o menos a la mitad del trayecto. Pero esta vez la piel avanzó rápida y sin interrupciones. Mucho tiempo antes la piel se había restregado en los altozanos de hierba y había guardado entrañas que digerían un rumiar eterno sólo en apariencia. La piel había almacenado un sinfín de minúsculos parásitos. Había sentido

la hoja fría de un cuchillo, el desbordar caliente, sangre. Había sido cortada, ya sin ningún padecimiento, por otros cuchillos y tijeras. Había sido curtida y engrasada. Sólo entonces, por primera vez en la existencia de aquella piel, había sido acariciada, muerta, por las manos de otra piel, viva, que hoy también estaba muerta. La piel se había reafirmado sobre la tierra del camino. Y Manuel lo sabía: con aquellas botas, su padre regresaba a Revellín.

Era un pueblo agazapado sobre una gran pared de piedra. En la cima se recortaba un castillo con almenas y torres bastante bajas, como si su arquitecto hubiera considerado suficiente la enorme altura de la roca donde concibió su construcción. A la derecha del castillo se elevaba la picuda torre de una iglesia que, como las otras de la zona, primero fue mezquita. Otra vez a la derecha se aplastaba la media luna del pueblo, cuyo cuerno superior tocaba la iglesia y, desde allí, se iba curvando en arco, como dando una media vuelta, hasta quedar por debajo del castillo.

Manuel Juanmaría lo miraba desde la colina de enfrente. Como no tenía reloj, no sabía cuánto se había retrasado. El pueblo hervía como un trozo de carbón blanco sobre la calcinación del poniente. Manuel descendió por el sendero, cruzó un arroyo en el interior de la chopera y, cuando comenzó a subir la cuesta del pueblo, oyó las campanadas de la iglesia. Daban los cuartos. Así que debían de ser las diez menos cuarto. Le hubiera gustado hablar con Mateo en su casa y, a esa hora, seguro que ya estaba en la taberna.

Lo imaginaba en un rincón, mirando hacia la puerta o, más allá, el negro airear de la noche que venía, desde la mesa en la que estaría sentado ya con el tercer vaso de vino, él, que nunca había bebido una gota desde que era un muchacho convencido de que el vino también era el opio del pueblo: Mateo Cristalina, el que le dijo, repitiendo lo aprendido: «el hombre que quiere cambiar el mundo primero debe superar todas las lacras del mundo», y así se lo enseñó a Manuel, que ni lo olía; Mateo Cristalina, el que le dijo no hacía tanto, transformando en sarcasmo la tristeza, que «la muerte de tu padre por lo menos me ha devuelto el placer del vino». Manuel, pasos largos por el zigzag de cabras, recordaba cómo entonces don Mateo comenzó a murmurar una canción, con los ojos brillantes de nostalgia y marcando el compás con la cabeza, una canción que al principio no reconoció porque siempre la había escuchado y cantado con pasión guerrera y ahora el viejo maestro la susurraba con extrema melancolía, como se canta el amor perdido.

Enseguida Manuel se encontró murmurándola. «A las barricadas…» La fue acomodando al ritmo de su paso. La aceleró y

tomó un aire decidido de canción rusa y de la esperanza que los rusos habían cumplido hacía casi dos décadas y, como si fuera la partitura de una ilusión también a punto de cumplirse, Manuel apretó el paso y pronto alcanzó las primeras casas de Revellín.

Solitario en una mesa, Mateo Cristalina desolaba una noche más el tono de la vieja melodía. Entre sus manos, blancas y pintadas con lunares de viejo, había un vaso mediado de tintorro. Miraba la puerta abierta y se distraía, más allá, con los pasteles de un nuevo anochecer. Esos ojos habían visto tantos, que Mateo se figuraba que cualquier día iban a ser sus propias pupilas las que trazarían el atardecer sobre el horizonte de su iris, que era del color verdoso de los pantanos. Entonces todo por fin se acabaría. «A las barricadas…». Don Mateo miró la transparencia roja del vino y, tomando un trago, pensó que estaba apurando su propia sangre. Al beber cerró los ojos y por un momento vio la telaraña de venas de sus párpados que atrapaban un instante de sangre más, que latía desesperada por escapar de esa trampa. Sobre sus párpados cerrados, se curvaba la bóveda del techo, que era de piedra. Sobre la piedra, estaban los cimientos del castillo. Sobre el castillo, las luces naranjas, celestes, rosas, añiles y rojas iban siendo devoradas por la noche que venía.

Manuel la miraba. Acababa de volver a salir a campo abierto, después de girar a la izquierda por el tercer callejón que encontró a la entrada del pueblo. «A—las—ba—rri—ca—das, a—las—ba—rri—ca—das», todavía murmuraba y, por fin, tras una curva del sendero se encontró ante la cueva iluminada, la única taberna que había en el lugar. Unos perros ladraron desde una huerta cercana. Desde otra, respondió un rebuzno. Manuel avanzó hacia la taberna que, bajo el castillo, prestigiaba acogedoramente la pobreza de sus candiles. Cuando Mateo Cristalina posó el vaso en la mesa, abrió los ojos y se lo encontró en el hueco de la puerta.

Manuel saludó a la parroquia —el tabernero, una mesa de hombres y dominó detrás de la de Mateo— y, evitando mirar a la pareja de la Guardia Civil que había en la barra, avanzó hacia donde estaba sentado el maestro, el impresor de El Corsario de la Idea, que, después del triunfo electoral de la Vanguardia de Todos, había recuperado la legalidad y la circulación libre, al menos en la teoría; porque en la práctica eran incompatibles, a un extremo de la barra de madera, los Civiles y, al otro, el montón de periódicos libertarios que el tabernero había retirado discretamente cuando entraron los picoletos. La taberna olía a sudor humano y al sudor de las barricas —manzanilla, fino, palo cortado— que estaban apiladas

detrás de la barra. El tabernero —una peonza oronda con la camisa abierta y el garbanzo del rostro arrugado— apuntaba las consumiciones con una tiza en la barra. En el lado de los Civiles, donde se veían un par de frascas vacías, no había números escritos.

Manuel se sentó al lado de don Mateo, dando la espalda a la barra. La mesa de dominó embarullaba la taberna. De allí venía el humo de los cigarrillos que flotaba bajo el techo abovedado en dirección a la puerta, afantasmándose en la luz, hasta que un golpetazo en la mesa seguido de una carcajada o de una maldición lo removía con el temblar de los candiles.

La mano de Manuel se posó sobre la de don Mateo, la palma sobre los nudillos, y la apretó con cariño.

—Cómo estás.

—Rumiando melancolías, ya sabes, los viejos tenemos esa santa costumbre —Mateo Cristalina sonreía con soltura, como si usara un gesto de la infancia aún sin corromper. Tenía los ojos risueños y grandes, aunque no tanto como parecía a través de las gruesas lentes de sus gafas; la nariz, pequeña; la cabeza, cana en las sienes y con algunas cicatrices en la pulida calva; la piel del rostro se iba ajustando cada día más a su calavera—. Ya estaba preocupado por ti.

—Venir desde Vulturno me ha llevado tiempo. Había muchos cabos que atar. A propósito de cabos —susurró Manuel, después de comprobar que la Pareja estaba de espaldas—, ¿qué buscan ésos aquí?

—¡Mecagoendió! —sonó una voz en la mesa del dominó.

—Vigilan, ¿qué van a hacer? Husmean por Revellín. Así que mucho cuidado con lo que hablas.

—Oiga usted —se volvió uno de los guardias hacia el blasfemo —. Aquí, a aliviarse con respeto.

Era un guinda verde y robusto, con voz grave, edad madura y rostro parecido al de un anfibio, como otros se parecen al de un perro o un pájaro. Al ver que el blasfemo no chistaba, giró otra vez hacia la barra, no sin antes mirar de reojo a Manuel Juanmaría. El silencio que había provocado la voz del guardia se volvió de nuevo una madeja ruidosa de comentarios, golpes de fichas, sorbos de vino.

—¿Y si nos vamos? —propuso Manuel, inquieto.

—Aguanta un poco —le volvió a sonreír don Mateo—. Imagina que nos siguen. Mejor estar acompañados que solos con esos dos ahí fuera. Nada malo hemos hecho todavía, ¿verdad, hijo? —le palmeó la mano. Era en las manos donde habían aprendido a mostrarse los

afectos—. Bebe algo —le invitó señalando la frasca que había sobre la mesa—. Pídete un vaso.

—Ya sabes que prefiero agua. Voy a pedir un trago —dijo levantándose—, que vengo seco.

—¡Mecagoenlasantainquisición! ¡La madre que me parió! —vociferó otra vez el blasfemo dando un puñetazo en la mesa del dominó.

Ahora se volvieron los dos guardias. El otro tenía el pelo gris, la cara blancuzca, el cuerpo larguirucho, los cuarenta años, la voz insulsa y ceniza:

—Eh, cretino, vas a ir al cuartelillo.

Manuel, al otro lado de la barra, pidió el botijo al tabernero.

El blasfemo se dio la vuelta sobre la banqueta en la que estaba sentado. Apenas se distinguía de los hombres que le acompañaban en la mesa. Todos marcaban huesos, todos tenían el rostro curtido. El blasfemo acaso fruncía más la frente, apretaba más los labios:

—Esto no es un asunto de fe —dijo—. Son las maldiciones del juego.

—Vais a aprender la lección a palos, tú y los que sois como tú —dijo el que tenía cara de sapo.

En el otro lado de la barra, Manuel engullía el chorro del pipo.

—Hombre, ¡el hijo del recluso! —fingió alegrarse el guardia llegándose hasta él y propinando unas palmadas en la espalda que bebía.

Manuel bajó rápidamente el pipo, y, después de dejarlo sobre la barra, se tocó el agua que se le había derramado en la pechera. Recuperando el talle, clavó la mirada en los ojos redondos y guasones del guardia, que había puesto la mano sobre la culata de su pistolón. Su pareja, el larguirucho, se había recostado en la barra, de cara a la mesa de juego. Don Mateo miraba la mano derecha de su ahijado, que se mantenía un poco retrasada hacia la parte posterior de la cintura, donde esperaba la faca. Llenó su vaso de vino, se levantó rápidamente y lo extendió hacia el picoleto.

—Beba usted, que yo le invito —dijo interponiéndose entre los dos y obligando la mano del guardia hacia el vaso que le ofrecía.

El guardia vigiló a Juanmaría por encima del filo del vaso, bebiendo el vino que el viejo le había dado.

El silencio comenzaba a pesar cuando entró en la taberna una joven vestida con sencillez y el solo adorno de un clavel en el moño de su pelo negro. Su presencia —ojos minerales, labios muy pintados— distrajo la atención de la taberna entera, momento que aprovechó Mateo para regresar con Manuel a la mesa.

—No tendrá usted un poco de leche para llevar —preguntó al tabernero.

Aquella mujer era famosa en Calima por los buenos panes que hacía y, en toda la comarca, porque era más guapa que otras. También en Revellín, donde tenía familia.

—¿Mejora la tía Mariangustias? —se esforzó el tabernero, sacando nada más que el aire necesario del pecho de la peonza. Era una voz escasa, rasgada, como si hubiera hablado una graja.

—Ya va apurando los años.

—Joyita —se inclinó el guardia que se había enfrentado con Manuel—. ¡Que los tienes sin pan! —hizo un gesto a su compañero para que se acercara—. Hace un rato que vinimos de Calima. No sabes tú lo que te echan de menos. ¿Cuándo vuelves?

—Ya mañana.

—Pues si quieres te escoltamos, que no están las cosas para que una joven como tú ande sin compañía. Sobre todo en esta parte de las Quemadas, la de Calima está tranquila. Hasta la hija del Amo ha pasado por ahí esta tarde hacia la Santa.

Se hizo sombra en el ánimo de Manuel. El dominó había reanudado su plaquear sobre la mesa.

—No hace falta, don Tricornio, yo me sé escoltar solita.

—Pero te vendría bien una mano fuerte como ésta —guiñó extendiéndola a la altura de las nalgas de la hermosa, sin tocarlas.

Ella se quedó inmóvil. Sentía el calor que desprendía aquella palma, desplegada como si tuviera una membrana entre los dedos. Entonces, girándose un poco, se percató de que allí estaba Manuel Juanmaría, que era de Calima como ella.

—¿A usted le ha traspasao el vino o qué le pasa? —regañó al guardia, mirando de soslayo al hijo del zapatero.

—Lo que yo voy a traspasar es tu falda, morena —contestó el guasón ejecutando el agarrón de nalgas.

Ella se apartó airada hacia la izquierda. El tabernero soltó una carcajada medio muerta y puso la leche sobre la mesa.

—La leche —dijo.

Manuel se levantó y, acercándose a la barra, se colocó entre el guardia y la panadera, y pidió:

—Dame un poco más de vino para don Mateo.

El guardia agrandó sus ojos de película muda. Su pareja, el larguirucho, le tiró de la camisa:

—Compórtate, Cristóbal, que estamos de servicio.

En la mesa del dominó se calentaba la partida.

—¡Mecagoenercopón! —gritó el jugador blasfemo, y al golpear

la mesa con el puño provocó el saltito de todas las fichas que había sobre ella.

—Pues si estamos de servicio vamos a trabajar.

El guardia Cristóbal, adelantando el cuello y girando el cuerpo, accionó las piernas hacia el jugador y, avanzando unos pasos autómatas, le dijo:

—Eh, tú te vienes con nosotros al cuartelillo, ya estoy harto de ti.

—Me parece que la Guardia Civil le pega mucho al tintorro —replicó el blasfemo poniéndose en pie.

—Oye, mucho cuidadito con lo que dices —se apuntó el larguirucho.

—Me parece que aquí pagan justos por pecadores.

—Aquí no hay más pecador que tú, que tienes estiércol en la boca. Andando y callandito.

—Me debéis una revancha —se despidió el blasfemo.

Sus compañeros de juego asintieron con la cabeza observando el desfile lento del compañero y los picoletos, tan lento que les pareció, entre el humo de los cigarros y los vapores del vino, que marchaban hacia atrás.

—A éste no le veremos la misma cara —rajó el tabernero.

En la barra, la panadera endulzaba sus ojos ante Manuel, tocándose el clavel del pelo.

En la primera mesa don Mateo miraba cabeceando un reproche.

—Tú tienes los días contados —se volvió hacia Manuel el guardia larguirucho antes de salir—, se te ve en la cara. Tú nombre está sonando mucho. Yo de ti, me esfumaría.

Fuera de la taberna templaba la noche su primer sonido negro.

—¡Luna nueva! —se quejó el recluso.

Unas nubes borregueras cargaban en el viento la última luz del día. Los grillos esperaban. Un bofetón sonó en el camino.

—¡Mecagoencristoyentoloquesemenea!

Los grillos encendieron de intermitentes la noche.

(*Noche*)

«Era el reloj de tu padre y, cuando poco antes de su muerte le visité en la cárcel, él me lo dio para ti diciéndome que te dijera: dile a Manuel que le doy todas mis esperanzas y deseos encerrados en esta esfera; dile que la cuide mucho, que este cristal es tan frágil

como la existencia humana, y que las manecillas obedecen a un mecanismo de precisión imperfecto, como la vida misma, pero definitivamente absurdo en cuanto se detienen. Así que dile que le dé cuerda cada noche y que entonces aproveche para meditar sobre el recorrido que han hecho ese segundero y sus propios pasos, y sobre si han ido dejando algún ruidillo con rastro, porque, en caso contrario, ni esta esfera ni su corazón que mueve sangre valen ni para que las moscas vuelen por encima; dile que se lo doy no para que esté todo el día pendiente del tiempo sino para que pueda olvidarse de él por un ratico y que sólo tiene que sacarlo del bolsillo para volver a comprometerse con el fluir exacto; dile que de él depende ser esclavo o señor de su tiempo y que este reloj le ayudará a no perderlo tratando de ganarlo; dile que todo es un divagar lento que además de ser la huida de la existencia es también la conquista de una manera de vivir y de un tipo u otro de muerte, menos absurda si es la culminación de valentías reflexionadas que la culminación de cobardías sentidas; dile que no se preocupe si algún día lo extravía y que recuerde entonces que vivir es perder, más que un objeto, un mundo por segundo y ganar la entereza de no lamentarse por ello; dile que no se conforme con las cadenas de los hombres sociales, pero que trate de conformarse con lo que le dio naturaleza y con lo mucho que le quitará: dile que lo perderá todo. Porque nunca se vence al enemigo que cada hombre lleva dentro. Somos un campo de batalla, dijo, lleno de víctimas que vociferan el sinsentido y hay que esforzarse por detenerlas en su carrera desesperada contra las paredes del vacío y hacerles entender, contra ese aquí del interior, que tienen que regresar a la batalla para ganar lo que perderán de nuevo una y otra vez; que sólo así mitigarán sus heridas, pues cada curación insignificante irá cicatrizando de algún modo la herida lenta del mundo, que no es otra cosa el tiempo que la figura de su viajero; para perderlo otra vez, una y otra vez perderlo, como yo mismo voy a morir muy pronto, díselo así, que te dije en este instante que lo sabía; dile que vivir es cristal de frágil, como esta esfera de reloj; dile que será derrotado para siempre en su persona pero que las obras permanecen cuando las cuidamos para otros, como yo he salvado este reloj en tus manos para que se lo des cuando yo esté muerto.»

El hijo del zapatero, solo y oscuro, cruzaba la noche por sendas de sombra. Del mismo modo que los héroes latinos apretaban en el puño, corazón de la mano, un amuleto confiado por alguna divinidad, Manuel apretaba en su puño aquel latido frío. El tic—tac del segundero buceaba, ensangrentado y solo, en el brazo de

Manuel por sendas rojas y la noche atizaba sus estrellas en la voz de los grillos. El titilar de los astros se acompasaba con el sonido de aquellos insectos negros y con el tictac de aquel reloj y con el corazón de Manuel, que se sentía seguro en los ritmos de su propio peligro, latidos y tiempo. Sonaban altos y voces de vigilancia en la linde, lejos, pero él por sus atajos enmarañados hacia Ambusta embebía las palabras que le había dicho Mateo en la taberna:

«Me parece a mí que tu padre en sus hablares algo tendría de americano y novelista, aparte de mucha fiebre, pues ni este reloj es un Potosí, ni había por qué excusar tan poca herencia en tanta filosofía. Tu padre, como decía el otro, estaba en la cárcel ya un poco metafísico. Y lo que me parece a mí que quería legarte es que le siguieras el ejemplo de valiente, porque él siempre se esforzó en que sus obras fueran espejo de sus ideas, aunque alguna se le volviera rana en la experiencia de la mente, que de todas tenía mucha. Mira, Manuel, me aclaro: aunque todo se lo lleven los demonios y la traición que los hombres se hacen a sí mismos y a otros y luego todo junto se lo coma el tiempo, hay que seguir luchando en las Quemadas para configurarle mejor rostro a la palabra justicia. Un sólo milímetro que hayamos conseguido descorrer de esa cortina ya será alivio para todo hijo de vecino. Mira lo mucho que ha servido El Corsario en la conciencia, en la colectiva, digo», había dicho con un hipo y un guiño cínico. Manuel le había entregado la bolsa que tuvo escondida en el establo de su suegro, diciéndole que era colecta para ayudar al periódico y él lo había celebrado pidiendo otro vaso de vino.

«Todo esto nos pasa por haber hecho tanta madriguera de la vida humana. Mira la mayoría de los animales. Ellos las hacen por cobijo y, luego, lo que es el vivir lo corren en el afuera natural, que es duro pero libre, con las cadenas de la existencia y basta que no es poco. Pero nosotros, que somos los animales más cobardes del mundo, hemos fabricado nuestras madrigueras, pueblos y ciudades, para sustituir a la naturaleza entera. ¡Pues no hay gente de ciudad que no sale de su madriguera en toda la vida! Ni los bichos son así, tan encerrados en sus hoyos temerosos y calientes de convivencia aglomerada. Así nos va. Lo social, ya ves. Las normas, los poderes. ¿Tú quieres equilibrar los derechos en la madriguera? Pues bien, ésa es la lucha. Pero si quieres ser libre de único, remonta y remonta hasta los perdidos naturales, que así nació la especie, hombre. Hay que fastidiarse con el territorio. Hay que tener cara dura para decir que un país es desde aquel monte a ese río, equidistante de lejano todo. ¿Pues te imaginas que el lobo hiciera lo

mismo, un lobo más pensante que nosotros? No mi cueva, mire usted, desde aquella colina que llamáis Vulturno hasta esa otra, Revellín, es país mío ahuuuuuuuuuu. Tendríamos los hombres que tener más cabeza y llamar a las cosas por su nombre: a casa, cortijo, aldea, pueblo, ciudad y lo que se me olvide, madriguera, todo madriguera, y ya allí veremos cuáles normas, ninguna, libertad ¡coño!, qué normas establecemos para refugiarnos a gusto, ¡libertad!, y organizarnos para la manduca, y lo demás son zarandajas.»

El verano dulcizumbaba sus nocturnos. Entretejía la respiración de los cazadores con el sereno estar de unas estrellas que sólo eran la luz de lo que fueron miles de años atrás. A punto de dejar de ser, las víctimas correteaban entre los trigales a la caza de su propio alimento. De la silueta de una encina se lanzó la envergadura —enorme la silenciosa sombra— de un búho. Chilló un roedor. La tierra revolvía sus perfumes con el movimiento oculto de las larvas. Las matas aromáticas estremecían sus flores. La brisa robaba a la madera el olor de los árboles centenarios. La noche era de la luna negra y los pájaros diurnos soñaban con su duro magnetismo y apretaban los párpados cerrados, que tenían el color y la textura de la piel humana, inmóviles y agazapados sobre las ramas y entre las zarzas. Abrían un solo ojo amarillo y volvían a cerrarlo. Era que los pasos rápidos habían encontrado el crujir del suelo, hojas muertas, matas, o que tropezaban con una raíz que retorcía su existencia en la búsqueda de más vida.

Manuel, en las sendas repetidas, nunca perdía el ritmo de la buena orientación. Su mirada grande y gris mimetizaba del cielo la luna nueva en sus pupilas dilatadas. Negras, absorbían la oscuridad y separaban la luz de la negrura. Subía ya entre los trigales de la colina, que dormía sus amapolas, y, de pronto, sintió un escalofrío. Acababa de traspasar la frontera donde todo el aire es presencia de difuntos. Ambusta, a la izquierda del camino, silueteaba sus ruinas delante del firmamento. Alrededor del muro del viejo teatro y a través del arco que tenía en el centro, las estrellas infinitas hacían sus burbujas. La brisa reinaba sobre las espigas que, inclinadas, murmuraban un rezo. Se oía aquí y allá la repetición de un golpe, como si hubiera gente desperdigada en distintos puntos del terreno cavando con una pala o cortando árboles que ya no existen, o avisando con un bastón sobre una roca la llegada del extraño. Pero no era nada. Manuel se detenía y dejaba de escuchar. La brisa le hablaba. Y, cuando reanudaba el paso, los golpes le volvían a seguir. Se diría que aquellas presencias retomaban desde todas las

direcciones una persecución que siempre se detenía a unos pocos metros del perseguido, quien avanzaba en línea recta. Manuel tenía la sensación de no llegar nunca al cortijo de José Cid y de caminar sobre un único punto del camino: la casa permanecía también inmóvil e inalcanzable en lo alto de la colina. Entonces vio el resplandor de una mecha e, inmediatamente, se tranquilizó: José le esperaba en el porche.

—Menuda nochecita, ¿verdad, Manuel? —susurró José con el candil en la mano—. Ya te digo yo que me los revuelves.

Estaban delante de la casa. Dentro, no había luz alguna.

Manuel no dijo nada. Eran los calores del verano y él todavía sentía un poco de frío por la espalda.

—María duerme —continuó José—. El anís la ha dejado roque.

—Me vas a tener que dar un trago también a mí. ¿Tú has oído esos golpes?

José afirmó con el mentón y, entre la oscuridad, buscó los ojos de su cuñado y le preguntó:

—¿Estás seguro de meterte por esas galerías?

—Tanto como seguro, no. Pero lo tengo determinado —El temblor de las estrellas alternaba destellos y vacíos—. Tengo el miedo aquí pegado —Manuel se señaló la garganta.

José le ponía la mano en el hombro y luego la volvía a dejar caer. Intentaba ayudarle con alguna palabra:

—Manuel, el pasadizo que tienes que coger es el de la sierra. Ya te lo he dicho: tráete a tu Ángeles y os vais a donde no os conozcan, hazme caso, Manuel. Mira, cuñado, que no se trata de ser cobarde sino sensato. ¿Te crees tú que alguien te va a agradecer lo que vas a hacer?

Manuel hizo un gesto nervioso con el brazo. Se mordió la lengua. Resopló.

—Coño, José, que no se trata de eso, sino de cambiar las cosas. Por lo menos hay que intentarlo.

Los nervios se ramificaban por su estómago.

—Dame ese trago y ábreme el paso —dijo.

Los dos hombres entraron en la casa. Todos los objetos que por la tarde se habían paseado por el suelo estaban otra vez colocados en su sitio. La llama del candil les destapaba las sombras. Cuando llegaron a la cocina José sacó el anís.

—No bebas mucho, que tú no tienes costumbre y esto pega.

Manuel notó que el líquido le apagaba los nervios del estómago. Cuando dejó la botella en el mueble, José ya había abierto la trampilla que llevaba a la bodega y le esperaba en la escalera.

—Oye, José, préstame candela —susurró—. Ah, y un zurrón que te sobre.

El cuñado se le quedó mirando y después subió a la cocina, rebuscó en los muebles y le dio lo que había pedido.

—Toma, y unas cerillas, por si las moscas.

Manuel se colgó el zurrón al hombro, apretó en la mano el cirio que le había dado José y mientras bajaban los escalones percibió la humedad creciente y el olor a tierra que encerraba, y el sonido de sus pasos en la oquedad. Se detuvieron en un rellano. El aura de las llamas, candil y cirio, tocaba algunos objetos, un tonel y una herramienta vieja, a los lados de la bóveda. En la pared había una pequeña puerta enmarcada en un arco de medio punto. Los óxidos del cerrojo se arrastraron en el chirrido. Sonó un golpe, su eco, y la puerta quedó abierta.

—La dejo así, por si tienes que regresar.

El pasadizo todavía guardaba un vacío denso que, como si hubiera reaccionado un poco tarde a la apertura de la puerta, comenzó a moverse, corriente, respirando.

—Este silencio no ha tenido sepulcro, ¿eh, Manuel?

—Este silencio es romano.

Se miraron sin atreverse a despedirse. La luz de las dos llamas, cirio y candil, maleficiaba sus rostros con claroscuros dorados, el rostro en sombra, salvo el relieve de los labios y de los pómulos, salvo el rebrillar rojizo de los ojos.

—¿He de temer a los muertos, José?

—Has de temer a tus actos.

Una corriente de aire hizo vibrar las llamas.

—¿Has oído eso, José?

Los dos hombres escucharon. De la oscuridad fluía el silencio, como una lava que anegara el aire disponible. Manuel sentía el imán de aquel fluir y la sangre caliente de sus piernas que corría entre músculos helados.

—También has de temer a tu miedo.

Otra vez las llamas vacilaron.

«Manuel, Manuel…»

Manuel escuchaba su propio nombre en el interior de su cráneo. Mi cráneo es este pasadizo, pensó asomándose al interior.

—Sigue ya tu propia luz —oyó a sus espaldas. José acababa de apagarse el candil.

—¿José?

—Ve —dijo la oscuridad.

—Eh, ¿quién eres? —tembló.

Tic—tac, tic—tac, tic—tac.

Apretaba otra vez, una hora no hacía, la herencia de su padre, pero el mundo era un regalo lejano.

Tictic—tac, tic—tac, tiquitiqui—tac.

Como la misma llama del cirio se doblegaba a los caprichos húmedos y asfixiantes de las galerías —escalones mal tallados, paredes arrugadas y resbaladizas, techos que traicionaban su altura — le parecía que el reloj también vacilaba en su tic—tac. Aquellas oquedades acanallaban su eco. Sonaba el segundero como el péndulo de un reloj de pared. Y su corazón le respondía:

Tic—pon, tictic—pon, tiquitiqui—pon.

—¿Quién va?

Es mi corazón mi tiempo. Pero seguía escuchando algo extraño. Tictac latido.

Había recorrido varias veces aquellas galerías con José durante los últimos meses.

Se llegaba a la sala del cruce división de galerías. Se tomaba la de la izquierda. Siniestra. Pero algo… ¿Perdido?

Reconoció de pronto que también oía la repetición de aquel golpe que tanto le había asustado al llegar a Ambusta. Pac… Pac… Pac… Y sintió que aquel sonido de lo que ya había muerto era, de algún modo, la misma naturaleza de lo que todavía estaba vivo. Mi reloj, mi sangre.

Pac—tic—pon, ticpac—pon, tiqui—pacpón.

Vio una luz que se movía metros adelante.

—¡Eh! —gritó.

Guardó el reloj. Sacó la faca. Aceleró el paso.

Aquella luz hacía las curvas avanzando rápidamente y marcaba durante un instante una sucesión de paredes llenas de recovecos.

Es mi corazón mi muerto que persigo.

Entonces reconoció aquella parte del pasadizo que ascendía. Los muros más lisos. Ahora vienen las cruces.

Aquella luz corría azul y roja, fosforescía hacia un más allá oscuro. La pendiente se hizo más pronunciada. Los músculos se dolían corriendo. En las paredes, a un lado y a otro, comenzaron a verse cruces de pintura vieja.

Sangre del Calvario.

Manuel tropezó y cayó al suelo. Miró atrás. El cirio rodaba cuesta abajo. La llamita oscilaba y se borró. Manuel miró hacia delante. Aquella otra luz, aquella presencia, parecía haberse detenido unos metros más allá. Manuel se puso en pie. Porque no

había otro remedio avanzó. El punto de luz aumentó hasta el tamaño de un cuerpo humano. Una tristeza roja. Una resignación azul. En movimiento y mezcladas resignación y tristeza como las partículas de polvo en un haz de luz. Manuel fue deshaciendo, lento, toda la distancia. El pasadizo latirretumbaba Soy yo ¿soy? Cruzó la luz. Sintió una mirada en sus ojos no es mía me miran con mis ojos hacia dentro. Se disipó lo visible. ¿Yo un yo mi muerto un yo? Fue quedando sólo su ser más oscuro. Manuel, como un niño escondido en un armario, se escuchaba la respiración. Extendió las manos. Justo ahí estaban la madera, los clavos, el pomo hierro de una puerta.

Se abrió quejumbrosa. Despacio. Como si estuviera pegada al suelo. La primera y única vez que había intentado abrirla en compañía de José, lo consiguieron después de forzar los años siglos durante los que había permanecido cerrada. Pero de aquella primera habitación, una cripta sin duda, no habían pasado por temor a ser descubiertos. Arriba, encima, debía de estar la iglesia. Entonces Manuel había inspeccionado brevemente el lugar con curiosidad. Ahora, sacando valentía del temblor de su cuerpo, avanzó a tientas, esforzándose en olvidar que eran nichos lo que tenía que tocar para orientarse por la cripta a oscuras.

Algo caliente vivo le rozó la mano. Manuel se detuvo. A todos sus sentimientos se sumó la repugnancia. Guardó la navaja y sacó las cerillas. La momentánea luz iluminó los ojos de dos ratas dentro de uno de los nichos. Una de ellas, sentada sobre los cuartos traseros, devoraba lo que le pareció una enorme cucaracha. Mierda. Se quemó los dedos que sostenían la cerilla. Avanzó, ya sin ayuda de la pared, diez pasos contados. Su cara tocó algo pegajoso y frágil. Retrocedió un paso. Encendió otra cerilla. Extendió el brazo y la cerilla, quemándola, abrió un círculo en una tela de araña. Entonces definió el olor, como de hueso de jamón rancio, que venía notando. Detrás de la tela de araña, había un nicho donde asfixiaban su descanso eterno tres o cuatro esqueletos en posición durmiente y vestidos con sus hábitos de monja. Otra vez se quemó los dedos. Encendió otra cerilla sí, son cuatro ¿cuántas más en la cripta? y entonces descubrió unos escalones a su izquierda. En lo alto de la diagonal de la subida percibió una línea horizontal de luz. Contó veinte antes de chocar con un grueso cortinaje, y bajo un arco ojival entró en el ábside de la iglesia.

Manuel ahora comprobaba lo que antes había oído muchas veces: la multitud de llamas que defendían de la oscuridad el Brazo Incorrupto de la Santa. Candeleros, tenebrarios, lucernas y

almenares, unos con cirios otros con velas, abarrotaban la iglesia. Agrupados en trípticos colgados de las paredes relumbraban los exvotos: brazos y piernas de cobre: cabezas y bustos, miles de piezas pequeñas y aplastadas; también monedas y cabellos y lanas de oveja, y dientes de cochino y vestidos de niña: todos recordaban el milagro concedido. El perfume de recientes inciensos mitigaba un olor a corrupción orgánica que habitaba aquella casa de la omnipresencia. A la luz de las velas, un arcángel San Miguel ajusticiaba en dorisombra al Diablo; distorsionaba su escultura un San Pedro furibundo después de las tres negaciones; San Juan Bautista mostraba en una bandeja su propia cabeza cortada con un rostro perplejo; y, encima del altar, destellaban los rubíes incrustados en las palmas de las manos de Santa Teresa, que enseñaba sus estigmas en un éxtasis de madera policromada.

Manuel hacía equilibrios sobre un ancestral temor de Dios. Funámbulo bajo la oscilación de las candelas, extendía los brazos hacia la urna que hospedaba al Brazo Incorrupto. La puerta del sagrario relumbraba de oro representando en relieve la saeta de amor que el sol divino, una hostia bendita, disparaba hacia el pecho de la Santa. Debajo del pesado sagrario la urna de cristal era deudora de un milagro: no estallaba. A través del reflejo en el cristal de las lumbres de la iglesia, Juanmaría escudriñó el Brazo de Plata que también reflejaba, atenuadas, lengüecillas de fuego. Sacó la faca y, sugestionado, respirando hondo, forzó la endeble cerradura.

Tomó el Brazo de la Santa. Pesaba su plata. Todo él parecía el brazo incorrupto de un maravilloso caballero autómata. Pero, a través de un ventanillo abierto a la altura de su muñeca, decepcionaba una especie de caoba acartonado. Manuel iba a guardar el Brazo en su zurrón, cuando de repente estalló la urna vacía. Los añicos de cristal se disparaban en todas direcciones. El sagrario, ya sin base, se caía. Manuel de un salto se apartaba y, en tanto, algunos proyectiles de cristal se clavaron en su rostro y en la mano con la que se protegía los ojos. Sonó el golpe del sagrario y Manuel vio su puerta abierta y el copón tumbado y la entrega de las hostias al suelo como fichas en una mesa de crupier. Manuel, inclinándose, las miró de cerca y aterrorizado vio que había algunas gotas de sangre en ellas y, calmándose al instante, notó que eran gotas que caían de su propio rostro. Se palpó las heridas Son las marcas que me delatarán siempre y comprobó que eran superficiales y que la carne aún mantenía algún cristal. Después la curaré ¿un cura? Primero lo primero la señal de humo para el

Asombradizo. Manuel se disponía a abandonar el altar cuando oyó el sonido de una puerta de la iglesia alguien quién viene alguien tendrá que mantener encendidas las velas y se agazapó entre la pila bautismal y un lateral en sombra. Esperó. Una monja, candelabro en mano, avanzó por el pasillo central de la iglesia. Se arrodilló, dejando el candelabro en el suelo, se santiguó, alzó los ojos, se llevó la mano a la boca, corrió hacia el altar, y todavía se hacía mil cruces cuando sintió la mano del hombre en su boca, un sabor a sangre y la punta de la navaja en el cuello.

—Silencio —oyó la monja a la vez que sentía el horror del sacrilegio y el miedo a la amenaza—. Llévame dentro del convento, despacio -oyó a la vez que su propio sollozo; que babeaba en la mano del hombre—. Un sonido, un movimiento brusco y te rajo —oyó a la vez que sintió los augurios del castigo El Diluvio y una repentina liberación de su vejiga ajena a su voluntad.

Candeleros, tenebrarios, lucernas y almenares, unos con cirios otros con velas, rebosaban de ceras derretidas. Entre ellas avanzaron el rostro ensangrentado de Manuel y las mejillas viejas y enlagrimadas de la monja. Por el pasillo central caminaban uno junto a otro, separados sólo por la distancia de la faca relumbrona. El hábito de la monja tocaba el suelo como el velo de una novia. Como la línea que barniza una brocha, iba dejando a su paso un rastro de orín.

Ante la fachada de la iglesia, la intemperie olía a los pinares que la luna nueva sólo permitía insinuar. Manuel miró a su izquierda, y vio, a la distancia de un tiro de piedra, un diminuto ojo de fuego una brasa de cigarrillo y, luego, el siguiente punto rojo que empezaba a trazar —tabaco y vigilancia— la línea de hombres que rodeaban el convento. Oía la respiración asustada de la monja por encima de todos los sonidos, y tapándole la boca con la mano se puso a escuchar lo que había dentro de aquella noche que envolvía el convento, negra, sin piedad de luz, salvo el trazado ansioso de los cigarrillos. Hablaban sí y se movían. Se oía un sonido de metales armas fusiles una risa despreocupados deben de estar cumpliendo órdenes creyendo que el verdadero peligro está en la línea del río y que ellos cubren el convento por si un raro si acaso ojalá seguros de que nadie les va a venir desde dentro. Seguro el Abubilla de estar en alguna parte estará por aquí. Manuel obligó a caminar a la monja hacia la puerta del edificio que quedaba a la derecha de la iglesia, separada de ésta por unos pocos metros. Ella gimoteaba.

—No le ocurrirá nada si se calla de una vez —le susurró Manuel ¿le hablo de usted a mi igual? A las monjas hay que respetarlas dice

el pueblo, son señoras santas… es la tradición que puede más que los principios que los valores.

Llegaron hasta una puerta. Chilló la noche una lechuza. Y entonces vieron un espectro de nieve planear con un silencio absoluto en cada milímetro de sus alas extendidas desde el tejado del convento hacia el pinar. Se vio un fogonazo. La lechuza cayó y entonces se oyó el disparo que la había matado y luego la celebración, el júbilo.

Manuel intentó abrir la puerta.

—¿Por qué está cerrada?

—Por los hombres —pió la monja señalando hacia el pinar.

Manuel intuyó el temor en aquellos ojos pequeños la cierran cada vez que salen sólo un instante para cualquier cosa. Le pesaba el Brazo de Plata en el zurrón.

—Ábrela —dijo.

La monja sacó de entre los pliegues del hábito una gran llave y obedeció. Ella entró primero.

—Despacio, despacio —le avisó Manuel, mientras cerraba con cuidado la puerta.

Estaban en un zaguán que daba paso a una sala iluminada. Ahora qué. La monja estaba de frente a Manuel, a un paso de distancia, con el rostro inclinado hacia el suelo y las manos humildes en el vientre. Ahora qué

—¿Todas duermen?

Ella asintió con un gesto.

Ahora qué

Manuel sentía el sudor de su mano en la empuñadura de la faca.

—Escuche bien, hermana. Tengo que quemar una parte del convento. Lléveme a donde menos daño haga.

La monja levantó la cabeza. Tenía las cejas viejas, oscuras, suplicantes; los ojos pekineses; la nariz, recta; la boca arrugada. Entonces esos ojos se fijaron por primera vez en el zurrón que llevaba aquel hombre y por fin comprendieron y por fin comprendió su boca al estirarse como nunca lo había hecho antes en la costumbre del silencio y del cántico para gritar con todo el aire que cabía en su cuerpo agotado, y por fin comprendió de pronto al sentir el frío de la hoja dentro del estómago y luego el calor rabioso y el respirar inútil y la asfixia.

Y esta sangre en mi mano y esta piel suave de tantas oscuridades devotas y melindres en la intimidad de su celda y huyendo de su animal en los retretes y su animal castigándole los sueños y que ahora se va no detenla esta vida primera que por mis manos animal

se va cómo pudiste porque gritaba al nacer y al morir gritaba.

EL BELLO DEL AZUFRE

(*Noche*)

Voló una lechuza bruja, planeaba. Se acercó al pinar. El Abubilla, que iba haciendo la ronda de tronco en tronco pegando la hebra más con los jóvenes que con los viejos, la vio venir. Acababa de prender un cigarrillo usando la pavesa que fumaba un picoleto mozalbete. El Abubilla sonreía su angélica belleza y su proximidad apestaba. Pero era el macero de la Santa, el jefe de los contornos, nadie protestaba. A él le gustaba pegarse. De pronto, daba una orden al oído: «Baja al cortijo, anda, y asegúrame que todo está tranquilo, gracias». Solía dar las gracias y no se sabía si era porque le aguantaban el mal olor que era azufre y marca del infierno: el Bello del Azufre le llamaban las monjas.

Voló la lechuza y el Abubilla la vio venir. Lucía casi esa envergadura, ese silencio contra la noche cerrada. El Abubilla afiló la sonrisa en sus ojos niños, se puso el fusil al hombro y disparó sangre en aquella pechera de nieve. Por allí todo el mundo aduló el tiro. Al poco se vio bullir en la puerta del convento. Nada más que el filo rojizo de la puerta entreabierta y luego cerrada.

—Ave María Purísima —bromeó el Abubilla.

—Sin pescado concebida —contestó el mozalbete, que ya tenía el cadáver de la lechuza en la mano.

—¿Dónde había caído el bicho?

—Pues por allí, en lo oscuro.

El Abubilla se acercó al sioux aquel por un costado, como para darle la enhorabuena y, cubierto de noche, se podía saber que estaba procurando algo más. Porque él usaba su poder para sus juegos, como manda lo frecuente.

Los pinares crecían largos en aquel calor oscuro y tranquilo. Ningún jaleo se oía. Iban y venían los recaderos de la linde con noticias de calma. También eso era raro. No había campesinos al otro lado del río, todo lo contrario de todas las noches pasadas, que alborotaban con antorchas intentando achicharrar la mies. De pronto se veía una antorcha por el aire. Los fusiles disparaban entonces hacia no se sabe y algunos iban a apagar el fuego para que no se propagara. Eso ayer y antes de ayer y antesdeantesdeayer.

Entonces hoy, como si el demonio se burlara, apareció el color del fuego. Pero no abajo en la linde. Sino justo a la espalda del Abubilla, en el convento, en una de las torres y con llama creciente.

Todos corrieron hacia la puerta con los temores puestos en que estuviera cerrada, como siempre estaba por orden del miedo que padecían las monjas, pero estaba abierta, y eso era también raro, pero nadie había tenido ganas de pensar en las cosas raras que le podían haber pasado a la monja candelaria aquella noche. El humo corría por los pasillos y, de pronto, entre los vapores quemados comenzó a aparecer la tropelía de monjas, algunas a medio vestir, con las cabezas descubiertas y los escapularios indecentes, en dirección a la salida.

—¡Ha sido una hermana! ¡Ha sido una hermana! —se engallinaban las siempre comedidas, las silenciosas, arremolinadas en el pinar ante el Bello del Azufre, como le llamaban ellas.

La gente no atinaba a apagar aquello. De hecho, alertados por los resplandores, tuvieron que venir los refuerzos de la linde. Por allí la noche estaba muda y ellos tenían buena la conciencia por abandonar su puesto. Y aquellos tantos hombres, guardias y alquilados, apagaban el fuego dando la espalda al verdadero peligro. Y mientras tanto él, el del Azufre, en los pinares jugaba a policía.

—Usted ha de estar muy atento a las palabras que digo. Escuché ruidos no habituales, como de alguien que anduviese tropezando y a la buena de Dios, Virgen Santísima. ¿Sabe usted?, tengo el sueño ligero, ligero. Me asomé a los pasillos donde están las celdas y vi una lucecita que se alejaba, la seguí, la seguí un poco asustada, imagínese, hasta que, cerca de las escaleras que llevan a la torre me acerqué tanto a ella que vi el hábito y me quedé tranquila, aquella hermana subía a la torre, nunca se sabe, estaría en sus vigilias, pero entonces nació este fuego.

—¿Y donde está esa monja? —preguntó el Abubilla, seco y limpio.

Nadie lo sabía y nadie tuvo que esperar mucho para saberlo. Las caras estaban exhaustas de humo y los brazos mojados por el acarreo del agua. Las llamas salían por los ventanucos de la torre. Entonces una de las hermanas la señaló y luego todas:

—Allí, allí, allí.

Y en ese momento todos los que estaban fuera la vieron encima del tejado, de pie y desafiante ante el resoplar de las llamas, la falda del hábito tomaba el viento del fuego como una bandera y permaneció así, como si se dedicara a contemplar los campos de la

Santa, oteando la cargazón del firmamento, los pinares rojilumbrantes, pero no era exactamente eso, o no sólo eso: avisaba, avisaba milagrera de los males que iban a venir, de los golpes de las garrochas en la nuca, del azadón en el pecho, de los navajazos en el costado, de los hombres sorprendidos en aquella batalla con la hoguera.

Los ojos del Abubilla, niños azules, la miraban abstraídos en una desilusión interna, reflejando el rojo temblar de la torre y la negra silueta. Quizá ella ya había comenzado a alzar el brazo como un diablo o quizá a él ya se le había ocurrido la idea reconociendo al mismo tiempo ese aquél que todo el mundo tiene disfrazado, quién sabe lo que al recuerdo le conviene.

—Hijo de puta —dijo tomando el fusil—. Hijo de puta —repitió encañonando la figura del tejado, cerrando un ojo y apuntando con el que relumbraba mientras los brazos de las hermanas se levantaban con las manos extendidas para impedir el tiro y gritaban ¡No! ¡Noo! ¡Nooo!

—¡Es la Santa! —se arrodilló una—. ¡Es la Santa! —gritaron una y otra.

Y el tiro se hizo sitio al fin entre los empujones y los escapularios y salió y cruzó y llegó a la luz y la mordió porque todos comprobaron que la monja se había borrado del tejado, tragada por las sombras, caída en las sombras que avisaban.

Avisaban.

Porque, como si aquel tiro hubiera sido la señal para el inicio de una carrera y de un castigo, se oyeron los ruidos en los pinares y los murmullos y voces de repente y cantos y gritos, y de entre los troncos como ruedas y como rocas que ruedan y como lobos en flecha se abalanzaron sobre el convento los diablos.

II

EL ASOMBRADIZO

(*Noche*)

Vacilaba. Los albores se amasaban en un todavía lejano. Venían. Miró la gran hoguera que habían encendido entre la iglesia y los muros del convento, él, a punto de internarse por sus pasillos oscuros y humeantes, sin saberlo él, el Asombradizo, que aún jadeaba el triunfo. Ante la hoguera sus hombres quemaban los despojos: hábitos de monjas, chaquetas de esbirros. De ellos no querían ni lo que necesitaban.

—¡Camarada llamarada!

Celebraban a gritos.

—«En la plaza de mi pueblo
dijo el jornalero al Amo:
Nuestros hijos nacerán
con el puño levantado.»

Apasionaban el canto, flacos galgos en torno al fuego. Era la noche del por fin, la primera en que habían vencido y habían matado.

—«Esta tierra que no es mía,
esta tierra que es del Amo
la riego con mi sudor,
la trabajo con mis manos.»

Los habían atacado desprevenidos, mientras apagaban la señal de Manuel Juanmaría. Habrá escapado, eh, habrá escapado, se preguntaba el Asombradizo.

—«Pero dime, compañero,
si estas tierras son del Amo,
¿por qué nunca lo hemos visto
trabajando en el arado?»

Habían mordido el polvo los roedores del Amo, muchos. Llevaban los cubos en las manos para sofocar el aviso de que

avanzaba su perdición entre los pinares, acechando el momento más confuso, sus sudores para apagar un mal que ellos no habían creado pero habían alentado, que ellos habían protegido, ellos, los esbirros. Volvían corriendo con el cubo vacío para coger más agua y de pronto se encontraron con un hierro en el estómago, navaja o rastrillo, ellos, los que habían dejado los fusiles fuera, de pie contra los muros del convento.

—«Con mi arado abro los surcos,
con mi arado escribo yo
páginas sobre la tierra
de miseria y de sudor.»

Cantaban su primera victoria porque era el sueño realizado para un todos y porque habían sacado la fuerza para golpear, no de sus músculos hambrientos, sino de una historia viva y bullente de humillación y pobreza.

—«En la plaza de mi pueblo…»

Retomaban la canción, la danzaban. Y el Juanmaría, dónde para, eh, dónde para, casi cantaba también el Asombradizo en sus adentros mirando la hoguera y los hombres alegres a los que había ocultado toda la noche entre matorrales y árboles. Habían pegado la cara a tierra cuidando cada segundo de silencio, pero se escuchaban el corazón como si latieran el planeta y toda la noche negra que lo envolvía. Habían pegado la cara a tierra temerosos y apasionados, hasta el momento de correr hacia el matar o el morir.

Pero apenas hubo disparos. Se vio mucho rostro de espanto que miraba la conquista que venía y, luego, la huida de las monjas y de los esbirros que había delante del convento, que lograron adentrarse en los bosques y en cada sombra como ciervos amenazados. «Al que le tenía yo ganas era al Abubilla, que se las tuvo que pirar enseguida. Lo estuve viendo y luego no lo vi. Sí que hubo alguno que se fue a los fusiles y que disparó y mató y luego fue barrido. De los nuestros cayeron el Felipe y el José y el ex padre del monasterio de San Leopoldo, José María, y algún otro que no sé ahora. Pero el enemigo encontró muchas más muertes, sobre todo los que estaban aquí por los pasillos. Están ya en un montón», le diría después a Manuel Juanmaría, vivo o muerto.

El Asombradizo estaba apoyado en la puerta sin saber que iba a decir estas palabras, sin saber que iba a entrar en el convento cuando oyó un ruido. Volvió la cabeza hacia la oscuridad del interior y se concentró en la escucha. Era un sonido intermitente que el eco deformaba y que la oscuridad afantasmaba. El

Asombradizo, todavía inmóvil y hurgando la definición de lo que oía, ya había formado en su mente la imagen de un simio. Asustado, vacilaba. Tenía las manos manchadas de sangre humana y un miedo infantil a la ausencia de luz. Miró a la hoguera. Allí estaban sus camaradas cantando, aunque él ya no entendía el canto. Hervía su duda. Podía pedirle a alguien que le acompañara si no fuera porque de ese modo mostraría su miedo y entonces disimularía que no se está riendo de mí, que no me pierde el respeto que mando. Allá dentro, el simio sollozaba o reía, tampoco se le puede entender. El Asombradizo se agachó y, tomando con la mano izquierda un candelabro que habían quitado de otro sitio para iluminar el zaguán y soportando con el brazo derecho el peso de un fusil del enemigo, encañonó la oscuridad y se adentró por ella. El candelabro y el fusil parecían pequeños en sus manos. «Ahora, lo que tenemos que hacer es montar aquí nuestra ilusión», diría después. Sus pasos sonaban como mazas por el pasillo que conducía a donde estaba escondido el simio. El gran armazón de su espalda se tambaleaba con cada guiño de las velas. Dobló una esquina del corazón del convento, que esa noche parecía un gigantesco sótano. Son gemidos llantos carcajadas. Entró en una habitación gemidos. Se acercó a una puerta cerrada llantos. Respiró hondo carcajadas. El sonido cesó. En el silencio, lo audible era el finísimo consumirse de las velas y dos respiraciones agitadas. La madera de la puerta resaltaba sus grietas en el foco tenue de la luz. El Asombradizo se decidió por fin y, abriendo la puerta, introdujo el cañón del fusil.

—¡Quieto! —gritó—. Quieta, quieta —corrigió disminuyendo gradual e instintivamente el volumen de la voz.

La veía, sabía que la estaba viendo. Acurrucada en el suelo, una monja abrazaba el cadáver casi desnudo de una anciana vestida solamente con unos ropajes interiores empapados en sangre. La monja sollozaba y mecía a la muerta.

—Venga conmigo, levántese por favor.

—A… som… bra… d… z, t… v… q m…, tar… l… —intentaba decir el gimoteo.

Luego hubo un rato sin palabras.

—Ven, Manuel —dijo el Asombradizo levantándolo del brazo—, vámonos de aquí.

—Al que tenía yo ganas era al Abubilla, ya te lo he dicho. Pero eso es ya aguamala pasada. Ahora tenemos que montar aquí nuestra ilusión. Y, para empezar bien de una vez, puede saberse qué cojones has hecho con tu ropa.

Manuel se lo dijo.

—No me revientes, hombre, yo voy a por ella.

El Asombradizo, como un espectro condenado a una misma ruta, tomó el candelabro y el fusil y repitió el mismo camino de antes. Al regresar se encontró a Manuel sentado en el escalón de la puerta del convento, contemplando la hoguera y la alegría de los hombres a su alrededor.

—Pues yo hasta con hábito te reconozco. Me diste la puntilla cuando levantaste el puño en el tejado —dijo el Asombradizo, dándole la ropa—. Toma, cámbiate, madre.

Manuel entró en el zaguán y se desnudó y vistió con una lentitud silenciosa.

—Coño, Manuel, esa sangre era de lucha, no penes tanto. Mira todos los muertos de unos y de otros. Mira el padre José María, ya lo has visto ahí fuera, uno del montón. Fraile ayer mismo y hoy mártir de un puñado de ateos.

El Asombradizo dejó una pausa para que Manuel hablara, pero no lo hizo.

—Pues anda que el tiro. Qué hijo de puta el que fuera, pero el muy canalla también te reconoció.

—A lo mejor fue la madre superiora —sonrió Manuel por fin, ya vestido, acercándose al Asombradizo.

—¡Ja! ¡Menudo cabreo tendría porque una de sus monjitas le quemara el convento!

—Sólo una torre.

—Lo llegas a quemar entero y nos quedamos sin cuartel.

Los dos hombres se abrazaron.

—De esto haremos canela fina, ya verás, Manuel.

Se sentaron en el escalón de la puerta. El Asombradizo sacó un cigarrillo suelto del bolsillo de su camisa.

—Vamos por fuego.

Se levantaron y caminaron hacia la hoguera.

—Y la bala, ¿te pasó cerca?

—Casi me toca la oreja. Me tiré a la sombra, por si acaso.

Había muchos hombres alrededor de la hoguera. Unos, sentados, apasionaban una conversación sobre el futuro. Otros enseñaban a manejar los fusiles capturados a los que nunca habían visto ninguno. Cuando vieron acercarse a Manuel Juanmaría, le regalaron con vítores.

—¡Camarada!

—¡Camarada llamarada!

Manuel les pidió calma con las manos.

—Óyeme, y el Brazo de la Santa, ¿qué has hecho con él? Lo habrás largado del convento, ¿verdad? —dijo el Asombradizo después de darse lumbre con un ascua de la hoguera—. Mira que si no nos traerá malfario.

—No te preocupes. Ya es sólo un montón de ceniza.

—Vaya estropicio que has montado en la iglesia —el Asombradizo chupó el cigarrillo—. ¿Un montón de ceniza? —reflexionó.

El rostro de Manuel estaba lleno de pequeñas heridas. El fuego buscaba el espejo de sus ojos, que lo analizaban todo, y encontraba todavía el brillo de algunas sangres sin coagular en su frente y en sus mejillas.

—Escucha, Asombradizo, lo que hay que hacer pero ya, ahora mismo, es organizarnos. Es urgente que hagamos planes.

—¡Alguien viene! —se oyó gritar en la vigilancia del pinar. Luego una pausa. Y después—: ¡Una mujer! ¡Le doy paso! ¡Es una de las Orantes!

Manuel volvió la cabeza, alarmado.

Haciendo los pasos violentos y vencidos, marcando los muslos gordezuelos en el vestido, Isabel se tiraba de los cabellos. Desorbitaba los ojos hacia la torre todavía humeante; hacia los muertos apilados delante de la puerta; hacia la hoguera; hacia los hombres; hacia Manuel. Su boca se abría para dar un grito que no acababa de salir. De pronto salió con una fuerza que empezó humana y se iba fundiendo con un rugir poderoso y mecánico. Isabel cayó de rodillas al suelo. Entonces todos se volvieron hacia la luz de los faros. Superando los últimos metros de la cuesta, un coche entraba en la explanada del convento.

—¡Es el coche del Amo!

Apuntaron los que tenían fusiles.

—¡No disparéis! —gritó el Asombradizo.

El coche se detuvo.

—¡Es Antón!

Se abrió la puerta. Se vio la patada que la abrió. Antón bajó con la niña en brazos.

ANTÓN Y MAGDALENA

(*Día*)

El animal hace un ruido mecánico. Se agarra al camino. Tropieza con una piedra grande. Levanta un séquito de polvo. El animal pavonea la excitación radiante de su color rojo que también roba los dorados al sol. Pero para él no hay hembras que se le acerquen con una primera curiosidad. Sólo le espera la cuesta del camino por delante. Atrás quedan los tejados de Calima.

Por aquí hacia dónde dónde voy. Mi padre me enseñó los traseros de la Santa en mula ay los cuatro muleros. Y ahora con este runrrunrrún del Amo el de la mula torda mamita mía y con su hija por compañera mamita mía es mi marío es mi marío. Ay que me ha traicionao ay que me ha traicionao. Y yo ahora me dispongo a. O no. Mi Magdalena.

Los dos van dentro del animal. No se miran. No se hablan. Él se concentra en conducirlo por el zigzag. Ella, recostando la cabeza en el asiento, mira al cielo.

Esa nube. Con cara de ángel. Con cabellos largos largos. Con mi vestido blanco como una novia. Tiene gasas tiene velos. Y corro vuelo y giro con los brazos extendidos como aspas y doy una voltereta no eso no que se me vayan a ver las bra shhhh. Y esto es un valle hierba mágica y verde y llego a la casa alta alta y también blanca blanca con tejas rojas como fresas y pregunto ¿vive aquí la Virgen? yo me bauticé aquí y ella responde guapa y dulce y con un vestido celeste ondulado soy yo ¿tú quién eres? No eso no lo pregunta porque ella lo sabe todo pero de todas formas lo pregunta porque sabe que a mí me hace ilusión decirlo y me llamo Magdalena y vengo a hacer la confirmación.

Antón acaba de vigilar la curva, afirma las manos en el volante y, después de bajar la visera de la gorra para protegerse del sol, vuelve un momento los ojos hacia la niña.

Mírala mi Magdalena. Su pelo son cabellos al aire con ese nacimiento de vello castaño en el cuello el cuello como una castaña rica. No puedo cumplir lo que al Asombradizo yo le hice una promesa. Pero cómo voy a raptarla. La lucha lo merece la revolución lo necesita dice él que más sabe de esto.

Magdalena advierte que Antón la está observando. Le saca la lengua y luego se pone a cantar:

—Antón, Antón / Antón Pirulero,/ cada cual, cada cual/ que aprenda su juego…

—Pero desde que salimos de Bontempo está odiosa insoportable como si no fuera ella.

—Porque mi mamá me ha dicho hartica estoy de decirte que es tu criado trátalo trátalo como a tu chófer no puedes fiarte de él, cada cual, cada cual/ que aprenda su juego.

—Igual que su padre. Le retorcería el alma escupitinajo del cuerpo la pata de cordero ese hijo de puta. Lo que daría por verle la cara de sufrir. Si la raptamos.

Antón ahora miraba la carretera.

Y todo depende de mí.

—Y el que no lo aprenda/ pagará una prenda —acabó Magdalena.

—¿Por qué cantas eso?

—Qué tonto eres, no entiendes nada —y la niña se acompaña ahora de palmas y canturrea—: porque eres tonto, porque eres tonto.

El animal ruge subiendo una rampa muy inclinada. Sus branquias están cubiertas de polvo. Pero no deja de conseguir metros y más metros y el camino humea y enturbia el paisaje que queda atrás.

—Magdalena, nunca me has hablado así —dice Antón cuando la pendiente se suaviza—. ¿Por qué lo haces ahora?

—Porque me da la gana —casi grita ella—, porque tú eres mi chófer y tienes que hacer lo que a mí me de la gana, ¿te enteras? *No le grites ¿por qué le grito? Porque mi mamá me dijo yo amo a mi mamá me dijo por muy amiguitos que seáis él es tu criado a ver si te enteras de una vez trátalo como a un chófer*.

—Esta niña necesita una lección azotes ¿te imaginas? en tus rodillas su aliento su grito. A la salud de su padre. Yo le hubiera dicho al Asombradizo «mira, no pudo ser» la carretera estaba infestada «mira, no pudo ser» se me escapó pero aquí estoy yo con el coche de mi Amo.

—Empiezas a tener una edad en que te conviene guardar las distancias con los hombres, y más si no son de tu condición, eso dijo mi madre. Dijo que ya soy mayor. Antón, ¿te gustaría que este coche fuera tuyo, se lo robarías a mi padre si pudieras?

Magdalena se ha apoyado entre el asiento y la puerta del copiloto y ha recogido las piernas, de manera que está casi sentada sobre ellas y sus rodillas asoman por debajo de la falda de su vestido claro.

—Me basta conducirlo.

—Antón, ¿te parezco guapa?

Magdalena se muerde una uña. Su pelo castaño le oculta medio rostro. Su mirada castaña brilla. Su boca no sonríe.

—No te muerdas las uñas.

Antón la ha mirado un momento y, después, se ha concentrado en el volante. Había visto en la distancia un reflejo de charoles.

—Antón, ¿me robarías el dinero si pudieras? —los dedos de Magdalena juguetean con el cordón que sujeta la bolsa que guarda la asignación de las monjas y que lleva colgada del cuello, cubierta por la tela del escote. *La virgen, la virgen pura. Basta, Magdalena. Ha sido sólo esta pregunta y ya está.*

Antón disminuye la velocidad del coche ante el alto de la Guardia Civil.

Pues es un dinero que seguro que no servirá a las monjas que seguro servirá a los camaradas ¿pues no es un dinero que se les ha robado a ellos? Atento. Tranquilidad.

—¡A las buenas tardes! —saluda un guardia acercándose a la puerta del copiloto.

—Buenas, Cristóbal —contesta Antón.

—Mejor lo serían sin esta calor.

—¡Menuda!

El animal, quieto, vibra con su motor. Magdalena no ha dicho nada. Tampoco el larguirucho que completa la Pareja y que se mantiene un par de metros a la derecha del coche, bajo la sombra de un pino.

—¡Pero si está aquí la Señorita! ¡Qué!, a hacerle una visita a la superiora, ¿no?

—La Señorita va a confirmarse pronto —dice Antón.

El guardia corpulento se acerca a la puerta del copiloto y se quita el tricornio. El larguirucho imita a su compañero, pero no se mueve.

—¡Ya es usted toda una mujer! —exclama el primero con sus ojos esféricos y guasones.

Magdalena le sostiene la mirada y enciende un sofoco.

No me mires a la cara que me pongo colorada.

—¿Está todo tranquilo por aquí? —pregunta Antón.

—Los diablos están en su territorio, más allá de la linde de la Santa. El paso está libre —dice el único guardia que habla—. Pero vigilado, tate —sonríe ahora hacia Magdalena.

Ella se muerde un momento una uña y baja la mano.

—Señor guardia —se decide—. ¿Antón es un diablo? *Como un hermano mayor. Qué haces porque lo hago porque puedo poder*.

Hija de puta.

Antón disimula el miedo, reprime la furia, inventa una risa, mueve una mano que dice asombro, mueve un brazo que dice «no tienen remedio».

En el rostro del larguirucho nace una mueca de alegría.

—¡Qué cosas dice usted, Señorita! —el guardia corpulento se ha acercado a unos pocos centímetros de Magdalena—. Es que es usted todavía muy joven —explica bajando la voz—, aunque ya no tanto —susurra—. ¡El padre de Antón era como un padre para el Amo! ¿No es verdad, Antón? —levanta la voz ahora dando un paso atrás.

—¡Y tanto que sí! Mi padre quería al Amo como a un hijo *en una cuadra un velatorio*.

—¡Tantos años fue macero de la Santa que el abuelo de usted lo trataba como a un hermano!

—Pero ¿como a un hermano de la misma clase o como a un hermano inferior? —tonteó Magdalena.

—¡Su abuelo era el Amo! Podía tratar a la gente como quisiera. Y ahora el Amo es el padre de usted y Antón es como si fuera su hijo.

—¿Hijo mío?

—No, Señorita, hijo de su padre —titubeó ahora el guardia.

—Ya decía yo que Antón tenía que ser hijo de su padre.

El larguirucho soltó una carcajada corta y seca. Luego su rostro quedó tan serio como un muro.

(*Noche*)

—Oh, sí señora, sucedió tal y como le he dicho, me rompió los encajes, vi como caían de la nube hacia abajo, hacia el cielo.

—El cielo es nuestra tierra.

—Sí. Yo le arañé.

—No debías haberle dicho esas cosas tan feas, no debiste tratarlo así.

—Como a un hermano.

—Como a un hermano inferior.

—Me tocó. Me rompió el escote de mi vestido nuevo.

—Tiene unas manos fuertes.

—Muy fuertes, sí señora, y me llenó la cara y el cuello de saliva.

—¿Te gustó?

—Sí—no, sí—no, sí—no.

—No lo bendigo.

—Pero fue culpa suya, sólo fue su culpa, se lo juro, madre mía. Faltaba muy poco para llegar al templo cuando aparcó el coche sobre esta nube. «¿Has visto de lo que soy capaz?», me dijo alegre. «Tú no sabes de lo que soy capaz», me gritó y detuvo el coche a un lado del camino. Crujía la hojarasca.

—Los bichitos.

—Sí, me pica todo. Me duelen los brazos.

—Te agarraba muy fuerte.

—Sí. Yo le mordía.

—Eso no lo vi. Pero antes sí le habías arañado la cara.

—Le arañaba la cara, con las uñas quería arrancarle los ojos y yo gritaba.

—Sobre esta nube.

—Todo azul y blanco. Yo sentía bajo la falda que el ala de un ángel me rozaba.

—Son muy tiernos.

—Sí, pero entonces sus manos le hicieron un daño terrible, lo aplastaron, lo estrujaron, lo espachurraron.

—Entonces te oí llorar.

—Llovía mucho esa nube y yo tenía mucho miedo de que de tanto llover se vaciara y se fuera haciendo delgadita delgadita y ya no aguantara el peso del coche y nos cayéramos al vacío, a la tierra.

—Olía mucho a tierra.

—Sí, mucho. Salté.

—Saltaste como un gato.

—En un momento de silencio salté del coche y corrí por el bosque y me caí y el llegó y fue allí, allí.

—Pero, ¿cómo has venido a verme con el vestido roto?

—Se lo juro, mi señora.

—No se jura.

—Ahora sí, hace falta que usted me crea, fue él, me arrancó la bolsa.

—Te quema la rozadura del cuello, ¿verdad, mi niña?

—Sí, y luego con sus manos.

—Son muy fuertes.

—Agarró el escote a cada lado de, a cada lado de y tiró y se abrió.

—Como una sábana vieja.

—Eso hizo mi madre con mis sábanas más bonitas.

—De cuando eras pequeña… ¿Más bonitas? Magdalena, me tengo que ir.

—No se vaya, madre mía, no se vaya, toma virgen pura nuestros

corazones no nos abandones jamás jamás.

—Pero es que has pecado.

—No. Yo no.

—Sí. Mira, ya viene el coche a por mí.

He abierto los ojos: copas oscuras de árboles, millones de estrellas, huele a humo. *Me duele, me duele, el coche camina y huele a nube y la nube tiene un motor que se detiene.*

—¡Es Antón! —oigo.

Me coge en brazos, *me lleva a tu altar madre mía, para ser sacrificada. Todos los fieles se acercan a mirar. Sus cabezas cúpula del templo.*

—¿Está muerta? —oigo.

—¿Está muerta, eh? ¡Contesta! —dice otra voz.

—Fue demasiado difícil dominarla. He esperado demasiado tiempo. Había escondido el coche ahí mismo en el bosque… *a cinco minutos —¿oigo?—*. Está dormida…

Estoy despierta, ¿estoy viva?

VULTURNO

(*Día*)

La noche fue de alboroto. Nada se veía sobre los tejados ni en el garabato callejero. Parecía que ni una luz. Era el contraste con el hoguerón de la Santa, rojo bailoteo en el fondo de la esfera oscura como si se hubiera abierto alzándose el magma en la colina. Hasta que se vio el blanquecino y urgente caminar que salió del Palacio de Bontempo. Era madrugada. El marqués aligeró el reflejo de su traje por los callejones de alguna farola. Se perdía por aquí y aparecía por allá, fijo que se encaminaba a los cuarteles. Hasta que se oyó el alto que salió de la garita y el insulto que gritó el marqués y rápidos entraron los dos en la comandancia. Los soldados de Vulturno todavía no se habían enterado del incendio y todavía no habían llegado los fugitivos que fueron sorprendidos por los diablos y la monja incendiaria.

Algunos se han retrasado hasta ahora. Se ve perfectamente cómo se unen a los corros que exageran los sucesos hace ya rato en la Plaza Noble, en el lado del Ayuntamiento, no del Casino.

Estábamos en el borde de la madrugada: salió el destacamento. Rodearon la Santa. Hubo un intercambio de disparos. Murieron dos militares. El mismísimo general Curro Sincero sacó bandera de parlamentar y tuvo una corta entrevista con Manuel Juanmaría ante los muros del convento. Al poco, el Espadón de Vulturno se volvió con un andar decidido. Se le movía como un péndulo el cordón de la boina militar. Amanecía. De entre los pinos salió conduciendo el resplandor rojo del coche del marqués, que la torpeza de los diablos se dejó a la intemperie cuando fueron a encerrarse del asalto. Le acompañaba el manco Kilometrón y desde entonces están reunidos con el marqués en el Palacio de Bontempo.

Delante del portón está el bombín de Nazario Ortiga, que no se decide a entrar. En la Plaza de Rosas hay aglomeración de gente que mira la colina. Aún sube un tanto de humo. La gente mira la colina y luego la puerta del Palacio cerrada a cal y canto. La gente murmura y teme. No les interesa demasiado si la monja que encendió la mecha era verdadera o falsa, si el incendio fue casualidad o truco para que entraran los diablos. Eso ya se habló

durante un buen rato. Ahora lo que importa es otra cosa. Disimulan sus ideas a la vista de Nazario y las paredes de Bontempo. Uno se atreve y grita:

—¡Alguien tendría que impedirlo!

Y, Nazario, que seguro que se siente aludido, se queda inmóvil mientras se le enrojecen las orejas.

—¡Chaquetero! —grita otro.

Nazario Ortiga, el antaño intelectual de izquierdas, ha acudido a hacerle la visita al Amo. Brumoso por el alcohol de la víspera, aún no confía en la oportunidad de su presencia, pues acaba de enterarse de los sucesos de la noche pasada y de que están reunidos en el Palacio los defensores del orden.

Se le ve titubear: alza el brazo para llamar, lo baja y da un paso en dirección a la calle de Espronceda.

—¡Traidor hijo de puta!

Y, de pronto, el bombín se adentra y acelera por el callejón.

Los tejados de Vulturno parecen soledad, un mar de arcillas ocres y rojas que es la base sobre la que está construida la media burbuja azul que rabia, este cielo. Eso a primera vista porque, después, al demorar la atención, se abren las callejuelas como cicatrices blancas, las plazas como islas grises en ese mar. Y se diría que sólo el calor lo habita con un hogar caliente en cada teja. Hierven. Los átomos de la arcilla aceleran el torbellino de su locura estática y, liberados, ascienden con los vapores del agua que contienen sólo en un punto de extinción hacia lo alto, hacia aquí. Avanza la mañana. Un grupo de palomas alza el vuelo desde la Plaza de los Evangelistas y se posa en el campanario de la Catedral, en sus balcones de sombra: el exterior quema. Sus alas han removido las voces del aire y han traído una más:

—Antonio, tienes que impedirlo.

Es una voz femenina, que invita a perseguirla.

—Eres el único que puede hacer algo.

Debe de estar cerca, en alguno de esos tejados de casas de buen ver que hay detrás de la Plaza Noble.

No, aquí no. Ahí se oyen los ronquidos alcohólicos del Rey Gallardo.

No, aquí tampoco, ahí duermen la mona los sobrinos del obispo, los hermanos Huesa.

El sol tiene un hijo encendido en la terraza de un ático lujoso. Debe ser allí. Las ventanas están entornadas:

—No podemos quedarnos cruzados de brazos mientras esos bárbaros arrasan las Quemadas.

A través de unas cortinas de hilo blanco, se distingue la cama de matrimonio en el centro de la habitación enorme. Es la Rubia la que habla.

—¿Te vas a quedar aquí como un pasmarote mientras ese grandísimo dictador hace sus planes de guerra?

Sí, es Sandrine, la Rubia. Le ha quedado del acento francés una dulce entonación y cierta torpeza en la articulación de erres y jotas, una ese extraordinaria.

Y el otro es Antonio el Juez. Está apoyado en el respaldo de la cama, con el torso desnudo, y acaricia el pelo de la Rubia, cuya cabeza está apoyada en su regazo.

—Tiene al Ejército y a la Guardia Civil…

—Milicos y picoletos…

—Por si fuera poco, le apoyan la Iglesia y el Ayuntamiento…

—Curas y fantoches…

—Aparte por supuesto de todos los principales de Vulturno y la provincia. ¿Qué puedo hacer, eh? Dímelo tú.

La Rubia se incorpora y se apoya también en el respaldo de la cama. En ningún momento deja de cubrirse con la sábana.

—Creía que eras el juez de esta ciudad.

—Sandrine, ¿es que no lo entiendes? —dice el juez enfadándose y levantándose de la cama—. Hasta ayer yo podía defender a los diablos de las ilegalidades que pudiera cometer el Amo contra ellos y eso sólo cuando alguno se atreviera a denunciarlo. Pero ahora que ellos han atacado la Santa están fuera de la ley.

El juez de Vulturno tiene cuerpo de atleta. Se acerca a la ventana con la naturalidad de quien anda vestido. Le adornan solamente el bigote de corte impecable y el brillo de la gomina en el pelo, perfecto y peinado a pesar de que el escenario le supone al menos una hora de amor con la Rubia.

—En cuanto lo he sabido —continúa— he avisado al Gobierno, pero es como si uno tuviera que esperar ayuda del extranjero. Si tuviéramos que pedírsela a Inglaterra o a Francia sería exactamente lo mismo.

Los ojos infinitos de la Rubia entonan un brillo de incredulidad y angustia.

—¿Qué te han dicho?

—«¿Otra rebelión de campesinos?» —el juez de Vulturno se burla y mira por la ventana—. «A quien tienes que avisar es a la Guardia Civil. Hay que conseguir la paz social» ¡Es el colmo! —exclama levantando un instante los brazos y dejándolos caer en el costado—. ¡Que avise a la Guardia Civil! De lo que no quieren

enterarse es de que los terratenientes y el Ejército van a aprovecharse de la situación para eliminar de una vez por todas las reivindicaciones de los diablos. ¡Nos van a llevar al límite de la guerra!

—¡Anda ya! Tampoco exageres.

—No lo hago, Sandrine —Antonio gira la cabeza hacia la cama, pero no se mueve. Su silueta, delante de las gaseosas cortinas, pinta la de un aparecido—. Temen con razón a los diablos. Durante décadas han intentado mejorar sus condiciones y no han conseguido casi nada. Están desesperados, no pueden aguantar más. Ya no se van a conformar con las migajas de una sociedad mal repartida. Ahora quieren reformarla de cabo a rabo. ¡Revolución social! ¿Es que no lo has oído? Todos los hemos oído. Y ahí están. Ayer tomaron la Santa, otro día vendrán a Vulturno. Querrán vivir en nuestras casas, ¿entiendes?, querrán dormir en esa cama y en la cama de don Luis y en la cama de Curro Sincero. Y te aseguro que antes de ni llegar a oír algo así, éstos se los cepillan ¡por no hablar del orden, que si el ateísmo, la Iglesia, Dios y la madre que lo parió!

—Shhhh, calma.

La Rubia por fin se destapa y deja a la vista su cuerpo. Felina y tibia, pone un pie blanquísimo en la alfombra colorada. Al caminar hacia la ventana, sus caderas acomplejan el péndulo del reloj que cuelga en la pared. Son las once y media de la mañana. La Rubia da realidad a su entorno. Pone su mano en la nuca del juez. La acaricia. Se abraza a él.

—¿Y tú les darías nuestra cama?

—Yo intentaría que cada uno tuviera la suya —replica él separándose sin brusquedad y dándose la vuelta otra vez hacia la ventana.

—No te enfades, Antonio —dice ella apoyando el rostro en su espalda.

—Deberíamos hacer algo.

—Reunamos a la gente.

—Sí, eso es lo que habría que hacer, organizar a la gente para impedir la masacre, ir toda la ciudad ante el Palacio de Bontempo o ante el Casino, ¡o ante la Catedral! Es increíble que esos sean los lugares que concentran el poder en esta ciudad.

—O la Casa de los Cascabeles.

—¡Mi niña!

Antonio, como un trompo de giro lento, se ha dado la vuelta. Ahora es él quien abraza a la Rubia.

—¡Eso sí que es un poder! —bromea el juez intentando limar las

posibles aristas del asunto—. Y menos mal, que, si no, no nos hubiéramos conocido.

—Yo no te hubiera conocido ni a ti ni a don Luis.

Los ojos de la Rubia, fijos en un pasado interno, toman una apariencia de cristal y miran un punto cualquiera de la habitación, como un rostro de maniquí.

—No lo echarás de menos, ¿verdad? —se afemina Antonio con un tono de reproche.

La Rubia se separa de su pecho:

—¡Es un monstruo!

—Al que tenías prisionero con tus artes mágicas.

La Rubia lo dice con tristeza mercenaria:

—Ése era mi trabajo.

Y vuelve a apoyarse en el pecho del juez.

—Vayamos de puerta en puerta —sueña—, por cada calle y cada plaza.

—¿Y tú crees, Sandrine, que eso serviría para algo? Nos encontraríamos sólo gente acobardada y miedosa, que a nada se atrevería. Sería un esfuerzo inútil que además nos delataría ante don Luis. Hay que pensar otra cosa.

—Pero qué.

—No sé, mi amor, no sé.

El verano los va tocando más conforme avanza el día, los acontecimientos se acercan, las voluntades ejecutan cada una su precisa maniobra, y ellos siguen ante la ventana, desnudos, charlando y abrazados.

El aire está inmóvil. No busca. Se calienta. Es como si no sufriera el sol de hoy sino el sol de todos los tiempos que se fuera derramando sobre un mismo día para siempre detenido. El aire recibe voces que suben gracias a una atracción inversa a la que ejerce la tierra. La de este sol. De un tejado a otro. Tejados construidos por manos árabes, judías, cristianas, todas trabajaron el mismo día inmóvil para cobijar destinos diferentes, creencias y costumbres que les condenarían a una guerra continua contra sí mismos, y contra sociedades que albergan la semilla guerrera de otras costumbres y creencias. ¿Eso era el ayer, el hoy, el continuo mañana, mañana? Sí, pero este día detenido no es eterno.

Las voces nacen del mercado. Desde arriba se ven los puestos con sus cuadrados de tomates, rectángulos de lechugas, triángulos de melones, trapecios de flores, flechas de corderos y conejos que cuelgan de una línea recta, y las figuras irregulares de los trozos de cerdo y de vaca y de pollos y gallinas —morcillo, cabezada,

costillas, pescuezos, pechugas, cuartos traseros— que ya sólo obedecen las formas de la carne muerta, cortada y machacada. Hay una mujer que se inclina sobre el oído de otra. Hay dos hombres que discuten elevando los brazos enérgicamente. Hay corros de pequeños burgueses —se les ven los hombros de las chaquetas nevados de caspa—, hay corros de trabajadores humildes —se les ven los hombros de paño manchados de polvo—, hay corros de mujeres con complicados peinados y otros de mujeres que lo llevan suelto, con una cola o cubiertos con un pañuelo. Y llega una voz que susurra:

—Deberíamos hacer algo.

Y otra que se enfada:

—¡Alguien tendría que organizarnos!

Y otra tolerante:

—No falta razón a quien quiere acabar de una vez con este problema.

Y otra vehemente:

—¡Hay que fusilar a los diablos!

Y otra combativa:

—¡Es que vamos a seguir permitiendo que el Amo siempre se salga con la suya, que nunca dé ni un mínimo de lo que tiene! ¡Unámonos todos!

Y otra pesimista:

—Si es que estamos solos.

Y otra estoica y pedante:

—El combate social necesita purgar cíclicamente su sangre: la sangre de los que ostentan los privilegios de las comunidades y la sangre de aquellos que ahora los quieren para sí. Es un hecho que estamos irremisiblemente obligados a contemplar.

Y otra roja:

—¡Abajo el capital!

Y otra ebria y socarrona:

—¡Abajo lo capital!

Y otra precavida:

—Venga niñas, hay que guardar todo esto en la despensa, muy bien ordenado. Ay, ¡tenemos que volver! ¡Las salazones! Se nos ha olvidado lo más importante. Hay que comprar todo lo que no se pueda echar a perder. ¡Ay, qué cabecica que tenemos! ¡Que vienen tiempos difíciles!

Es madama Rosario, que regresa hacia la Casa de los Cascabeles seguida de sus patitos, once ahora que la Rubia se fugó.

De pronto viene un poco de aire. ¿Es un suspiro? Sí. Aquí llega

otro. De dónde, de dónde. Ah, del monasterio de San Leopoldo. Las Quemadas están al norte. Al sur de la ciudad, detrás del trazado irregular de la muralla, está la colina y, encima, el monasterio, y, encima de una torre, el abad Rodrigo, mirando hacia Vulturno. Su barrigota toca el canto de la almena y, sobre ella, hace equilibrio la cruz de oro puro que ayer le regalara Bellimbusto en nombre del Estado Italiano. Sobre la cruz, el abad ha grabado la siguiente inscripción, rayada con un punzón en el palo más corto: Oro pro nobis. Sobre su boca nacen mil canas de un bigote que precisa un afeitado. Entre sus labios gruesos se muestra un abismo que conduce a órganos compactos. En cada comisura se incrusta una tristeza blanca. Y entre el arriba y abajo de sus labios y entre el izquierda y derecha de aquellas comisuras, otra cruz, viene un suspiro nuevo, hondo y resignado. Vuela, cuervo invisible, hasta la torre de la Catedral, alminar de la mezquita destruida y, entonces, asustadas, la bandada de palomas que se había posado allí regresa a la Plaza de los Evangelistas. Por ella camina con las manos en la espalda el obispo Marcelino Claret, larguirucho e inclinado entre la mirada de piedra de los Evangelistas, que, esculpidos cada uno en una esquina de la plaza, aguardan desde siglos atrás una comprensión activa de los textos que escribieron. El obispo Marcelino pasa bajo el frontón renacentista al interior de la Catedral barroca, donde hay diez velones por santo y cientos de adornos por metro. Se arrodilla delante del altar bajo la imagen alegre de María Auxiliadora, sustento del Niño. En el pasillo central, el obispo no reza, no piensa: alimenta su ira. Se le va el reojo hacia el Arcángel San Miguel, bello y furioso, a punto de rematar con su espada al Diablo bestial, aplastado bajo sus pies.

—¡Diablos!

Ha sido un susurro de rabia. Entonces se oyen los sollozos a los lados y a la espalda del obispo. Unas arrodilladas, otras sentadas en los bancos de la Catedral, lloran su fortuna y se inventan los pecados las monjitas que escaparon de la Santa. Una mezcolanza evaporada asciende hacia el lucernario más elevado de la cúpula y el obispo reza y sueña: el Ave del Fuego que Ajusticia emprende el vuelo.

Pone un huevo en llamas sobre la terraza desangelada del Casino, cuyo techo vibra con el ardor que los principales demuestran a favor del Amo.

—¡Lo que le haga falta! ¡Hombre!

Pone un huevo en llamas sobre el tejado del Ayuntamiento, por si acaso, aunque todo el mundo sabe que el señor alcalde tiene su

despacho en uno de esos corros del Casino donde los trajes son idénticos entre sí.

Pone un huevo de exorcismos sobre el tejado de la Casa de Luces, donde su director, don Juan, examina su conciencia girando los anillos de sus dedos gordinflones.

Bombardea con huevos escépticos el runrún de los callejones donde los humildes discuten, se atreven, se retraen.

—Qué podemos hacer nosotros solos.

—¡Si alguien nos organizara!

—Pues, mira, vamos al juzgado, que don Antonio es la única persona decente de esta ciudad.

—Que te crees tú que nos va a recibir.

Y pone un huevo del gran poder en los tejados del Palacio de Bontempo. Doña Leonor, que pasea bajo una sombrilla blanca por la inmensa terraza, lo ve rodar sin saberlo y, de pronto, siente la esperanza de que su hija Magdalena volverá. Y el huevo rueda hacia el patio donde, rodeado de naranjos, el angelote orina su eterna canción de agua y justo allí, justo en el momento en que don Luis acompaña hacia la puerta al general Sincero y al rey de legionarios, Kilometrón Solar, el huevo va a caer sobre la estatua de la fuente, el gran poder se casca y se derrama, y unge de una gracia invisible a los gerifaltes que van hacia la guerra.

UN TESTIGO (EN EL CORTIJO DE LOS ORANTES)

(*¿Día?*)

Yo no sé en qué facción esté: se hacía el crepúsculo, el orto, el se finí. Borregos anubarrados desfilaban por el horizonte alto de colinas y montañas, con un peso de lluvia que luego no descargaron. Había mayoría de azul anochecer en el cielo. Estábamos en ese punto en el que, puesto el sol, todavía no se había abrillantado el cielo con su primera estrella, el zapatero de Dios que decía mi abuela que era aquello: restregaba con un trapo invisible la piel azul y ya está: destacaba el lucero. Pero aún no.

Hacía un rato los vi montar a cada uno en una mula, a Melchor Orantes y a su hija Remedios. Yo sabía que tenían una al menos, esa rosilla que llevaba siempre por el campo, más que rara de tanto colorín que parecía un mapamundi. Pero cuando vi esa otra, la tordilla que sacaba Remedios de la cuadra, no pude menos de preguntarme que si había una de sobra por qué razón Manuel Juanmaría ha estado yendo a pata, ida y vuelta, a Vulturno cuando aún no le habían echado de la Casa de Luces y, luego, es lo mismo, a protestar porque lo echaron. No vamos a meternos ahora con eso, que hay cosas más importantes que señalar.

Melchor y su hija han ido a la Santa en busca de Isabel, que la pasada noche, cuando una de las monjas perdió el tornillo definitivo y los diablos entraron aprovechando el fuego de la incendiaria, la Isabel no tuvo mejor idea que irse para allá dramatizando. Y allí está y allí queda. Su padre había estado todo el día dudando entre ir o no ir, porque el convento ha estado rodeado por los militares, pero hace un rato ha venido de Vulturno el Abubilla y le ha avisado de que si tiene que salvar a alguien mejor lo haga ahora, antes hoy que mañana. El Abubilla, la Bicha. Ha dicho eso y, después de recibir y dar las gracias como acostumbra, ha hecho el paripé de marcharse.

Al ratillo, han salido Melchor y la hija, los dos con cara de purgatorio, peor la de ella, tan triste con esa nariz que la alarga entera para abajo y ese luto que todavía no se ha quitado desde la muerte de Juan el Aterido. Agigantados en sus mulas, Remedios y su padre se han recortado contra el crepúsculo, el orto, el se finí.

Esto es que escuché el movimiento de un arbusto. El Abubilla se había quedado para acechar. Yo no sé quién es el que se va primero de la lengua, yo nunca, pero he llegado a saber que el Amo le había dado la orden al Abubilla: «Ellos tienen a mi hija». Por la mañana había confirmado a través del militar, Curro Sincero, lo que ya le había contado el instinto: que Juanmaría era protagonista de este fregao. Pero ese instinto del que presume no le había avisado con suficiente antelación de que su Antón se había cambiado de bando. Es decir, no había hecho más que decidirse de una vez por el que le correspondía desde siempre: aquí manda el nacimiento.

Bueno, pues el Amo ordenó al Abubilla: «Él tiene a mi hija. Tráeme a su hembra». Seguro que la Bicha no diría nada en contra del proyecto. Es un solitario servil y tiene un mal dentro que lo disfruta solo, que se mueve solo, como un ratón en jaula de huesos. Pero doña Leonor, si se ha enterado del asunto, seguro que le recordó que aquella hembra era la hija de Melchor Orantes, con quien tiene casi don de pariente; que Melchor engendró a esa hija en la famosa cama que le había regalado por su boda el abuelo, el Amo del Amo, cama que ya quisiera ella para sí. Y me aseguro yo que no se lo diría por piedad sino por remilgo social, qué iban a pensar los principales y las señoras de la Liga con tamaña traición. «Hay que buscar a alguien para hacer un trueque», le dijo don Luis terminantemente al Abubilla, éste que está escondido ahora en el matojo.

En el cortijo se han quedado los pocos, sin un hombre. Debajo del nogal de la puerta está doña Marisabel, sentada en su mecedora, enfrente del pozo chico que huele a hierbabuena. Tiene una mesita a su lado con un bizcocho que ha partido en tres pedazos. Ya tiene uno en la mano. Se lo está ofreciendo al aire. Dicen que se habla todavía con sus tres niños muertos. Uno se le fue con diez días, otro alcanzó el año; el último se rebajó a tres meses, rebanado por la guadaña. Hoy andaría cada uno en su treintena.

—Ángel, Angelito, toma —suplica doña Marisabel alargando la mano a lo invisible—. Pedro, Melchor, no tengáis miedo, acercaos.

Ha hecho un soberano día de calor. El macetero de geranios, que está en el suelo, a la derecha de doña Marisabel, va apagando sus colores.

—Venid —suplica—, con esa carica que tenéis… Seguro que tenéis hambre.

Ha hecho un soberano día de calor y me viene un escalofrío.

—Qué ojitos tan tristes, mi niño.

Se levanta un golpe de brisa. Debajo del nogal, el polvo se

arremolina en un amago de torbellino. Doña Marisabel queda un instante borrosa. Luego, nada. El aire se ha detenido. Ha vuelto la transparencia. Los brazos de doña Marisabel están cruzados en su regazo. Se mece en su mecedora. Un chasquido me sobresalta. Es el Abubilla, que cambia de posición.

Le sigo. Rodea el cortijo por la parte de las cuadras, escondido tras una higuera, tras un níspero, tras un almendro, más disimulado que escondido pues todavía no hay de quién hacerlo. Ahora sí. Parece que sabía, que husmeaba, como si un instinto cazador le viniera del hijo de perra que sería su padre. Y ésa es otra. Qué bruja pariría a la Bicha, qué clase de demonio la montaría para que saliera tal criatura de mal olor, tan bella de ver. Aquí viene el tufo. Se conoce que la tensión del acecho le hace sudar y la ponzoña debe albergar tal potencia que no es menester más que la existencia del aire, aunque no corra, para que llegue hasta aquí. Él está unos acebuches adelante, con la cara pegada a la esquina de la cuadra, con los ojos a punto de hacer el intento de girar y mirar hacia la alberca, de donde vienen las voces.

Han sido muy imprudentes estos Orantes, mira que dejar sola a Ángeles con el niño siniestro ése, Tarrito, que no suelta ni a la de tres su bote con bichos, y con la abuela loca haciendo de anfitriona de los muertos. Y lo digo porque podían haber llamado a su hermana María y, sobre todo al cuñado, José Cid, otro que tal baila, pero un hombre al fin y al cabo, y no de los más débiles que yo haya visto nunca, ni mucho menos. Ese hombre no precisa acémilas para arar.

Están la tía y el sobrino sentados en la alberca. Esta mujer habrá tenido que ser pez en un pasado remoto, porque no se separa de allí. O rana. No eso no, con lo guapa que es. O fue la serpiente del manzano divinal, quién sabe qué carajo somos. Que yo sepa es una mujer buena. Le buscará humedades al feto que cría, por la calor que hace, será eso, claro.

El Abubilla ya ha mirado y, de repente, agachado corre rápido y se arrastra silencioso detrás de unos zarzales que quedan más cerca de la alberca, desde donde podrá oír y ver protegido por la maraña. Ha sido un meteoro con rostro de ángel.

Le sigo, le sigo tanto que podría tocarlo, que podría desbaratar todos los acontecimientos si me mostrara presente, pero me mueve el curioso que manda en mí. Así que por ahora él y yo vemos, todos vemos y escuchamos.

—Anda, enséñame el lagarto, enséñamelo, anda —le ruega Tarrito a Ángeles haciendo el payaso. Ha dejado en el borde de la

alberca su asqueroso bote, y se ha arrodillado en el suelo con sus pantalones cortos y entrelaza los dedos de las manos como si fuera un santo rogador.

—Que se llama San Juan… —se nota que se lo ha repetido más de una vez por la voz de paciencia, un poco grave para ser una mujer— y, además, no le gusta la gente… Cuando voy al pozo con un extraño…

—Yo no soy un extraño, tita, anda, enséñamelo…

—Como si lo fueras. Para él todo el mundo es forastero salvo yo, y cuando me acerco al pozo con alguien…

—Aparece de todas maneras…

—Sí, pero no es lo mismo… Coge la comida y se esconde muy rápido. Se nota que le molesta…

—Anda, tita, anda.

—Anda tú. ¡Mira como te estás poniendo los pantalones! Qué va a decir luego tu madre. Vamos, ponte de pie —le regaña Ángeles intentando levantarle del brazo—. Además, ya lo has visto muchas veces.

Pero Tarrito tira hacia abajo.

—Sí, pero contigo no es lo mismo; es como si se te quedara mirando… Yo siempre lo veo de refilón.

Qué cabezota es este niño, de todo ¿eh?, carácter y anatomía.

—Anda, que me hace mucha ilusión —encima se hace el que lloriquea. Lo que hay que aguantarles a estos mozuelillos que ya tienen bozo, se hacen los infantiles cuando les interesa y las primeras pajas cuando no les ve nadie.

—Vale, pero levántate ya.

Tarrito le obedece y se dirigen los dos hacia la casa. El Abubilla asoma la cabeza. Estoy seguro de que le está mirando las pantorrillas y el contoneo de las caderas. No pierde de vista cada vez que la tela se pega a su piel marcándole el culo. Qué gusto poder hablar como uno quiera cuando nadie te ve pero uno lo ve todo.

El Abubilla, frustrado por la Ángeles. Todas las Quemadas saben que la quería para sí y por eso aborrece al Juanmaría. La Bicha. Le noto el deseo en el latir de sienes que gasta. Acelerado. La piel transparenta un segundo la vena morada y la vuelve a mostrar. Y acelera. Y esa sangre surte la vida del corazón del Abubilla y la información que necesita su cerebro humeante como los sesos de los corderos cuando salen de las sartenes, fritos, chorreando aceite, para la abominación de su obrar.

Pasan bajo las higueras, junto al pozo de los peces de colores,

muy cerquita de aquí, y entran por la puerta trasera de la cocina, donde suele estar la Isabel perdida en sus beaterías, justito como ahora que quién sabe lo que le afectará haber quedado presa en la Santa de los diablos. No le va a hacer nada su cuñado, hombre.

Aquí vuelven. El Abubilla agacha un poco la cabeza. Ángeles trae algo en la mano, comida debe de ser, y Tarrito va muy contento a su lado, como dando saltos y moviendo mucho los brazos. Se detienen delante del pozo. Ángeles se inclina un poco ante las piedras que lo rodean.

—San Juan, dragoncito… —le llama con voz alegre.

Debe de tener su madriguera en aquel hueco de allí. No se ve nada más que la oscura negrura de sombra, más aún ahora que casi nos anochece. Ya sí que el Señor Zapatero abrillantó por lo menos el primer lucerón. Clarea aún.

—Dragoncito, mira lo que te traigo… —canta Ángeles alargando ese trozo de algo hacia la madriguera.

Pero él no se mueve. Yo diría que veo lo que no veo: su cabeza es un triángulo de escamas algo levantada del suelo; sus ojos, amarillos, contienen un afilado rombo negro. Esa negrura nos contiene a nosotros, sabe que hay alguien más en los alrededores del pozo. Su hocico nos huele. También estamos en esos dos agujeritos que hay en sus escamas, sobre todo el Abubilla. Su boca se cierra apretada, aunque dentro su lengua diabólica está tensa. También estaríamos dentro si él tuviera el tamaño suficiente:

—San Juan…

De pronto Tarrito da un paso hacia atrás. El lagarto ha salido. Es el más grande que he visto nunca. Abre la boca agresivamente y más rápido que el rayo se vuelve a esconder.

Ángeles también se ha asustado. Todavía con el trozo de comida en la mano, se queda pensativa, mira a Tarrito, que le devuelve una mirada asustada, y le dice:

—Qué raro… Es la primera vez que… Pero a ti te conoce… Debe haber…

Eso ha dicho Ángeles. Se acaba de dar la vuelta bruscamente hacia aquí. Se le nota la alarma en la boca entreabierta. Y el miedo en el agüilla petrificada de los ojos. La Bicha ha pegado la cara en la tierra, muerde el polvo, casi le puedo oír el corazón.

—¡Ángeles!

Ella mira entonces hacia el gran nogal que hay en la otra esquina de la casa.

—¡Ángeles, soy yo, José!

Y cuando reconoce la silueta fornida de su cuñado, camina a su

encuentro con paso rápido. Suspiramos aliviados. Hombre, José. También el Abubilla va levantando la cabeza con la mandíbula tensa, como la del lagarto. Él no se debe de dar cuenta de que tiene los dientes apretados. Si lo hiciera, nada más que para no repulirlos, los separaría. Se te escapa la presa, Bicha, qué le vas a llevar a tu Amo.

—No sabes la alegría que me da verte —le dice abrazándose a él, casi llorándole en el hombro, derrumbando sus sentimientos—. Todo es tan raro, mi padre, mis hermanas… Y mi Manuel, ¿sabes algo de él?, dime que no le ha pasado nada, ¡dímelo!

—Todo se va a arreglar.

—¡Los van a matar! ¡La Santa está rodeada! Esto es una locura, José.

Te las habías prometido tan felices, Bicha, todo el camino de Vulturno; por cada mata, bajo encinas y olivos, la Ángeles todita para ti, perdida a tu merced, prisionera para el trueque futuro. ¿Y tú lo ibas a permitir, una vez la tuvieras? ¿Se la darías a tu Amo? A lo mejor cambiaría mucho la historia de todos nosotros, si Ángeles Orantes no se hubiera salvado, si es que ya lo ha hecho, pero ahora por lo pronto está bajo la protección de José Cid, pastor de las ánimas benditas.

—Vamos, Angelines, no te pongas así, las cosas no están tan mal. No somos más que gente, ellos y nosotros. Todo tiene remedio y, si no lo tiene, se le busca. Hay que ser cuidadoso, ya está —la voz de José es paciente y tranquila—. Vamos adentro. Tenemos que hablar. Es el momento de tomar una decisión importante —le dice agarrándola por el del hombro y encaminándose hacia la puerta de la cocina. Se vuelve un momento y mira a Tarrito, que sigue delante del pozo, alternando la mirada hacia José y hacia la madriguera del lagarto—. ¡Tarrito! ¡Entra en casa!

—Voy —se le nota el tono de duda, de inminente desobediencia —. Es que me he dejado mi bote en la alberca.

—¡Corre por él. Que no tenga que salir a buscarte!

Ellos están a punto de entrar en la casa, y para mí que se tienen mucha confianza el uno en el otro, que si yo fuera el Juanmaría a lo mejor me encelaba, por mucho que sean compadres; y, mientras, el Tarrito corre hacia aquí.

Si él supiera, no tendría tanta prisa por llegar. Se nota la tensión en los muslos y en los brazos de la Bicha, como una alimaña, igualita, a punto de saltar. Los cuñados ya han desaparecido en la cocina y me doy cuenta ahora de que todos hemos entrado en la primera bocanada de la noche. Todavía las ramas de los árboles son

más oscuras que lo demás del aire; las siluetas de las hojas de los nogales han perfilado la desaparición del verde; la negación del color es perfecta, formas de nada luz; rodeadas por un oxígeno apenas luminoso; aquí está ya la sombra de Tarrito.

Ha levantado el bote de cristal y busca al contraluz de la brasilla del día alguna novedad en su monstruosa aglomeración de insectos. En la alberca ha croado la primera rana. Tarrito se vuelve a mirar. Un murciélago realiza sobre la superficie del agua un vuelo rasante. Es algo que hacen todas las noches esos ratones con alas, ansiedades velocísimas.

Y el hijo de puta éste ya se ha lanzado.

No se quién ha sido más rápido, de pronto se ha oído el matorral, se ha oído el golpe del bote en el suelo, y el Abubilla ya tiene al niño atrapado, tapándole la boca con la mano. Se oye:

—Si hablas te mato.

Y ya se ha echado a correr con el niño en brazos. Pasan a mi lado. Se adentran por los olivos, hacia el río.

—¡Tarrito, entra en casa!

Es la voz de José. No lo veo, pero sé que está en el umbral de la cocina. Será mejor que no me descubra. Yo también he empezado a correr detrás de los fugitivos.

—¡Tarrito! —oigo ya lejos.

Me detengo. Dónde está la Bicha.

Allí suenan, los persigo, pasa bajo mis pies la tierra removida, matojos y piedras, agacho la cabeza para no darme con la rama de un olivo, la levanto, me detengo. El cortijo queda arriba, lejos, oculto por una colina. Estoy ya cerca del río. Veo las siluetas de los álamos, quietas como estatuas. Estoy rodeado del cri—crí de los grillos. Anoche fue de luna nueva y no voy a ver mucho. He perdido el rastro, me echo a andar, me meto las manos en los bolsillos.

Así que al final le lleva esa presa al Amo, ojo por ojo, niño por niño.

Me detengo otra vez. Acabo de oír un llanto. Muy cerca. Me echo al suelo. Me arrastro muy despacio. Es ahí mismo. Detrás de esos juncos. Huele a letrina. Es el Abubilla, seguro que está sudando. Todavía no he llegado a ver, pero escucho un resuello, un gemido, como si alguien estuviera… No llores Tarrito, calla, que no oigo bien al otro… como si estuviera…

Me quedo quieto, muy quieto.

Detrás de estos juncos.

No te veo, Tarrito. Te oigo llorar, tus gritos silenciados por la mano de la Bicha. Le veo a él, veo la palidez, es su piel, los

pantalones bajados, tapándote, cubriéndote, ocultándote. No te veo, Tarrito. Me arrastro otra vez, ahora hacia atrás. No te he visto, Tarrito. Yo no he visto nada. Yo no soy testigo.

LA SANTA DE LOS DIABLOS

(*Día*)

Todos los objetos que guarda la noche cambian con la luz del sol, pero de todos los que había en las Quemadas ninguno cambió tanto de un día para otro como el convento de la Santa en aquel amanecer de julio. Las piedras que en el siglo xvi fueron arrancadas a la tierra e igualadas para los muros aceptaban su destino bajo una gruesa capa de cal, salvo las de la torre del ala sur que habían amanecido negras por el fuego. La torre saludaba los primeros horizontes de claridad levantando todavía una mala sombra de humo. Delante, la iglesia, que había sido el lugar más adorado por los cristianos de aquella parte del mundo[1], albergaba la caída del sagrario, con los círculos benditos derramados por el suelo, y, sobre todo, la urna del Brazo rota, y la ausencia de éste.

Al otro lado del convento la tierra estaba removida y húmeda por los cadáveres de uno y otro bando, a los que los hombres del Asombradizo habían dado sepultura durante la noche. El cadáver del padre José María había sido el último en ser enterrado. Manuel le cerró unos ojos que aún guardaban, como fotografiado, un reflejo de la ira interna que había desinflado el disparo que lo mató. El respeto que desprendía le había mantenido toda la noche lejos del hoyo que había sido cavado para él, donde una vez que fuera sepultado sus órganos comenzarían a sufrir la lenta digestión de la tierra. Pero en cuanto uno de los vigías avisó de la llegada de los soldados, el mismo Juanmaría lo empujó a la sepultura, y todavía las paletadas caían sobre el muerto cuando sonó el primer disparo.

El interior del convento también había cambiado mucho. En lugar del devoto silencio, del rumor de los rezos, del borboteo de las especias en los antiguos caldos, temblaban la voz de los hombres y el mando del Asombradizo:

—¡A las ventanas! —gritaba.

—¡El coche, maldita sea! ¡Se nos ha quedado fuera! —le dijo Antón.

—¡Qué desastre! ¿Dónde?

—Lo aparqué junto a la iglesia para que no estorbara.

—Pero, ¿no lo ibas a entrar por la parte de atrás, señor cuajo?

Estaban apostados en las ventanas, respondiendo con los fusiles de los vencidos durante la pasada madrugada a los disparos de los soldados de Vulturno. Desde la cocina se oía ese pizzicato siniestro. Isabel, sentada en una banqueta, tenía a Magdalena en brazos, cuyo rostro estaba oculto en el pecho de la Orantes.

—No te preocupes —le susurraba—, la Santa nos ayudará —Pasaban quince segundos—. No te preocupes —volvía a decirle—, la Santa nos ayudará —susurraba y la mecía.

Alrededor del convento los uniformes, intermitentemente, corrían entre los pinos y volvían a apostarse en el suelo en una posición más cercana. Los bruscos fusiles retrocedían con la expulsión de proyectiles mellados. En la retaguardia, entre el fresco aroma del pinar pleno de agujillas verdes, flotaba el humo recio y manso del veguero que chupaba el Espadón de Vulturno dando lentas zancadas marciales, a unos centenares de metros de los muros del convento.

—Kilometrón, tráeme el parte.

El famoso legionario se perdió entre los árboles. Contra algunos troncos chocaba la violencia de las balas perdidas. A la tercera, se echó al suelo detrás de un árbol caído.

—Eh, sargento —le habló a los galones tumbados unos metros adelante.

—A sus órdenes —contestó el sargento levantándose en un santiamén y cuadrándose a cubierto de un pino.

Kilometrón Solar, asomando la cabeza tuerta por encima del tronco, transmitió la orden:

—Tráeme el parte.

El sargento se perdió entre los árboles. Granizaban las balas disparadas por los diablos. Una le pasó cerca y el sargento se echó al suelo detrás de otro árbol caído. Desde allí se veían los muros del convento entre el ramaje. En la primera línea de fuego los soldados de Vulturno habían instalado una ametralladora que picoteaba las piedras desencalando los muros. El sargento miraba a sus valientes escupir fuego apostados tras un árbol.

—Eh, cabo —le gritó a uno de ellos—. Tráeme el parte.

El cabo trazó un velocísimo zigzag entre los pinos y se cuadró detrás de un tronco.

—Mi sargento. Los diablos están a cubierto. Consiguieron muchas armas. No contábamos con eso, mi sargento.

El sargento asomó apenas la cabeza por encima del pino caído:

—¿Habéis conseguido entrar en la iglesia?

—La cubren los disparos.

—¿Algún herido?

—Dos de los nuestros. De los suyos, quién sabe.

—Gracias, Benítez, vuelva a su puesto.

El cabo Benítez trazó un velocísimo zigzag hacia la primera línea del frente y de pronto cayó fulminado por un disparo. El sargento trazó un velocísimo zigzag hacia la primera línea de retaguardia. Se cuadró detrás del mismo pino de antes.

—Mi señor, la iglesia sigue en poder de los diablos. Tenemos dos heridos y un muerto. De los suyos, quién sabe.

Kilometrón Solar asomó apenas la cabeza por encima del pino caído:

—Sargento, ¿le tiembla la voz?

—No, señor, es la humedad de la mañana.

—Muy bien, García, vuelva al frente.

El sargento García corrió hacia la derecha en diagonal, agachado, en busca del pino más grueso que veía por delante. Después corrió hacia la izquierda, también en diagonal y agachado hacia otro de parecido grosor que estaba todavía más allá. A mitad de camino, levantó la cabeza y una bala la alcanzó de lleno.

Kilometrón Solar se arrastró ayudándose de su único brazo hacia la segunda línea de retaguardia. Cuando comenzó a oler el veguero del Espadón de Vulturno, se puso en pie. Los disparos caían ya muy atrás. Caminó unos pasos y divisó al general Sincero. Gordo y estirado —levantando el rostro al cielo, el puro en la boca—, seguía con su paseo, escoltado por seis centinelas. Kilometrón corrió los últimos metros.

—Ha de saber, mi general —dijo en posición de firmes, con saludo militar y fingiendo el jadeo—, que hay que instruir a estos hombres en la muerte. Tienen miedo.

—¿Algún herido? —preguntó cursi don Curro señalándole con el puro después de girar graciosamente sobre sus talones.

—Dos heridos y dos muertos.

—¿Los diablos?

—Llegamos tarde. Están encerrados. Prosigue el intercambio de balas.

—¿Hemos cumplido al menos la conquista de la iglesia?

—No, mi general. Nadie osa cruzar el campo abierto.

—¡Imbéciles! Era nuestra obligación custodiar el Brazo de la Santa.

—Lo siento, señor.

—Esto es inútil. El ataque sorpresa ha fracasado. La hija de don Luis está en peligro, si no la han asesinado ya esos diablos.

Lamentablemente, tendremos que negociar. ¡Bandera blanca!

—Sí, señor. ¡Cornetaaaa…! —gritó Kilometrón—. ¡Bandera blanca!

De entre los pinos salió un potente, breve trino juguetón. Algunos pájaros que aún se mantenían escondidos entre las ramas más altas alzaron el vuelo. Poco a poco cesaron los disparos.

Los revolucionarios vieron que asomaba la bandera blanca en la linde del pinar. El Asombradizo ordenó al Tío Rubiales que le apañara una en la cocina. Al poco volvió éste con la caña de la escoba y un trapillo atado en la punta, que las monjas tenían inmaculado, y sacó su bandera por la misma ventana por la que antes había disparado contra los esbirros:

—Quién nos ha visto y quién nos ve, Corsario… ayer en el olivar y hoy pegando tiros… Significará esto algo, digo yo… ¿Oís, zagales?

Los tres —delgados, cetrinos con cejas de antracita— no habían querido separarse desde que comenzó la Revolución. Uno con un rastrillo, otro con una azada y el tercero con un garrote le habían dado el pasaporte a más de uno de los que estaban apagando el fuego durante la noche. Luego consiguieron los fusiles.

—Hay que hacer parlamento, esto rueda, mecachis, ¡Manuel! —le abrazó el Asombradizo.

Y acaso la historia del yerno de Melchor Orantes se hubiera desviado un tanto de los sucesos venideros si el Asombradizo no le hubiera pedido:

—Aquí vamos a repartirnos los buenos saberes. Tú eres más hombre para las palabras, Manuel.

—De acuerdo, pero encárgate de que a nadie se le escape un tiro.

—¿Y si se le escapa a ellos?

—Eso es imposible. No se atreverán a jugar con la hija del Señorito.

Y no acababa de decir esto cuando, en la linde de los pinares, Curro Sincero tomó la bandera y avanzó hacia la puerta por la que pronto apareció la figura larga de Manuel.

—¡Ya sabía yo que el Juanmaría ese era el jefe de los diablos! ¡Si le hubiera atropellado ayer con el coche hoy no estaríamos en esta situación! ¡Y ésa es otra! ¡A Antón, ¿lo has visto?! —gritaría más tarde don Luis.

Pero ahora el Espadón de Vulturno se limitaba a negociar los siguientes puntos en la explanada del convento:

1. Los diablos, revolucionarios o insurgentes quieren el valle de

las Quemadas para el autogobierno, cultivo de la tierra y libertad de la gente que en ellas vivieren. Al entender de los mismos, esta petición es justa desde los dos puntos de vista: uno a saber que esa tierra es deuda de la familia Sánchez de León al pueblo que ha explotado a lo largo de varias generaciones, oséase, no es más que el pan de su trabajo; otro a saber que la tierra es imposible que tenga propietario, porque nació sin él para el estar de toda planta y animal, incluido el hombre.

2. Magdalena, la hija de don Luis Sánchez de León, está sana y salva, y sólo será entregada cuando los soldados, esbirros o garantes del orden den las garantías suficientes ante los poderes públicos de Vulturno, desde el juez hasta el obispo, de que las demandas de los revolucionarios serán respetadas. Mientras tanto, la niña correrá el mismo peligro de muerte que todos ellos.

3. Ninguno de los bandos teme la muerte y, por tanto, cualquiera de los dos luchará hasta derramar la última gota de sangre.

4. Se declara una tregua hasta que el Espadón regrese con la conclusión del negocio. Mientras tanto, los diablos habrán de respetar el patrimonio de la Santa Iglesia, sin dañarlo, salvo los bienes alimenticios de las despensas.

El día se iba entregando a sus claros en todas las Quemadas: la Santa, primero, que era la colina del este; después el resto: la loma cortijera hasta el río; el campo de los Orantes; y la otra colina enfrentada, Ambusta, en el oeste.

Desde el norte, Revellín, iba tomando luz la silueta que acababa de comenzar el descenso del pueblo. Era Mateo Cristalina a lomos de un borriquillo que le había prestado un Frascuelo en cuanto el despertar de todos los pájaros de la comarca fue trayendo la noticia de que el Sindicato había asaltado el convento. Don Mateo, que hasta el último momento no se había creído que los jóvenes se atrevieran a tomar por hechos las palabras, ahora no quería pasar sin los suyos. Debía aconsejarles en las negociaciones con el enemigo y, en el caso de hallar la paz, entregarles todo su saber y sentido para hacer de la Idea una Comunidad que propagara con su manera de vivir el estilo de una sociedad distinta. Pero, no sabiendo cómo entrar en el convento, que suponía rodeado por las fuerzas del orden, decidió dirigirse hacia la Ambusta de José Cid en busca de novedades.

Con la prudencia de alejarse de los caminos principales, circundaba la línea del horizonte cortando la trayectoria del sol. El

astro rociaba su rabiosa luz sobre las criaturas de la tierra, calentaba los minerales ocultos, los aéreos gases. Mateo Cristalina ponía la mano arrugada en el cuello de su burro y sentía la fortaleza de la sangre en carrera hacia el corazón del animal. Lo sentía latir y le agradecía el esfuerzo de llevarle hasta las ruinas romanas. Se caló bien el sombrero de paja para protegerse del deslumbramiento y un encaje de puntos de sombra y puntos de luz le cruzó la frente. El día sería de calor.

Sudaba, sí, sudaba: aquello, el cielo grande, era la tierra para vivir de una vez los hombres en la armonía brutal de la naturaleza. La manada humana había de ayudarse en el sustento, un individuo igual por cada igual, y dedicar la mayor parte del tiempo a la expansión espiritual del fuego interior y a la delicia de los placeres que se cumplen sin prejuicios. Que los habría más gallitos, que se pelearían los machos por las hembras y las hembras por los machos, ¡pues claro! Y, por supuesto, al principio nacerían las rencillas del querer poseer más unos que otros. ¿Acaso no había visto una vez en la sierra a un grupo de lobos que estaban despedazando el ciervo que habían cazado, enseñándose los dientes cuando uno se acercaba al trozo de carne que otro dominaba? Pero, cuando todos trabajaran en aquello que les fuera más afín y luego todo lo pusieran en común —y a cada uno según sus necesidades—, bien administrado por miembros rotativos de la Comunidad, la furia de los lobos acabaría pronto. Al fin y al cabo, esa furia no era más que miedo a perder lo que habían de echarse a la boca. Y allí habría carne en abundancia y, si viniera alguna época de penuria, apechugarían todos.

Don Mateo se sonreía. Aquellos ojos verdes, agrandados por las gafas, chispeaban. Además, el cultivo de la mente y del alma haría que las distintas generaciones estuvieran más pendientes de la plenitud personal que de los excesos materiales. La Escuela Moderna tendría una biblioteca de invierno, calentita, abovedada y luminosa, y una biblioteca de verano: laberintos de arrayanes con bancos y fuentes y estanterías de cristal que resguardaran los libros del polvo; habría cines de esos que hay en Madrid; plazas para los pintores, jardines para los poetas y para los que no eran ni pintores ni poetas, la mayoría, qué coño; los jóvenes de ambos sexos tendrían un gran parque con marquesinas aisladas donde poder entregarse a los juegos amorosos; y, los viejos, un mirador con telescopios para mirar de noche las estrellas y de día el parque. Qué fatuos los hombres. Por nuestra inteligencia, por nuestra memoria, por nuestra voluntad, nos creemos dueños de un mundo que nos ha puesto a nosotros en la vida, que nos tiene para siempre bajo su ley

de vida y muerte porque para él somos lo mismo que este burro o esas perdices. Un día no quedará un ser humano en la Tierra. Habrá desaparecido como muchos otros animales. Y sólo quedará una historia que ya no podremos modificar, o ni eso, no hay historia si no hay nadie para recordarla. Lo que haya que hacer, hay que hacerlo ahora.

Don Mateo filosofaba sobre el trote del borrico y, cada vez que se secaba el sudor de la frente, le sobresaltaba la inquietud de lo que estaría ocurriendo en la Santa.

Los hombres se habían sentado en el claustro de la Santa y el sol les iba arrebatando la sombra. El Asombradizo hablaba en pie en el centro del corro que habían formado. Desde ese momento, dijo, todos los bienes se pondrían en común, incluido el dinero que había traído el Antón para las monjas. Se nombraría, mientras la Revolución se consumaba, un comité militar, otro de alimentación y otro de descanso, que se irían turnando como pudieran en un principio, ya que todo estaba muy fresco todavía, salvo el militar que por ahora lo iban a formar Manuel como consejero, Antón, que era el que mejor conocía al Amo, y él mismo porque tenía la confianza de todos, a menos que alguien dijera lo contrario.

Mientras durara la tregua, un grupo de hombres limpiaría la parte de la torre que había ardido, la cual, aunque ellos la habían terminado de apagar antes de enterrar a los muertos durante la noche pasada, todavía humeaba a causa, probablemente, de alguna brasa encendida. Eso dijo el Asombradizo y Juanmaría sintió una enorme inquietud, pero no se movió un milímetro de donde estaba sentado. Entre los que acababan de ofrecerse para ir a la torre no estaba él, lo que era suficiente por ahora.

Había que respetar todos los objetos del convento y el comité de cocina estaría más pendiente de la alimentación de los hombres y menos de las batallas.

—¿Algún voluntario?

Manuel se levantó y propuso que fueran los dos hombres más viejos, que estarían más cómodos en la cocina y allí serían más útiles que con los fusiles.

—No vais a comer más que gazpacho, que yo no sé cocinar otra cosa —rió el Tío Rubiales levantando su rubísimo brazo.

Y es que el gazpacho al que se refería no era más que unos trozos de tomate y de pan duro en agua con un suspiro de aceite y una pizca de sal, si la hubiera, que era lo que acostumbraban almorzar el Tío Rubiales y sus jornaleros.

—Eso ya es del pasado, hombre —dijo el segundo más viejo, que tendría cincuenta años y todas las arrugas del mundo, escuchimizado como un mondadientes, que era el apodo por el que le llamaban—. Os voy a hacer unos pollos al ajillo que os vais a chupar los dedos, que yo una vez aprendí a guisarlos y a comerlos, hace tanto que ya ni me acuerdo ni de cómo ni dónde ni por qué.

—No te preocupes por el recetario, Mondadientes —dijo Juanmaría—, que mi cuñada tiene las mejores manos para esto.

La referencia a Isabel, que seguía con la niña, hizo que Antón se removiera en su asiento de piedra.

Desde que llegara la noche pasada, Antón había tomado mucho predicamento entre los diablos por cumplir la hazaña de raptar a la hija del Amo. Se le consideraba doblemente por haberse rebelado contra quien le daba todos los días buenos alimentos a cambio de un trabajo fácil y agradable, como era para la mayoría de los jornaleros atender la mecánica del Palacio de Bontempo y estar a las órdenes de los caprichos del Amo.

Y Antón se debatía entre la ilusión de su nueva libertad, si al estar atrapado en un convento se le podía llamar así, en la que no iba a ser humillado por nadie, y el hondo sentimiento de culpa que padecía por Magdalena, a la que hasta el día anterior había querido como a una hermana menor. Más que como a una hermana, como a una deliciosa niña que había marcado las distancias del irse haciendo mujer. Pero lo que le había hecho ayer con la Guardia Civil era el colmo. Es verdad que él de antemano se había propuesto raptarla, pero ella sin saber nada del asunto se había portado demasiado mal.

Lo otro, cuando ella se escapó del coche… Ni seguro estaba de cómo había ocurrido.

(Y, aunque no quisiera reconocerlo, también se había excitado.)

Ella había salido corriendo del coche y provocaba el peligro de que alguien les descubriera.

(Pero antes, con el coche parado, un momento antes de arrancarle la bolsa con el dinero, se había quedado mirando la respiración agitada del pecho de la niña, la piel de su escote.)

Entonces la tuvo que atrapar y en la lucha, no sabía bien lo que pasó. Ella le había estado tratando tan mal, humillando tanto. De pronto, se encontró besándola…

(le mordía el cuello)

…quitándole la ropa…

(se la arrancó)

…acariciándola…

(toqueteándola, agarrándola.)

Sí, es cierto que la deseaba tanto y estaba tan furioso que no fue consciente de nada.

(Entre su furia y su deseo, había toda una línea de conciencia que él se ocultaba.)

Y, entonces, en el forcejeo, ella se dio con una roca en la cabeza, pobrecita, y se desmayó, menos mal, porque si no quién sabe lo que hubiera hecho.

(La hubiera violado probable, seguramente y, quizá, después, cuando se diera cuenta de lo que acababa de hacer, la hubiera matado.)

Menos mal…

(O se hubiera quitado él mismo la vida.)

Menos mal.

Antón, sentado en el claustro, hizo un esfuerzo para no santiguarse en medio de los diablos y, de pronto, se sobresaltó:

—¡Camarada llamarada! —había exclamado el Asombradizo para terminar la reunión.

—¡Camarada llamarada! —respondió el corro.

Don Mateo escuchó dentro de sí la consigna que había repetido tantas veces y la asoció inmediatamente con el sol que se iba agigantando en diagonal con las ruinas de Ambusta. A paso de borrico contempló el caldo rubio del campo que evaporaba espigas. La tierra era el arco, el trigo las flechas, el calor la tensión ascendente que las iba a disparar; «Camarada llamarada» era la única consigna posible en el verano de las Quemadas, así lo iba pensando cuando de pronto sintió un pinchazo en el brazo. Acababa de clavársele una espiga de trigo en su camisa. La tomó en la mano y, al contemplarla extrañado, una lluvia de espigas volaron a su ropa como a un sansebastián. El burro se detuvo en seco. Don Mateo, emplumado de oro, levantó la vista entre enfadado y temeroso esperando encontrar a los gamberros, pero sólo vio, y todavía lejos, la figura de José Cid que se acercaba deprisa desde los altos de la colina.

—Tranquilo, Rocinante —le dijo al burro, acariciándole el cuello —, es sólo el brujo ese, que nos ha mandado su centinela de ánimas.

—A ver, por dónde empezamos —dijo el Tío Rubiales frotándose las manos al entrar en la cocina seguido de Mondadientes.

—Poneros a fregar esos cacharros —mandó Juanmaría. Estaba al otro lado de la cocina tratando de hablar con su cuñada; a su

izquierda, la puerta de la despensa donde hacía sólo unas horas había estado abrazando el cadáver de la monja que había asesinado. A su derecha, Magdalena, con el roto del vestido recompuesto con unos imperdibles, mojaba un bizcocho en un vaso de leche. Tenía la cara surcada por torrenteras secas de lágrimas.

—¡A la mesón de la patri—ií! -Mondadientes y el Tío Rubiales se habían puesto a fregar los platos al ritmo de la Marsellesa.

Isabel, con la cabeza toda despeinada, ocultaba el rostro con sus manos mientras su cuñado le decía con voz de paciencia:

—Isabel, mírame… vamos, Isa, levanta la cabeza, por favor…

—Ti—to—tí, ti—to—tí, tí—to—ti—tóoooo —seguían Mondadientes y el Tío Rubiales. Magdalena les miraba masticando el bizcocho y comenzaba a sonreír.

—¡Queréis callaros de una vez! —les gritó Juanmaría.

Entonces Isabel levantó la cara y, entrecerrando los ojos, le gritó:

—Pareces otro, Satanás está dentro de ti.

Y era verdad que se lo parecía a sí mismo y que le comía la inquietud desde la noche pasada y que durante el rato que llevaba en la cocina no había podido evitar mirar de reojo a la puerta de la despensa, aunque supiera que era imposible resucitar a nadie. Pero ahora el rostro de su cuñada le había arrebatado toda la atención. Isabel tenía la frente y las mejillas recorridas por profundos arañazos donde aún resplandecía una arena sanguinolenta. Eran esos los mismos senderos que había caminado la noche anterior con ascuas en sus pies, con la devoción desollada, desde que vio el primer resplandor en el convento hasta la salida de los pinares. Y cuando vio delante de la fachada a todos los hombres del campo en torno a la hoguera que habían encendido, armados con fusiles, y vio los cadáveres y algún hábito de monja por el suelo y vio a una de ellas ensangrentada, cuajándose en polvo, y vio a su cuñado en medio de todo aquello, se le quebraron las uñas en la carne de su rostro.

Manuel ya había observado los primeros arañazos la noche anterior, al traerla a la cocina con Magdalena, y ahora se arrepentía de no haber regresado hasta la mañana, pues ella se había seguido rascando y pellizcando a cubierto del llanto, era evidente, y raro que no se hubiera dado cuenta Matías, el que se había quedado custodiándolas.

Los dos rostros se escudriñaban las heridas, simétricas a pesar de que las de Manuel fueran del tamaño de los cristalitos que habían saltado del sagrario roto. Clavados en ambas pieles estaban los

focos —más agua que luz— que se miraban.

—Isabel… —intentó hablarle Manuel atrayéndola hacia su pecho, para abrazarla, pero ella se soltó.

—Las monjas están muertas —le reprochó, echándose a llorar.

—No, sólo…

—¡Y el Brazo de la Santa, eh, y el Brazo de la Santa! —gritó ahora, estirando los brazos hacia atrás.

Por un momento Manuel se alarmó con la idea de que Isabel hubiera entrado en la iglesia de algún modo.

—¡Lo sé todo, Manuel, todo!

Pero eso era imposible, porque el Matías había estado toda la noche en su custodia. Claro que…

—Tío Rubiales, búsqueme al Matías.

Y, secándose las manos en los pantalones sucios, el Rubiales salió disparado de la cocina.

El tal Matías era un hombre seco, como todos los jornaleros, pero con la particularidad de tener una cabeza tan apepinada que parecía haber sido estirado en un potro de tortura. Además era especialmente alto y tenía, más que el resto de sus compañeros, los ojos bullentes de intenciones.

—Isabel —dijo Manuel tomándola de los hombros—. No creas lo que te han dicho.

El Matías, que le tenía tirria a los Orantes por su fortuna, descomunal en comparación con la de los jornaleros, no desaprovechó la oportunidad que le había deparado la noche revolucionaria al ponerle delante nada más y nada menos que a Isabel Orantes, a la que él le juraba más manías que al resto de las hijas de Melchor: «Todo el día en el convento, adonde no pasemos nadie, todo el día dale que te pego con las monjas y poniéndose como el quico en la cocina, vedla ahí, que tiene más carnes ella sola que diez de nosotros».

El Matías era todo magro y lo que no modelaba de grasa le colgaba de pellejo. Durante la noche en la cocina había picado de todo lo que encontró por mesas y estanterías, lo que parecía sobra para que luego nadie lo echara en falta, y, mientras tanto, se dedicó a chinchar a la Orantes:

En el radio que iluminaba un candelabro, el Matías se había sentado en una banqueta junto a la puerta de la cocina. Entre las piernas sostenía un rastrillo, apoyando el hierro en el suelo y su rostro larguirucho en el palo. Era la imagen cubista del centinela.

—No ha quedado ni una con el pescuezo bueno.

Isabel mimaba en sus brazos a la niña. La mimaba pero ella misma no podía contener las lágrimas.

—No me haga usted mucho caso, pero me parece haber oído que la superiora se ha ahorcado del techo.

Isabel mecía a la niña al compás de sus propios sollozos.

—Del Brazo de la Santa no se sabe si ha volado o si el cuñado de usted se lo ha dado de comer a los cerdos.

Isabel se había echado de nuevo las manos a la cara. Así había sido su primera noche en el convento.

El Tío Rubiales apareció en la puerta seguido de Matías, que agachaba el óvalo de la cabeza y enlazaba las manos en su regazo.

—Eres un canalla, Matías. ¡Me cago en ti! —gritó Manuel dando un puñetazo en la mesa— ¿No has visto cómo está Isabel? Ahora mismo te vas a sentar con ella a curarle las heridas y a quitarle de la cabeza todas las mentiras que le dijiste esta noche. Después hablaremos tú y yo.

Manuel sentía crecer en su interior un vendaval de furia que también arrastraba objetos absurdos, pájaros nerviosos, convicciones hermosas, palabras gastadas, un vendaval que confirmaba todo su escepticismo y le amargaba la serenidad de su carácter.

—¿Ésta es la Revolución que vamos a hacer? —le gritó a Matías acercándose a él hasta ponérsele a un palmo de la cara.

—Calma, Corsario —le amonestó el Tío Rubiales, paciente y serio, cogiéndole del brazo—. El hombre ya se ha arrepentido, cosas que pasan, Manuel, y pasan pocas para lo que han pasado estos hombres.

Todos se quedaron en silencio. Magdalena había recostado la cabeza en la mesa, resguardando el rostro entre sus brazos. Mondadientes pasaba su dedo arrugado por el mármol de la pila de lavar. Matías miraba el suelo, Manuel se iba ablandando en los ojos cabales y azules del Tío Rubiales. Isabel aprovechó el momento para agarrar un cuchillo que había suelto en la mesa y, llevando los brazos a la espalda, esconderlo a la espera de usarlo.

Entonces se oyó un revuelo de vozarrones que iban haciéndose eco por los pasillos.

—¡Un braso, un braso!

Juanmaría comprendió.

—Tío Rubiales, ponga usted aquí orden —le dijo y salió corriendo en dirección a la torre.

Hacía rato que los voluntarios removían las cenizas de los muebles ardidos, de las cortinas volatizadas, apagando allí una viga que humeaba, levantando allá un arcón del que no había quedado más que la armadura de hierro al rojo vivo.

—Anda que no está dando la vara el fueguecico este.

—Si anoche paresía total en la extrema unsión.

—Jabíamos dádole el pésame.

—A fuersa de agua y masagua.

—¡Una marisma entera!

Desplazaban los cascotes de piedra que habían caído del techo, en busca de la fuente de la densa humareda, sepultada en alguna parte, que escapaba por la pared que el incendio había derribado. De cuando en cuando el humo les daba en la cara.

—No é raro niná a lo que juele este fuego —decía uno.

—Madulse que salao —decía otro.

—Naque nitú nitú jabemos comío.

Y es que para estos hombres el hambre era el tema principal y, ya que habían empezado con él, lo hubieran continuado si no fuera porque uno de ellos, al levantar un cascote, dejó asomando la punta de lo que tanto humeaba.

—Parese un madero. Hasme el favor, Juanito, de quitarle densima ese pedrusco.

Y este Juanito era el que, un momento después, se había puesto a gritar por el convento:

—¡Un braso, un braso!

Cuando Juanmaría llegó a la torre, lo vio totalmente al descubierto y humeando por cada pedacito de plata a través de la niebla de su propio asombro y de la esperanza de que, a pesar de todo, aquello se hubiera consumido. No había sabido hacer otra cosa que arrojarlo a las llamas una vez que hubo subido a la torre y la encendió. Luego había salido al tejado y, poco a poco, su figura disfrazada fue quedando a la vista de los esbirros, revueltos para apagar el fuego, y de los camaradas que ya venían en respuesta a la señal. No le hubiera importado que aquella bala que le pasó rozando le alcanzara de lleno. Había tropezado a causa del instinto torpe que ya a posteriori quería esquivar el disparo, y entre las sombras del tejado se arrastró hacia la torre contraria. Cuando volvió a entrar en el convento, se sintió seguro para llorar una angustia que no se desahogaba, que crecía por momentos, que le impulsó a correr hasta la despensa donde había escondido el cadáver con el ansia de revivirlo de algún modo, como si él no

supiera que aquella monja había muerto.

Manuel lo estaba recordando con la mirada absorta ante el Brazo, sin percatarse de que un grupo de hombres se había reunido a sus espaldas ni ser consciente de que la superficie de plata iba quedando a la vista mientras remitía el humo: calmado en la transparencia del aire, brillante y nuevo en el tiempo, mostraba el poder de su presencia el Brazo de la Santa. Con silencio de tumba, la mayoría de los hombres que se asomaban detrás de Juanmaría era la primera vez que lo contemplaban, un silencio en el que crecía la enredadera de la superstición y del miedo.

—¡Paso! —rompió una voz.

El Asombradizo, despechugado en su camisa abierta, se detuvo junto a Juanmaría, de cara al Brazo. Comenzaron a temblarle las piernas y del coraje que sintió porque aquellos hombres vieran su flaqueza se volvió hacia ellos y les gritó que se marcharan.

—Manuel, no has cumplido tu parte —le reprochó cuando se quedaron solos, sucios y cansados ante la perfección del Brazo—. ¿Cómo fue lo que me dijiste anoche? ¿Que se había convertido en ceniza? Viniste para eso, ¡coño!, para llevártelo de aquí.

Manuel se sentó sobre una piedra grande, estirando sus largas piernas. Dejó caer los brazos entre ellas y agachó la cabeza.

—¡Hay que sacar esta cosa del convento! ¡Los compañeros creen en el malfario!

—No era mi intención, Asombradizo. Las cosas vinieron así.

Manuel le contó todo lo que había pasado. Cuando terminó, el Asombradizo estaba sentado junto a él. Era un milagro que no se hubiera quemado. La plata ni se había oscurecido. Era una mala señal.

—Asombradizo, que yo sepa los santos no hacen política. Hay cosas que arden y otras que no. Está claro que ésta es de las segundas.

—¿Y si la tiramos desde el tejado, fuera, hacia los árboles?

Entonces Manuel le convenció de cómo podía ser en el futuro pieza de alguna negociación. Él se llevaría el Brazo por las galerías a un lugar que sólo conocerían los dos.

—Yo no quiero saber nada de esto. Mira, me dan escalofríos —Y el Asombradizo le enseñó su brazo fuerte y moreno, con la pelambre de punta—. Y, además, ¿cómo vas a volver a entrar en la iglesia con todos esos ahí fuera? A pesar de la tregua y de la niña, a lo mejor te fríen.

—Calma, Asombradizo. Volveré a vestirme de monja.

Mientras ellos organizaban el traslado del Brazo, la noticia del milagro había viajado por todo el convento. Los diablos murmuraban y sentían un pellizco en el estómago. Cuando llegó a la cocina, Isabel seguía apoyada contra la pared con las manos en la espalda. Mondadientes se había sentado en la mesa con Magdalena y le enseñaba un juego de manos: una pálida y tersa, prisionera, sobre otra oscura y arrugada, centinela. Apoyado en el quicio de la puerta, el Tío Rubiales curioseaba el grupo de hombres que venía por el fondo del pasillo. Matías había acercado el óvalo del rostro a la cabeza herida y desmelenada de Isabel.

—Vamos, Isabelita, que le voy a curar.

Tenía en las manos un trapo mojado en un desinfectante que el Tío Rubiales había encontrado en la despensa.

—A ver esa cara.

Isabel alzó el rostro, acebrado de arañazos, y Matías, con un cuidado del que él mismo se creía incapaz, empezó a lavarle las heridas, que se iban cubriendo de una orilla de espuma.

—Sepa usted que nada era cierto, que todo era imaginación mía para hacerle sufrir, escuche, no por maldad hacia usted, sino porque perdí los estribos que nunca tuve, la noche era mala, requetemala.

Los hombres que pasaban por el pasillo entraron en la cocina. Narraron los asombros del suceso y todos los ojos se volvieron hacia ellos. Matías continuaba frente a Isabel, casi tocándola, con el trapo en la mano y la cabeza vuelta hacia la puerta. Isabel oyó que el Brazo de la Santa se había salvado de las llamas, sacó el cuchillo que todavía ocultaba en la espalda y se lo clavó a Matías en un costado. Éste cayó al suelo y, mientras todo el mundo se apartaba del peligro, Isabel, que conocía bien el camino de tantas otras ocasiones, salió disparada hacia la torre.

La vieron aparecer por el hueco calcinado y, por instinto, el Asombradizo sacó su pistola y la encañonó.

—¡Tira el cuchillo, Isabel! —gritó Juanmaría.

Ella lo dejó caer y se arrodilló entre las cenizas que había delante del Brazo. Isabel sonreía y lloraba deseando y temiendo tocarlo y, al oír cualquier movimiento a su alrededor, protegía sus flancos con una mirada de fiera.

—Isabel —le dijo Juanmaría, de pie y detrás de ella—. Hay que llevarlo a su sitio. Cógelo.

Isabel extendió las manos con devota codicia, pero luego las retrajo.

—¡Debemos cubrirlo! ¡Debemos protegerlo!

—Así lo haremos, Isabel. Cógelo y llévanos al ropero.

Isabel esta vez obedeció resuelta y rápidamente. Agarró el Brazo con la suavidad con que se toma a un bebé y los condujo por un quebradero de pasillos hasta la habitación que hacía de ropero. Juanmaría se puso a rebuscar por los armarios un hábito más o menos de su talla y el Asombradizo, sin dejar de vigilar a Isabel, asomó un instante la cabeza al pasillo para orientar con otro grito a Mondadientes, que le llamaba a voces por el laberinto.

—Esa mujer ha sangrado al Matías —dijo por fin. Tenía gotas de sudor entre los pliegues de la frente.

—¿Está vivo? —preguntó el Asombradizo.

—Está por ver.

Manuel miró a su cuñada que, con la reliquia en brazos, dio unos pasos hacia atrás. Cuando juntó su espalda con la pared, ya estaba llorando.

La monja, la niña y los tres mozuelos tizones —uno de ellos con un morralón al hombro— recorrían la distancia que separaba el convento de la iglesia. La monja, alta como un fantasma, daba los pasos cortos, intentando ir despacio. Los mozos la empujaban para que anduviera deprisa. Y la niña, de la mano de la monja, procuraba no levantar la vista del suelo. Había fusiles que les apuntaban desde las ventanas; fusiles entre los troncos del pinar. Hacía pocos minutos había salido un vozarrón desde el convento:

—Oehhh, aquí ha quedado una monja dentro… Hay que parlamentar.

Y, en la mitad de la explanada que había delante de los muros, el Asombradizo y un capitán, pues no había mandos mayores, acordaron lo siguiente:

1. Desde el punto de vista del capitán: Aceptamos, qué remedio, que una monja se ha mantenido escondida para cuidar del Brazo de la Santa.

2. Desde el punto de vista del Asombradizo: Si la monja se ha entregado, ha sido por algo: insistía e insistía en cambiar velones, velas, y cirios de la Santa, so pena de que la desgracia cayera sobre todo el mundo cristiano. Por mí, que caiga entera. Si a vosotros el mundo cristiano os importa algo, os hacemos el favor de dejarla entrar en las iglesia con una escolta y llevando de rehén a la hija del Amo. Ante cualquier intento por vuestra parte de capturar al grupo, dispararemos sobre la monja y la niña. Una vez repuestos los velones de la Santa, monja, niña y escolta regresarán al convento.

3. Desde el punto de vista del capitán: Adelante. Se respetará la tregua acordada por Manuel Juanmaría y Curro Sincero hasta nuevas órdenes. ¡Y viva el mundo cristiano!

Los fusiles apuntaban desde los dos bandos contrarios y, en el bosque, el capitán fumaba un cigarrillo con ansiosas chupetadas por tener tan cerca a la niña y no poder recuperarla.

Magdalena nunca había visto la iglesia tan oscura —la luz del día a través de las pequeñas vidrieras—, sin una sola vela encendida. San Miguel Arcángel y San Pedro habían dado un paso atrás en las sombras. Y hasta San Juan Bautista, cuya cabeza cortada le causaba tanto miedo, parecía un muñeco inofensivo. Además, en el altar había algo raro, no podía distinguirlo desde allí.

—Vosotros dos, a los lados de la puerta. Si alguien intenta entrar, disparad. Tú, dame el fardo y cuida de la niña. Meteos allí —dijo la monja señalando una capilla—. Yo vengo enseguida.

Y se fue a paso rápido hacia el altar por el lateral izquierdo de la iglesia. Se detuvo a la entrada de la misma cripta por la que había venido no hacía demasiadas horas a través de las galerías. Abrió los gruesos cortinajes para que entrara algo de luz al interior y comenzó a bajar con cuidado los escalones. Tenía que ser una pesadilla todo lo que estaba viviendo desde la noche anterior. Con la reliquia de aquí para allá, otra vez ridícula máscara. Pero había experimentado un cambio mucho más poderoso que el que podía otorgarle el disfraz de monja. Son tus actos el horror de tus actos. Y Manuel se daba cuenta de que su ilusión revolucionaria había consistido sólo en la idea de que era imperioso hacerla, pero aquel llevarla a la práctica, un escalón y otro, ocultar el fardo, usarlo para negociar, todo era una locura, y mi Ángeles José tenía razón tenía yo que haber tomado los pasadizos de la sierra y ¿si ahora sigo adelante hacia Ambusta?

La monja Manuel se detuvo al final de las escaleras, más atemorizado de sí mismo que de regresar a aquel foso de huesos que se tragaba la luz que venía de arriba y la convertía en una poca penumbra. Recordó que José había dejado abierta la entrada de la bodega por si quería regresar. Ya había sacado el Brazo del convento, ya había cumplido y podía abandonarlo todo: al Asombradizo, a su cuñada Isabel en la celda donde la habían encerrado, a la niña en la iglesia, arriba, las armas enfrentadas, sueño y orden… Manuel, como quien obedece sin rebeldía y sin ganas las órdenes de su propio pensamiento, se descolgó del hombro la saca que contenía el Brazo y lo depositó con cuidado en

el nicho que se encontraba a mano izquierda de las escaleras, donde seguían cultivando el polvo aquel comadreo de huesecillos que la noche anterior había descubierto tras una tela de araña.

Era el momento de decidirse. Entre la sucia claridad que bajaba desde la iglesia o los negros pasadizos que temblaban, vivos y al alcance de la mano, como si no fueran más que recodos en el intestino de una monstruosa alma en pena. La Tierra que nos padece la Tierra que arrastra sus cadenas por las entrañas del Universo, condenada a recorrer la misma órbita un día tras otro, pensó y, magnetizado por esta idea, atravesó la distancia que le separaba de la puerta de las galerías. Comenzó a abrirla no siga aquí el muerto que me guió la luz ayer hace unas horas no siga aquí azul y roja, la abrió del todo Ángeles Ambusta y no encontró la oscuridad que esperaba sino la confirmación de su miedo: un círculo de luz cegadora que parecía flotar en dirección a él. Manuel se quedó inmóvil, incapaz.

—UnAA moNjAA —deformó el eco.

La luz avanzó un poco más despacio hasta detenerse a unos metros de la entrada de la cripta, enfocando aquel rostro que enmarcaba el hábito.

—No es una monja, es Manuel —dijo una voz satisfecha y tranquila.

—¿Manuel? —se extrañó una voz más vieja que se entonó boba, por la falta de costumbre que tiene la vejez para extrañarse de nada —. ¡Manuel, hijo!

Y el círculo de la linterna enfocó por un instante el abrazo del disfrazado con Mateo Cristalina. Cuando el círculo cayó y volvió a levantarse, iluminando al azar un nicho de la cripta, era José Cid quien abrazaba a Juanmaría.

Don Mateo resucitó un entusiasmo de adrenalina:

—¡Desde Viriato nada en las Quemadas había merecido la definición de gesta! Ni tu padre…

Manuel entreabrió una sonrisa que en la penumbra no se veía si de orgullo o de locura. Los ojos se le habían alucinado por la sorpresa y traían, de tantas emociones contrarias, un no sé qué de fosforescencia que los destacaba en lo oscuro.

—Mi pa… —empezó a decir.

Los otros guardaron silencio para escucharle. Pero Manuel ya sólo continuó aquellas palabras en el pensamiento: …dre no hubiera asesinado no se escurriría por una puerta por otra puerta hubiera aceptado la justicia de sus actos, mando, qué sé yo coherencia en lucha pero yo.

—Anoche, a quien viste fue a tu padre, Manuel —dijo José, interrumpiendo aquel silencio—. Él fue quien te guió anoche por las galerías.

—Había una luz…

—Tú sabes que lo sé, Manuel, coño. Vuelve ahora conmigo. Ya has cumplido.

—¿Yo?

—Mira, nenico —subió el tono Mateo Cristalina, respondón y firme—, ni se te ocurra dejar lo que has empezado. Y tú, José, ¡por lo que más quieras!, deja de darle sopapos espiritistas en la cabeza, con el padre ni qué leches. Este hombre está en su ahora y el ahora ha de cumplir.

—Manuel ha decidido, Mateo. Le reconcome escapar pero su ser más íntimo ya ha decidido.

—¡Mecachis en la mística! Manuel, tú has consumido las horas sobando esta batalla, para que ahora vengas con melindres de monjita, ¡puñetas!, que parece que se te ha pegado a las ideas ese hábito que llevas.

Las voces se disfrazaban en los orondos ecos. Como globos subían hasta la nave de la iglesia. Desde allí un vozarrón acanguelado se asomó a las escaleras de la cripta:

—¡Juanmaría, Corsario, qué pasa, qué se oye!

—¡Todo bien! ¡Ahora subo!

Eran esos telegramas del aire instantes principales de sus vidas. Y el aire de la cripta era espeso y estaba enfermo.

—Lo primero, cuñado —se serenó Manuel—, es que tengo arriba una tropa, con la hija de Sánchez de León incluida, que no puedo abandonar. Me necesitan a mí y a mi disfraz para volver a entrar en el convento, que está totalmente rodeado de soldados. Luego va a ser difícil regresar por aquí… Pero tienes razón… siento que he cumplido mi parte… no creo en que la gente… allí arriba… no sabéis lo que ha pasado —Manuel titubeaba porque no se atrevía a ser franco ante la sorprendente y entusiasta llegada del viejo Mateo —. Es verdad que hemos conseguido mucho, lo nunca logrado en las Quemadas. José, me quedo, pero hazme un favor…

—Lo que tú quieras.

—Vete al cortijo por Ángeles y escóndela en tu casa. Sánchez de León no se va a conformar con los acuerdos que salgan del rapto de su hija. Vete por ella…

—Hazme caso, Manuel, debéis tomar los pasadizos hacia la sierra, iros de las Quemadas, aquí hay mal futuro para vosotros.

—Contigo no se puede, ¡José Cid! —dijo Mateo Cristalina—, ¿y

tú que sabrás? Lo mismo con todo esto las Quemadas se quedan de dulce, más justas, ¡libertarias!, ¡quién sabe! —exaltado, movía el puño casi invisible en la hostilidad de la cripta.

—Ya veremos qué pasa con todo —continuó Juanmaría—. Tú llévatela a tu casa, José, y dile que ahí me espere, que, pase lo que pase, no dejaré de llegarme por allí. ¿Estamos?

—Estamos.

Los cuñados se dieron un abrazo.

—Una cosa, Manuel —le dijo José—. Quítate de una vez el traje de monja, ni te está bien ni te conviene…

—Nos vamos ya, don Pitonisa, que el tiempo apremia —le cortó Mateo Cristalina, estrechándole la mano.

Y la linternilla se perdió tierra adentro, mientras maestro y discípulo subían los escalones hacia la iglesia, abandonando una oscuridad de decisiones por tomar y adentrándose en la media luz de los actos y en la luz total de lo que no admite regreso.

—Ha venido un gran refuerzo —anunció Manuel.

Un mozo y luego otro y luego el tercero con Magdalena se acercaron al disfrazado y al viejo. Bajo la luz de las vidrieras recibían un hieratismo de estampa bíblica.

—¿Todo en orden? —preguntó la monja Manuel.

Los mozos asintieron aún embelesados con la presencia de Mateo Cristalina.

—Entonces, vamos.

La monja entreabrió la puerta y acabó mostrándose a los fusiles. Mil bocas me apuntan, me muerden círculos oscuros.

—¿Ha venido usted por las galerías? —se atrevió por fin uno.

—Claro, hijo, por dónde si no —contestó don Mateo y cruzó un instante la mirada animosa con la de la niña, que la tenía grande y asustada.

—Todos a mi alrededor y despacio —ordenó la monja Manuel.

Y el grupo se aventuró en la electricidad del día.

Isabel podía y no podía verlo entre las rejas de la ventana. Sus ojos alcanzaban hasta el fin del pinar, como si estuvieran vigilando por encima de un campo de nubes verdes plantadas en la tierra. Isabel se santiguaba porque acababa de entender lo que ocurría en la explanada, pero no alcanzaba más allá de los erizos verdes, muchedumbre de agujas, las otras rutas que rodeaban el convento.

Todos habían salido del sur, Vulturno, enviados por Luis Sánchez de León. Que había dicho:

—Iván, mejor dejas la Santa unos días y te vienes a Vulturno

para ayudarme. Tengo balas para todos. Destrozaré al Antón y después iré a buscar al hijoputa de Manuel Juanmaría.

Era lógico entonces que don Luis señalara el cortijo de la Santa como cuartel general de la Reconquista. Así se lo había dicho a Curro Sincero. Así había estado mandando con el dedo en alto:

—Vosotros al convento, pero listos. Y antes que nada, Bellimbusto, ¡el avión me urge! —y el dedo otra vez—, tú a las Quemadas, tú a Revellín, tú a Calima. ¡Iván, quiero a uno de los Orantes, al que sea! ¡A la mujer del hijoputa si puede ser! ¡Rehenes por rehenes!

—¿Qué hacemos nosotros en Calima? —preguntó uno de los hermanos Huesa, repeinados, como si se hubieran peinado los dos al unísono.

—¡Instrúyeles, Gallardo! ¡A punta de pistola si es menester!

Isabel no podía verlos. Tenía las manos en las rejas que proyectaban una sombra carcelaria sobre los arañazos de su cara. Miraba la polvareda y el bosque de búfalos verdes atados a la Santa.

Pero todos habían salido ya del sur, Vulturno:

Por el oeste, el primero, con soldadesca a caballo, el Rey Gallardo. La tropa iba de tirantes, botas largas y sombrero cordobés. ¡El séptimo de señoritos! Dejó memoria esta caballería. ¡Y tanto!, que los caballos estaban enseñados en un trote pinturero y sevillano. Ellos salieron a cruzar las Quemadas a pesar de la calor, con el fin de escardar Revellín de diablos. ¡Larga polvareda que montaban, cegando higueras, encinas y olivos!

Esperaba paciente a que bajara el polvo Iván el Abubilla. Avanzaba a pie: a lo tranquilo. Se sentaba bajo las sombras, al lado de los juncos. Maquinaba. Sabía que las horas crepusculares le serían más propicias. Se iba escondiendo de los caminos principales, gruñía a las gentes desde su escondite. Él aprovecharía este momento de venganzas. Era un pensamiento que le excitaba. Se obsesionaba con Ángeles y no sabía que su presa iba a ser el niño.

Estos eran los caminos del oeste.

Por el este, haciendo el rodeo por Calima, rugía la caravana de coches militares. Nunca se había oído un rugir de motores semejante por aquellos contornos. Los animales escondían la cabeza. Las ventanas abiertas se cerraban. Curro Sincero, que sabía que aquél fue el camino que tomó el raptor de la niña —lo había confirmado la pareja de civiles—, se concentró de pronto en un raro exorcismo mental. ¡Las ruedas del orden sobre las que había marcado Antón, el diablo traidor!

Ya las escuchaba Isabel desde su celda y, aunque volvía la

cabeza en la dirección del sonido, sólo podía ver la puerta que la mantenía encerrada.

Los hermanos Huesa, encabezando una caballería de pocos voluntarios, manejaban sin nervio alguno las riendas de sus monturas por el camino de Calima. Cobardes y acicalados, les sudaba la frente bajo los sombreros grises y las ingles bajo el paño de los pantalones. Cada diez minutos, con sincronía de mellizos, comprobaban que habían cargado sus revólveres. Los voluntarios que les seguían murmuraban. Los sobrinos del obispo tenían el mando porque pertenecían a los principales. ¡Si los diablos iban a llevar razón en la injusticia del orden!

Agarrada a los hierros, Isabel restregaba la frente contra la reja.

Lo que en Vulturno nadie adivinó, con lo que nadie contaba en la Santa, ni Mateo Cristalina, que había salido demasiado temprano en busca de José Cid, era que desde Calima y Revellín habían ido goteando grupos de expectantes y generosos que acabaron por reunirse en un prado que llaman las Arenas, por ser el terreno suelto y blanquecino, situado más o menos equidistante de ambos pueblos, al norte de la Santa. Allí, en cobijos de sombra, se juntó gran parte de las mujeres de los diablos, algún viejo que había abandonado el resguardo de su casa porque aún alimentaba la responsabilidad del padre que daría la vida por el hijo rebelde, y, por último, una edad variada de comerciantes y albañiles que se admiraban ahora de la lucha de los jornaleros. Se había detenido en las Arenas, casi por accidente, la bella panadera de Calima, con su moño negro y su clavel rojo, que regresaba a su pueblo para no tenerlo sin pan. Otro que fisgoneaba por los contornos era el Francés, Carlos el Búho, que se trajo el burro cargado de refrescos, por si la reunión aquella en el prado le traía algo de negocio. Un hombre de campo se presentó también, el Tío Lasyerbas, independiente, curtido en apaños aquí y acullá, que vivía de recoger manzanillas y poleos silvestres. Tenía los ojos grandes, la cara en grietas, la dentadura negra y un navajón para rajar un mulo. Se había precavido aquella tropa de palos y cuchillos. Y escuchaban las noticias del Tío Lasyerbas, que conocedor como nadie de los tugurios del monte, pasó por invisible a una cuarta de los soldados que rodeaban la Santa.

Las moscas iban y venían entre los matojos. Unos moscardones verdinegros se habían colado en la celda de Isabel. Se restregaba la frente contra las rejas. Los moscardones rondaban. Ni su grito de loca conseguía echarlos de allí.

Si no hubiera estado con ellos la niña Magdalena.

Habían llegado casi a la puerta del convento cuando el capitán, apagando el pitillo, gritó: «¡Hay uno más con ellos!». Las tropas de Vulturno no conocían la existencia de las galerías, cosas del campo, y se pusieron a discutir unos con otros que si era posible o imposible, que si no los contaron bien a la salida o a la entrada. Otro gallo les habría cantado si Curro Sincero, que se demoraba por el camino de Calima, hubiera llegado a tiempo. Él no se hubiera arriesgado a que los diablos les tomaran el pelo, pero el capitán, por el peligro que pudiera correr la niña, les permitió volver a entrar. Entonces constató que en algo había tenido que meter la pata, puesto que al otro lado de los muros se oyó la celebración del regreso.

Todos abrazaban a Mateo Cristalina y daban la enhorabuena a Manuel por haberse deshecho por fin del Brazo que les atemorizaba. Ahora, con el refuerzo del Padre Abuelico, como le llamaban, que había visto nacer a más de uno, y al que consideraban, más que sabio, el que guardaba los secretos de los mecanismos del mundo, tenían por fin la esperanza tranquila, la confianza de que bajo su consejo los surcos se trazarían conformes a la tierra.

Don Mateo, después de reunirse con el Asombradizo y con Manuel, deshecho el disfraz de monja para siempre, propuso crear una comisión nueva: Educación para la Libertad, cuyo fin principal tanto en el convento como allí donde continuaran la Revolución sería evitar que casos como el del pobre Matías volvieran a repetirse, erradicar la superstición en los hombres («Empezando por ti, Asombradizo») y, sobre todo, poner los cimientos morales sin los que la sociedad nueva sería irrealizable («Sois más brutos que el Concilio de los Asnos. ¡Dadme un poco de vino, aunque sea de misa!»).

En el Sindicato habían cometido un tremendo error: en la balanza social, la mayor parte del peso doctrinario lo pusieron en el platillo de los derechos, dejando casi vacío el que correspondía a los deberes morales. Un compromiso debía quedar urgentemente claro y aprendido: la fraternidad entre semejantes tenía que engullir en sí todos los instintos de venganza y toda ansia de saciar las pasadas pobrezas, porque el Padre Abuelico ya había visto a más de uno con alguna cosa colgada que había sido del convento y que ahora formaba parte de la Comuna recién constituida («¿Esto es lo que habéis aprendido en la Escuela Moderna?»). Tenían, por ello, que convocar de inmediato una reunión en el claustro para aclarar este asunto; y hacerlo ante el cuerpo de Matías para que de su muerte se

tomara ejemplo, dado que él había propiciado el odio de la mano que lo mató y porque se toman de los muertos enseñanzas hasta inventadas. También le parecía urgente a Mateo Cristalina la creación de una comisión de salud para los enfermos y heridos que pudieran surgir y para que nadie más se desangrare al cuidado de los que menos sabían de emplastos. Entre ellos había seguro quien supiera de hierbas y remedios o al menos alguien que, no teniendo los estudios de medicina, los hubiera en sentido común. Una cosa más quiso aclarar y fue que Magdalena desde ese momento pasaba a su custodia («Suficiente ha sufrido la chiquilla»).

Todo se hizo como él lo quiso. La reunión del claustro dio sus frutos, pues la inspiración teatral de don Mateo consiguió que todo aquél que hubiera robado algo lo depositara junto al cadáver de Matías, tumbado en el centro del patio a modo de ofrenda al espíritu de comunión que debía valer si querían continuar con las ilusiones que habían comenzado a cumplir. Alrededor del muerto se fueron acumulando cuchillos, pañuelos, manzanas y pedazos de pan a los que se acercaron los gorriones que vivían su propia orden dentro del convento. Al cabo de un rato, el Asombradizo tapó con una sábana la tristeza de aquel Matías difunto. Y una algarabía de pajarillos puso mil revoloteos sobre el blanco de la muerte.

Llegada la hora del almuerzo, quiso Mateo Cristalina llevarle personalmente a la cuñada de Manuel el guiso que habían preparado Mondadientes y el Tío Rubiales y que poco después comerían todos en el refectorio.

—Vamos, Magdalena, coge esas gasas y el yodo, que me vas ayudar.

Y, pasando antes por la biblioteca para escoger algunos libros de oraciones, se dirigieron hacia la celda donde Isabel Orantes seguía encerrada.

El viejo Mateo y Magdalena iban por los pasillos cogidos de la mano. La niña se sentía confiada al dejar su libertad —poco más que unos dedos delicados— entre aquella piel gastada pero acogedora y segura. Al llegar al pasillo donde estaban las celdas —sabían que se iban acercando por un murmullo como de rezo que se oía—, reconocieron la de Isabel gracias a un muchachito que, arrodillado en el suelo, tenía la oreja puesta en una de las puertas.

—¡Tenorio!, no sabía que querías enseñarte a rezar.

—¡Padre Abuelico! —se puso en pie el adolescente, sonriendo con la mirada momentáneamente asustada—. ¡No sabe usted las cosas que dice esta señora!

Habían dejado al Tenorio de vigía porque, tan joven aún, querían mantenerle alejado de las ventanas y de los fusiles. Era un muchacho voluntarioso y alegre, que se había ganado el sobrenombre a fuerza de romper el corazón a las mozuelas con sus ojos negros, su piel fina y morena, y sus pómulos marcados.

—Magdalena, éste es el Tenorio. Cuidado con él, que, aunque sea un poco mayor que tú, es un pillo.

—No le haga caso —dijo el muchacho tendiéndole una mano que ella estrechó bajando la cabeza ruborizada—. Me alegro de conocerla.

—Anda, ¿qué es eso? A partir de ahora se acabaron las cortesías de clase. De usted sólo se nos habla a los viejos y nada más, y sólo porque hemos soportado tanto la vida que se nos debe un respeto —Señaló la puerta—. Y esta pobre mujer, ¿habla sola?

El murmullo flotaba por la habitación de la celda y tomaba posesión de la madera de la puerta, la empapaba de voz y la voz rodeaba, al otro lado, el cuerpo de Mateo Cristalina y se adentraba por el laberinto de su oído, que absorbía:

«…las briznas las suaves padecerán el escarmiento de los menos. Estallarán las piedras y se harán de fuego y las lanzará mucho más lejos en un instante que en mil años las arrastra la tierra. Los ojos de mi madre lo verán primero. Más que el viento más que el viento más que el gusano poderoso que arrastra las colinas en su lomo los ojos de mi madre lo verán primero y muchas serán las gargantas que se beberán tu sangre Señor Dios mío…»

La puerta se abrió y entró el anciano seguido de los dos muchachos. Isabel, que se había callado de repente, estaba de pie delante de la ventana mirando a los intrusos.

—Trae aquella silla, Magdalena —pidió don Mateo.

Y acercándosela a Isabel, le hizo un gesto para que se sentara.

—Venimos a curarte, Isabelita Orantes.

La mujer callaba. Tenía la mirada ahogada en un agua como de charca, detenida y muerta.

—¿De qué hablabas, Isabelita?

El algodón que recorría su rostro en la mano de Magdalena le manchaba las mejillas de yodo y dejaba algunos hilillos en los relieves de las heridas secas.

—¿Sabes lo que has hecho, Isabel, sabes lo que has hecho con tus propias manos?

La mano que había apuñalado a Matías se apretó en su puño.

—He amasado la harina del pan —contestó. Sus ojos se cerraron y expulsaron una lágrima cada uno, como si hubieran estado allí

esperando a que los párpados las apretaran.

—Pronto estarás en tu casa. Mira lo que te ha traído esta niña tan guapa.

Isabel abrió los ojos y tomó el plato con la comida y la cuchara que le ofrecía Magdalena.

—Yo te he traído algunos libros que pueden gustarte. Los he dejado allí, sobre aquella mesa.

Isabel volvió a cerrar los ojos, como si se dedicara a sentir la presencia de los libros.

—Vámonos, niños, vámonos.

Cuando la dejaron sola y cerraron la puerta, se volvió a oír la letanía. Invadía la madera, se gaseaba por el aire del pasillo. El eco de los tres pasos la camufló hasta que desembocaron hacia otra parte.

—¿Estás bien, Antón?

Había un gran bullicio en el refectorio, alegría de comer caliente, carne. Sonaban los cubiertos en los platos de lata y los hombres de las Quemadas comentaban entre bocados y bromas las diferencias de menú entre el campo y el convento.

—Si lo sé, la obligo a mi mama a hacerme monja.

Con la cuchara se manchaban las barbas y se reían.

—¿Estás bien, Antón?

Mateo Cristalina se había sentado a su lado en la larga mesa. A su izquierda estaban Manuel y el Asombradizo, charlando de sus cosas, y enfrente a la derecha estaban Magdalena y el Tenorio, en las suyas. Los dos adolescentes se cuchicheaban en la oreja y, al mirar de reojo a Antón, éste bajaba la cabeza.

—Sí —mintió.

—Tienes que aceptar que te será muy difícil recuperar su confianza.

—Me será imposible.

Antón la miró de nuevo. La veía reír con aquel muchacho y volvía a sentirse inferior a aquella niña, dominado por el cariño, el deseo y la culpa.

—Yo mismo me siento mal, Antón. Hay que evitar hacerles el mínimo daño a estos casi niños; bastante tienen ya con las decepciones que les da la vida y la gente a medida que van creciendo. Yo no la he traído aquí pero soy tu cómplice. No habríamos ganado esta batalla sin la decisión que tomaste. Sin este rehén de lujo estos muros ya nos habrían enterrado.

Antón cruzaba de vez en cuando una mirada con Magdalena y

con el Tenorio. Y tomaba de ellas una extraña mezcla de odio y burla.

—Mi vida no va a tener mucho remedio como esto no salga adelante.

Por su mente desfilaba la imagen de sí mismo encadenado entre guardias civiles. Fugaz, revivía el frío de la pistola que don Luis le había puesto el día anterior en la cabeza.

—Pero sí, estoy contento de estar aquí, don Mateo.

—¿Sabes, hijo? Tengo la sensación de que tú estás aquí más por venganza que por otra cosa.

Antón miró de nuevo hacia Magdalena y sintió envidia del muchacho con el que hablaba tan animadamente como si fueran amigos de toda la vida.

—No se crea usted, don Mateo, no ha sido venganza. Estaba harto de humillaciones.

—¿Pero crees en la comuna libertaria?

—Yo no creo ni en Dios ni en el Diablo.

—Con los diablos al menos vivirás libre.

Fue entonces cuando se oyeron los disparos y las voces de uno de los vigías que venía gritando:

—¡A las ventanas, a las ventanas!

El padre de Carlos el Francés oyó el ruido y salió a mirar. En otras ocasiones se hubiera enterado antes por la turbamulta de que algo extraño se acercaba. Clarirrugía, rugiasombraba. Pero, a resultas de lo que había ocurrido en las Quemadas, mucha gente se marchó a las Arenas, incluso su hijo, más por comercio que por ideologías, le conocería bien. Y él, que le había enseñado todo a su hijo, no se quiso ni mover de la tienda para abastecer a los que se quedaron en Calima. Por el padre del Juanmaría aún hubiera renunciado a un día de negocio, y sin que él tuviera que pedírselo, pero esto ya era cosa de generaciones nuevas.

—Coge a ése.

Por eso, con parsimonia de tranquilo, se limpió las manos en el mandil que llevaba puesto y cruzó los metros que separaban su tienda del carrilón que subía a los traseros de la Santa.

—Coge a ése.

El Francés padre tenía la nariz picuda de su hijo, los ojos pequeños y aguzados, el pelo blanco, la barba de los tres o cuatro días que no se la afeitaba. Se la restregó pensando en lo poco presentable que parecería a los señores militares si quisieran hacer una paradita para comprar algo en la tienda.

El convoy de coches, algunos con ametralladoras y cañones cortos, desfilaba por Calima amenazando todas las posibilidades de la Revolución de las Quemadas.

El padre de Carlos el Francés se apiadaba de la suerte de los jóvenes cuando Curro Sincero, que iba en el coche de cabeza, le prestó una mínima atención y dijo:

—Coge a ése.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kilometrón, después de dar la orden de detener la caravana.

—Lo que quiera.

—¿Y la niña?

—No la matarán por eso, es lo único que tienen.

Al rato, por el pinar del convento, caminaba ya el Francés padre entre Curro Sincero y Kilometrón Solar —vistos desde arriba, destacaba el pelo blanco entre las dos boinas militares.

—¿Continúa la tregua? —preguntó el Espadón de Vulturno, tocándose el bigotillo, al capitán que se le había cuadrado delante.

—Continúa, señor.

—¿Algún incidente?

—He de decirle, mi general, que una monja entró en la iglesia escoltada por un grupo de diablos y llevando como rehén a la niña para renovar las velas del Santo Brazo.

—¿Una monja?

—Sí, señor. Una monja muy alta que, al parecer, se había quedado escondida en el convento para custodiar el Brazo.

—Es usted un imbécil. No existen las monjas altas. ¿Algo más?

—No —titubeó el capitán.

—¿Sí o no?

—No, mi general.

—Kilometrón —ordenó Curro Sincero dirigiéndose a su izquierda—, ha habido una ruptura de la tregua. Demos al enemigo lo que es suyo.

—Tú —dijo Kilometrón dirigiéndose a su izquierda—, entra en el convento.

El padre de Carlos el Francés no protestó porque no podía. Hacía todo lo posible para contener la libertad que el terror había concedido a sus tripas. Tenía un sentido de la decencia mucho más poderoso que el de su miedo. Avanzó, muy despacio, entre la primera fila de pinos. Salió al claro. Daba los pasos muy cortos, tensando los músculos de las nalgas y del esfínter para que ningún líquido escapara. Al pasar a la altura de la iglesia se santiguó. Fue

entonces cuando se oyeron los disparos y las voces de uno de los vigías que corrió hacia el refectorio:

—¡A las ventanas, a las ventanas!

Juanmaría lo reconoció enseguida, pero no dijo nada. Cerró los ojos y se retiró a las sombras de la habitación. Alguien dijo:

—Es el padre del buhonero.

El aspa de su cadáver se desangraba a unos pocos metros de la puerta.

Sonó, en cuerpo de megáfono, la voz aflautada y gangosilla del Espadón de Vulturno:

—Diablos, os convoco a una pronta rendición al orden legítimo de la patria. Habrá perdón si os entregáis, diablos; si, en cambio, persistís en vuestro blasfemo empeño tendréis el mismo fin que este hombre, al que no hemos fusilado nosotros sino vuestra rebeldía.

El Asombradizo dio la orden y el bosque se llenó de balas. Los refuerzos del Ejército, que habían situado las ametralladoras en el lindero, desequilibraron totalmente las fuerzas. Se hubiera dicho que el bosque era una cabeza a la que le castañeteaban los dientes por un ataque de frío o de pánico. La metralla limpió la cal de los muros. Los fusiles no se atrevían a responder desde las ventanas del convento y las tropas de Vulturno tomaron la iglesia. Poco antes de que consiguieran entrar en el propio convento, ya estaba lista la estrategia de Mateo Cristalina. Los diablos sacaron la bandera blanca y lanzaron a la linde del bosque un adoquín del claustro envuelto en un trapo de cocina. Cuando Curro Sincero lo tuvo delante, pidió que lo desenvolvieran. Allí había un dedo cortado y un mensaje: «Pertenecía a Magdalena Sánchez de León. Si disparáis un solo disparo más, tendréis el juego completo. Si antes de anochecer, no está aquí una delegación de Vulturno que incluya al alcalde y al juez, no esperéis otra cosa que su cuerpo cortado en pedacitos».

Detrás de unas matas, el Tío Lasyerbas entrespiaba el movimiento de los soldados. No llevaba diez minutos y ya le estaba sobrando el tiempo. Dio la vuelta y, más sonido que color el bosque, requetemetralla, se bajó hacia las Arenas, donde ansiaban noticias los familiares de los sublevados.

Los hombres daban voces y le interpelaban con los brazos. Las mujeres mozuelas se angustiaban de los pelos; las más viejas se maldecían el vientre.

—¿Qué es eso, qué pasa?

—Que acribillan el convento.

—¿Han muerto a alguien?

—A un fusilado. He visto el cuerpo, pero no lo he distinguido.

—¡Tiranos!

Apretaban el garrote en la mano. Sacaban los cuchillos de cocina. Se azuzaban para ir al pinar.

Y las mujeres comenzaron a subir hacia el convento. Estaba con ellas la panadera de Calima —el clavel y los labios rojos—, arrastrada por la imagen de su salvador de la noche pasada, el hijo del zapatero.

Y los hombres comenzaron a subir. Estaba con ellos el buhonero de Calima, arrastrado por la imagen de aquel Juanmaría al que ayer mismo había entregado unas botas.

Tropezaba colina arriba, hacia el sonido de las balas, aquella malatropa con los palos en alto, con la valentía que otorga la rabia y el miedo a que mueran los queridos. De repente calló el tiroteo y a lo lejos se repitió una voz:

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

La tropa de las Arenas corría para barrer las espaldas de la primera retaguardia de soldados, que apenas tuvieron tiempo de mirar. Alguno quedó con un cuchillo en el pecho, otro con la cabeza descalabrada. La tropa corría por la parte norte del pinar, lejos de donde estaba Curro Sincero, delante del dedo cortado que había dejado caer en el suelo con asco. Se oyeron algunos disparos sueltos.

—¡Alto el fuego! —gritó otra vez el Espadón y la orden fue repetida por todo el bosque.

Llegó un soldado:

—¡Por la retaguardia! ¡Son mujeres, mi general! ¡Algunos hombres y viejos con ellas!

Los viejos corrían como podían, al trote, dando como los últimos jadeos, y Carlos el Francés les ofrecía el burro.

Otro adoquín con envoltorio cayó cerca de donde había alcanzado el anterior. Se lo llevó un soldado al general don Curro.

—¡Una oreja! —exclamó el soldado al desenvolver el envío.

—¡A quien pegue otro tiro me lo fusilo! —se puso a gritar el Espadón.

En esto iba llegando la tropa al claro. Las mujeres, dando la espalda al convento, se enfrentaron al bosque:

—¡Antes tenéis que matarnos a nosotras que a ellos!

Entraba en el claro el burro cargado con tres viejos. Los hombres golpeaban la puerta.

—¡Camaradas, abrid!

Carlos el Francés cargaba en su espalda al último de los ancianos, que había tropezado y ya no podía ni caminar. Iba mirando al suelo y, entonces, vio la tierra oscura y empapada. A continuación, la mano del cuerpo tiroteado, familiar en un instante. Descargó al anciano y se abrazó al muerto.

Con los primeros disparos, Magdalena tomó la mano del Tenorio y le condujo al desván, que se dividía en varias habitaciones vacías por completo: sólo el suelo de largos listones de madera y las motas de polvo que habían levantado al entrar y ahora giraban en los cilindros de luz que pasaban por los resquicios de las contraventanas cerradas.

Se oyó, como fuera de aquel mundo, amortiguada e insignificante la voz del Espadón: «Diablos, os convoco a una pronta rendición al orden legítimo de la patria…»

—A que no me coges.

Magdalena se soltó de la mano del Tenorio y se puso a correr por el inmenso desván. El muchacho aún no había reaccionado cuando las metralletas empezaron a golpear los muros.

—Ven aquí —dijo suavemente Magdalena desde el otro lado de la habitación—. Ven aquí, es peligroso.

El Tenorio se volvió hacia ella, sin dar un paso. Adornando la penumbra, Magdalena estaba apoyada en la pared con las manos cogidas en la espalda. Tenía la cabeza un poco inclinada y los rizos le caían sobre el hombro izquierdo. Sus ojos quizás estaban abiertos.

—Anda, ven.

La nitidez de su rostro se difuminaba en la luz como si ella tuviera sobre los ojos una atmósfera propia y a punto de ser oscura. Magdalena sacó el brazo de la espalda y lo extendió hacia el muchacho. Con ese gesto se destacaron un instante los imperdibles con que había sujetado el vestido roto. El Tenorio avanzó hacia ella y, en el recorrido que les separaba, creyó distinguir la mirada de Magdalena, grande y dulce, invitadora y misteriosa: se escuchaba el tam—tam del corazón, allí, en el aire que respiraba, y las microscópicas perlas de la penumbra agitaban su pecho a cada golpe de respiración —se agitaban mágicas en los pulmones, abriéndolos y plateándolos, como el polvo que habían levantado el entrar giraba en los conos de luz.

Magdalena bajó el brazo y el Tenorio se quedó muy quieto a unos pocos centímetros de ella. Notó también la agitación en el

pecho que ocultaba el vestido. Había un poco de aire que separaba sus rostros, y ese aire tenía la consistencia del cristal y cualquier movimiento podía quebrarlo. Los ojos dejaron de ver y, sin embargo, sus miradas no dejaban de encontrarse. La imagen que cada uno veía del otro enloquecía tranquilamente deshaciéndose en puntos que se alejaban de los rasgos y que, de inmediato, volvían a conformarlos. Las cabezas de los dos muchachos se acercaron un poco más y, cuando creían que iban a deslizar tan sólo el vaho de sus respiraciones en ese cristal que les separaba; cuando pensaban que en realidad sus cabezas no eran las que se movían sino el suelo de la habitación el que de algún modo iba desapareciendo entre sus pies, entonces sus labios se juntaron. Fue sólo un beso, corto y puro. Después ella se fue soltando los imperdibles, uno a uno, que mantenían unido el escote del vestido, uno, el último, y descubrió un seno apenas formado, que se redondeaba con tibieza y apuntaba un pezón grande y de rosa. Que esperó.

Era el relieve de carne de una campanilla, flor: al trasluz, era el lomo que se arquea de los dones marinos: agua modelada.

Era el botón de carne que los dioses recolectan sólo en su figura —una pequeña succión, una caricia con la lengua bastan— como alimento para sus banquetes de ideas perfectas.

Que esperó.

Hasta que el muchacho se atrevió a inclinarse hacia él, donde la piel de la niña se erizaba, se tensaba hacia los labios —que ya iban descendiendo— para que llegaran antes.

Cuando las balas repiqueteaban, cancioneras de muerte, zip—claque—zipteaban por la habitación entera —los hombres estaban tumbados protegiéndose la cabeza con las manos— Mateo Cristalina dijo, y fue grito entre la balacera:

—Hay que cortarle un dedo.

Primero se lo explicó al Asombradizo, que contestó:

—Yo, a los muertos, ni olerlos si es posible. Díselo de mi parte a los que están en la cocina, que suficiente tenemos con soportar estas ametralladoras. ¡Y date prisa, que estos en nada están llamando a la puerta!

Al poco entraban el Padre Abuelico y Mondadientes en el luzarrón del claustro. El cadáver de Matías continuaba tendido en el suelo en uno de los lados del patio donde ya comenzaba a dar otra vez la sombra, largo y blanco bajo la sábana.

Mondadientes lo destapó. Con un cuchillo de cocina que se agigantaba en su mano de huesos pequeños, hizo una mueca de

asco. Pero el Padre Abuelico ya estaba agachado y ordenando:

—El meñique, y date prisa, por favor.

Mondadientes también se agachó y don Mateo se puso en pie.

—Ése no es el meñique, mala bestia. El más pequeño. Y córtalo chiquito. ¿No ves que tiene que simular de niña?

Se oyó el tajo.

—¿Ha quedado algún pelito?

Mondadientes volvió la cara, agrietada y cejuda, empapada en sudores fríos.

—Por favor, quítaselos, con el cuchillo mismo.

Don Mateo sacó un pañuelo blanco del bolsillo y recibió el dedo cortado.

—No, no te levantes, Mondadientes, te lo suplico. Ahora una oreja.

—¿La oreja?

—Sí, pero no entera, que este Matías era muy orejón. Sólo un pedazo de esta parte —dijo señalando la parte superior de su propia oreja—. Y lo mismo te digo. Quítale a ese trozo todos los pelos que tenga, porque si no no va a haber quien se crea que es de Magdalena. Aunque quien reciba una cosa así, se llevará tal impresión que estará dispuesto a creerse cualquier cosa. Por lo menos sembraremos la duda en el enemigo. Y esa duda nos dará tiempo, y el tiempo quizás nos dé una oportunidad.

Cuando, antes de empezar a cortar, Mondadientes tomó la oreja en su mano, una mosca salió del interior del oído. Qué habrá estado mirando ésta por ahí, pensó y recordó la sensación de repugnancia y placer que tenía de niño al arrancarle las alas a una mosca viva.

—Date prisa —dijo don Mateo.

En efecto, aquella oreja estaba llena de pelos. Helada, sin sangre que la recorriera por sus capilares, tenía la consistencia de una pasta blanca, donde los poros sucios destacaban como si estuvieran pintados. Una pasta blanca suave y satinada por la que uno podría deslizarse hacia dentro. Hacia una oscuridad rodeada de órganos inútiles y de carne que aún tenía forma. Deslizarse hacia la cueva diminuta donde la nada ha comenzado a expandirse como los hongos sobre las superficies húmedas. La nada, secreta y oscura, segregándose sobre la carne y alimentándose de ella. Desde dentro.

Había el vocerío, el reclamar de gentes:

—¡Mi Faustino, dónde está!

Había, bajo los techos elevados sobre siglos de murmullo y rezo, una albórbola de celebraciones y encuentros.

—¡De esta salimos juntos!

Se abrazaban y besaban, se estrechaban los cuerpos, las bocas se abrían en una risa desdentada como de cobre oscuro.

Los que se habían hecho herida o rasguño lo enseñaban al consorte con ridícula ufanía.

—Esta bala me quería reventar el corazón.

—Ése te lo reviento yo a besos.

Trapos pardos cubrían parte de aquellas carnes sucias del verano. Algún refinado sentenciaba:

—Esta pelambre precisa incienso.

Por los pasillos y en el claustro la gente se desperdigaba en grupos y parejas, y algunas se restregaban con la espontaneidad de los perros. Sobrevaloraban la jornada desde el incendio, el valor de los héroes, la seguridad de que de ahora en adelante sus vidas tendrían que cambiar, con comuna o sin comuna, hacia la libertad y la decencia de abundancia.

—¡Dios te oiga!

—Calla, aquí a ese jefe ni mentarlo.

El Asombradizo, que no tenía mujer, pegaba la hebra con Mateo Cristalina y con Manuel: adónde llegarían los hechos futuros, qué hacer con la organización presente. Estaban de pie bajo uno de los arcos del claustro. Don Mateo, apoyado en la columna, miraba al Asombradizo que levantaba los brazos ardorosamente. Manuel, con los suyos cruzados, despistaba la mirada hacia el hueco que había ocupado el cadáver de Matías, al que habían encerrado en «el cuarto de muertos», como bautizaron la habitación más retirada del ala norte.

Magdalena y el Tenorio iban de la mano sin darse cuenta de que la gente comenzaba a juzgarlos.

—¡Menudo el Tenorio!

—¡Ya tenemos señorito nuevo!

—A ésa querría yo verla igual de cariñosa cuando esto se acabe.

—Otra vez el zorro ha ido a la gallina.

—¡Cuanto más ricas, más putas!

Iban de la mano, y el Tenorio, que conocía a todo el mundo, la iba presentando a las mujeres recién llegadas con una educación que no era propia de su mundo sino que quería imitar el de la heredera de Bontempo.

—Toñi —le decía a una señora—, ésta es la señorita Magdalena.

Y como notara que la gente comenzaba a burlarse de ellos, se sacó la navaja del bolsillo y la dejó bien mostrada y segura en el cinto, a lo bandolero.

Antón les había estado observando desde una de las esquinas del claustro con tristeza de celoso. Igual que un perro salvaje al que los suyos han expulsado de la manada, Antón agachó la cabeza y desde esa postura alzó los ojillos acuosos en dirección a aquella gente del campo. A nadie conocía de los recién llegados; los demás, cada uno andaba en sus cosas; Magdalena evitaba su mirada y, cuando no, le lanzaba chiribitas de desprecio; en cuanto a su nuevo amigo, ese Tenorio, desde que habían aparecido no se sabía de dónde no desaprovechaba oportunidad para enchufarle un reojo retador, irreconciliable. Antón se sentía tan incómodo con Magdalena que, si no fuera porque estaba seguro de su muerte inmediata, habría sido capaz de regresar al Palacio de Bontempo. Por eso, cuando el Asombradizo pidió dos voluntarios para ir junto con Carlos el Francés a recoger el cadáver de su padre, que todavía estaba a las puertas del convento, no dudó en unirse a la comitiva.

Lo tomaron, Antón, de las piernas; el Tenorio, de los brazos; y el buhonero, su hijo, lo sujetó del costado, abrazándose un instante sobre aquella ropa útil sólo para cubrir la desnudez de un cuerpo que ya no era más que sequedad blanda y helada. Del pinar venía silencio; entre los troncos había manos sobre los fusiles aún calientes y en tregua. Sí que más allá sonaban alejándose los motores que llevaban a Curro Sincero con una escolta hacia Vulturno, con la oreja y el dedo envueltos en un pañuelo y la exigencia de un trato con el municipio. Pero ellos no oían: lo entraban en el convento. El buhonero, hijo de un cadáver, lo sujetaba del costado; luego estaban los otros dos que por encima del muerto se miraban. Yo voy y se lo digo, volvía a decirse el Tenorio que, cuando vio que Antón había salido voluntario, aceptó la oportunidad y pensó, todo a la vez: yo voy y se lo digo. Había soltado la otra mano, cálida y suavísima, para coger aquellas otras como de truchas al aire. Y una vez que lo dejaron en el cuarto de muertos, el buhonero caminó con la cabeza gacha y separado de los dos que le seguían. Ya, díselo, ya. Antón iba en medio, con las manos en los bolsillos, sintiendo el silencio del Tenorio en su espalda.

Habían sabido controlar cada uno por su lado. El sol no había controlado nada. Quemó toda la tarde y, una hora antes del crepúsculo, los caminos se llenaron otra vez de polvaredas. La caballería de los hermanos Huesa regresaba con una pequeña ringla de presos desde la zona de Calima y, al otro lado de la colina de la Santa, el somatén del Rey Gallardo hollaba el camino de las

Quemadas con los capturados en Revellín. ¡El séptimo de señoritos! Pasaron por delante del cortijo de los Orantes y, entonces, Melchor se decidió al fin:

—Remedios, coge la otra mula, vamos a por tu hermana.

Y fueron colina arriba ante la mirada oculta del Abubilla, que no sabía aún que iba a violar a Tarrito.

Melchor Orantes y su hija llegaron al cortijo de la Santa, donde había un primer destacamento de soldados. Ahí estaban también la primera hilera de troncos y las copas de los primeros pinos y, sobre todas ellas, la ventana donde Isabel, con la cabeza apretada contra las rejas, predicaba para la soledad: «…más que el viento más que el gusano poderoso que arrastra las colinas en su lomo los ojos de mi madre lo verán primero, lo verán primero los ojos de mi madre».

Las palabras caían en el aire y las ondas se iban alejando en sus círculos. Salían de la habitación, a través de la puerta, y se distanciaban por los pasillos oscuros para extinguirse antes de encontrar algún oído. Poco más allá, ocurría lo mismo: desaparecían otras ondas que viajaron por otro pasillo; cuyos círculos atravesaron la figura compungida de Carlos el Búho, la tensión alerta de Antón, desde la boca del Tenorio, que había susurrado reglando el temblor de su voz:

—Antón, si vuelves a acercarte a ella, te mato.

El crepúsculo —nubes rojas que navegaban hacia la noche— acogía el sacrificio de las humaredas de polvo y Antonio el Juez, repeinado y serio, reflexionaba acariciándose con un dedo el bigote perfecto y recortado, en el asiento trasero del automóvil militar que le conducía hacia la Santa. Sabía que era la última oportunidad de los rebeldes y con idéntica certeza sospechaba de ella.

Le habían hecho llamar y, cuando llegó al Ayuntamiento y entró en la sala plenaria, recibió la impresión de que habían cortado la charla los que ya estaban reunidos: don Luis, el obispo Marcelino, ese general fofo y ridículo, y Sebastián, el alcalde. Él fue quien se lo pidió. Presidía la mesa como sólo un hipopótamo sentado podría hacerlo: obeso y sudoroso, con su cara en forma de pera y sin afeitar, donde sus ojos de un color como sucio destacaban listillos pero estúpidos, y con esa voz grave y grosera que regaba un olor a puro.

—Antonio, hay que llegar a un acuerdo legal con esos diablos. Si

no, matarán a la hija de don Luis.

¿Por qué había tardado tanto? Quizá porque la inquietud se había vuelto protagonista de cada segundo. El caso es que sólo entonces se fijó en que entre las manazas de Sebastián estaba desplegado un pañuelo blanco con sangre y, en su interior, un dedo y una oreja cortados.

—Como ves —prosiguió Sebastián—, la cosa es urgente. Y, aunque tenemos serias dudas de que estos recortes pertenezcan a la hija del marqués, quién sabe lo que esos bestias podrían hacer con ella. Por si fuera poco, han profanado la iglesia y robado el Brazo de la Santa.

Antonio volvió la vista hacia don Luis, sentado al otro lado de la mesa justo enfrente de él, y se sorprendió aún más al contemplar la sorna con la que le devolvía la mirada. Sorna en la que había odio —estaba seguro— por su enemistad política y por el asunto de la Rubia y en donde quería ver algo más que no podía precisar, una información que él no tenía, o lo que era peor, una decisión que hubieran tomado los allí presentes a sus espaldas. Le repugnó esa expresión de su boca, esos ojos oscuros en cuyo interior se cocía algún disfrute delante de lo que podían ser restos del cuerpo de su hija.

No tenía más remedio, sin embargo, que permanecer al lado de Sebastián —un traje claro junto a otro oscuro— cada uno mirando por su ventanilla, sin hablarse, en aquel asiento del coche que conducía ese general ambicioso y petimetre, Curro Sincero, cómo podía haber olvidado antes su nombre. No tenía más remedio porque la otra posibilidad era volver al dormitorio, desnudarse junto a la Rubia, y hablar con una imprecisión angustiosa sobre la necesidad urgente de hacer algo. Por otro lado, la propuesta que su firma debía avalar le parecía una buena solución al conflicto. La contraoferta que en el salón de plenos del Ayuntamiento se había aceptado por todos los poderes de Vulturno, en su presencia, asumía la mitad de las peticiones que a primera hora de la mañana en la explanada de la Santa había negociado con el general Sincero aquel trabajador de la Casa de Luces que desafió a don Luis, Juanmaría de apellido —eso no se le había olvidado—; la mitad de aquella reivindicación que era la mitad de la tierra: la parte libre de las Quemadas sería la Santa, cortijo y convento; la otra parte del río sería para que los diablos la compusieran como quisieran.

—Que se arreglen con Orantes —le había dicho don Luis—. ¿No está su yerno metido en este fregao? Que hagan su revolución en la parte del arrendamiento.

Pero, por supuesto, a Melchor nadie le había consultado nada.

Las dos mulas estaban atadas a un tronco de la linde del pinar. Los soldados fumaban cigarrillos, vigilaban, permitían. Melchor y su hija Remedios hacía un rato que habían llamado a la puerta del convento y desaparecido tras ella. Antes, cuando Melchor pidió permiso a un sargento para cruzar la explanada, había mostrado esa sonrisa inconfundible de quien quiere agradar en una circunstancia adversa o en compañía poco familiar, sonrisa que le traicionó el sudor de la frente. Le dejaron pasar por ser quien era, por ir a lo que iba.

—Vengo a por mi hija.

Pero ahora, cuando Manuel Juanmaría le salió al encuentro, Melchor no le saludó ni le hizo pregunta alguna, que no fuera:

—¿Qué le has hecho a Isabel?

Duramente.

Mientras que Remedios no se atrevía si quiera a mirarle a los ojos.

—¿Encontraste la medalla?

Era curioso que, después de que les hubiera cambiado la vida en un sólo día, se acordara ahora de preguntarle precisamente eso. Ella negó con la cabeza y entonces Manuel sintió la alarma en el pecho.

—No deberíais haber dejado solo el cortijo.

—No eres nadie para dar consejos, Manuel —dijo el suegro.

Y él comprendió que era inútil y ansió que José se hubiera reunido ya con Ángeles y, todo al mismo tiempo, contestó:

—Está arriba, encerrada en una celda. Ha matado a un hombre.

Era mejor decirle eso primero. Después, cuando viera su cara, los arañazos le parecerían menos profundos.

(*Noche*)

El traje oscuro y el traje claro salieron cada uno por una puerta del coche. La media luz del primer lucero no dejaba distinguir mucho más. Esperaron. Desde una ventana del convento se oyó un vozarrón de aviso. El traje oscuro enseguida se puso a hablar.

—Pues no hacía tiempo que no pasaba por aquí.

El traje claro no contestó. Con las manos en los bolsillos, observaba a su alrededor intentando distinguir alguna señal de la batalla. A pleno día hubiera visto los muros desconchados por las

balas y las manchas de sangre que la tierra no había absorbido del todo. A esa hora, no percibió nada más que los contornos del convento y de la iglesia y, gracias a que acababan de bufar, la silueta de dos mulas junto a los pinos.

—A ver si convencemos a esos hijos de puta —bufó también el traje oscuro.

Esperaron un poco más.

La panadera de Calima se había apoyado en la columna del claustro que estaba en la zona de paso hacia la salida del convento. Se había quitado del pelo el clavel, ya mustio, y jugaba a arrancarle las hojas. En la penumbra su mirada desprendía una luz tenue como de luna negra.

—Manuel —dijo cuando lo vio pasar con el Padre Abuelico y el Asombradizo hacia la puerta. Él se detuvo y, al volverse hacia ella, sintió la herida plateada que le hacían aquellos ojos—. Manuel, mucha suerte.

—Mejor dásela a ellos —respondió él—. Yo estaré por aquí.

Manuel no se encargaría del trato final. Se quedaba en el convento para mantener la calma.

—Antón —le había dicho entregándole el fusil del Asombradizo —, tú me ayudarás.

La panadera de Calima le miró marchar del claustro y luego, tras separarse de la columna con un suave impulso, avanzó hacia el patio dejando caer el clavel en el suelo.

Las cosas se habían dispuesto de la siguiente manera:

1. Una mesa plegable en medio de la explanada rodeada de sillas, también plegables.
2. Un quinqué a cada lado de la mesa.
3. Y, en el centro, tintero, pluma y papel.

Todos sabían en qué iba a consistir aquello: negociarían hasta alcanzar un acuerdo. En caso de desliz de armas, también estaba muy claro: podría morir cualquiera de los presentes por disparos desde el bosque o desde las ventanas. Y la cabeza de la niña sería entregada a su padre.

—Antón, ¿dónde está Magdalena?

—Allí, con el Tenorio.

—Quiero que no la pierdas de vista, yo me subo a las ventanas.

Manuel cruzó el claustro acompañado por un grupo de hombres. Hacia el lado de la cocina se oía un alboroto de mujeres.

—Están luchando con el Mondadientes para preparar la cena —se rió uno de los hombres.

Manuel sonrió y, volviendo la cabeza hacia el lado de la cocina, vio la silueta de la panadera que venía hacia él.

—Esperad un momento —dijo, saliendo a su encuentro.

Al cabo de un minuto, regresó con una cadena en la mano que ella le había entregado como agradecimiento por defenderla de aquel guardia civil. Pero él no se daba cuenta de que la estaba apretando.

Sentados alrededor de la mesa estaban, a un lado, el Asombradizo y Mateo Cristalina; al otro, el alcalde y el juez de Vulturno. Curro Sincero la encabezaba en silencio. Los otros discutían. Los rostros y las manos recibían un dorado que los deformaba. Lo demás ya era noche. Insectos diminutos anubarraban los quinqués.

—Traed aquí a esos dos.

Al otro lado del claustro se habían puesto en movimiento hacia una puerta las sombras de Magdalena y el Tenorio, proyectadas contra la pared por las numerosas antorchas que había mandado encender Antón.

Cuando los hombres armados le trajeron a los dos muchachos, Antón les dijo, esforzándose por mirarles a los ojos y porque ellos supieran que lo estaba haciendo:

—No podéis ir a ninguna parte. No lo digo yo, lo dice Juanmaría.

—Íbamos a dar una vuelta.

—No, quedaos aquí conmigo.

Los dos muchachos se sentaron en el suelo y apoyaron la espalda contra la pared. Todos los hombres cerraron el corro con los fusiles sobre las piernas cruzadas. Antón se sentó al lado de Magdalena. Le pasó el brazo por los hombros:

—¿Estás bien?

Mientras le clavaba la mirada a Tenorio.

Antón no tuvo contestación —la niña miraba al suelo— y retiró el brazo.

—Eh, Tenorio, enséñame esa faca tan bonita que llevas —dijo.

Juanmaría, acodado en el alféizar de una ventana y enfocando de lejos la mesa del trato, era una cabeza con un péndulo dentro:

Lo consiguen consiguen

no lo

Columpiando la cadena que la panadera le acababa de regalar, veía al Asombradizo levantar los brazos y exclamar algo que él no conseguía distinguir. En cambio sí escuchaba el campo de grillos, como si hubieran invadido el resto del sonido. Grillos y estrellas. Otra vez no podía evitar el pensamiento de que los grillos no existían. Miró el firmamento que empezaba a endurecer primero la oscuridad, para acabar tallándola del todo. Eran las estrellas las que expiraban e inspiraban su luz, titilantes, y los grillos eran su sonido en la tierra. Entonces el péndulo cambiaba de contenido:

Mi Ángeles panadera.

ay

Antonio el Juez se esforzaba por mantener rectos los renglones bajo la luz gangosa del quinqué: «…y, según esto, eliminado el concepto de propiedad, explícita la renuncia de don Luis Sánchez de León y Bontempo, queda exenta de Amo esta mitad del valle de las Quemadas con las lindes que han sido anteriormente delimitadas, a la que se declara y se nombra Tierra de Nadie, donde ningún particular, ni empresa, ni municipio, ni tampoco el Estado, podrá adquirir o usar propiedad alguna, sino que los individuos que allí vivieren lo harán bajo la costumbre del comunismo libertario, tal y como ha resultado reseñada en páginas antecedentes, a donde y de donde podrán entrar y salir a su antojo todo hombre y mujer que así lo deseare siempre que respete las normas del otro lado de la linde; y, para la primera organización de la nueva sociedad, permanecen don Mateo Cristalina Gómez y don Juan Rodríguez Jiménez, conocido como el Asombradizo, que son signatarios de este tratado con los también abajo firmantes don Antonio Gómez Caba, juez de Vulturno, don Sebastián Asensio Gil, alcalde del mismo sitio, y don Luis Sánchez de León y Bontempo, propietario de todo lo que se ha nombrado La Santa y ex propietario de Tierra de Nadie».

Habló Curro Sincero:

—La niña Magdalena ha de ser liberada y el Brazo de la Santa devuelto. Todo de inmediato.

—Todo a su tiempo —medió Antonio el Juez—, primero hay que dejar firmado el acuerdo.

Saltó el Asombradizo:

—Yo no firmo hasta que no firme el Bontempo.

—Cálmate, Asombradizo —dijo Mateo Cristalina—, ¿no te han dicho ya que está al venir?

El gordo alcalde, aflamencado, intervino extendiendo su brazo derecho:

—Es que quieres más sangre, es que quieres más sangre.

Antón reconoció de inmediato la voz del coche y se puso en pie dejando caer por descuido la faca que le había pedido al Tenorio y de pronto se dio cuenta de que se oía latir el corazón y, como si fuera una señal de tambor donde el primer redoble manda, Magdalena también oyó el aviso y prestó atención y, sin levantarse, apretó la mano del Tenorio, quien, como respondiendo a una orden eléctrica, se estiró a por la navaja que permanecía en el suelo a medio metro suyo, cerrada, la tomó y, en el abrirla aún sentado, estando su rostro determinando mal destino a la barriga de Antón, recibió en él el culatazo del fusil de un compañero que al tiempo le maldecía:

—Mecagoentí, Tenorio, que tendiabló la moza.

Manuel escuchaba con los ojos cerrados el vaivén del clamor de los grillos. Como calentarse en él. Es. Extiendo este no ver sobre este sonido como yo he extendido las manos sobre las hogueras. Son los astros. Son sonido los astros. Ángeles mía, ¿un capricho de pan? Es sólo eso. Uno te ama y se topa tras una esquina con ese olor de panes recién hechos y se llena el pecho de esa mirada intensa labios rojos pelo negro. Ángeles mía son las tonterías de esta locura. ¿Me estoy disculpando ante mí mismo? Es sólo ser el animal puro que somos, amor a la suculenta presa que se ofrece al que no deseaba cazar. Disculpas. Escucha los grillos. Solamente. Mientras discuten. Mientras discuten Ángeles Mateo Asombradizo toma el sol de los grillos. Sonido negro como quien recibe la luz de las estrellas. Sonido que se acaba en el roce rugido rajado de un motor, ya viene ya viene y ciega.

Manuel recibió sobre los párpados el fogonazo de los faros del automóvil que acababa de culminar la pendiente.

Toma el sol de los grillos

Cri-crí.

Entre las sombras apenas.

Avanzaba.

Apenas se definía el blanco de su traje. Iba como si flotara, como un espectro muy elegante que no tuviera en el traje un cuerpo dentro.

Pero cuando estuvo más cerca, tanto que la llama del quinqué

proyectó una sombra anaranjada sobre las solapas de su chaqueta, todos pudieron ver las cejas anchas y negras, los labios rojos y romboides de don Luis Sánchez de León y Bontempo.

Bajo el sombrero blanco.

No hubo ninguna cortesía. Ocupó el asiento que le estaba cediendo Curro Sincero en la cabecera de la mesa, y dijo:

—Dadme a mi hija.

El Asombradizo tenía las palmas de las manos sobre la mesa. Su antebrazo fuerte y peludo se iba perdiendo en la penumbra rojiza que conducía hasta su cara:

—No hay después sin la firma —contestó.

Antonio el Juez desplazó hacia el alcalde los folios del tratado; el alcalde, con un gesto socarrón en sus labios gordos, se los pasó a don Luis.

—La pluma —dijo éste.

De pie a su lado, el Espadón de Vulturno no movió un solo músculo del rostro mientras don Luis trazaba el garabato.

—No ha leído lo que ha firmado —dijo el Asombradizo.

—A mí sólo me importa una cosa. Dadme a mi hija —repitió.

Mateo Cristalina tomó la réplica. El cristal de sus gafas cobijaba el corazón azul del fuego del quinqué:

—Es de entender, don Luis, que la mantengamos en garantía hasta la retirada del Ejército: esto en primer lugar; y, en segundo lugar, hasta que nuestras gentes hayan recuperado la libertad de movimiento por las Quemadas y por la recién fundada Tierra de Nadie, sin represalia alguna.

—Vuestra crueldad con mi hija no merece privilegio alguno.

—No se confíe usted tanto, don Luis, Magdalena ha hecho buenos amigos entre nosotros.

—¿Carniceros y cortaorejas?

—Sin ese señuelo usted no estaría aquí. Era difícil que usted reconociera esos pedazos como de su hija. Un muerto de los nuestros fue quien nos prestó su ayuda. Pero la impresión que podía causar en los militares —dijo mirando un instante al Espadón—, más propicios a ese engaño en la tensión del tiroteo, y las dudas que generarían en usted han bastado para que nosotros obtuviésemos por fin una respuesta. Por Magdalena, no debe preocuparse. Yo diría incluso que esta experiencia le hará buen provecho.

La ira contenida destacó los relieves habituales del rostro de don Luis, el ceño, la barbilla, un gesto de asco que le nacía en la base izquierda de su nariz. Bajo ese gesto, sus labios dijeron:

—Os voy a enseñar un caso parecido para que comprendáis el

daño que le habéis hecho —y, sacándose del bolsillo de la chaqueta una caja de cerillas, encendió una y la mantuvo en alto, un poco a la derecha, hasta que el fuego comenzó a lamerle la piel de los dedos.

Sintió el olor antes de verle, eso es lo que Manuel pensó, aunque fuera todo lo contrario: no podía llegarle desde el coche a la ventana del convento, a otra especie animal sí, pero nunca a un hombre.

Desvió hacia allí la mirada cuando creyó oír la protesta del niño. Era como si la pantalla de oscuridad que la noche había colocado delante de los pinos hubiera gemido de dolor. Era como si alguien, obedeciendo la señal de la cerilla que el terrateniente había encendido, empujara esa pantalla de dentro a fuera como un plástico tenso que se aprieta con el dedo, la pantalla de oscuridad que se quejaba porque se iba a romper. Y, así, cuando estalló, lograron atravesarla: Tarrito, delante, con la cabeza hacia arriba a causa de la mano de Iván el Abubilla, que le apretaba la nuca.

Manuel se percató de la forma y de la temperatura y del peso del fusil en su mano y de lo fácil que sería ayudarse del alféizar para asegurar la certeza de aquella bala que destrozaría la cabeza y la vida y sobre todo aquel olor y aquella maldad y belleza de una misma fuente. Y tuvo que cerrar los ojos y morderse los labios, pues de apuntarle así, tal y como su coraje demandaba, echaría a perder las negociaciones de la explanada y el mismo desarrollo de la historia que él protagonizaba igual que si alguien la estuviera narrando, la maldición de Dios o de su ausencia, la maldición de Dios o de su ausencia que detalla nuestros mínimos movimientos cotidianos. Y nosotros obedecemos sí que sí. Detalla lo insignificante y dosifica y aplaza los actos fundamentales, los actos sin remedio de lo que será nuestra vida, que no están hechos más que de un torrente un poco más furioso de lo que es un insignificante poco a poco. Manuel abrió los ojos todo lo tiraría por tierra y tuvo que volver a cerrarlos tarde o temprano.

—Tú —dijo el Asombradizo ante el corro que estaba sentado en uno de los laterales del claustro—, ven conmigo.

El muchacho también se levantó.

—No, Tenorio, tú no. Donde ella va, a ti no te dejarían pasar de la puerta.

—Remedios —dijo Manuel nada más abrir la puerta. Isabel

estaba en una silla con la cabeza inclinada sobre su regazo. Melchor acababa de volverse al sonido de la puerta y su cara estaba formando todavía un gesto de rabia y de rencor—, tu hijo está aquí. Ven.

Ése había sido el trato y era el único modo de que el Ejército se retirara.

—Pero si cambiamos los niños, qué garantía nos queda —había insistido el Asombradizo revolviéndose hacia un rostro y otro de la mesa.

—Tenéis el Brazo de la Santa —había contestado don Luis.

—Entonces sólo os lo devolveremos —había intervenido Mateo Cristalina— cuando cada uno esté instalado a su aire fuera del convento.

—El Ejército se retira ahora mismo, pero de aquí no sale por mi madre el último de vosotros sin que el Brazo haya ocupado su sitio.

Hubo un silencio. Algunos puños se apretaban sobre la mesa. Algunos dedos tamborileaban en la madera.

—Lo conveniente sería —había continuado Mateo Cristalina— que, cuanto antes, usted enviara aquí algunos sacerdotes o monjas, como se quiera, para arreglar el altar. Yo me quedaré aquí con algunos hombres hasta que el Brazo regrese a su sitio, un plazo, digamos, hasta mañana por la mañana. Eso sí, el resto de los hombres podrá irse cuando le venga en gana a partir de ahora.

—¿Entre esos hombres que se quedan estará Manuel Juanmaría?

—Sí, si con eso cerramos el acuerdo.

—Sea. Pero con vosotros permanecerá una pequeña escolta de soldados para vigilar que todo se cumpla según lo hablado. También se quedará alguien de los nuestros como garantía del acuerdo. Me parece que el único que es de vuestra entera confianza es don Antonio.

—Otra cosa —el Asombradizo no se había quedado tranquilo—. Aquí se ha firmado un acuerdo que deja muy al aire la situación de la Santa para cosechas y recolección.

—¿El cortijo de la Santa? Esta vez pagaré un salario suficiente y me traeré a los jornaleros de otros pueblos, incluso se vendrán de vuestra Tierra de Nadie.

—El jornalero que quiera seguir teniendo un amo allá él con su estómago y con sus obras. A ver si van a ser los señoritos de Vulturno los que se vengan con nosotros —dijo el Asombradizo.

—Eso tenedlo por seguro —contestó el alcalde.

Tarrito abrazó el luto, apoyó la cabeza entre los pechos que habían sido la llamada definitiva para su padre y comenzó a llorar. Ni habló ni dejó de ocultar su rostro. Apretaba los puños como si estuviera golpeando el costado de su madre. Sin embargo, no había en ellos movimiento alguno. Sólo un recuerdo, un sólo recuerdo —y aún el escozor y como el pulso del corazón escondido en ese sitio— que aquellas pequeñas manos intentaban reventar.

Se encendieron unos faros e iluminaron las mulas: en una iba Melchor con Isabel a la grupa y en la otra Remedios con Tarrito abrazado a su espalda. Los faros entraron en la explanada, destacando la mesa de la reunión ya vacía, giraron y se llevaron a la niña de copiloto y, en la parte de atrás, al capataz de la Santa, el Abubilla. Después vino el crujir de motores y el rechinar de la grava bajo las ruedas de los vehículos militares. Se oía desfilar el trajín de los soldados que hasta Vulturno no tendrían el descansen. Desde el convento los más espabilados abrían la salida: estiraban las piernas y los brazos de la sensación del encierro; los dedos formaban el signo de la victoria.

No quedaba nadie por allí de los esbirros, salvo los pocos soldados del acuerdo que acamparon tranquilamente en un costado de la iglesia, aceptando de los diablos aquel vino que las monjas habían guardado para el sacrificio de Cristo, y que también en aquella aventura iba a ser sangre de reconciliación.

Antonio el Juez había acompañado a Mateo Cristalina hacia el refectorio y, sentado junto al Asombradizo y Manuel Juanmaría, charlaba con ellos sobre el futuro de Tierra de Nadie, tanto que organizar; aunque sabía que don Luis no había sido inocente. ¿Dejarle allí como testigo del regreso del Brazo de la Santa era el castigo? Imaginaciones, se dijo. Le preocupaba la Rubia y tenía la realidad ante los ojos: la paz firmada, un conflicto social resuelto después de muchos años, al menos hasta que los sublevados se dieran cuenta de que un pedazo de tierra no era suficiente para cumplir sus proyectos, acaso sólo como laboratorio, o lo que era más humillante, como circo o zoológico de un país que sabría asumirlos dentro de su sistema de poderes y que se entretendría en destacar sus defectos con el fin de aleccionar a nuevos rebeldes y complacer a los bienpensantes; por supuesto, ellos, con Mateo Cristalina a la cabeza, confiaban en que iba a suceder todo lo contrario: gentes de todas partes llegarían a Tierra de Nadie y ésta se iría ampliando por la propia fuerza de la demanda. Antonio el Juez tenía la realidad ante sus ojos: la paz firmada, la conversación

amigable con los diablos tan temidos, la alegría de haber ayudado a resolver algo que por la mañana no sabía —cuánta angustia— ni por dónde comenzar a tocar. Por la mañana estuvo tocando los senos dulces de Sandrine cuando, colocada encima de él, usaba todos los músculos de su locura —amor loco— en hacerle el amor. Satisfacción, nostalgia y miedo, Antonio el Juez ahora tenía la realidad ante los ojos.

Hacía rato, justo después del discurso, el Tío Rubiales puso a disposición de todos el vino de misa y muchos ya se jaleaban para marcharse cada uno a su chamizo correspondiente en algún rincón de las Quemadas.

El Tío Lasyerbas, por poner un caso, montaraz de solitario, no había esperado un minuto para retornar al campo. A él qué se le daba aquella Tierra de Nadie de la que empezó a hablar el Asombradizo en el claustro en cuanto volvió del negocio, si él tenía como muy suyo todo el matorral de las colinas, las espesas penumbras de las laderas, los altos de los picachos que no conocían más dueños que ser de piedra y de aquel que tuviera los redaños de encaramarse en ellas: las cabras y, él mismo, el Tío Lasyerbas.

En cambio sí se quedó al discurso la panadera, con las manos en el regazo y la ausencia del clavel entre ellas. El Asombradizo desarrolló primero los puntos de los acuerdos y, después, se puso a delimitar las fronteras de la Tierra de Nadie. En el lugar del que hablaba aquel hombre también serían necesarias las hogazas mullidas, las barras crujientes, y aquellos pasteles a los que ella sabía dar el punto de deshacerse en la boca. La boca de Manuel, cómo sería en el beso: aquellos labios, tan bien dibujados ahora que le había crecido la barba de un día o dos, no más, cómo besarían; aquellos brazos que tenían la solidez de los objetos, cómo abrazarían. No serían para ella, ni siquiera en Tierra de Nadie.

—A partir de mañana —gritó el Asombradizo bajando los brazos —, todos tendremos un lugar digno donde vivir, la tierra será de todos y todos trabajarán y comerán y descansarán por igual, en principio y sin abuso, que luego el pan se distribuirá según las necesidades de las familias.

Harán falta muchas roscas, pensó la panadera, pero yo no me las comeré con quien yo quiero. Miró a su izquierda y se compadeció de aquel muchacho que se había quedado abatido con la marcha de la hija del Amo. No se había movido del sitio donde antes estaba sentado. A su lado, en cuclillas, hacía un rato que Manuel intentaba hacerle comprender.

—Que se vaya el que quiera —hablaba el Asombradizo también para los que se habían ido—, pero mañana a la tarde todos quedáis convocados en el Sindicato, que, a partir de ahora, será el centro administrativo del nuevo territorio.

Antón había tenido interés en no perderse aquel discurso, aunque él no sabía que ese interés era para descartar su contenido. No lo sabía aún pero, una vez que encontró el placer de sentir el hierro en la mano y la suavidad de la madera al apoyarla en el hombro, se hartó de unos y de otros. Escuchaba: sindicatos, repartos, horas de trabajo y de descanso, las normas del bien como las otras fueron las normas del mal. Y él había aborrecido unas y otras. Que nadie le dijera: ¡Eh! Que nadie le pidiera: ¡Haz! Que a nadie se le ocurriera volver a hacerle ni insinuación de amenaza. No lo sabían bien. Él no iba a ser Antón más que para sí mismo, su voluntad sin nadie salvo para quien quisiera seguirla. Acarició el cañón de aquel fusil, cuya culata apoyaba en el suelo. Firme y fuerte, el último de todos los que escuchaban al Asombradizo, casi apoyado en las sombras. Se desentendió del discurso y observó a aquellos hombres. El entusiasmo los había apelotonado alrededor del Asombradizo. No era azaroso que la mayoría se hubiera desecho de sus armas en un mismo montón. Y que unos pocos que se habían sentado en el suelo derrotados por el día, y un poco apartados del resto, las conservaran. Aquellos fusiles serían ya siempre prolongación de sus brazos. No, no a esa Tierra de Nadie llena de todos. Sí a donde nadie, a donde lo que se dice nadie.

III

LEONOR, NAZARIO Y LA RUBIA

(*¿Noche?*)

Era el amanecer, albura negra, y no se sabía si aquello era recuerdo o sueño. Él estaba tumbado boca arriba y había dejado de roncar hacía veinte minutos más o menos —a esa hora no se sabe cómo medir el tiempo—; ella estaba acurrucada en la esquina derecha de la cama lo más lejos posible de su marido; el niño Jesús les vigilaba con su fusil en cruz. La escena estaba flotando entre los dos y no se sabía si era lo deseado por uno o lo temido por otro o un espejismo que se había formado sobre la frente bajo la cual estaba bullendo la memoria.

Parecía que la estaba bendiciendo. Leonor se encontraba de rodillas ante Marcelino Claret, sentando en su trono arzobispal. Parecía que ella estaba reconociendo muy sentida sus pecados por el vaivén de su cabeza de arriba abajo, de arriba abajo, yo pecador, yo pecador. El obispo tenía las manos cruzadas sobre la nuca de la mujer —su anillo contemplaba los frescos del techo— y la ayudaba en su compás de arrepentimiento, yo pecador, yo pecador, y elevaba su rostro en éxtasis también hacia los frescos del techo.

Era el amanecer, la albura gris, y Leonor se incorporó en la cama. Miró hacia arriba y por un instante no supo si aquella imagen era suya o de su marido, si recuerdo o sueño. Se restregó los ojos y después de levantarse se tumbó —los pechos sueltos sobre la tela del camisón y sobre las frescas baldosas, los brazos en cruz— bajo el Niño Redentor.

Se oyó el abrirse de un bostezo y unas palabras en su interior que duraron hasta que el bostezo se cerró del todo:

—¿Ya estás rezándole al polvo?

Llevaba un rato despierto mirando el techo también ella es una puta es sólo una puta y pensaba en su hija, en su mujer y en la Rubia y en Antón y en los diablos y en Bellimbusto y en el avión, ¿o será una avioneta?

—¿De verdad vas a hacer todo lo que me contaste anoche? —preguntó Luis después del bostezo.

Leonor se puso de rodillas ante el Niño —como en la escena que la conversación acababa de borrar—, se santiguó y se puso en pie.

—¿Me has oído prometer algo que después no haya hecho?

—Porque eres una fanática.

—Tú haces tu guerra por un lado y yo por el otro.

—Y con Magdalena, qué vas a hacer. ¿No crees que sería mejor que te quedaras con ella, cuidándola, y dejaras eso para otro día?

—Lo que menos necesita la pobre es darle vueltas a la cabeza. Lo que tiene que haber sufrido mi niña. Vendrá conmigo, Luis. Esta actividad la redimirá. Además, no puedo aplazarla. La Liga está convocada para esta mañana.

(*Día*)

Tenía que escribir aquel artículo para don Luis y entregarlo a primera hora de la tarde para que saliera en el número especial que el Fuerza agraria iba a publicar al día siguiente. Tenía que reflejar los acontecimientos del día anterior y los que hoy mismo estaban sucediendo —desde Vulturno se oían como si las estuvieran tirando en la Plaza de los Evangelistas—. Tenía que entusiasmar y convencer y poner las palabras en boca de don Luis. Casi prefería ser su negro a firmar la proclama, a pesar del orgullo herido, porque, si bien el aplacamiento de la rebeldía por los medios que fueran —traiciones y tratados— desembocaría por fin en la estabilidad social, su estómago le pellizcaba y, no habiendo hecho otra cosa que justificarse en los últimos días, aquel nudo en las tripas no paraba de avisarle. Nazario refugiaba la conciencia en la barriga.

Tenía que escribir aquel artículo y había salido de paseo por la ciudad en busca de la inspiración. Caminaba con las manos atrás y el bombín bien calado, usando su tic del labio superior como un intermitente involuntario cada vez que doblaba una esquina, sin alegría, sin sonrisa por debajo del mostacho, apretando los labios. Las calles estaban muy vacías para ser el medio día de Vulturno y contrastaban con el día de ayer, cuando fue él quien tuvo que refugiarse en su casa ante los insultos de la plebe en la Plaza de Rosas. Hoy eran ellos los que estaban escondidos en sus casas, rogando a sus ángeles o demonios que nadie les acusara, que nadie les reconociera. «Que permanezcamos en el más profundo olvido, Señor». Al imaginar el rezo, Nazario sintió una autocomplacencia que le hizo sonreír y, cuando se percató de ello, recuperó la seriedad en su rostro. Porque las cosas se estaban sacando de quicio

y todavía irían a peor. No hacía ni una hora que en una de las calles comerciales que salen de la Plaza Noble se había encontrado a doña Leonor y a todos los demás pajarracos de la Liga. Y encima llevan consigo a la niña, que a estas alturas se estará volviendo loca entre lo que le hicieran los diablos y esta manifestación de beatas. Nunca le habían caído demasiado bien por mucho que se dedicaran a la beneficencia; porque en aquellas señoras, casadas y viudas, siempre tan correctas con sus blusas abrochadas hasta el último botón y sus faldas gruesas como cortinas, con ese olor sutil a café con pastas y ese poquito de maquillaje en la cara, había hallado una y otra vez esas hipocresías apostólicas que ofrecían una limosna a una familia menesterosa y, después, se enfrascaban en un apasionado cotilleo sobre la casa donde vivía y que acababan de abandonar. Y quién soy yo para hablar Nabuconodosor de los falsos Platón de los hipócritas pero la necesidad lo justifica ¿lo justifica todo? Lo justifican todo necesidad ¿interés? que a veces esta vez mi vez son lo mismo mi mismo. Pero lo que había visto hacía un rato rayaba en la histeria monjil con aquel cartelón que cambiaba el nombre de la Liga: «Liga contra la Inmoralidad Pública» y los hombres no somos más que eso inmoralidad libre nuestro auténtico ser la han bautizado ahora. Y si se conformaran con pasear el cartel por la calle procesión de estrechas mal folladas ¿yo me las follaría? ¿yo me las follaría? pero no, ellas se han puesto a a Leonor sí aunque fuera sólo por darle por culo a don Luis gritar delante del escaparate de la modista ni lo pienses mi Nerón mi sustento en contra de la moda francesa y de la moda judía identificándolas las locas sin saber qué sabrán ellas que sólo han leído La canción de Bernardette y otras apariciones de la Virgen encuadernados en piel de virgen y el colmo ha sido cuando han entrado en la tienda, han sacado los vestidos y les han pegado fuego en la calle para escarmiento público. Y encima todo delante de la niña alumna de crueles, mira que llevarla consigo la madre.

Nazario entró en una placeta de naranjos, se acercó a un árbol, cogió una naranja, la olió, la alzó, contrastándola con el azul del cielo es otro sol con este sol no tendríamos este calor naranja, la dejó caer, tomó un callejón y luego otro y bajó hasta la Plaza del Mercado qué tristeza que estaba sin uno solo de los numerosos puestos que se abrían allí cada día como sandías como sacos de arroz como sacos de plumas como sacos de pájaros que se echan a volar, desierta de nadie ¿se puede decir desierta de nadie?, con los bancos calientes y el suelo sucio.

Cruzó la plaza y, nostálgico de aquella noche que ya parecía tan

lejana, al comenzar a subir la cuesta en cuya esquina estaba La Casa de los Cascabeles, vio que las mujeres de la Liga venían hacia abajo por la misma calle. Oyó el primer grito le salen del alma las malas palabras para esto: «¡Fuera las putas!» para esto sí y, no queriendo saber más, se dio la vuelta hacia casa, a escribir de una vez el articulito. Cruzó la plaza en sentido contrario vamos, concéntrate, eres don Luis a paso ligero empecemos de este modo: «En este glorioso día del alzamiento del orden contra la inmoralidad y el caos social», notando cómo las gotas de sudor brotaban debajo del bombín.

(*Noche*)

Se ha levantado una brisa suave y la cortina la obedece con la misma suavidad. Late hacia dentro de la habitación como un corazón de aire envuelto en un largo velo. Tic-tac, tic-tac: la cortina se mueve. El dormitorio está sumergido en una luz azul oscuro que va emergiendo hacia la claridad de faroles que entra por la ventana a través de la cortina, que amaga un impulso de avanzar hacia dentro y después se retrae. La cama está deshecha. La sábana superior está tirada a los pies de la cama; la de abajo está encogida sobre el colchón; sobre el colchón hay una maleta abierta. Hay mucha ropa desperdigada por el suelo, más de mujer que de hombre, y los cajones de una cómoda que están sacados de su sitio: unos descansan en posición horizontal y otros se han quedado como haciendo equilibrio sobre uno de sus lados. El armario tiene las puertas abiertas de par en par. Las mesillas de noche están volcadas, sus lámparas rotas; los libros a sus pies, caídos y en posición de volar pero con el vuelo aplastado. En la pared hay un espejo roto y algunos de sus cristales están en el suelo, reflejando del techo un tono más claro. En el techo hay algunas grietas pequeñas que guardan aún lo que han escuchado, como si goteara por ellas el eco de lo que ha ocurrido en esa habitación a media tarde: golpes en los muebles, insultos y risas de varios hombres. La puerta conduce a un salón del que salen tres puertas, dos entornadas por donde se ahonda la penumbra y otra cerrada, la que da al pasillo común de la planta. El salón también está revuelto: sillas volcadas, los cajones del escritorio violados, muchos libros al pie de una estantería que ocupa toda una pared. En las baldas han quedado oscuros huecos, como si no tuvieran fondo, como si la mano que antes iba a escoger

un libro ahora pudiera ser tragada por esa negrura al ir a colocarlos. Son huecos que albergaban palabras impresas y ahora ocultan los ecos de las palabras habladas, las que a la vista se pierden. En ellas hay un grito de mujer, no, varios gritos y varias preguntas que comienzan por "dónde, quiénes, por qué"; también, en voz de hombre, más risas e insultos con un tono de mandíbula apretada; golpes, un portazo, pasos que se alejan.

Sobre el escritorio hay un tintero volcado. La tinta se ha expandido por la mesa y ha borrado parte de un folio donde aún se puede leer:

> Mon amour:
> Sigo sin saber nada de ti. La noche ha sido tan
> Ya sé que este asunto podría separarte de mí hasta
> interminable. Al mediodía no he aguantado más y he
> el alcalde me ha dicho que te habrías quedado aislado
> a rescatarte, que estuviera tranquila en casa, pero esas bom
> toda la mañana. Lo peor no es eso. La Liga ha asaltado la Cas
> y las van a llevar a un reformatorio. Pobre madama. Me lo ha d
> y en sus ojos había esa asquerosidad maliciosa que me ha hecho e
> y ahora temo que vengan a por mí. Me voy, Antonio. Cogeré el tren
> y te enviaré un telegrama en cuanto llegue. Esta ciudad, esta tierra nos
> y aquí no queda lugar para nosotros. No pienses que te abandono. Yo te
> a nadie he querido y deseo con toda mi alma pasar mi vida a tu lado. Pero
> antes de que acaben con todos nosotros. Yo conozco a esas hienas mejor que
> te lo aseguro. Estaré en la estación hasta las diez. Después se me romperá el co
> y ya no pensaré en otra cosa que en reunirme otra vez contigo.
> Tuya, à jamais,
> Sandrine

Después la tinta sigue hasta la esquina del escritorio y desde allí

ha empezado a caer. Todavía gotea. Una gota. Otra gota. Hacia el charco del suelo. Como sangre negra del suelo.

DOÑA MARISABEL MUÑOZ, SEÑORA DE ORANTES

(*Día*)

Los ruidos la despertaron. Pensó que eran los niños. Encendió el candil y el armazón de la cama enseñó sus dientes de cobre. Un instante. Después la oscuridad selló sus labios de nuevo.

Sería la media madrugada cuando otros ruidos la despertaron y esta vez los reconoció enseguida: Melchor, Isabelita, Remedios y el niño, perdido y hallado, no como los otros, Ángel, Pedro, Melchor, que no se conformaron con su muerte.

Curó a su hija Isabelita y le preparó una tila bien cargada. No habló. Ella hablaba muy poco. Era una mujer que se entendía mejor con el silencio. Sólo respondió una vez que su marido le hubo preguntado por Ángeles:

—Ella y José se fueron a buscar a Tarrito.

Su voz, desacostumbrada a la conversación, era seca y un tanto entrecortada, igual que si tuviera dentro de la boca un obstáculo de esponja que le absorbiera la saliva.

—¿José ha estado aquí?

—Sí. Ella y José se fueron. Me dijo que se quedaría esta noche en lo de María, por si el niño aparecía por Ambusta. Capaz es. Gracias a Dios, Tarrito ha vuelto.

No preguntó qué le había ocurrido al niño, tampoco por Isabel. Tampoco nadie esperaba que lo hiciera. Arrastró los pies hasta el dormitorio y volvió a acostarse.

La despertaron los pájaros, que mientras existan celebrarán todos juntos cada una de las salidas del sol cubriendo el planeta de un celofán de sonido. Doña Marisabel sintió a su lado el calor de su esposo, que dormía profundamente. Se incorporó. Miró a los pies de la cama pero no había nadie allí. Se levantó, dejó caer el camisón al suelo y se acercó al tocador que había junto a la ventana, un tocador muy sencillo: una jofaina sujeta en un pequeño mueble con espejo, donde había un aguamanil, una pastilla de jabón —que hacía ella misma con aceite y grasa— y un peine. Lo cogió y se sentó en la silla. Aquellos ojos de color caramelo se posaron en la

piel vieja que colgaba de sus brazos, que se le arrugaba en el pecho, que se le hacía una especie de bolsa en la barriga, como si hace muchos años hubieran decidido no verla, como si estuvieran mirando la piel de cualquiera de los animales medio acabados del establo. Aquellos ojos en los que habitaba una expresión triste pero firme, serena pero desconcertada, miraron el largo pelo blanco que se soltó del moño. Doña Marisabel inclinó la cabeza a un lado y comenzó a peinarlo muy despacio, como se ejecuta una rutina de la mayor importancia y con el mayor cuidado. Los pájaros fueron desperdigándose del coro. Seguían oyéndose, aunque cada canto cada vez más separado del compañero. Cuando un pájaro cantó ya en soledad, el sol estaba alto y el pelo de doña Marisabel recogido otra vez en el moño.

Entonces lo vio en la puerta. Lentamente, volvió la cabeza hacia la cama y se aseguró de que su esposo seguía descansando. Después le preguntó:

—¿Y tus hermanos, mi niño?

El niño no dijo nada. Tenía una expresión compungida en la boca, el ceño fruncido, la cabeza un poco inclinada hacia el suelo. Se dio la vuelta. Ella se levantó de la silla y, sin acordarse de vestirse, perdiendo el acordarse, lo siguió.

Todavía la mañana era fresca. El niño se había detenido junto al pozo y señalaba hacia una colina cercana. Doña Marisabel desde el porche miró en aquella dirección y sólo vio el trigo amarillo que se irisaba con la brisa. Se acercó y, al pie de la colina, se encontró al segundo niño boca arriba, con una herida mortal en la frente.

—¿Qué te ha pasado, hijo mío? —le preguntó doña Marisabel.

El niño la miró con unos ojos que sufrían, hervían y sufrían, luego sonrió y volvió la cabeza hacia su derecha, como indicándole algo. El tercer hermano estaba de pie entre el trigo en lo alto de la colina y con su brazo señalaba algo que estaba más allá, arriba y más allá. Doña Marisabel subió la ladera y su cuerpo desnudo resaltaba blanquísimo entre las ondulaciones del trigo.

Y fue todo uno llegar con su jadeo de mujer medio acabada, mirar el punto al que el dedito del niño parecía disparar, como si en realidad hubiera sido disparado por el dedo y, al cabo de unos segundos, oírlo: verlo crecer en el cielo azulísimo del verano mientras se acercaba, ensordecer el aire, apagar cualquier canto de los pájaros y la forma de los pájaros pero imitándola con su diabólico metal y, cuando el círculo de las hélices ya se adivinaba, soltar la primera de las bombas sobre el valle.

Durante unos instantes doña Marisabel contempló aquella

criatura que aparecía por primera vez en las Quemadas, milagrosa y mortífera, y supo que todos los hijos de Dios estarían por fin arrepintiéndose de cada uno de sus pecados. Cuando el avión estuvo demasiado cerca para soportarlo, echó a correr colina abajo y, uno detrás de otro, sus hijos la siguieron, Ángel, Pedro, Melchor, riendo como si por primera vez jugaran después de todos aquellos años muertos. El avión sobrevoló el cortijo y, aun no había regresado, cuando Melchor la hizo pasar del porche a la casa:

—Corre, condenada, vístete y corre afuera.

Fuera ya esperaban Remedios y Tarrito abrazado a sus faldas.

Doña Marisabel se estaba abrochando el vestido de luto cuando en la puerta apareció la menor de sus hijas:

—Tus ojos lo verían primero, me lo dijo la Santa.

Subió el volumen del motor.

—¡Afuera!

La boca desencajada de Melchor Orantes gritaba en la ventana del dormitorio. De afuera adentro, de afuera adentro:

—¡Fuera!

UNO DE LOS DE ANTONIEF

(*Noche*)

Sí que os habéis remontado en la sierra, parecemos cabras, todo el día he estado caminando. ¿Habéis visto los resplandores desde aquí? A mí me han estado persiguiendo la mañana entera, como si en las Quemadas hubiera un combate de nubarrones, rayos, truenos y desdicha. Tú eras Antón, el pimpollo del amo, y ahora eres Antonief, el que se hizo independiente de armas, con mando de hombres, y a mí puedes tenerme como uno de los tuyos para hacerle sangrías a la hacienda de los señoritos y a sus propias vidas si hace falta. Después de esto ya nadie es el mismo. El Asombradizo se ha encontrado la guadaña. Yo creía hasta el último momento que las cosas estaban de arreglarse, tendríamos nuestra Tierra de Nadie, allí plantaríamos nuestras necesidades y se harían provecho, igual que los olivos. Si hay que quejarse de nosotros mismos mejor ir directo a lo tontos que somos. Cuánto el engaño y qué fácil ha sido para ellos tomarnos el pelo. La ingenuidad es el peor enemigo del animal libre, el que siempre está en la batalla de sobrevivir, la vida es el animal en guerra y, por lo ya sabido, me quedo a vuestro lado y bajo tus órdenes, Antonief, porque has hallado un nombre de guerra antes que cualquiera de nosotros y eso significa que tu determinación es más fuerte y eso es lo que manda, bolchevique.

Vosotros os fuisteis en la media madrugada. Muchos ya lo habían hecho y otros ya habían decidido regresar a sus casas. Al rayar el alba quedábamos los pocos, supongo, los que tenemos más carácter de perro al lado de hombre, y queríamos continuar con el Asombradizo, el Corsario Juanmaría y el Padre Abuelico, los tres que decidieron y organizaron y cayeron con todos sus libros, su hacer periódicos y su estampa de redentores. Yo me los creía, cucha, a cada uno en su cosa, buena en la reunión como los ingredientes en el guiso. Vaya conejillo que cocinó ayer Mondadientes, eh, eso no lo tienen estos riscos. Dónde andará ahora, no el Mondadientes, que se lo llevó la Josefa a primera hora, sino el conejo, totalmente invisible del estómago, desaparecido que daba gusto. Dadme un trago, que se me ha hecho la boca agua y ya lo cuento.

Nos quedamos los fieles como perros, decía, no los conté pero lo hago ahora: unos doce teniéndolos a todos, trece con el Corsario. Aparte estaban los cuantos pocos esbirros que habían permanecido para vigilar el trato, a estas alturas, se me hace leyenda que hubo uno, y estaba digo el juez de Vulturno, del que yo pensé que andaba en el ajo cuando ocurrió todo y luego ya se vio que no, claro, ahora lo veo, su presencia allí fue la garantía de nuestra ingenuidad.

Cuando llegó la hora fue que amanecía. Los esbirros, yo creo, no supieron nada hasta el mismo momento, otros lo habían planeado bien desde Vulturno, y es que me supongo que habría un superior entre los curas que vinieron, pues los soldados estuvieron mucha noche bebiendo con nosotros y digo yo que los linces lo hubiésemos notado, digo yo. Me adelanto pero ahora me explico. Se trataba, ya lo sabéis, de devolver el Brazo de la Santa. El Corsario Juanmaría fue a por él allá donde lo hubiera escondido cuando todavía era de noche, que tenía que ser cerca porque no tardó demasiado en regresar. Me dejó extrañado que antes de irse había estado cuchicheando con el Padre Abuelico y el bueno del Asombradizo, echándole un ojo al juez de Vulturno, pero éste estaba roque, os lo digo yo, que le oía respirar como un fuelle y dudo mucho que después hiciera el paripé. Veamos. Estábamos en que Juanmaría dejó los murmullos y preguntó por un zurrón, y fue que me respondí que sería para meter el Brazo en él y no llevarlo a flor de mano. El caso es que encontró uno y luego no lo trajo consigo, pero dijo que había dejado la Reliquia en el altar y que había despertado a los soldados para que vigilaran la iglesia. El Juanmaría se quedó velando. Antes de quedarme dormido, me acuerdo de verle asomado por una ventana, no porque estuviera vigilando, no, sino absorto y sin sueño.

Él nos avisó de que los curas habían llegado. Me restregué los ojos y le oí decir que los que tuviéramos pistolas, las lleváramos y, los que no, navaja o cuchillo. ¿No era la tregua? ¿No estábamos afincándonos en la Tierra de Nadie? Puede.

Anduvimos todo el grupo hacia la iglesia. Adelante iban los de siempre, el Corsario les daba secretos y a nosotros no, a lo mejor era que se olía algo. El Asombradizo callaba; el Padre Abuelico meneaba la cabeza. A mí me aguantaban las ganas de broma y las iba caminando con los compañeros: estaban conmigo el Tío Rubiales con sus tres muchachos, el Carlos, el Josele, el Guzmán y ese chavalillo que llaman Tenorio. Todos los demás, lejos en su querencia.

—¿Qué ha sido de ese cabrón?

—¿De quién?

—Del Tenorio.

¿El Tenorio? Aventuro que se lo llevaron, pero vamos por partes. Yo iba bromeando con los compañeros sobre si a lo mejor estaría bien eso de pegarle un tiro a un cuervo de esos, a un cura. La pistola se me calentaba en el cinto. Lo que yo no sabía era que aunque hubiera follón me iba a quedar con las ganas. De donde no hay, no hay. Andábamos, digo, los tres del mando delante, el grupo detrás y, más tardo que todos, el Juez, con las manos en los bolsillos del traje arrugado, los pelos de aquí para allá, con lo compuesto que había venido el hombre. Venía ahí detrás silbando, amariconando el bigotillo. Me digo yo a mí que éste nada sabía.

Entramos en la iglesia. No los conté. Habían permanecido esos diez soldados y lo que sí conté fue que acababan de venir siete curas y recuerdo que me pregunté que para qué coño habrían venido tantos sólo para recibir el Brazo y que me respondí que los mojigatos necesitan juntarse, algo así, no me lo dije con palabras pero ésa fue la sensación de mi respuesta a mí mismo. Estaban en el altar, rodeándolo como si fuesen a dar misa, con las manos cruzadas en el regazo, todos, ¿eh?, sin faltar ni uno, lo bien que los habían instruido en todito todo: muy peladitos y afeitados, la sotana carbón —y ahora, que me acuerdo, también sentí que estaban demasiado limpias—, qué pulcros los curitas y cuánto hijo de puta, sonreían como si fueran beatos. Detrás de ellos estaban los soldados en posición de firmes. Mucho respeto era aquello, ¡el respeto ante la Santa!, hasta nosotros avanzamos un poco sobrecogidos por el pasillo central hacia lo lúgubre de aquella iglesia que chupaba poco la luz del amanecer.

He dicho que avanzamos pero no quiero que os quedéis extrañados con mi presencia. Yo me senté en un banco cerca de la puerta. «Yo me quedo aquí», dije, «que no quiero acercarme a un cura», cuando lo que tenía que haber dicho era que aquello me daba mala espina. El Juanmaría me echó una mirada rara pero, sin decirme nada, siguió adelante con los otros once. Yo creo que le di una buena idea, pues al llegar a la mitad de la iglesia, les dijo a los otros: «Sentaos en estos bancos». El Asombradizo protestó primero. El Juanmaría le susurró algo al oído y el Asombradizo se quedó con los demás. Yo estaba en el penúltimo banco y desde allí lo oí y lo vi todo como en un teatrico de marionetas.

«¿Habéis comprobado el Brazo?», preguntó el Corsario y ahora pienso que eligió con mucho cuidado las palabras de la pregunta. No dijo: «habéis visto» ni «os habéis quedado contentos» ni «ya

estamos en paz», dijo: «¿Habéis comprobado el Brazo?».

Ya he dicho que el Brazo estaba en medio sobre el altar; delante de él, el Juanmaría solo; detrás de él, los curas; detrás de los curas los soldados, en posición de firmes. Hay que ver los muy cabrones, los mismos a los que habíamos dado vino y cachondeo.

Yo creo que el Corsario no se imaginó bien cómo iba a ir la cosa, lo que no entiendo es cómo pudo ser tan desconfiado y tan retorcido de listo. ¡Carajo!, que toda la noche fue de celebración. ¡Vosotros lo visteis antes de iros! ¿Sí o no o yo estoy ciego?

Entonces convendréis conmigo que se lo adelantó el mismísimo demonio y que luego el Juanmaría les contó la fábula al Asombradizo y al Padre Abuelico, que yo creo que todos aquellos murmullos que se traían eran para prevenir lo que luego aconteció. Eso sí, yo me había chamuscado el olfato, la grima, qué sé yo, de los cuervos sotanas.

Y dale que dale. «¿Habéis comprobado el Brazo, eh?», volvió a preguntar el Corsario. Vi al cura del centro sonreír y a algún otro; uno de los soldados de atrás miró hacia mí como preocupado. Los demás yo creo que estaban vigilando a los nuestros, contando al Juez, que se había quedado solo en un banco.

«El Brazo Incorrupto ha regresado al templo», contestó el cura separando una de las manos del regazo, y estoy seguro de que esas palabras eran una orden y de que en ellas también había alguna confirmación para el Corsario, Pasos Largos, porque, si no, no hubiera tenido tiempo de reaccionar y de gritar a la vez que los curas sacaban sus pistolas: «A cubierto» gritó, levantando las manos, y volvió a gritar para salvarse: «Éste no es el verdadero Brazo», porque si no, le hubieran descerrajado allí mismo aun con las manos en alto.

A esas alturas yo estaba en el suelo, parapetado y con la pistola en la mano. Nadie había disparado un tiro. Asomé la cabeza y la situación había cambiado. Los soldados y los curas, por llamarles así, transparente que no lo eran, habían tomado posiciones unos agachados tras los recovecos de aquel sitio, tras el púlpito, otros tras las estatuas de los Santos, qué sé yo. Me agaché y por debajo de las patas de los bancos busqué el movimiento de los compañeros: se deslizaban a cuatro patas unos hacia el pasillo lateral y otros hacia el central. Volví a sacar la cabeza: sólo permanecían en pie el cura que había hablado, que apuntaba a Juanmaría con una pistola, el Corsario manos arriba, y Antonio el Juez, que avanzaba por el pasillo del centro apretando los puños, como si en él guardara algo: «¡orden, orden!», «aquí hay un tratado firmado», gritaba subiendo

los escalones del altar, en la cara se le veía la rabia, la furia, «¿quién coño te crees que eres?». «Soy teniente del Ejército de Tierra», gritó el cura, «y cumplo órdenes. Y usted es el primero que está arrestado, don Antonio, no me obligue a dispararle». Eso dijo. El tal teniente le miraba venir, al Juez, me refiero, pero no apartaba la pistola del Corsario. «Tú, diablo», gritó el teniente, «qué dices del Brazo». Juanmaría dijo algo que no pude oír, aunque yo me lo imagino después de todas las horas que he estado cavilando: «Si tú fueras cura, renegado, te hubieras dado cuenta de que estos son huesos pardillos, que los tuétanos santos los tengo yo a buen recaudo». ¿Exagero? Algo así le diría, les hizo de tramposo.

Entonces todo ocurrió muy deprisa. Yo supongo que por la pinta ninguno consideraba al Juez capaz de ningún peligro o, más bien, ninguno quería arriesgarse a un tiro nuestro si salían de los parapetos para prenderlo o más bien las dos cosas juntas. Ya había subido los escalones y semejaba otro que el de ayer noche cuando vino con esa pinta de peluquería: levantaba los puños apretados y gritaba que aquello era traición, una y otra vez, como un poseso, y entonces bajó uno de los brazos y mantuvo el otro en alto y lanzó algo hacia el teniente, tan cerca estaba ya de él que éste no tuvo tiempo de esquivar lo que debía de ser una navajita de esas que llevan los niños, deduzco ¿eh?, que no sé, porque el teniente se llevó la mano a la oreja, el Corsario aprovechó para lanzarse detrás de uno los bancos de la izquierda y se oyó el primer disparo, yo creo que fue él, el teniente, el que tiró primero, y el Juez se agachó tras el altar; y el tiroteo cambió balas de lugar por toda la iglesia.

Yo ya estaba viendo cómo irme hacia la puerta pero me lié con los tiros y creo que maté a uno y todo, para mi pena uno de los soldados del vino de ayer, sin sotana ni nada. Juanmaría gritó: «Venid aquí». Lo repitió y lo repitió sobre el plomear de los tiros que agujereaban la madera de los confesionarios y las mamas de las vírgenes y al niño de San Antonio y aquella horrible colección de exvotos, pedazos de muñeco que parecían haber sido arrancados a sus propietarios y luego reducidos por los gitanjíbaros, aquellos de los que hablaba el Padre Abuelico. Pobre.

Obedecieron al Corsario y fueron hacia el pasillo. Pasó el Asombradizo, fue a pasar el Guzmán y le alcanzó un disparo, ese yo lo vi, en la cabeza. Detrás venía el Josele que se detuvo con la ingenuidad de ayudarle y se derrumbó encima. Aquello era una angustia. Yo ya estaba en el último parapeto de la fila de bancos y vacié mi cargador y vi lo que sigue. Que el paso estaba atascado. Porque cuando estalló la verdad de aquella traición estaban todos

en el mismo banco, ya lo dije, ¿no? Menos el juez. Allí se protegieron, de allí se querían desplazar ahora hacia el pasillo del centro. Ya lo he dicho. El Asombradizo pasó, pero los cuerpos del Guzmán y del Josele taponaron la salida; por el pasillo lateral derecho se arrastraban unos soldados que habían aprovechado el mal intento de los compañeros; en el lateral izquierdo, Juanmaría había alcanzado un refugio y tras un cortinón hacía las señas: «Por aquí, por aquí», gritaba al hacer la pausa de cargar su pistola y enseguida ya estaba disparando otra vez; «aquí», gritaba.

Yo alcancé la puerta de la salida. «No disparen, no disparen» era la voz del Padre Abuelico, rogaba, los acababan de atrapar y si los soldados dispararon, yo no lo oí. El Asombradizo había llegado junto al Juanmaría, que desapareció detrás del cortinón. Aún lo oí gritar: «¡baja, cojones, baja!». Pero el Asombradizo era como si se hubiera quedado paralizado en aquella entrada con el cortinón a medio abrir y dando la espalda a la iglesia. Le vi recibir un disparo, doblarse, y otro y otro y doblarse como se parte un junco, así, y por fin salí de la iglesia. Corrí, me alejé de los caminos, atroché por los matorrales, arañado, hacia las Arenas, con la primera suerte de llevarle ventaja al despliegue del Ejército por toda la linde de la Santa, el cortijo y el convento, imagino: venían los motores, se allegaban los soldados y se descargaban a correr en todas las direcciones para cepillar cada rincón: oí algún disparo; yo llevaba ventaja, ya digo; acababa de cruzar la linde, evité la subida del Sindicato y me arrimé a Revellín, le hice una vuelta entera a la colina y me encaramé a ella por detrás para encontrar la vereda de la sierra; entonces oí otro motor, muy cerca, y busqué los carros en la tierra y ésa fue mi segunda suerte: parecía cerca lo lejano; yo estaba a un jaque de abandonar las Quemadas y vi el aeroplano que pasaba junto a Ambusta y descargaba la primera bomba, ruines, que reciban todo mal de mezquindades; al Amo, que le abra en canal su propia hija y a ella la triture su madre y que su madre se la coma y reviente; vi saltar la tierra por los aires, como salpica un pedrusco que se tira a un estanque; seguí corriendo altozanos arriba hacia donde me diste la confianza de venir, Antonief, si me descontentaba de la gente, cuando todavía te llamabas Antón. He estado oyendo los resplandores toda la mañana de huida, ¿habéis visto?, como relámpagos entre las nubes pero en la tierra; a eso llaman terror, el terruño con fuego. Luego la tarde ha sido de silencio, de silencio y de hambre y ahora que hablan los bichos de la noche y hasta las estrellas piden agua para calmar la sed y para latir como el corazón de un pájaro en la mano, y ahora aquí con todos vosotros ya me

pincha la venganza de ir cogiendo a un señorito y a otro en sus cortijos o a sus bienes o a sus muchachas o a sus ancianas y bajar otra vez a los caminos y hacerles estallar de daño.

¿EL ASOMBRADIZO?

(*Ni clima ni luz ni movimiento planetario.*)

Estaba yo allí dónde. Ellos tenían nombre y yo también: Miedo De Mi Propia Sombra me bautizó aquel Mateo Cristalina. Esto pasó cuándo: hace un instante. Pero un instante sucede y al instante está perdido junto a las otras cosas sucedidas. Sé que los sucesos están todos amontonados por trillones en todas partes de este no sé. No los veo ni los siento pero los conozco. Y en uno de ellos yo estaba cercano a un hombre llamado Manuel, al que yo quería y ahora no quiero. No amo ni odio. Contemplo sin ver. Reconozco. Hace un instante era cuando habíamos matado y quemado por arreglar aquel mundo. Hace un momento he venido recorriendo un infinito no tiempo un no espacio infinito. Hace tanto que no hace. ¿Fue? Miedo De Mi Propia Sombra. Aquel hombre llamado Manuel me dijo hace unos cuantos de aquellos que se medían minutos al oído que yo tenía ¿yo?: «Cu i da deeel vi e jo». Porque yo iba a seguir ¿yo? a aquel hombre que yo quise hasta el altar. Ya esto es un no siento. Luego hubo unos disparos y me arrastré hacia donde aquel hombre me llamaba. La cripta. «Ba ja ba ja» había gritado hace un instante. Y me hube asomado hacia aquella oscuridad negra de no ver salvo el Miedo De Mi Propia Sombra no como ésta oscuridad transparente de verlo todo sin mirar. Miedo me tenía entonces a los muertos que soy ahora. Y una vez hube dudado hace un instante había recibido las balas por la espalda. Sólo metal apelmazado que a gran velocidad agujerea lo orgánico. Y por ese agujero he venido hace como si fuera prehistoria. Y por esa caverna abierta en aquello que fue mi espalda he venido hacia esta calma quieta como un sólido. Un sólido que completa la infinitud de todo lo posible donde estamos como moscas hundidas en una miel oscura y transparente, donde no podemos movernos pero lo sabemos todo como si lo viéramos. Y el ojo de Dios está mirándonos. Igual que cuando yo iba a mirar a través del cristal del bote a la mosca atrapada en la miel. En esta calma quieta. Y yo veo el ojo eterno de Dios. Igual que la mosca me miraba a mí con sus mil ojos. Salvo que la mosca es todo. Y en su cuerpo estamos reunidos. Y cada uno de los que estamos aquí somos como cada una de las diminutas celdas en que se divide

el ojo de una mosca. Muy, muy tranquila. Porque la pasión era el motor de sus alas y de mi pensamiento y de aquellos actos que yo tenía por manos. Muy, muy tranquilas. Porque aquí no hay pasión ni sentir alguno. Ésas son las obras de los hombres. Aquí hay si acaso una tristeza suavísima como si en aquellos amaneceres uno hubiera podido escuchar el movimiento de la tierra que permite salir al sol hacia lo alto. Si acaso suavísima la renuncia a todo y de golpe.

EN EL FIAT 508 BALILLA, EN LOS CABALLOS

(*La tarde*)

Entre una algarabía de palomas temerosas tomaron el camino de las Quemadas. Los cuatro con traje y sombrero blanco para espantar el sol de la hora; los cuatro con revólver y cartuchera; los cuatro recién santiguados; y, en la rodilla derecha, un recuerdo del suelo de la Catedral. Los hermanos Huesa en los asientos traseros; el Rey Gallardo de copiloto; al volante, don Luis Sánchez de León; a su mano izquierda la metralleta que Iván el Abubilla había instalado junto al retrovisor de la puerta.

Sobre el capó rojo un sol estrellado adelantó al somatén de la Policía Montada. Como se refleja en el agua, ese sol se reflejaba en la sangre metálica que como un aura envolvía la piel del Fiat.

Bramó y, al silenciarse, los emigrantes lo observaron antes de escuchar sus escupitinajos de metralla. Ellos habían sobrevivido tambaleantes en la nueva realidad que había traído el bombardeo. La respiraban, pulmones grises. Sus chamizos se habían volatizado en bandadas de esquirlas. Para ellos huir o emigrar era una misma urgencia, los diablos. Porque la muerte no solamente les seguía sino que se había instalado, para quedarse a vivir, en el valle de las Quemadas.

Los más malaventurados eran los que habían elegido la carretera, turbia ante sus ojos rebozados, peces esfera, por el polvo. Era el único camino que podía seguir el Fiat Balilla.

Bramaba y, al detenerse, había unos que corrían por última vez. A éstos don Luis los ametrallaba y sus caballeros blancos apuntillaban las nucas con los revólveres, bala más bala, de los hombres y de sus hijos y de sus madres. Después, los hermanos Huesa y el Rey Gallardo dividían por su sexo a los que se habían quedado manos en alto. Los varones eran obligados a acercarse al talud.

—¡De cara, Gallardo, quiero verles la cara!

Don Luis acercaba lentamente el coche y lo detenía paralelo a la fila de hombres.

—¡Diablos!

Gritaba. Y su ametralladora también. Y los hijos y mujeres de los

muertos también.

En cambio, la Policía Montada no actuó de manera sádica. Los jinetes —botas, tirantes y sombrero cordobés— cabalgaron hasta el ocaso por todo el valle de las Quemadas y aún más allá, entre Calima y Revellín, dando un rodeo a la Santa, desde donde un destacamento de soldados también barría la zona.

Allí iban ellos con sus piernas de caballo, cruzadas de arañazos y montunas de espinas, y así capturaron a muchos diablos, hombres y mujeres.

A sus hijos los liberaban. Y, al cabo del día, se fue reuniendo una tropa de niños que miraban con lágrimas secas hacia el cortado sobre el que se elevaba Vulturno.

En el Casino de esta ciudad se dice que Nazario fabricó las palabras con las que don Luis pasaría a esta historia: Cañoncito Pum. En un sólo día hizo tantos muertos que le condecoraron con un apodo de ferial con tómbolas y puestos de tiro al blanco.

Cañoncito Pum siguió tirando hasta Revellín, desde su coche y acompañado de sus escuderos. De regreso hacia Vulturno volvieron a pasar junto a las ruinas del Sindicato, el primer encargo que cumplió el avión de Bellimbusto:

—El cortijo de los Orantes no me lo toques, que Melchor es amigo, pero vuélales el establo por haber casado al hijoputa con su hija.

Y dejando atrás el Sindicato, el coche se adentró por el camino de los Abejarucos. Los terraplenes donde los pájaros vivían se habían volatizado. Justo como si nunca hubiesen existido.

Cuando el coche llegó al cortijo, les salió al encuentro Melchor Orantes, la cabeza gacha, las manos humildes sobre la bragueta del pantalón. Del interior de la casa no venía ruido alguno. Se veían los restos del establo y los animales muertos. Cañoncito salió del coche desempolvándose el sombrero. Los otros tres también se desempolvaban el traje.

—¿Todavía no has enterrado a esos animales? Te dije que lo hicieras antes de que se llenara esto de moscas.

—Todo el rato, los disparos… Las mujeres están asustadas y tienen que ayudarme, maña…

—¿Has sabido algo de tu yerno o de tu hija?

—Ya le dije antes que no. Yo mismo le mataría si lo viera. Me ha robado a mi Ángeles y al nieto que lleva en su vientre —contestó sin levantar ni la mirada ni la voz, como un niño que, aparte de serlo, tuviera el defecto de ser viejo.

—Registrad la casa —los escuderos blancos se dirigieron a la

puerta—. No es que no me fíe de ti…

—Claro, claro, no se preocupe.

—Antes me has dicho que podía estar en la casa de José Cid. He mandado unos jinetes para allá y no me han traído noticias. Iría yo mismo si hubiera camino para el coche. Pero no creo que anden por allí. Ese José Cid no se ha metido en esto desde el principio. Yo tengo muy controlado a todo el mundo. ¿Por qué te crees que no le ha caído una bomba esta mañana?

Melchor pensó en su hija María, en su establo, y dudó decir:

Es muy amigo de Manuel.

Pero lo hizo:

—Ése es muy amiguito de mi yerno.

—Ése no tiene ninguna culpa, te lo digo yo. ¡Tendréis que quedar algunos para resucitar el valle, cojones! ¿O es que quieres ser el único?

—Amo —titubeó Melchor mientras los escuderos blancos volvían—, ¿por qué me han roto el establo?

Era una pregunta que parecía un ruego.

—Ahí sólo están las majaras de siempre —oyó decir Cañoncito y asintió con los ojos hacia el Rey Gallardo. Sólo después respondió como distraído la pregunta de Melchor Orantes:

—Ah, eso. Una confusión del piloto. Peor hubiera sido que se confundiera con tu casa. ¿No te parece, Melchor? Anda, entierra de una vez esas mulas.

Hacía un rato que un grupo de jinetes había bordeado las ruinas de Ambusta pero, cuando tenían la casa de José Cid sólo a un centenar de metros, se levantó un viento fuerte, una mezcla de paja y polvo que les impidió avanzar. Estuvieron a punto de regresar pero era peor el miedo a desobedecer las órdenes. Por eso hicieron tumbarse a los caballos y ellos mismos se tumbaron hasta que amainara la tormenta. Los que en ese momento estuvieran en la Santa pudieron haber visto en la distancia ese barullo del aire instalado solamente en la colina de Ambusta.

Al atardecer el aire se calmó. Los jinetes subieron en sus caballos, llegaron hasta la casa y desmontaron. José Cid les abrió la puerta y, mirándoles a los ojos con su mejor ciencia, les invitó a pasar.

EN LA BODEGA

(*Cueva*)

Despierto y no sé. Mis ojos no tienen que adaptarse a la oscuridad porque vienen de ella. Ni siquiera he tenido sueños. O no los recuerdo y lo que no existe en la memoria no existe en ninguna parte. Salvo bajo el agua. En aquellos días de pescador en el Estrecho me dejaba impresionar por la fortaleza de los dos continentes. El barco bailaba sobre la marejada, como un equilibrista que caminara con cada pie en una cuerda de diferente altura, y yo entonces intenté penetrar con la mirada la transparencia de las aguas. Sólo distinguía el azul oscuro y no podía conocer la profundidad que alcanzaba mi vista, si ese azul oscuro pertenecía a unos pocos centímetros o a muchos metros bajo el agua. Ahí debajo estaba el inmenso continente que sujetaba al resto, mayor él solo que la suma de los demás. Ahí estaba bajo el agua, y la cáscara del barco flotaba sobre él. Igual lo que no recordamos no está perdido sino oculto, y sostiene y permite la existencia de lo que sí recordamos. Acontecimientos olvidados como barcos hundidos, sueños nunca recordados como peces abisales. Masa acuática e inquieta que los contiene, inquieta masa de olvido y nada que es la mente sobre la que flota tambaleándose, como aquel barco de pesca, lo que creemos real.

Esta oscuridad permite que exista la luz cuando por fin venga y la nada permite que venga la vida. Existir consiste en un ir y venir de uno a otro sitio. Pero no como si fueran opuestos ni enemigos. En la nada flotan cada una de nuestras células. Cada uno de los átomos que se han agrupado para hacernos flota en la nada. Justo como en esta oscuridad puedo escuchar el tic—tac del reloj de mi padre y la respiración de Ángeles que duerme a mi lado.

¿Qué hora será? Puede ser cualquiera en esta bodega que no deja entrar ni un rayo de luz con la trampilla cerrada. No se oye sonido alguno en la casa. Quizá José y María duerman todavía, quizá haya amanecido. Quizá el sol esté alto y ellos estén en la huerta o en la era y nosotros sigamos aquí exprimiendo tanto cansancio.

Se oye el tic—tac pero como no puedo ver la hora ese tic—tac

no mide el tiempo. O lo mide igual que el latir de mi corazón. Si presto atención puedo oírlo, incluso puedo oír el de Ángeles. Incluso puedo oír el latido de nuestro hijo en su vientre. O no puedo oírlo pero sé que nuestros tres corazones miden el tiempo exactamente como el tic—tac lo hace. O mejor que ninguno medimos nada, sino que nos parece que podemos medirlo. Y el tiempo no es más que un infinito cristal irreal que se hace real cuando cualquiera de los objetos existentes choca contra él, y entonces el tic—tac y los latidos de todos los seres vivos suenan igual que un vaso cuando se golpea rítmicamente con una cucharilla. Un cristal irreal que se hace real cuando respiramos sobre él y el cristal se empaña y se ensucia con nuestra existencia.

Entonces puede ocurrir que haya despertado de día o todavía de noche. Todavía de noche quiere decir que aún puede ser hoy en lugar de ser por fin ayer. Eso lo deseo con todas mis fuerzas: que sea ya ayer. En esta oscuridad no puedo determinar si fue ayer cuando ocurrió todo o ha ocurrido hace unas pocas horas. Quizá me he despertado después de una hora de sueño y todavía es hoy el día en el que ha ocurrido todo.

Qué será el tiempo, día y noche, para esos peces abisales que nunca ven las alternativas de luz, día y noche. Será un fluido sin límites en el que se limitan a vivir; o será un fluido que en realidad no es nada sobre el que todos nos limitamos a vivir.

Yo creo firmemente que la nada existe como si fuera todo lo contrario de toda la materia, como si fuera pero no lo es. Yo creo que la materia existe porque flota sobre la nada como el aceite en el agua y que lo existente es una especie de excrecencia de la nada que ella expulsa de sí misma hacia la superficie, igual que las algas muertas flotan sobre la superficie del mar, expulsadas del fondo marino. Y creo que la existencia no es más que algo que se le ha muerto a la nada y ha expulsado hacia la superficie. Y así sobre la superficie de la nada todos flotamos, planetas y niños. Y creo que si a algo se le pudiera llamar Dios es a esa nada que creó el universo expulsando a la superficie todo lo que le sobraba en siete días y que en eso consistió la inimitable expulsión del paraíso adonde al morir volveremos, a su seno, y contemplaremos eternamente su nada hasta que se le ocurra volver a expulsarnos hacia la superficie dándonos la forma de cualquier materia muerta o a punto de morir a la que llamamos la vida.

Y he dicho que la nada existe como si fuera contraria a toda la materia, como si fuera pero no lo es. Porque lo que creo firmemente es que la nada y la materia son una misma cosa. Y que la nada no

nos expulsa por su voluntad sino que simplemente nos desprendemos de ella cuando no tenemos la suficiente densidad ni fuerza para seguir siendo nada, y entonces la nada que somos se va abriendo poco a poco y en la primera línea diminuta de separación dentro de la nada aparecen los dos primeros átomos y luego, conforme el desperdicio sin fuerza ni densidad suficiente para seguir siendo nada se sigue destensando, aparecen incontables átomos sobre la nada hasta que por fin llegamos al lugar de flotación que llamamos existencia.

Es decir, que la existencia no es más que la nada sin la densidad suficiente para seguir siendo la nada. Luego, al morirnos, vamos recuperando esa densidad. Pero es un proceso lento si lo medimos con un reloj.

Y mientras nos adensamos del todo todavía podemos flotar un tiempo más sobre la superficie de la nada en este mundo, un poco más densos que el resto de los hombres y de las cosas y, por lo tanto, muy poco o nada apreciables para los sentidos humanos, preparados para percibir sólo lo muy poco denso. De este modo sólo los que tienen sus sentidos especialmente desarrollados o acaso otro sentido puro y mental y distinto y sin nombre pueden percibir a aquellos que se han muerto, visibles de un modo extraño que no es más que una mayor densidad de nada, igual que dice José que fue mi padre quien me guió por las galerías.

Pero sí que es un proceso lento si es verdad que en Ambusta todavía están los muertos iberos y romanos que no han conseguido la suficiente densidad. Todavía flotan, aunque más hundidos que los vivos, sobre la superficie de la nada. Hasta que consiguen recuperar la suficiente densidad de nada como para hundirse del todo.

El Asombradizo habrá recuperado una mínima densidad. No sé si sucedió esta mañana o ayer por la mañana pero en cualquier caso el proceso de recuperar la densidad es infinitamente más lento. Seguro que habrán ido curas auténticos y habrán regresado las monjas y habrán limpiado la iglesia. Sólo que el Brazo lo tengo yo.

Es verdad que medir el tiempo es una absoluta tontería porque ayer, si es ayer, pasaron tantas cosas como si todo lo que cada uno tuviera que vivir hubiera sucedido en un día.

Y ni siquiera sé si Mateo está muerto. El Asombradizo cayó a la entrada de la cripta y a los demás los capturaron o los mataron. A mi Mateo, a su ilusión, a su propósito, a las ideas que movían su materia a educarme para imprimir El Corsario para reflexionar sobre la historia y poder cambiarla.

Y al final sólo son materias que luchan entre sí, los

terratenientes contra los hombres que les permiten serlo, con ideas contrarias, convencidos de que no están ellos y sus casas y sus diversiones y sus intereses y sus ideales sobre la línea de la nada. Y no saben que sus ideales no son más que justificaciones de animal predador para seguir existiendo. Y que un predador no es más que una justificación de la materia orgánica para seguir existiendo. Y que la materia orgánica no es más que una justificación de la nada para seguir existiendo.

Yo tomé el verdadero Brazo y las velas y cerillas del nicho donde las había guardado y de donde había cogido los huesos para rellenar el Brazo de Plata.

Porque yo me olía la trampa.

No me parecía posible que por un tratado el mal se convirtiera en bien y por eso yo quería comprobar que los curas que vinieran sabían distinguir el Brazo verdadero, que es como un pergamino marrón oscuro dentro del Brazo de Plata.

Entonces yo supe que aquel cura no reconoció el Brazo verdadero que es el que yo cogí del nicho, pero ya sin su armadura. Y me adentré por las galerías y huí y los abandoné a todos, mi querido Mateo.

Ahí estoy yo entonces galerías abajo por la negra montaña. La vela ilumina marcas en las paredes y hay como nubes de claroscuro en las curvas y desciendo como por una garganta y esta vez no oigo ni veo ni siento lo extraño salvo la humedad sofocante de adentrarse por las entrañas de la tierra como si de verdad fuera la tripa de un animal.

Desde la garganta al esfínter.

Y ya estaba cerca de la salida el desperdicio lo evacuable soy cuando retumbó el suelo lo mismo que si lo estuviera pisando un gran tamaño una y otra vez gigante y oí cómo se desprendían algunos cascotes en los túneles. Es por lo que creo que por ahora no será tan fácil que huyamos mi Ángeles y yo.

A mi lado respira.

No la veo y no quiero tocarla para que no se despierte pero es como si no sólo sintiera su respiración sino como si la sintiera al mismo tiempo que amo cada pedacito de aire que ella toma y suelta, como si fuera un fuelle que alentara en mí la máquina de producir ternura.

Vuelve. Ordena para no olvidar. Aunque sea como si las palabras fueran pescadas en las imágenes de los recuerdos que son el agua que siempre está en la mente. Porque nos inventamos las palabras al mirar el agua llena de imágenes. Igual que observar un arroyo en

el monte y decir esto es un arroyo. Ordena las imágenes y conviértelas en palabras esto es un arroyo para que no te engañen como espejismos.

Y entonces llegué aquí y la puerta estaba abierta como me había prometido José. Y la bodega no estaba vacía como yo esperaba sino que aquí estaban él y María y mi Ángeles y José me dijo:

—Están bombardeando las Quemadas.

Y Ángeles no tardó un momento en abrazarme y yo percibí su angustia y su barriga bola del mundo donde habita nuestro hijo. Este mundo para nuestro hijo, éste que no hemos sabido cambiar. ¿Y te ibas a quedar para siempre sin atreveros sólo a negociar un céntimo más un céntimo menos de hambre y de esclavitud? Ésa era la paz que a ellos les convino y les convendrá siempre, ceder en un céntimo de derechos y de salario que siempre podrán recuperar después en cuanto tengan contra las cuerdas al hombre que trabaja para ellos, lo tomas o lo dejas, eso es lo único en que van a ceder.

Más ahora que les hemos advertido de lo que somos capaces.

Ahora ya saben que sólo tendrán que escribir en sus leyes cuáles van a ser nuestros derechos biensonantes y mantener los salarios lo suficientemente altos, al límite de lo que sería digno, y a la gente ocupada en conseguir ese mínimo imprescindible para ir tirando. Y entre sus promesas y sus propagandas y nuestras duras y absorbentes jornadas, nos mantendrán callados entre el cansancio y la esperanza.

Así será de ahora en adelante con las generaciones que vendrán. Porque la nuestra será reprimida y encarcelada y asesinada. Y ya serán los venideros los que vivan el engaño de cada día de su vida que creemos vivir como propia e inmutable como si el conflicto social y la sociedad y las leyes del poder y la agrupación en ciudades y países gobernados y comprados y vendidos fueran una característica de nuestra especie igual que los topos hacen agujeros en el suelo y los pájaros carpinteros en los troncos para buscar larvas. Dando por hecho que ellos son los que poseen los bienes y el castigo y los moldes para que nosotros se los roguemos a cambio de trabajo a cambio de que los temamos a cambio de ajustar la dureza de nuestro cuerpo y espíritu al molde de nuestra libertad robada. Como si ellos y todo su orden social fueran algo más que un invento y una simple conveniencia que han heredado los hijos de sus padres convirtiéndola en tradición como si fuera un bloque de piedra, una realidad como un árbol un río una espiga. Cuando nosotros sólo nos pertenecemos a nosotros mismos y a la naturaleza en la que nos hemos hecho como las plumas se han hecho para no pertenecer a

nada salvo a la atmósfera del pájaro.

Y entonces abracé a Ángeles y me senté un momento y empecé a notar que se me cerraban los ojos y la nuca no me sujetaba la cabeza y María me apañó un lugar donde acostarme en el suelo y las bombas caían por las Quemadas.

—Duérmete tranquilo —me dijo—, que aquí no nos pasará nada.

Era la voz de José mientras se llevaba la saca con el Brazo hacia las galerías como si supiera lo que contenía sin abrirla y no lo quisiera en su casa, y me dormí como si me fuera a otra parte del mundo. Vagamente las bombas hicieron vibrar al principio el tambor de mi sueño y luego, como si no hubiera transcurrido ni un minuto, me desperté con la sensación de haber tenido pesadillas. Ángeles estaba sentada a mi lado. Me había abierto la camisa y me acariciaba el pecho. Con la mano, pero también con esa sonrisa y con esos ojos donde hay una mezcla de adoración y compasión. La bodega entonces estaba iluminada con candiles. Los dos solos. Intenté hablarle de lo que había pasado.

—No te preocupes ahora de nada, descansa, Manuelillo —me dijo.

—¿Y el bombardeo?

—Ya se acabó esta mañana.

Manuelillo me dijo y así me sentí casi como un niño al que su madre le frota el pecho porque está resfriado, pero yo la deseaba. Así me llamaba mi madre. ¿He deseado a mi madre alguna vez? No lo sé, tanto como puede un niño sentir el deseo. Recuerdo mirarla y sentir lo guapa que era. Meterme en su cama y abrazarme sobre sus pechos con alegría y sin mala conciencia. Lo que sí era buscarlos era cuando más adolescente ella me abrazaba y yo dejaba que mi pecho palpara los suyos como luego sentí los de la primera mujer con la que bailé. No me acuerdo ni de su nombre ni de su rostro pero sí de sentir el roce de sus pechos contra el mío como si padeciera por primera vez un arte de magia. Ángeles lo frotaba. Se abrió la trampilla y quién era me asusté. Era José y me lo contó:

—Manuel, están haciendo una sangría en el valle.

Vino mi silencio, tragué saliva y fue como si esa saliva fuera a mis ojos en lugar de a mi estómago en lugar de qué. Volví a tragar saliva y fue como si entonces se abriera un espacio dentro de mí parecido a la alegría, pero ¿podía yo sentir alegría ante esa matanza? Quizá sí, quizá se puede cuando uno ha llegado a la hartura de todo. Pero lo que yo me creo es otra cosa, que aquel espacio no era más que el alivio de que algo sucediera por fin, de que la realidad mostrara su cara real, aunque fuera la más cruel, la

cara mía, que la locura de ingenuidad que nos había llevado al convento terminara despertando. Despertando al tiro en la frente, a las tripas que sujetan las manos, despertando al fin de un mundo y dices que sientes alivio, ¿Manuel?, ¿éste soy yo? El que dice que siente alivio no hagas caso no eres tu pensamiento eres el que contiene tu pensamiento cubo de basura y tu pensamiento puede correr como una culebra por dentro de tu cabeza pero no permitas que te vaya devorando los sesos permítele el paso fuera o no fuera alivio aquel hueco que se abrió en tu alma cuando José dijo están. Calma. Vuelve. Ordena para recordar. Vamos y fue que le pregunté:

—¿Has visto tú todo eso?

—Parte lo he visto, parte lo he sabido.

Así es José. No se sabe por qué sabe pero siempre sabe lo que sabe.

—Hace rato que intentan venir a por nosotros, pero los antiguos no les dejan acercarse.

Los antiguos. Entendí a qué antiguos se refería.

—Ahora hay una tormenta ahí fuera, los jinetes van a aguantar hasta que se acabe. Pero no os preocupéis, me libraré de ellos. No hagáis ningún ruido.

María asomó la cara por la trampilla y le preguntó a Ángeles si necesitaba algo. Yo todavía estaba mirando los ojos claros de José, dudando yo estaba sospechando con una naturalidad como una alimaña acechada que me sorprendió hasta mí.

—No hagáis ruido y apagad los candiles.

Dijo José y la trampilla se cerró. Luego nos quedamos a oscuras y nos abrazamos para esperar. Llegaron. Había pasos arriba como de diez hombres. Me llevé a Ángeles hacia la puerta de las galerías, sólo por si acaso. Se los oyó caminar de un sitio para otro y luego desaparecer. Cómo pudo. María dijo que los había embrujado, José que no habían encontrado la trampilla. Conocimiento confianza hipnosis. ¿Un trato para entregarme a cambio de seguir viviendo?

—Salid, si queréis —dijo—, ya no habrá peligro hasta mañana.

Dijo José pero yo he preferido permanecer aquí en la bodega porque es como si todavía estuviera en un cruce de caminos sin haber decidido por dónde tirar. Porque eso fue lo que hablamos después. Qué íbamos a hacer Ángeles y yo y el niño. Huir a Egipto es lo que tendríamos que hacer en cuanto amanezca si es que no está ya el día en alto, sol hostia en las manos de Dios. Y nosotros corriendo por las colinas y desiertos alumbrados por el cuerpo esférico de Cristo. Así debería.

Y todos pensamos lo mismo pero yo tengo alguien dentro de mí

que está en contra de mí mismo y es mi enemigo y otro y otro más y eso es lo que yo soy y soy y soy, la suma de todos los enemigos que llevo dentro. Por eso ayer o hace un rato cenamos en la bodega. Yo no podía ni salir a la superficie, la negra tierra me protegía porque me engullía y yo ya era un alimento sin voluntad ahogado por los jugos digestivos. Como la cena que tomamos hace un rato o ayer Ángeles y María y José y yo. José sacó del tonel una garrafa de vino y no me ofreció porque yo no bebo ni un vaso pero hace un rato o ayer me bebí dos. Agrio lo sentí y me apagó los nervios del estómago y así me bebí otro y otro hasta que los apagó del todo. Entonces estoy tan preocupado por sobre todo Mateo. Y así se lo dije a todos ayer o hace un rato. Y José insistió con estas palabras que suenan como sonaron:

—Debéis iros ahora o dentro de una hora o mañana por la mañana. Tomad las galerías hacia el monte, Manuel y Ángeles, hacedlo como os digo. Yo os ayudaré a desescombrar si las bombas han cegado algún camino. Aquí hay un mal futuro para vosotros.

Un mal futuro. Eso ya me lo había advertido antes. ¿Crees que vamos a morir?, le pregunté.

—No lo sé. La muerte definitiva puede tardar en venir años y años. Las destrucciones son las que vienen continuamente.

Le brillaban los ojos como de una angustia, se notaba que sabía pero que no quería hablar o que no tenía las palabras.

—Convéncelo —le dijo a Ángeles—. Es lo mejor para vosotros.

Y cuando ellos se fueron ella me abrazó y me dijo:

—Lo que decidas lo haremos juntos.

Y yo sólo he decidido dormir y no saber decidir nada ni tampoco si ya ha amanecido o si hace dos horas eran las doce de la noche de ayer. Nada sé. Y ahora empieza a rascar el aire otra vez. Es como si un niño gigante rascara el cielo haciendo brrrrr con la boca brrrr y fuera creciendo en un momento y se hiciera hombre y gritara BRRRRRRRR.

(*Mañana*)

José Cid abrió la trampilla y dijo:

—¿Estáis despiertos?

Manuel contestó y Ángeles se incorporó sobresaltada. La luz que llegaba desde arriba los descubrió sobre las sábanas y mantas que había extendidas en el suelo.

—Habéis dormido mucho. Son ya las once de la mañana.

El ruido del motor crecía conforme se acercaba y luego volvía a alejarse.

—Está volando en círculo, pero esta vez no tiran bombas, tiran esto —dijo enseñando un papel—. Subid a desayunar y no tengáis miedo, que después de la tormenta viene la calma. Vamos, Manuel, es un mensaje para ti. Ahora no tendrás más remedio que decidir. Alégrate, eso al menos ya es algo.

Manuel buscó la mirada de su mujer. En sus ojos había preocupación y una alegría forzada.

—Vamos, Manuel, vamos —dijo con un punto de temblor en la voz, y se notaba que había dicho eso para callar muchas cosas.

Subieron y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Desde la habitación de al lado sonaban los sollozos que María intentaba ahogar. Manuel tomó una de las hojas que estaban sobre la mesa.

—Las están lanzando por todo el valle —dijo José.

La hoja tenía el tamaño de una cuartilla, era blanca y estaba escrita con letra de imprenta:

> «Segundo día de la Restitución Gloriosa.
>
> Diablo Juanmaría:
>
> En restableciendo el orden hemos hecho presos a muchos de vosotros, hijos bastardos de la Patria y de Dios, cuyas vidas ilegítimas serán perdonadas siempre que se demuestre su inocencia en juicio, mas todos serán fusilados de inmediato si no te entregas antes de tres días portando contigo el Sagrado Rehén que has usurpado del Templo donde se le adora per secula seculorum. Sólo tú serás responsable de la muerte de tantas familias y del desamparo de sus huérfanos. Y aquí no se podrá decir que pagan justos por pecadores, sino pecadores por el más terrible de ellos, el cual tendrá en cambio un juicio justo por parte de las autoridades.
>
> Junta de Restitución del Orden y la Moral Públicos».

Manuel dejó caer el papel sobre la mesa y, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, inclinó la cabeza hacia atrás y resignó la mirada en el techo, como si tuviera cuello de marioneta. Su mujer le apretó la mano mientras terminaba de leer una de las hojas. Se oía el vuelo en círculos del avión y el sollozo de María en la habitación de al lado. José se levantó y fue a calmarla.

—Vamos, mujer, haz un esfuerzo —se le oyó susurrar.

Ángeles apoyó los brazos en la mesa e inclinó la cabeza hacia delante, como si alguien hubiera sentado en la silla un muñeco de trapo.

—¿Cómo saben que lo tienes tú?

—Mateo era el único que lo sabía, y el Asombradizo, claro, pero él no ha podido chivarles nada, ¿no es cierto? Pero cualquiera de los nuestros ha podido hablar, todos, uno detrás de otro. En cuanto les hayan torturado por lo del Brazo, habrán pensado en mí.

Ángeles miró la madera de la mesa y José regresó con María, que ya se había calmado. Sus ojos enrojecidos hoy eran de almendra amarga, los rizos del pelo duros como muelles.

—Perdonadme —sonrió, todavía con lágrimas en la cara.

Los cuatro estuvieron un rato sentados alrededor de la mesa. Una mosca volaba entre ellos y trazaba una espiral en el silencio con su levísimo zumbido.

—Manuel —dijo José—, mira la barriga de tu mujer. Vosotros tenéis vuestro propio destino. Tú no eres responsable de lo que le ocurra al resto. Ni a don Mateo tampoco, entérate de esto de una vez. Ellos se arriesgaron por su propia voluntad. Vayas o no vayas a muchos los matarán de todas formas. Iros por las galerías y tira el Brazo en cualquier rincón. Hazlo de una vez. ¿No os acordáis de la historia de Herodes, cuando iba a matar a todos los recién nacidos, y la Virgen y San José huyeron a Egipto con el hijo de Dios? Ellos no se quedaron para salvar al resto. Pero tú sí quieres hacerlo, Manuel, tú tienes que enmendarle la plana hasta al mismísimo Cristo.

Manuel fijó en la mirada de su cuñado su propia mirada, acuosa y gris. Le iba a decir: «No me vengas ahora con el Evangelio». Pero se sorprendió porque hacía un rato a él también se le había venido a la cabeza la historia de la huida a Egipto. Y dijo:

—Parece que me estás leyendo la mente.

—¿Quiere eso decir…? —exclamó Ángeles con alegría, apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

Manuel puso su mano sobre la de su mujer y vio cómo en el rostro de José se estaba formando una sonrisa. «No, no me estaba leyendo la mente», pensó.

ÁNGELES

(*Crepúsculo*)

No lo hagas por mí, hazlo por mi hijo. Le ha dejado todo el día para que lo piense, sabe que en su cabeza lucha un pensamiento contra el otro como dos pedernales que chocan secos y violentos y fabrican chispas. Se quema, se quema, ha venido pensándolo durante horas, pero sabía que él no podría asumir entera la decisión si no le dejaban solo y alejado. Por eso no le ha hablado en todo el día. No le reprochó que volviera a la bodega, no para escoger de una vez el pasadizo, sino para estar solitario en lo oscuro. Por eso, cuando salió otra vez a la luz de la casa a la hora de almorzar y pidió: «Necesito tomar el aire y, de paso, voy a enterrar el Brazo de una vez» y José le dijo que si no pasaba de las ruinas no había peligro, ella se limitó a recibir la mirada que decía: «Te quiero, pero no tengo más remedio que hacerte sufrir», y tardó todavía un rato en saber que debía vigilarlo.

Ésta es la razón por la que se había quedado en la casa sentada en una mecedora junto a la ventana durante gran parte de la tarde. Mirando afuera. Cada dos por tres. De hecho, no podía apartar la vista del trigo que el sol pisoteaba mientras María, sentada enfrente de ella en otra mecedora y con el bordado en la mano, no paraba de hablarle de papá, mamá, Reme y el niño, Manuel, tu hijo, que pasará, Jesús, Jesús!, los espíritus estos, qué tranquilos que están, pero ella se quedaba sólo con las palabras sueltas. Sentía en la frente y en la superficie de la cabeza un picor ansioso, como si le estuviera caminando por dentro una procesión de hormigas. No lo hagas por mí, hazlo por mi hijo. Miraba el trigo y se ponía las manos sobre la barriga. «¿Dónde está José?», le había preguntado a María al principio de la tarde, cuando arrecia el calor y es como si el trigo evaporara un aire amarillo que se va volviendo azul. «Habrá ido a ver a tu Manuel, a ayudarle a sepultar el Ése.» Esa respuesta había mantenido durante muchos minutos su cabeza a punto de ebullición, y se puso a hervir del todo cuando de pronto apareció José desde la cocina diciendo que había estado inspeccionando el estado de los pasadizos después del bombardeo y que podían irse por ellos con algunas precauciones pero tranquilos. Ella se estaba

meciendo y, mientras escuchaba las palabras de su cuñado, se mecía a mayor velocidad hasta que aprovechó el último vaivén de la mecedora para salir disparada hacia la puerta: «Voy a verle, dijo. «¡Ángeles!», dijo su hermana. «Déjala», dijo José.

Hazlo por mi hijo. Ángeles corría hacia las ruinas y su pelo, fuego suelto, contrastaba con la pesadez de la barriga abombada. Sus pasos le resultaban demasiado cortos, como si el muro del teatro se arrastrara hacia atrás un metro y otro metro y prefiriera la soledad para abrasarse a gusto en sus propias piedras. Mi hijo tropieza cada vez que tropiezo, corre conmigo porque quiere un padre. Ángeles se detuvo y caminó despacio los últimos metros rodeando con sigilo el semicírculo que guardaba las gradas, hacia la parte más alta donde había una gran roca hendida desde donde podía contemplar, oculta si quería, el foso del teatro. Después de la primera vez, habían vuelto a hacer el amor en todos sus rincones, sobre todo apoyados en los pilares de piedra que sujetan lo que queda del escenario. Además, a esta hora de la tarde es el único lugar del teatro donde hay sombra. Ángeles se asomó a través de la hendidura de la roca. Manuel estaba allí, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en un pilar, de frente a las gradas. Donde mi hijo fue engendrado, eso una mujer lo sabe. También sé que su cabeza está a punto de partirse. Manuel se limitaba a estar sentado, con la cabeza inclinada hacia el suelo y con los brazos apoyados en las rodillas de sus piernas flexionadas. A un lado, estaba la pala que se había llevado para cavar y, al otro, la saca con el Brazo. Ángeles conocía lo que él estaba viendo. Hierbajos vivos en las ranuras del suelo. Hierbajos muertos sobre la piedra del foso. Mi hijo no es un hierbajo. Y lo que él estaba sufriendo. A punto de partirse en dos pedernales que se querían arrancar las chispas a golpes entre una opción y otra, y estaba segura de que una de ellas le ocupaba la mente como una tormenta con todos sus argumentos de mil rayos y truenos, y segura de que después era desplazada por otra con los suyos propios y que la mayoría del tiempo las dos tormentas estaban mezcladas en la cabeza de Manuel, aunque pareciera tan sereno como una estatua sedente que los romanos se hubieran olvidado en el foso cuando Ambusta comenzó a arder la última vez que lo hiciera. Yo sé que es como no saber si matar a tu padre o a tu mujer. Pero no lo hagas por mí, hazlo por mi hijo. Ángeles puso una vez más la mano sobre su barriga, sobre el vestido azul oscuro que la cubría. Es como cuando comenzó a ser electricista y aprendía a cortar y empalmar cables. Imagina que tiene una raja en su antebrazo izquierdo tan grande que se puede tocar perfectamente

las venas de dentro, una y otra, azules que corren desde su mano hasta el corazón. Imagina que en su mano derecha tiene unos alicates y que se está mirando esas venas del antebrazo izquierdo porque tiene que elegir entre cortar una u otra. Y si corta una se le para el corazón y si corta otra se le acelera tanto que explota. Y tiene los alicates preparados en la mano derecha y en alto, porque está obligado a elegir ya, sin pérdida de tiempo. Imagínalo, hijo, eso es lo que le pasa a tu padre.

Hace poco que el sol ha acabado su lentísimo salto sobre la colina de Ambusta y que ha comenzado a tocar la sierra del oeste. Ha sido entonces cuando Manuel se ha levantado y, echándose la saca al hombro y apoyando la pala sobre el otro, se ha subido al escenario y se ha detenido en el arco del enorme y ruinoso muro del teatro, como observando algo. Después ha dejado caer la pala hacia la izquierda y ha saltado hacia esa misma dirección, dejando el arco vacío.

Ángeles ha estado a punto de darle una voz pero un vuelco de su corazón le ha comido la lengua. Por eso está arrepentida y se maldice: «Cobarde» se diría un hombre, pero ella se dice torpe, lenta, demasiado generosa. Porque desde la roca que hay por encima de las gradas se ve a través del arco como por un inmenso ojo de cerradura una parte del valle hasta muy lejos: campo de trigo colina abajo, olivares hasta el río, encinas reunidas en pequeñas manadas, la parte inferior de la ladera de la Santa. Sin embargo, el muro oculta, a la derecha y a la izquierda del arco, lo que está más cerca. Y lo que estaba cerca y después ha estado lejos ha sido su marido, Manuel, que ha comenzado a descender a paso largo la colina de Ambusta. De eso se ha dado cuenta Ángeles cuando la figura del tamaño de una mano ha salido en diagonal de la zona que la parte izquierda del muro protegía de su visión. Y lo que ha pensado ha sido: Le he dejado demasiado tiempo, perdóname, hijo. Creía que tu padre se había puesto a enterrar el Brazo detrás del muro, pero lo que ha hecho es tirar la pala e irse sin despedirse de nosotros, he sido torpe, he sido demasiado generosa. Y entonces Ángeles ha comenzado a correr agarrándose la barriga, ha rebasado las ruinas del teatro y, en lugar de tomar el sendero, se ha puesto a acortar camino entre las mieses y ha sentido cómo la paja le pinchaba en los tobillos y en las pantorrillas e incluso en los muslos. No llegará a ti, hijo mío, yo estoy cerrada para que tú no puedas pincharte.

Manuel recorre con sus botas nuevas y sus pasos largos tanto como Ángeles con sus sandalias y su barriga y su carrera, y ella

podría gritarle para que él la esperara o para que él también se pusiera a correr pero ella sólo tiene voz para jadear y así llegar hasta él y detenerle. No te entregues, no lo hagas por mí, hazlo por mi hijo. A su espalda el sol ha desaparecido y resulta igual que si nunca hubiera estado sobre las Quemadas porque se ha inaugurado una luz suave y malva y cristalina que tiene la virtud de convertir todo en silueta —un árbol es el recortable negro de un árbol, un hombre el recortable negro de un animal erguido— como se inaugura un reino nuevo y un orden nuevo de luminosidad donde no hay astros en el cielo, ni sol, ni luna, ni una sola estrella, sólo esa transparencia de aire malva que se respira. Ángeles persigue una silueta y sabe que ella es otra silueta embarazada de otra silueta. Como cuando de niña jugaba a los cromos y un cromo grande podía ser hijo de otro. Yo entonces no sabía cómo se hacen los niños pero si entonces hubiera sabido lo que hoy sé, un cromo podría estar embarazado de otro, como ahora soy un recorte de sombra con un recorte de sombra en mi vientre corriendo detrás de la silueta de Manuel, el único cromo que quise que fuera el padre de mi hijo.

El crepúsculo ha invadido cada uno de los resquicios de la existencia. Manuel ha llegado al camino de Vulturno y pronto tendrá la oportunidad de encontrarse con la primera patrulla. Ángeles ha salido del campo de trigo y ahora salta un matorral y tropieza y se cae y pone las manos para que la barriga no dé contra la tierra pero aún así se lleva un golpe, y Ángeles se vuelve y se queda tumbada boca arriba con el pelo rojo desplegado sobre la suciedad del polvo y de la hierba muerta y no tiene aliento ni para levantarse ni para llorar pero las lágrimas le arrasan las mejillas. No te entregues. No lo hagas por mí, porque si la naturaleza y la mismísima sangre de Dios que él ha convertido en mi sangre han querido que yo pueda ser madre de mi hijo como lo he sido y me ha hecho un cuerpo de barro para que pueda engendrar el barro y luego he tenido un nombre, aunque el nombre no importa, y así tú hayas venido a mí y me hayas llamado por mi nombre y ese nombre haya sido útil a la naturaleza para que tú me fecundes, Manuel, y mi conciencia haya sabido que sólo al ser fecundado mi barro ha cumplido su sentido, tú no puedes entregarte, salvar a otros, porque la naturaleza ha querido que tú señales mi barro y no ha querido que tú te entregues para salvar a otros, eso lo han querido todas tus ideas y locuras, no la naturaleza ni la mismísima sangre de Dios, por eso debo detenerte, pero no lo hago por mí, lo hago por mi hijo.

Se levanta y salta al camino y comienza a correr cuesta abajo. Manuel no debe de estar muy lejos, pero una curva pronunciada le

impide verlo en la distancia. Corre cuesta abajo y eso le hace avanzar más rápido. Se agarra muy fuerte la barriga. No te he matado, hijo mío, ha sido un golpe pequeño, no te he matado. Rebasa la curva y alcanza a ver al fondo de la cuesta la figura de Manuel, que está detenido en mitad del ancho del camino, justo antes de tomar una nueva curva. Está a unos cien metros. Le ve dejar la silueta de la saca en el suelo. Está a noventa, a ochenta, a sesenta. Ve cómo comienza a levantar la silueta de los brazos. Está a cincuenta, a cuarenta, a treinta. Ve cómo desde el otro lado de la curva aparece la silueta de un grupo de hombres con la silueta de los fusiles que apuntan, unos al suelo, otros a Manuel. Está a veinte, a diez. Manuel vuelve la cabeza y no puede ver si en su rostro hay sorpresa, dolor, tranquilidad. Sólo ve un óvalo negro.

—¡No disparéis! —ordena un grito.

Está a cinco, a cuatro, a dos.

Ángeles se abraza a Manuel, pero es como si él la hubiera atrapado a ella en su carrera y ahora la consolara por haberla perdido.

Ella jadea y llora, toma aliento y llora. Él le acaricia el pelo y le quita los pedazos de hierba seca que se le han quedado pegados. Quiere decirle que la ama y quiere regañarla por haberse puesto en peligro. Pero cuando intenta decir una sola palabra siente que le va a explotar el pecho en un llanto y aprieta la boca. Los soldados tampoco dicen nada. Son ocho y de ellos sólo dos les apuntan mientras un tercero se acerca y agarra la saca que contiene el Brazo.

—Vamos —dice.

Y las diez siluetas comienzan a avanzar hacia Vulturno. Y conforme oscurece una silueta se va confundiendo con la que tiene al lado. Hasta que la noche es una sola silueta.

EL CASINO

(*Día*)

Las dos plazas principales de Vulturno eran vasos comunicantes. La gente fluía de uno a otro lado como en el día grande de las fiestas de la Patrona. Camisas blancas, rostros curtidos, miradas huidizas. Había una desmesura en las sonrisas y en los saludos. Y las mujeres, arregladas como para ir a misa, guiaban el comportamiento de sus maridos o de sus hijos:

—Mira, ahí está Fulanito, sé amable con él, que se trata con el marqués.

Caminando concentrados en un pensamiento cauteloso, se detenían para estrechar la mano de un vecino al que en otras circunstancias evitarían por la calle, no porque sintieran por él una total indiferencia, antes bien porque les resultaba molesto dejar de ser independientes y huraños. Hablaban de cualquier cosa menos del tema que estaba en la mente de todos y, si acaso a un imprudente se le ocurría mencionarlo, preferían bajar la cabeza y moverla en silencio como se hace ante la cama de un enfermo terminal.

La luz azul cegaba, reflejándose en cada una de las fachadas blancas. Hacía un calor que dolía en las frentes de los pocos hombres que no llevaban gorra o sombrero de paja y de las mujeres sin pañuelo. Si se veía algún buen sombrero de fieltro apresurado entre la muchedumbre y en dirección contraria al resto, su dueño también llevaba en la mano un jamón de pata negra y todo el mundo sabía que se dirigía al Casino para coger sitio. La inmensa mayoría no tenía jamones que regalar y por eso iba a la Plaza de los Evangelistas antes de abarrotar la Plaza Noble. A los ricos se les suponía la fe.

El gentío se embotellaba en la puerta de la Catedral y, mientras esperaban su turno apretados unos contra otros, recibían las amonestaciones que desde un estrado les hacía doña Leonor, escoltada por un grupo de señoras de la Liga. Todas ellas iban vestidas con encajes y otros muchos primores que les cubrían desde el cuello hasta la punta de los zapatos. Doña Leonor estaba usando un megáfono de mano y, cuando en su aparatosa gesticulación

alzaba la cabeza hacia el cielo, el megáfono parecía un embudo por el que la mujer tragaba un zumo de iras celestiales. Cuando lo inclinaba hacia el acalorado auditorio que se apelotonaba para entrar en la Catedral, les escupía a través de él todas las maldiciones bíblicas que se les vendrían encima si no acataban las modas y costumbres de la más estricta moral católica. Detrás de ella, las señoronas de la Liga decoraban el fondo del discurso con las letanías de un rosario interminable. Las cuentas —dientes de marfil y perlas negras— corrían entre sus manos. Y el público atónito, en aquel rostro que se les agachaba casi a la altura de las orejas para gritarles sus pecados, contemplaba aquellos ojos de doña Leonor que parecían no tener pupila y donde caía una lluvia marrón, tupida y furiosa.

El interior de la Catedral había sido dividido en dos partes por una valla metálica, custodiada por un pelotón de legionarios. En el lado del altar se había levantado un trono de oro con flores en las cuatro esquinas y mantos de seda negra hilados con plata que subían hacia el centro formando una especie de pirámide, en cuyo vértice estaba el Brazo de la Santa en posición vertical y con el ventanuco de la muñeca de cara al público.

A la izquierda del altar había una fila de bancos paralelos al muro lateral, totalmente ocupada por un grupo de monjas del convento de la Santa que habían recibido venia del obispo para acompañar al Brazo mientras estuviera expuesto a los fieles de Vulturno. Era deseo de la más alta jerarquía vulturniana que la gente pudiera adorar lo que estuvo a punto de serle arrebatado. Y era verdad que creyentes, curiosos y fingidores abarrotaban la Catedral. Desde el médico al tabernero, todos los oficios estaban allí, incluso las peonadas de los pueblos que no habían sido acusados de participar en la rebelión de las Quemadas, porque ya se había encargado el alcalde de aclarar que no todos los jornaleros eran diablos y que se iba a tomar una serie de medidas para mejorar la situación de la gente que trabajaba en el campo y hacía posible la alimentación de los demás.

Hombres, mujeres, niños. Apenas les daba tiempo de llegar hasta la primera fila, arrodillarse, santiguarse, y comenzar el intento de salir por la puerta lateral de la Catedral, que había sido abierta de par en par con este propósito. En cuanto alcanzaba la calle, el gentío se dirigía hacia la Plaza Noble. Era un río de calor. Y las cabezas de la muchedumbre eran como las piedras que hay en el lecho de los ríos.

El cuadrilátero de la Plaza Noble cobijaba una multitud que se

pisaba para encontrar un sitio lo más cercano posible al Casino, cuya puerta estaba protegida por un pelotón de soldados. Los muchachos, encaramados a las farolas, procuraban atisbar algo de lo que ocurría más allá de los espesos cortinajes del primer piso, cuyos balcones estaban ocupados por más soldados en posición de firmes. Pero las cortinas estaban echadas y, por sus resquicios, la luz apenas invadía el salón de lectura con una suave penumbra.

No quedaba ninguno de los sillones habituales del salón, que había sido amueblado con los bancos del Palacio de Justicia, de donde también habían sido traídos el estrado y unos asientos laterales de respaldo alto destinados a quienes iban a sufrir los rigores de la justicia. Todo de madera, pulido y serio.

Los bancos, como si de una boda rica se tratara, estaban abarrotados por los principales de Vulturno, todos hombres, que se habían encajado su mejor traje. La prohibición a las mujeres había sido tajante, por mucho que fuera negociada en la alcoba de don Luis a cambio del púlpito desde el que doña Leonor predicaba a las puertas de la Catedral.

En el banco de la primera fila estaban el director de la Casa de Luces, don Juan —sus muslos soportaban el peso de sus manos llenas de anillos; su rostro, el de la preocupación—; los pollastrones Huesa, el Rey Gallardo, la cabellera rizada de Bellimbusto junto a la cabeza rapada y con parche de Kilometrón Solar y, en la esquina, casi saliéndose del banco, Nazario Ortiga. El movimiento de su pierna derecha y el tic del mostacho revelaban su inquietud —probablemente una inquietud moral— por el juicio que estaba a punto de suceder. Su sonrisa, en cambio, evidenciaba la satisfacción de haber agradado a sus superiores y al primero de ellos, el que sería su benefactor en la época que hoy se inauguraba. Al fin y al cabo, la solución de los jamones la había propuesto él unos días antes tomando el aperitivo en el Palacio de don Luis, el recién bautizado Cañoncito Pum, que estaba agobiado porque mucha gente le había manifestado «su profundo interés» por asistir al juicio. «Sólo podrá asistir quien regale un pata negra al Tribunal», chispeó Nazario levantando el dedo, coqueto e inclinando la cabeza ante un plato de aceitunas y una copa de Jerez. «¿Y entonces tú te quedarías en casa?», le provocó Cañoncito Pum mirando con sorna al resto de los invitados. «Yo sería el único caso que quedaría exento», se ruborizó Nazario, «por haber sido a mí a quien se le ocurrió la idea». Don Luis se tomó el cachondeo al pie de la letra y ésa fue la condición explícita para presenciar el Juicio Sumarísimo. La implícita era una condición de clase. Ni a Iván el Abubilla le

permitió Cañoncito Pum el paso al Casino.

En el estrado estaba el pleno de la Junta de Restitución del Orden y la Moral. En una esquina el alcalde, bovino y embutido en una camisa café, sudada desde primera hora; en la otra, don Curro Sincero, finolis, con el mentón levantado y condecoraciones en el pecho; en el centro izquierda, el marqués de la Santa, ceñudo y con su traje de blancura inmaculada; y en el centro derecha, el presidente de la Junta, monseñor Marcelino Claret, que para la ocasión se había puesto la mitra. Ellos eran los miembros del Tribunal y cada uno acababa de encenderse un puro.

En las corrientes de aire que formaban las ventanas entornadas, el humo tomaba una inclinación hacia el techo y luego la nube navegaba hacia el público que esperaba a los primeros encausados. La lista era larga. Pero, como todavía nadie aparecía, y, conforme había llegado, la gente había ido acumulando los jamones en los bancos que estaban apoyados en la pared a cada lado del estrado, parecía que las víctimas de aquel juicio iban a ser aquellas filas superpuestas de pezuñas oscuras, algunas con pelambre en la pantorrilla, que empezaban a sudar en el tocino del muslo las más elegidas esencias del jardín ibérico. Aunque todavía era temprano —las once de la mañana— para que los estómagos de aquellos principales olvidaran el desayuno, algunos ya habían empezado a segregar nuevos jugos gástricos.

Cañoncito dio tres golpes de maza y se abrió la puerta lateral que había junto al estrado.

—No hace falta que os diga —se dirigió al público mientras entraba en la sala un hombre escoltado por dos soldados— que la Junta de Restitución se ha visto obligada a hacerse garante de la Justicia con el respaldo de los máximos poderes religioso, civil y militar, dado que Vulturno se ha visto traicionada por el mismísimo Palacio de Justicia, que ha dejado de ser edificio de ley y de fiar, por lo que se ha trasladado a esta casa donde siempre las opiniones y los juicios han corrido impunes la responsabilidad de juzgar a estos hidrofóbicos y a quienes les hayan apoyado, empezando por el que no mereció el cargo de juez de esta ciudad. Tendremos uno nuevo cuando este alzamiento del orden legítimo contra el caos y el desgobierno republicano reinstaure la autoridad de los más altos tribunales en todo el territorio. Mientras tanto, nosotros seremos ejemplo y avanzadilla para todos, los primeros de la nación y los primeros en Dios.

De perfil al estrado y al público, entre los dos soldados, el hombre levantó la cabeza. Un silencio de velatorio, donde siempre

se murmura, reconoció el traje crema bajo la suciedad, el pelo repeinado en la cabeza revuelta como al viento, una barba incipiente sobre la hinchazón de los labios y las mejillas.

—La autoridad —prosiguió Cañoncito— ha recabado de su puño y letra esta confesión mecanografiada y firmada y signada por el culpable. ¡Alcalde!, lee.

El alcalde se retrepó en su silla y, sacándose del bolsillo una cuartilla doblada en cuatro, la desplegó. Señaló de cara al público una firma en tinta azul y se puso a leer:

«Yo, Antonio Gómez Caba, hasta hoy juez de esta ciudad, declaro ser culpable de complicidad con la rebelión de los pasados días en las Quemadas, que acordé desde el principio con sus líderes, conduciendo a esta región al desastre y exterminio, por lo que por la presente renuncio a mi cargo y me pongo en manos del nuevo poder judicial representado por la Junta de Restitución del Orden y la Moral Públicos. Firmado Antonio Gómez Caba a fecha tal y tal».

Antonio el Juez sonrió hacia el público y enseñó que le faltaba una fila de dientes. Nuevos murmullos se oyeron en la sala.

—¡Orden, orden! —golpeó Cañoncito con la maza—. ¿Qué opinan sus señorías?

Curro Sincero giró muy tieso la cabeza hacia su derecha, mientras con la mano izquierda dejaba caer al suelo —apoyado el codo en el estrado— la ceniza finolis.

—Este señor se merece por lo menos diez años de cárcel.

—¿Y no le podemos aplicar la Redención de Penas por el Trabajo? —sugirió el obispo mostrando la salivilla en la comisura de los labios—. Antonio el Juez…

—Antonio el Ex—Juez, reverencia —le corrigió el alcalde desde la parte izquierda del estrado.

—Antonio el Ex—Juez —prosiguió el mitrado— nunca ha sido muy religioso. Sin embargo, hasta el día en que se descarrió tuvo entre mis fieles fama de hombre justo, valga la redundancia. Quizá con la Redención de Penas podría enmendarse su condena.

—Ten en cuenta, obispo —apostilló Cañoncito— el estamento social al que pertenece este hombre. ¡No creo que ni él mismo quisiera trabajar como albañil del Balneario! ¿No es así, Antonio?

Antonio el Juez levantó la cabeza hacia el estrado y enseñó de nuevo la negrura de su boca. Tenía los ojos acuosos, angustiados. Se volvió hacia los bancos de la sala y, enarcando las cejas, intentó decir algo, gritar algo, advertir de algo. Pero no salió ninguna palabra, la lengua no le funcionaba.

Cañoncito sonrió y dio un golpe de maza:

—Para Antonio el Ex—Juez, diez años. Llevároslo ya.

Lo soldados lo arrastraron cada uno de un brazo y desaparecieron por la misma puerta por la que habían entrado.

Y se oyó un grito de mujer:

—¡Antonio!

Y un llanto, pero como si no hubiera dejado de gritar.

Y entró en la sala tropezando e intentando mantener el equilibrio con las manos esposadas en la espalda, y detrás de ella los soldados que la habían empujado.

Y cuando vio a Cañoncito Pum intentó irse hacia él, pero los soldados la agarraron de los brazos:

—¡Si supieran tu…!

Pero el mazo ya había golpeado:

—¡Amordazadla!

Y en la sala se hizo poder el silencio.

Ante el estrado estaba la Rubia, con el pelo cortado por cualquier parte, descalza y vestida con una especie de hábito pardo. Un soldado acababa de taparle la boca con un pañuelo. Cañoncito había querido torturarla también con la visión de Antonio el Juez, cruzarlos en el instante en que la derrota de sus vidas se había consumado. Casaros ahora si podéis, pensó desde el estrado. Yo he estado enamorado de esta piltrafa… Cómo he podido convertirte en esto. Había sido la única inspección que él había evitado cuando hizo la revista de los calabozos junto a Nazario. La mañana en la que había dado la orden de que la capturaran, les dijo:

—Tratadla como la puta que es, dádsela a los carceleros.

Pero no había querido verlo. La presintió cuando pasó por la zona de mujeres pero dio un rodeo para esquivar la celda donde ella estaba. La presintió, la olió incluso, Sandrine. Era aquella que los principales miraban en este instante con asombro, la que muy pocos habían logrado poseer en la Casa de los Cascabeles desde que don Luis la hiciera su favorita. Ahora la podían tocar a sus anchas con la mirada. Parecía un raro muchacho con el pelo cortado. Aquel hábito había sepultado sus curvas y devorado su perfume. Debajo de la mordaza, junto a la boca, un cardenal le latía como un corazón. Tenía marcados unos dedos en la mejilla. Como un naipe de bastos rojos. Tenía las lágrimas clavadas en los ojos de Cañoncito y éste le devolvía láminas de cuarzo. Hasta que —había pasado un momento— entraron las otras mujeres.

Mientras un soniquete de reprobación iba creciendo en la sala, la madama y las once chicas que quedaron después de que la Rubia se marchara con Antonio el Juez ocuparon su lugar ante el estrado.

—¡Pero, hombre, no hay derecho! —exclamó alguien desde los bancos de atrás.

Allí todo el mundo comprendía que la Rubia tuviera su merecido. Entendían sin palabras que Cañoncito se vengara de ella, pero no iban a admitir que se les privara del resto de las mujeres de la Casa.

—¡Va a haber que visitar los gallineros!

El tumulto crecía. El alcalde se estiraba en el asiento y chupaba su puro, mientras Cañoncito aporreaba la mesa con el mazo:

—¡Orden, orden!

El obispo se levantó santiguándose y Curro Sincero sacó su silbato, pitó y la sala se llenó de fusiles. Los soldados se situaron delante de la primera fila de bancos, de cara al público y en posición de firmes. Nazario, que no había abierto el pico y no había dejado de mirar al frente, tenía delante de la cara la bragueta de un soldado muy alto. Cómo iba a quejarse él después del regalo que le había hecho el Amo. El Rey Gallardo, trajeado como un padrino, hasta se había puesto de pie: «¡No nos quitéis las putas!». Pero ahora no tuvo más remedio que sentarse. Los principales sellaron la boca.

—¡A la próxima voz que oiga, desalojaré la sala! —dijo Cañoncito apretando el puro entre los dientes. Él también estaba fastidiado por este asunto. Mucho trabajo le había costado negociarlo con el obispo y sobre todo con Leonor y todas las mujeronas de la Liga, que deseaban meterlas en la cárcel. Al final había conseguido que en lugar de desterrarlas simplemente, como él quería, fueran recluidas en un reformatorio de mujeres, custodiadas por monjitas, hasta que un tribunal religioso dictaminara si habían inmaculado sus costumbres.

«No puedo conseguiros otra cosa», le había dicho a madama Rosario cuando le hizo la visita en el calabozo.

«¡Pero yo soy una señora de mundo! ¡Me dará un patatús entre los hábitos!»

«Cuando el ambiente se suavice, intentaré conseguir vuestra libertad. Ahora es imposible. La Liga os ha echado un candado de hierro.»

«¡Un cinturón de castidad!»

«Cálmese, madama.»

«Qué desastre, ésta será mi ruina.»

«Ni yo voy a poder colarme en el convento de vez en cuando…»

«No bromee con esto, don Luis.»

«No es broma, madama. Los principales no van aguantar estar

mucho tiempo sin sus chicas. Habrá que pedirles una temporada de castidad. Mi idea es que después las visitas comiencen de nuevo, pero en secreto. Tendré que sobornar a la madre superiora.»

«¿Las visitas? ¡Supongo que será pagando!»

«Por supuesto, madama, aunque comprenderá que las tarifas no sean las mismas. Lo bastante para que cuando os llegue la libertad dispongáis de ahorros suficientes para empezar una nueva vida.»

«¡Qué barbaridad, qué tiempos, cuánta desventura…! ¿Nos encerrarán en la Santa?»

«No. Será en un convento de Vulturno»

«Menos mal. No soporto el campo.»

«Otra cosa, madama, la última —Cañoncito le alargó un papel mecanografiado—. Ahí dice que la Rubia nunca abandonó la Casa de los Cascabeles. Tenéis que firmarlo todas. Todas habéis sido testigos de que Sandrine nunca dejó la prostitución. En caso contrario, no podré libraros de la cárcel.»

A madama Rosario se le empañaron los ojos. Ella quería a la Rubia. Pero también se le empañaban de rabia, pues sabía que esa condición no era del obispo ni de la Liga. No dijo nada. La puerta de la celda se cerró y ahora la declaración estaba firmada y encima de la mesa del juicio. Curro Sincero había retirado a los soldados y Bermúdez, el mayordomo de la Casa de Luces, había ocupado su sitio delante del estrado, a un extremo de la fila de mujeres y al lado de madama Rosario. Su corbata naranja y su traje perfecto contrastaban con la rigidez de las ropas de las mujeres, abotonados hasta el cuello los vestidos toscos que ya le habían hecho poner las monjas.

—¿Qué hacemos con este hombre? —preguntó el obispo.

—Reverencia, ¿no sabe usted que es un facha? —le informó el alcalde señalando al antiguo mayordomo con el puro.

—¿Y qué quiere decir con esa palabra?

—Pues que ese hombre garantizará la libertad de los sometimientos —le explicó Curro Sincero con la palma de la mano sobre las medallas.

La mitra se inclinó dos veces comprendiendo y Cañoncito dio el mazazo:

—Bermúdez, eres libre de sentarte entre el público. El resto de las presentes y, según la declaración que tengo en mi poder y que este Tribunal ya ha leído y considerado, sois condenadas a purgar vuestras costumbres en el convento de las madres trinitarias hasta que una Comisión Rectora juzgue vuestra redención.

La boca de la Rubia intentó gritar algo bajo la mordaza. Era sólo

un sonido de garganta que, si uno se tapaba los oídos, no significaba nada. Que se apagó del todo cuando los soldados se llevaron al grupo.

Desde la plaza se oyó una musiquilla. Aprovechando el gentío, unos mozos gitanos se habían colocado en una esquina con un acordeón, una trompeta y una cabra negra que hacía malabarismos al compás de un pasodoble. Dos mujeres con niño en brazos pasaban el platillo. La mañana calentaba gorras, sombreros de paja y los pañuelos de las vulturnianas que se apelotonaban en la plaza para atrapar las noticias.

—¡Aquí no se filtran ni las vocales!

—Pues yo me vuelvo a la Catedral. Por lo menos allí se está fresquito.

En los balcones del Casino, tiesa como alfiles, la guardia legionaria se ofuscaba contra el sol.

En la sala grande los puros descansaban apagados por la mitad salvo el del alcalde, que seguía humeando. Los jamones sudaban en el banquillo de los acusados haciendo agujerillos de hambre en las panzas de los principales, que cruzaban las piernas reposando el sombrero en el regazo.

Mateo Cristalina había sido despojado del suyo y mostraba el poco pelo blanco revuelto, el rostro sin afeitar, desaliñado por la barbita blanca. Estaba delante del estrado con las manos esposadas y apoyadas en el pecho, como si fuera a rezar. Conservaba los pantalones grises, sujetos con unos tirantes negros sobre la camisa manchada. Le habían quitado la chaqueta y las gafas de cristal grueso. Delante tenía las sombras del jurado, la más alta con forma de pirámide. Don Mateo sonreía imaginándose ante el juicio que los egipcios de la religión antigua tanto temían en el más allá.

—Osiris, Mahoma, Jesucristo y Bakunin —murmuró, y sus ojos verdes y despistados sin las gafas, uno mayor que el otro, intentaron desenmascarar los rostros del Tribunal—, sois sombras.

—Este hombre está acusado de Adhesión, Incitación y Excitación a la rebelión. Fundó el periódico de los diablos, les predicó desde la tribuna del Sindicato y les adoctrinó a través de su Escuela Moderna. El señor alcalde aquí presente y el general Sincero son testigos de cómo se opuso a una solución negociada del conflicto cuando nos sentamos con él y el resto de la basura roja en la explanada de la Santa. No hay otra salida para él que la condena a muerte. Reverencia, para Mateo Cristalina no debe haber perdón.

Don Mateo vio cómo Osiris le bendecía con la señal de la cruz.

Sonó el mazo:

—Será fusilado.

Y entre el público sonó el grito de un muchacho:

—¡Padre Abuelico!

Cuando fueron capturados en la iglesia Mateo Cristalina, el Tío Rubiales y otros pocos más, al Tenorio lo encerraron con ellos sin guardarle consideración alguna por su trato con la niña Magdalena. Así pasó un día y una noche y un día más junto con sus mayores en la celda. No había anochecido otra vez cuando un soldado lo sacó de allí y lo llevó, callejeando por una Vulturno que el muchacho apenas conocía, al Palacio de Bontempo. Era noche de mucha calor y Cañoncito le esperaba sentado en unas sillas blancas de metal con filigrana que había mandado poner en el patio de los naranjos. En la mesa había un plato de salchichón ibérico, otro de queso de cabra, pan y una jarra de limonada. «Siéntate, es para ti, yo ya he cenado», le dijo Cañoncito. Y el muchacho, que había comido durante su encarcelamiento nada más que una ración de arroz sucio, devoró lo que se le ofrecía como si no hubiera comido nunca.

Aquella noche don Luis parecía no haber empuñado nunca la metralleta que le valió el apodo. Se diría incluso que era un inofensivo terrateniente palaciego si el primero de los adjetivos fuera posible. Con una amabilidad que muy pocos le conocían, hizo saber al muchacho que estaba enterado de la amistad que había mantenido con su hija mientras duró el rapto de los diablos, y que le estaba muy agradecido por la protección que le prestara. Aunque de esto don Luis no dijo ninguna palabra, Magdalena se había emberrinchado cuando supo adónde había ido a parar su amigo, y no salió de su habitación hasta que su padre consintió en traerlo al Palacio. Al principio, a don Luis se le revolvían las tripas con la sola idea de introducir a aquel diablillo en su casa; luego se le ocurrió la manera de sacarle provecho. Si hubiese sabido lo que había sucedido en el desván, don Luis le hubiera arrancado el alma con sus propias manos. Pero su hija había tenido mucho cuidado de guardarse el secreto. Ése silencio valía más que ningún otro: la vida y, en la vida, los privilegios.

El Tenorio, que al principio se había mostrado tímido y acomplejado en la elegancia del Palacio, fue tomando confianza e incluso llegó a exaltarse cuando el tema se centró en Antón: lo hubiera matado si hubiera hecho falta para proteger a Magdalena. Don Luis volvió a darle las gracias y le ofreció el puesto, como aprendiz por el momento, que hasta entonces aquel traidor había ocupado en el Palacio, a condición, y eso era algo que él tenía que comprender de inmediato, de que su cambio de bando había de

estar fuera de toda duda, por lo que le instaba a hablarle de cada uno de los prisioneros de las Quemadas, a los que el Tenorio conocía muy bien, pues la Junta de Restitución de la Moral y el Orden Públicos quería juzgarles y asignarle a cada uno un castigo, en especial la construcción de un Balneario en Honor de la Victoria en el lugar donde ahora estaban las ruinas del Sindicato, destruido por la aviación.

Antes de que el Tenorio terminara por acceder a la propuesta de Cañoncito, quiso asegurarse de que las vidas de los compañeros y, sobre todo, la del Padre Abuelico no estarían en peligro y también de haber comprendido la propuesta que le habían hecho. Sí, a partir de esa misma noche, si quería, ya dormiría en Palacio y comería lo que allí todo el mundo comía, lo que Magdalena, que era un poco delicada, a veces rehusaba comer. Y, por supuesto, podría verla tantas veces como quisiera siempre que no incumpliera con su trabajo. «Yo por ella haría cualquier cosa», se arrancó el Tenorio en un momento de la noche. Don Luis se rió y le dijo que entonces lo que tendría que hacer era subirse a la sierra y capturar al Antón, vivo o muerto, mejor muerto que vivo.

—¡Por éstas! —contestó el muchacho besándose el puño, y empezó a relatar las menudencias por las que sus conocidos de las Quemadas fueron condenados. Muchas eran sabidas por todo el mundo, como la responsabilidad última de Mateo Cristalina en el asalto de la Santa.

Fuera como fuese, el muchacho no se lo esperaba. Don Luis se lo llevó al Casino el día del juicio y lo sentó entre el público por tres motivos fundamentales: por si hacía falta para corregir la declaración de alguno de los acusados, para probar la fidelidad de sus sentimientos y para someterlo definitivamente con la crueldad de lo que iba a acontecer. Cuando el Tenorio, vestido entre los principales como un niño de comunión, oyó que iban a asesinar a Mateo Cristalina, no pudo evitar gritar el nombre por el que él le quería y correr ante el estrado y abrazarse a él. Cañoncito se rebotó y mandó a los soldados que se llevaran al viejo de una vez y que custodiaran al muchacho en la habitación de al lado, prometiéndose en silencio darle un escarmiento cuando terminara el juicio.

Y así y sin más incidentes fue pasando la tropa de los detenidos: hombres con la gorra pegada de mugre, mujeres de alambre, un golpe de gente cuyas tripas comenzaron a concertarse ante el estrado gracias al olor de los jamones. Todos aquellos de los que se supo haber participado en el asalto de la Santa fueron condenados al fusilamiento, ya fuera por haber sido capturados en la iglesia,

como era el caso del Tío Rubiales y sus zagales, o bien porque el Tenorio los había incluido en el chivateo y habían sido apresados en la redada que organizó Cañoncito en las Quemadas, Mondadientes, por ejemplo. De otros había mencionado de pasada anécdotas que para la Junta fueron significativas:

1. Marialuisa Serrano dejó de ir a misa desde pequeña y educó a sus hijos con el ejemplo.

2. Franciscozé, de cincuenta y cuatro años, llevaba tres suscrito a El Corsario de la Idea.

3. Patricio, de veintisiete, había manifestado muchas veces que estaba deseando viajar a la Unión Soviética y hacerse comunista o soviético.

4. Angelillo, más viejo que la Tarasca, contaba que en su familia siempre había sido un orgullo alegrarse por las independencias de América.

5. Joselonso, también curtido, había participado en la huelga general de 1917.

6. María Gracia, un carácter de treinta y cuatro años, solía mostrarse escéptica ante las posibilidades que tenía la nación para conquistar los países árabes.

Por delitos parecidos muchos fueron condenados a muerte.

—Éste al paredón —decía la maza de Cañoncito.

Pero la gran mayoría de hombres y mujeres fue reservada para la albañilería del Balneario en Honor de la Victoria, que sería edificado de cara al río sobre las ruinas del Sindicato para solaz de los señoritos y sus familias, y para dar ejemplo de cómo hay que gestionar los problemas a los posibles veraneantes de otros puntos de la nación. No era una condena directa. El Tribunal daba a elegir a los acusados entre treinta años de cárcel o la Redención de Penas por Medio del Trabajo, dejando absolutamente claro que era un favor que la nueva sociedad hacía a los diablos.

Hubo casos dudosos como el de Carlos el Francés. Curro Sincero, seguramente compadecido por haberle matado al padre en la puerta del convento, propuso con el apoyo del obispo no fusilarle, y, a cambio, aplicarle la cárcel o los trabajos forzados.

Cañoncito se lo pensó un momento y accedió por no contrariar ni a la Iglesia ni al Ejército. Pero entonces intervino el alcalde:

—Pero vamos a ver, mi general: nos hemos cargado a uno porque quería hacer un viaje a Rusia, y a éste, que lleva toda la vida queriéndose ir a Francia, ¿no nos lo vamos a cargar? Y con más razón, porque vamos a ser justos, digo yo. Suponiendo que este hombre entrara en el convento menos por voluntad propia que por

estar metido en el follón ese de mujeres que buscaban a sus maridos: ¿también tenemos que suponer que los periódicos esos del Corsario los transportaba en la bestia enajenado, ciego y sin voluntad? Eso lo que se llama es Adhesión, Incitación o Excitación a la Rebelión y este hombre se merece la pena máxima, ¡cojones!

—Carlos el Francés —sonó la maza—, al paredón.

Y Carlos el Buhonero, Carlos el Búho, que pensó que ya se había librado, se echó a llorar y así se borró la estirpe que aquel francés de la Guerra de la Independencia sembrara en tierra ingrata, al que también mataron por una tontería los bandoleros del monte.

Otro caso especial fue el de la panadera de Calima, cuya presencia ante el estrado fue un mero trámite:

Todo el mundo sabía que Cañoncito había hecho de Nazario una suerte de escudero de sus ideas y como tal le acompañaba a todas partes, incluso a la revista de los presos recién alojados por la Junta de Restitución.

Iba Nazario asintiendo a todo lo que decía su Amo, por mucho que a veces le pareciera estúpido o gratuito, cuando se fijó en los ojos que relumbraban al fondo de una celda. Así se lo comunicó a Cañoncito y éste le pidió a los ojos que se acercaran. La panadera estaba bastante desmejorada por los días de calabozo pero parecía que había tenido suerte con los carceleros. Estaba entera, firme. Se sujetaba la blusa rota a la altura del hombro con una mano. Con el otro brazo se ocultaba el pecho.

—Ésta me gusta como para mí —dijo Nazario mirándola de arriba abajo.

—Con un lavado, no quedará mal —contestó Cañoncito—. ¿Sabes que te digo, Nazario? Que te la regalo.

—¿Para mí?

—Sí, para ti, Nazario, en pago de tus servicios. Para que te planche la ropa y te caliente la cama. Para que hagas con ella todo lo que quieras.

—¿Y se va a dejar?

—Tú, si protesta, avisas a la policía. ¿No ves que esa va a ser su condena?

—No querrá usted decir que se emitirá en público.

—Y tanto que sí, Nazario, en el juicio. Ahora bien, tendrás que devolverme el favor.

—Cómo no, don Luis.

—Me dejarás que me la beneficie yo también de vez en cuando, ¿no, briboncete?

—Hombre, pues no faltaría más.

Y así fue como la custodia de la panadera se asignó a Nazario Ortiga, y de paso el Tribunal mostró a los principales lo bien que el Nuevo Orden sabría pagar los favores a la Causa.

Llegada la hora del almuerzo se aplazó el juicio hasta la tarde y el Tribunal repartió los jamones entre cada uno de los miembros. Sólo quedaba por enjuiciar al matrimonio Juanmaría.

El Tribunal había decidido mostrar pecho, radicalizar las penas, inaugurar los tiempos, terminar para siempre con las protestas. El Tribunal era el Poder pero se le había pasado por alto que los humildes —ya no los pobres— reaccionarían ante el juicio de algún modo, por suave que fuera éste. Ellos agrupaban la mayoría de los vulturnianos y había que considerar su opinión de algún modo para el gobierno de la ciudad y su comarca. Había bastado que uno de los principales traicionara la consigna de no hablar del juicio hasta que éste hubiera acabado del todo. La frase que corrió por las calles fue ésta: «Se los están cepillando a todos». Y aunque en las horas de calor las plazas se quedaron desiertas, cuando el juicio fue a reanudarse a eso de las siete, la Plaza Noble estaba otra vez abarrotada y esta vez algunos hombres se habían atrevido a llevar pancartas: «Perdón para Manuel Juanmaría, no nos maten a las buenas personas».

La iniciativa había partido a la hora del carajillo de sus compañeros de la Casa de Luces que no habían dejado de preocuparse por Manuel desde que se entregara junto con su mujer como un héroe capaz de poner en peligro su propia vida para salvar la de la gente de las Quemadas. Aquel folleto que tiró el avión por todo el valle en el que la Junta pedía a Manuel la devolución del Brazo de la Santa a cambio de un juicio justo había sido muy comentado en Vulturno y en toda su zona de influencia. Por eso, cuando algunos electricistas fueron de casa en casa, luchando contra el bochorno de la tarde, por mucho que despertaran a todo el mundo de la siesta, unos cuantos aceptaron participar en una sencilla protesta contra aquella falta de palabra. El pueblo estaba acostumbrado a que el gobierno prometiera una cosa y luego hiciera lo que le viniere en gana. Pero aquella Junta que prometía un cambio en la Justicia y en la Moral no podía comenzar sus acciones contradiciendo de aquel modo lo que había estampado por escrito.

Estaban otra vez todos en la sala del Casino: los principales en los bancos y el Tribunal sacando la cabeza por la ventana y mirando la plaza por los huecos que dejaban las espaldas de los legionarios en el balcón. Las pancartas estaban ahí fuera, y era como si el

vocerío soplara en ellas, como si hubiera viento.

—¿Y estos desmanes tan fuera de lugar? —escupió un poquito el obispo Marcelino.

—Lo raro es —dijo Curro Sincero, abriendo el balcón para hacerse el macho— que pidan por éste solo y no digan nada del resto.

El vocerío inundó la sala.

—Es una ley no escrita —peroró Nazario, que todavía no se había sentado y se hacía el acercadizo—, que la gente sólo se preocupa de los famosos. Al resto, por mucho que padezcan más y peor, se les puede ir partiendo en cachitos, que nadie se opondrá a ello.

—Anda, Curro, cierra esa ventana, que vamos a continuar el juicio.

El cristal puso una sordina al gentío y la Junta fue ocupando su asiento en el estrado y encendiendo el puro que se habían dejado a medias por la mañana, salvo el alcalde, que renovó el género.

Y un soldado introdujo en la sala a Ángeles Orantes. Llevaba el mismo vestido con el que había sido apresada. El polvo lo engrisecía por partes y empastaba hilachos en su cabello rojo. Su piel no tenía cardenales, ni golpes. Presentaba los pómulos especialmente chupados. Se veía que esa carne la había necesitado el niño. El bombo apepinaba el vestido y dejaba más alta la parte delantera de la falda. No la habían esposado.

—El único delito de esta mujer —informó Cañoncito quitándose el sombrero blanco y poniéndolo encima de la mesa— es haberse casado con el diablo Juanmaría, rediablo y ladrón de sacramentos. No en vano ella es una Orantes, familia que como todos sabéis ha sido fiel a la mía desde los tiempos de mis antepasados y con la que los Sánchez de León hemos mantenido vínculos de amistad, arrendamiento y yo diría que hasta vasallaje, a la manera que tuvo el Cid Campeador con aquel rey que si la memoria no me falla se llamó Sancho o Alfonso. Esta amistad se ha vuelto a evidenciar en estos días cuando la colaboración de la familia Orantes ha sido necesaria, incluso y a pesar —y aquí Cañoncito levantó la parte derecha de su única ceja dándole una buena calada al puro— de que una bomba destrozara por accidente una parte de su cortijo, matándole algún animal que otro. Y a pesar de este sufrimiento y el que esta familia tuvo que padecer cuando los diablos, ¡capitaneados por el propio cuñado!, mantuvieron presa a una de las hijas, Isabel, a la que torturaron haciéndole unas heridas horrendas en la cara como puede ver cualquiera que se acerque al cortijo a echar un

vistazo: y a pesar de que nos prestaron a uno de los miembros más pequeños de su familia, al que yo mismo llevé en mi coche, para canjearlo por la vida de mi hija; a pesar, digo, de esta generosidad inmensa por la que sus integridades físicas se han puesto en peligro; a pesar del maldito yerno; a pesar de todo esto nuestro amigo Melchor Orantes no ha querido dejar de demostrar su buena voluntad con nuestra Causa haciéndonos llegar una caja llena de dinero con la excusa de rescatar a su hija Ángeles —esta vez Cañoncito dio dos palmadas—. ¡La caja, vamos, la caja! —y un soldado entró con ella y la puso en el estrado. Cañoncito la abrió y empezó a manosear los billetes para mostrárselos al resto del Tribunal y al público—. Un rescate que en modo alguno hubiera hecho ninguna falta, pues el apellido de esta mujer la rescata a sí misma, pero que no le vamos a despreciar al bueno de Melchor, más aún ahora que la Junta va a necesitar de todo el apoyo posible para depurar las costumbres y reeducar a nuestra sociedad. ¡Eso sí! —exclamó ahora marcando cada pausa con un golpe de voz—, quiero que quede claro… crisálido que diría el poeta… que nunca…, en ningún momento… Melchor ha querido que esta suma de dinero sirva para el rescate de su yerno Manuel Juanmaría… por lo que me ha hecho llegar este escrito no mecanografiado… —casi gritó sacando de la caja un papel surcado de líneas— de su puño y letra… y como no podía ser de otra manera firmado por él… mediante el cual expresa su voluntad de que sea la de este Tribunal la que dirima y ajusticie el destino del hasta ahora su yerno.

Cañoncito pasó el papelito al obispo y éste al resto del Tribunal y todos sus miembros asintieron con la cabeza, como si pulsando un botón todos los cuellos se hubieran puesto en movimiento.

En ese momento Ángeles, llevándose las manos a la cabeza, movió los labios como para decir algo, perdió estabilidad y se hubiera caído al suelo si el soldado que estaba detrás de ella no la hubiera sujetado y tomado inmediatamente en brazos.

—Ha-ha per-dío el sen-tío —tartamudeó el soldado.

—No te disculpes, mozalbete —le animó Cañoncito—. Que te ayude alguien a buscar a Iván el Abubilla, que no debe andar lejos y decidle que se la lleve ahora mismo a su padre, que yo se lo mando.

Y no acababan de oírse estas palabras cuando entró Manuel Juanmaría en la sala. Dos soldados lo empujaban innecesariamente. En lugar de esposas, llevaba por delante del pecho las manos atadas en cruz con una cuerda tan apretada que se le clavaba en la carne. Le habían puesto un mono nuevo de electricista que sus antiguos compañeros de la Casa de Luces le habían hecho llegar para que

tuviese alguna muda en el calabozo y acaso la guardia se lo había dejado poner, no para que estuviera limpio, sino para ocultar las quemaduras sus brazos. Tenía las huellas de los cigarrillos en las manos, en la cara —confundidas con las cicatrices que le habían quedado de los cristales del sagrario—, y en la parte de la cabeza que asomaba por debajo de la gorra, con la visera hacia atrás. Esas quemaduras se veían porque le habían rapado el cráneo. También las cejas. Y aquellos ojos grises miraban más grandes que nunca, con una firmeza que turbaba.

Don Juan, el director de la Casa de Luces, se miraba los anillos de las manos. «Ni mis joyas son tan gordas como esas quemaduras».

—¡Vino más noble que un toro de lidia y ahora mira lo que han hecho!

Los principales comentaban.

—Le han puesto cien banderillas.

Don Juan se miraba los anillos pero no decía ni mu.

Algo peor que las quemaduras sufría la coronilla de Manuel, pero también callaba. Después de que le ataran las manos, dentro de la gorra le habían colocado un manojillo de ortigas.

—Vaya botas que tienes —se habían reído los soldados en el patio de la cárcel.

—Vamos a meterle unas ortiguitas también por aquí.

Le habían quitado los calcetines y, antes de calzarle las botas, metieron dentro la ensalada urticante.

Era lo único que se le notaba en el juicio: las piernas tensas de apretar sobre las hojas venenosas. Y, de cuando en cuando, daba un zapatazo en el suelo para engañar el dolor.

—¡Más respeto al Tribunal, canalla! —le increpó el Espadón.

Cañoncito intentaba que no se le notaran los nervios. No soportaba aquella mirada limpia, ni los gritos que se oían desde la plaza:

—Alcalde, lee la confesión.

Eran varios folios en los que Manuel se acusaba de:

1. Ser hijo de Ramón Juanmaría, a quien hubo que encarcelar por el bien social.
2. Seguir su mal ejemplo y predicar y agitar la rebelión durante varios años.
3. Desacato continuo a la autoridad.
4. Traición a Dios y a la Familia.
5. Ateísmo, anarquismo y comunismo.
6. Dirigir en la sombra El Corsario de la Idea.
7. Planear y ejecutar el asalto del convento.

8. Quemarlo.

9. Planear el secuestro de Magdalena Sánchez de León.

10. Asesinar a monjas, soldados y voluntarios.

11. Profanación de los Lugares Santos.

12. Robo, transporte y sacrilegio del Brazo de la Santa.

Los folios terminaban con un garabato.

—Tú eres un peligro para nuestra sociedad —le espetó Cañoncito.

—Una sarna para la civilización —añadió el alcalde.

—El jefe de los diablos —rumió Curro Sincero.

—Un hijo del Diablo —transcendió el obispo.

—A tu padre lo encarcelamos y tú eres peor que tu padre. ¿No dices nada en tu defensa? —preguntó Cañoncito—. ¿Eres o no eres el hijo de tu padre?

Manuel no dijo nada y dio un zapatazo para aliviarse el picor de las ortigas.

(*Anochecer*)

Un chorro de clarete fresquito iba de boca en boca. La plaza. Faroles que daban una luz de manzanas amarillas. La noche, pero sin soplo de aire. Los vecinos se apretaban y se pasaban la bota. Vapores en las cabezas. Y el calorcillo del estómago invitaba a aumentar el volumen de los gritos. Y la suma de los gritos.

—¡Un juicio justo para Manuel Juanmaría!

Las pancartas —sábanas con una mala ortografía— tenían el eslogan dividido entre alumbrado y sombra.

Había un barullo alcohólico que desmentía los remilgos y cobardías de la mañana. El temor al populacho había encerrado a las mujeres de la Liga en sus casonas. Y de pronto se oyó el amartillar de revólveres y fusiles. Se vio cómo la guardia legionaria de los balcones del Casino apuntaba al aire. Se oyeron los disparos. Y un par de murciélagos cayeron a la muchedumbre, que se removía inquieta: uno con el pecho reventado; otro, con un ala horadada, encontró la muerte de un pisotón que calzaba el número cuarenta y cuatro.

Crunch.

Acababa de abrirse el balcón principal del Casino.

—Estimados vecinos de la muy noble ciudad de Vulturno…

Era Cañoncito —tela blanca con naranjas de farolas, cabeza

betún, megáfono hojalata—. Apoyaba una mano en la balaustrada del balcón. La muchedumbre, asustada por los disparos, se cerró en un silencio prudente y bajó las pancartas.

—…Lleváis toda la tarde reclamando justicia para un sujeto cuyo nombre repugna pronunciar, último responsable de todos los funestos acaecimientos que hemos padecido en este rincón del mundo creado por Dios Nuestro Señor. Este Tribunal no sólo lo ha hallado culpable de —y aquí Cañoncito fue golpeando la balaustrada rotundo y convencido de cada palabra— revuelta, sedición, asesinato de personas, propiedades y costumbres, violación de los derechos históricos y profanación de monjas; sino que robó, manipuló, pellizcó y perpetró las más absurdas perversiones con la Santísima Reliquia que esta ciudad tuvo, tiene y tendrá el deber de custodiar del moro invasor y de todos aquellos bárbaros forasteros o vecinos que osaren dañarlo de cualquier manera. Asimismo este Tribunal ha hallado a este sujeto ser el jefe e instigador de la tropa sindicada de diablos que ha traído tanto mal a nuestros tiempos como los hechos y los incendios han demostrado, llegando a la desvergüenza de proclamarse profeta de una sociedad mejor. ¡Mirad cuánto dolor nos ha traído! —exclamó señalando al firmamento que esculpía en ese momento las primeras estrellas—. ¡Mirad el caos y el presentimiento de muerte en que ha puesto a nuestros ancianos e hijos! ¡A mi propia hija! —Cañoncito bajó el brazo del megáfono y abatió la cabeza, como si fuera a guardar un minuto de silencio—. Este Tribunal —retomó el discurso, muy sereno— que se corresponde con la Junta de Restitución de la Moral y Orden Públicos, que está formada por los más importantes responsables de esta ciudad: el Ejército y el Gobierno municipal y —levantó la voz ahora— ¡la Iglesia misma mediante el representante del representante de Dios en la Tierra, nuestro obispo Marcelino Claret!, este Tribunal, repito —dijo volviendo a suavizar la voz— ha sido justo. Ha sido implacable con los delitos mayores, pero ha tenido misericordia con muchos de estos pobres diablos, a los que ha rebajado la pena capital a la cárcel o a los trabajos forzados. ¡Y vosotros queréis liberar al Diablo Juanmaría! —gritó de nuevo—. ¡El hombre que su propia familia detesta, que esta sociedad detesta, que Dios detesta! Me parece muy bien —ironizó el orador—. Este Tribunal pertenece al pueblo y, por tanto, es vuestro. Vosotros habéis hecho una petición y este Tribunal os ha escuchado.

Cañoncito volvió la cabeza hacia el interior del Casino y dio una orden. Y en el balcón que estaba a su izquierda apareció Manuel

Juanmaría, custodiado por dos soldados, y en el otro el Tenorio, también vigilado, que recibía ahora el castigo por abrazar a Mateo Cristalina. Cañoncito levantó el megáfono:

—He aquí a los dos últimos condenados a muerte por la justicia. Este Tribunal no ha querido equivocarse y, por ello, ha decidido seguir al pie de la letra las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, ¡a rajatabla!, y así, ecuménica y apostólica y católicamente, y sin que en modo alguno se convierta en costumbre, concedemos al pueblo una gracia: ¡que elija, que libere de las balas, que restituya en la vida corriente y moliente, regenere y reeduque bajo la tutela de vosotros mismos, fuerzas vivas, a uno de estos dos reos!

La muchedumbre murmuró y, entre los susurros, se reclamaba la bota:

—Vaya Apocalepsis.

—¡El acabóse!

Avanzaba el parloteo de las más desdentadas:

—Mire usted, el uno será muy buena persona, pero ya tiene lo suyo vivío y revivío, que, si no, no se vería en este trance. El otro es un muchachito.

—Ni se le habrán ennegrecío los tetículos.

La panda de los Huesa y del Rey Gallardo había recibido instrucciones de infiltrarse en aquella manifestación. Fabricaron la consigna y ahora la coreaban:

—¡Queremos al chaval, queremos al chaval! ¡Y, para Juanmaría, la pena capital!

Aquel sonsonete iba ganando muchas adhesiones.

—¡Aquí los tenéis! —clamaba Cañoncito en el balcón—. ¡Escoged entre diablo o diablillo!

—¿Qué dice? —preguntó un viejo.

—Que elija usted entre satán o satanesillo.

—La madre que los parió. Otra vez nos van a callar la boca con fuegos artificiales.

—¡Gato por liebre!

—Mejor dicho, ¡circo por realidad! Al pueblo se nos contenta presentándonos las cosas importantes como un espectáculo.

—¡Estamos embrutecidos!

Se hacían corros decisorios.

—Pásame la bota.

—¡No seas agonías!

(*Noche*)

La idea había sido del obispo:

—Don Luis, esto lo vamos a solucionar de cabo a rabo haciendo con este judío lo mismo que ellos hicieron con Nuestro Señor Jesucristo. Ya era hora, ¡hombre!

Los soldados custodiaban los balcones. Las ventanas estaban abiertas de par en par. La muchedumbre coreaba:

—¡Suéltalo, suéltalo!

La gran lámpara de lágrimas hacía una luz de sala de fiesta. Los principales abarrotaban los laterales de los bancos, charlando y fumando cigarrillos. Los miembros del Tribunal conversaban con los ocupantes de los primeros bancos.

Junto a la puerta del fondo de la Sala, el Tenorio recibía las reprimendas de Cañoncito:

—Todo ha sido teatro, nada más que teatro para calmar a los hunos de ahí abajo y para que tú aprendas la lección.

—Y si…

—¡Y si mañana no sale el sol! Era imposible que liberaran al bastardo ése. Las buenas conciencias siempre favorecen al más joven. ¡Viviríamos en otro mundo si no!

El Tenorio miró al suelo. Junto a sus zapatos nuevos vio las botas del soldado que le iba a acompañar hasta la puerta.

—De ésta aprenderás a no volver a jugármela. Si no estás conmigo, estás contra mí y viceversa, ¡que te quede meridiano!

El Tenorio, vestido como un niño bien, se tragó las lágrimas pensando en Magdalena:

—¡No se lo cuente a ella!

—Yo, desde luego, no se lo voy a decir. Escúchame bien. Cuando llegues a la plaza dale coba a esa gente. Deja que las mujeres te besen y que las viejas se sientan tus madres. Ellas han sido las que más han gritado tu nombre. Después le cuentas a todo el mundo que yo te voy a sacar de la calle y te vas para casa. ¡Así se hace la política, muchacho, apréndetelo desde ahora!

Con un soldado por cada hombro, Manuel Juanmaría esperaba a que el Tribunal se dignara a reanudar la sesión.

—Este pobre hombre tiene comportamiento de caballo —se apiadó un principal.

Y Manuel dio otro pisotón para aliviarse el picor de las ortigas.

Cañoncito cerró la puerta de la sala y se dirigió al estrado. Todavía no lo había alcanzado cuando en la plaza se oyó el clamor que celebraba la liberación fingida del Tenorio.

El mazo de la justicia golpeó sobre la mesa y todo el mundo ocupó su asiento.

—Señores —habló Cañoncito—, el pueblo ha juzgado a este hombre y no podemos ir contra el pueblo. Manuel Juanmaría será condenado a muerte ¡y propongo que tenga una muerte ejemplar!

—Podríamos ahorcarle delante del Ayuntamiento —propuso el alcalde secándose el sudor de la frente. Tenía la camisa toda empapada.

—¡El garrote vil es más instructivo! —exclamó el Espadón poniéndose de pie y volviendo a sentarse.

—¿Qué opina nuestro obispo? —preguntó Cañoncito.

—Ahggg…

El obispo dejó caer la cabeza hacia atrás y la mitra cayó al suelo.

—Le sale espuma por la boca —se asqueó el Espadón torciendo el cuello y poniéndose la mano sobre los labios.

Marcelino Claret tenía los ojos en blanco. Todos en la sala se levantaron, la luz se apagó y volvió a encenderse.

Los lagrimones de la lámpara del techo brillaban de nuevo y el obispo ya estaba en pie.

Se quitó las gafas y se restregó los ojos. Sobre la cabeza calva una plasta de pelos no acababa de encontrar su sitio. Apoyó las manos en la mesa y dijo:

—He visitado los Cielos. La Santa en persona asistirá a su ejecución.

EL BOTE DE INSECTOS

(*Anochecer*)

El caballo olía a caballo pero el aire que rodeaba el trote olía a Iván el Abubilla. Él era el jinete —el sol era un zumo naranja y mate cuajado en un disco— y Ángeles se abrazaba a su espalda para no caerse. Había una neblina en los lomos de las sierras. El sol, que venía resbalando por el monte recortado, se quedó clavado en la neblina y comenzó a hundirse. El Bello del Azufre —sus ojos reflejaban el poniente— se mojó con la lengua los labios sensuales y dijo:

—Ángeles, no debes preocuparte por nada. La criatura saldrá adelante. Me encargaré de ello, yo ahora cuidaré de ti.

Ángeles se inclinó un momento hacia atrás y respiró hondo para controlar la convulsión del estómago. Sacó la cabeza hacia la derecha, agachándose, y las arcadas volvieron a obligarle a abrir la boca, aunque no tuviera nada que echar.

Detrás de la casa, con la cara pegada en la tierra, Tarrito observaba el perfil de la araña. Tenía el cuerpo gris con líneas más oscuras y dejaba un óvalo diminuto de sombra en el suelo. Caminaba con patas de filigrana. Movía las mandíbulas como si fuera mascullando una maldición o un rezo. El rosario de mi abuela.

El niño se arrodilló y puso una hoja de parra en el camino de la araña. La araña intentó huir hacia una parte. Luego hacia otra. Donde fuera siempre le esperaba la hoja de Tarrito. Acorralada, subió por ella. El niño la vio recorrer la textura verde, llegar hasta la parte donde estaba sujetándola con el dedo gordo, por el haz, y con el dedo índice, por el envés. La araña tentó la uña del dedo gordo con una de sus patas y después se subió a él.

El niño la miró avanzar por su dedo. Iba girando la muñeca conforme la araña se iba aventurando por el dorso de su mano y el sol seguía escabulléndose tras la sierra. Absorto. Con los ojos empañados pero duros. Con el alma arruinada pero temeraria. Desde la parte delantera del cortijo, vino el relincho. Tarrito levantó la cabeza —tras ella, el sol terminó de ocultarse— y la araña se detuvo sobre la vena central que recorre la mano hacia los nudillos,

la vena verdosa bajo la piel transparente.

Se oyó la bienvenida del abuelo. Era en el porche.

Luego la voz de su madre:

—¡Angelines!

Allí, desde la parte delantera de la casa, como las palabras de los sueños.

La araña mordió y Tarrito se la quitó de encima con la otra mano.

Dolorido.

Tranquilo.

Acababa de escuchar también la otra voz.

La Bicha.

Y el tam-tam de su propio corazón en las sienes. En las muñecas. En el picotazo de la araña. Como si fuera un volcán la roncha. A punto de estallar. Latiendo. Como los grillos que han empezado el cri-cri. Tam-tam. En el escozor del lagrimal de los ojos.

Tarrito, aún de rodillas, tomó el bote que tenía a su derecha y buscó la araña que había caído en la tierra, a su izquierda, y se había hecho la muerta encogiendo las patas. Rápidamente abrió el bote y, recogiéndola con la hoja de parra, la metió dentro y cerró el bote con gran habilidad. No se había escapado ni una mosca, aunque tampoco podían hacerlo. Habían sido devoradas. Tarrito miró a través del cristal. Quedaban vivos los más poderosos: tres o cuatro alacranes de los seis que había capturado aquella tarde; por lo menos diez arañas de las veintiuna, contando aquella última. Pero podían matarse entre sí en cualquier momento. Tarrito salió corriendo hacia el porche.

Un jazmín pegado al muro de la casa y los arbustos de dama de noche que rodeaban el porche hacían tolerable el olor.

—Más vale que se vayan haciendo a la idea. Manuel será fusilado.

Le habían ofrecido una silla de enea. Los demás le rodeaban sentados en forma de media luna: doña Marisabel, meciéndose en su mecedora, miraba hacia el pozo. Remedios, en una silla, tenía el rostro oculto por las manos, sollozaba.

—Niña, calla de una vez —dijo Melchor, en la otra mecedora y mirando fijamente al Abubilla.

Ángeles se había metido sin decir palabra en la casa y se había encerrado en su habitación. Desde el porche se oía cómo su hermana Isabel llamaba a la puerta:

—Ábreme, ya estamos a salvo, déjame curarte los arañazos de la

cara.

Pero era ella quien tenía todavía profundas marcas. La cara de Ángeles sólo tenía las huellas de las lágrimas: rastros oscuros que se habían quedado señalados con el polvo del camino. Miraba el techo, una viga, el hueco que había entre la viga y el techo por una irregularidad de la madera. Se había tumbado en la cama y se agarraba el vientre. Si no fuera por ti me colgaría.

Fuera, Iván continuaba hablando:

—Habrá que dejar un poco de tiempo. Ella no está preparada y querrá parir a solas. Después yo me puedo hacer cargo de las dos.

—¿Te casarías con ella? —preguntó Melchor, restregándose el sudor de las manos en los pantalones, sobre los muslos.

—La boda sería en Vulturno, en la Catedral. Lo tengo hablado con el Amo —el Abubilla dijo esto para doña Marisabel pero ella no se inmutó. Seguía meciéndose y mirando hacia el pozo.

—Sería decoroso un tiempo de luto, mejor para mi hija y mejor para to… —Melchor abrió los ojos indignado. Tarrito dobló la esquina a toda velocidad por detrás del Abubilla— ¡Pero niño! —el Abubilla aún no se había girado y el niño ya había abierto el bote. Cuando Iván volvió la cara para ver lo que se le venía encima, Tarrito le vació en ella y sobre la cabeza el contenido del bote y siguió corriendo hacia donde había estado el establo, que todavía no había sido reconstruido.

Aguijones y fiebre, uno de los alacranes había caído directamente al suelo; otro, se le había quedado por entre el cuello de la camisa; alguno se le había enredado en la cabeza, con las arañas, que huían y atacaban por detrás de las orejas, por los párpados, se escurrían por la nuca y caían al suelo.

—¡Hijo! —Remedios, que había salido inmediatamente detrás de Tarrito, aún no sabía con exactitud lo que había ocurrido y, a medio camino de los establos, le llamaba.

Melchor mató un alacrán de un pisotón. Doña Marisabel se mecía cada vez más deprisa.

—¡Haz algo vieja loca! —gritó Melchor pisando alrededor del Abubilla que, ya de pie, se manoteaba por todas partes.

El Bello del Azufre se arrancó la camisa y se restregó el torso, la cabeza y el cuello con las palmas de las manos abiertas. Su garganta se rompió en un alarido y cayó de rodillas. Se derrumbó en el suelo.

IV

EL ESCULTOR

(*Día*)

La puerta era de metal, pintada de verde, y no tenía ni aldabas ni timbres. Con el paquete bajo el brazo izquierdo, el soldado se quitó la gorra con la mano derecha y se secó el sudor con el antebrazo. Eran las dos de la tarde y los tres golpes en la puerta sonaron a hojalata. Hacía tanto calor que ni una puerta de hierro macizo se libraría de ese sonido.

—¿Qué quieres?

El hombre que había abierto la puerta tenía una melena alborotada, ojos achinados y barba espesa y gris. No vestía más que unos pantalones cuyo color estaba oculto por el polvo. Era fornido, de pelo en pecho, y bastante tripón. Tenía aspecto de tener unos cincuenta años, aunque había cumplido algunos menos, y, sobre todo, de estar furioso.

—Su almuerzo, señor.

El hombre tomó el paquete y cerró de un portazo. Después del estruendo, un eco metálico fue recorriendo el patio, como si alguien arrastrara la tapadera de una lata abierta por cada una de las paredes encaladas, bajo la sombra que daba el cañizo. El hombre olió el paquete y pensó: Otra vez tortilla de patatas y, girándose, fue a sentarse en los escalones que daban entrada a la casa. Rompió el papel de estraza y sobre una bandeja aparecieron dos tomates y una tajada de melón al lado de la tortilla. Se frotó las manos en el pecho y con ellas partió un buen pedazo de tortilla, que estaba lo suficientemente dura para no deshacerse. Mientras la masticaba, contempló el bloque de mármol que había en el centro del patio. Mediría unos dos metros de alto por uno de ancho y ya estaba tallado por una de las esquinas superiores. Alrededor y en el suelo había unos cuantos martillos y cinceles, de varios tamaños. Tengo cinco días. Y medio, pensó el escultor.

Cuando fue llamado por la Junta y el obispo le explicó detalladamente cómo debía ser la figura, él contestó que era imposible tenerla lista en una semana. Le ofrecieron entonces una suma que doblaba su tarifa, incluso lo que le pagó el señor Huesa

por un Nacimiento de tamaño natural que quiso poner en el jardín de su casa para que sus hijos no se olvidaran el resto del año del espíritu navideño. Pero él era el único escultor que había en Vulturno y podía darse el lujo de exigir:

—Necesito más tiempo.

—Dios te ayudará, hijo mío —dijo el obispo—. Sólo te trasmitimos Su deseo.

Y como él no se convenciera con tal argumento, el alcalde le dio uno definitivo:

—Mira, Pedro, este es un asunto militar y de orden público.

El escultor no se amedrentó del todo y expuso sus exigencias para cumplir aquel plazo; la primera de las cuales era que le instalaran un cañizo en el patio donde él trabajaba porque con aquellas calores le iba a ser imposible esculpir sin desmayarse a la hora; y la segunda, que la Junta se encargara de proveerle de desayuno, almuerzo y cena, que a él no le iba a quedar más tiempo que el de trabajar y el de dormir. Curro Sincero aseguró que el Ejército asumiría ambas peticiones, y el trato se dio por cerrado.

Pedro Gutiérrez, en el patio—taller de su casa, masticaba la tortilla del rancho por segundo día consecutivo pensando en escribir una protesta y entregársela al soldado que viniera por la noche. El día anterior, el primero de siete, lo había pasado en la penumbra acogedora de su despacho ocupado en el dibujo de la escultura (aprobada esa misma noche por el obispo), mientras un grupo de legionarios le cubría el patio con un cañizo y le hacían llegar el bloque de mármol. Ahora el cañizo proyectaba palitos de sombra por todo el patio.

Mirándolos, el escultor dio cuenta del almuerzo. Suspiró y, apoyando las manos en las rodillas, se puso en pie. Se acercó al bloque de mármol y, sin dejar de observarlo, le dio una vuelta entera. Se agachó y agarró un cincel y un martillo.

Arrancando al mármol la primera esquirla de la tarde, volvió a acordarse de las palabras del obispo: «La Santa guiará tus manos. No creas que la vas a esculpir tú. Será un autorretrato».

—Encima, tocando los cojones —murmuró.

UNO DE LOS CRONISTAS DE LA CIUDAD

«Primeros Días de Gloria» (fragmento)

Terminado el juicio, no era el astro rey de una nueva mañana cuando los reos a muerte fueron fusilados en el cuartel de Vulturno. Todos menos uno. Cargaron los cadáveres en un carro y los condujeron tapados con una lona a un lugar situado unas colinas más allá del monasterio de San Leopoldo. Los enterraron en una fosa común. Afectos y desafectos entrevieron más o menos cuál era el sitio exacto, pero durante lustros viéronse obligados a no remover aquella tierra y, ni ahora, durante la Década Flexible que venimos disfrutando, desean remover el asunto y nadie se acerca a dicho paraje.

Hemos mencionado que todos menos uno. Manuel Juanmaría aguardaba en el calabozo.

El rumor del milagro conquistó enseguida los corazones sencillos de Vulturno. La suma completa de los caballeros de la ciudad había presenciado el momento en el que el obispo, después de caer en trance, había despertado de la visión de la Santa, y a la velocidad de un ráfaga circuláronse versiones del extraordinario suceso en boca de las responsables de la Liga, en el Casino, ya eximido de sus funciones judiciales, en el Mercado y en los púlpitos de nuestras magníficas iglesias. Por fortuna, disponemos del único testimonio que podemos considerar fidedigno: La Canción de M. Claret, la autobiografía que dejó escrita el señor obispo antes de su muerte. Dios lo tenga en esa Gloria que acertó a describir con tan singular detalle.

Nuestra Santa había ordenado que el diablo por antonomasia, Manuel Juanmaría, responsable de tantos crímenes, debía morir de un único disparo y éste en el corazón, efectuado desde doce metros de distancia —nótese: un metro por apóstol—, compensando así la daga que el Sagrado Corazón tiene clavado en el suyo. El orden divino y el humano habíanse confabulado para esgrimir una lección pública y bíblica contra las Hordas Ateas y Caóticas. Así lo explicaba el cartel que la Junta de Restitución de la Moral y el Orden hizo distribuir por toda la ciudad, pegar en nuestros muros y pregonar en nuestras plazas. El ajusticiamiento de Manuel

Juanmaría sería vivificante y clarificador tanto para las generaciones actuales como para las venideras, que hoy son las presentes. Habríase de coincidir con la Fiesta de la Ascensión, para la cual faltaban no más que ocho días a partir de la fecha del juicio; y, esto es lo más insólito del caso, una efigie de la Santa —obra de Pedro Gutiérrez, hoy en el Museo de la Ciudad— debía presidir el acto para que el Infiel y Sacrílego no arrancare de su conciencia en sus últimos instantes de vida aquel execrable Rapto del Brazo Incorrupto que había cometido.

Aquí acababa el contenido del cartel —y tampoco La canción de M. Claret añade más al respecto—, por lo que ha de suponerse que el mandado de la Santa se limitó a estas condiciones. La elección del lugar de la ejecución y la convocatoria de aquellos famosos Juegos de Tiro debió de corresponder por entero a la Junta.

Esta última idea ha de filiarse a la inteligencia de don Luis Sánchez de León y Bontempo, cuyo interés en adherirse por completo la lealtad y sumisión de los habitantes de Vulturno fraguó la táctica de implicarles de algún modo en el fusilamiento de Manuel Juanmaría, una vez calmadas las primeras protestas a través de la liberación de aquel muchachito apodado el Tenorio, perdonado por el Pueblo —y al que el mismo don Luis acogería en su propia casa casi como a un hijo—; y, aún más poderosa que este ejemplo de democracia, a través de la rotundidad que la Justicia no escatimó en las condenas a muerte. Medida de prudencia fue que el Ejército tomara las calles hasta nueva orden.

En conclusión, consecuencia de esta filosofía, a los dos días del juicio fue publicado un nuevo cartel por el cual convocábanse unos Juegos de Tiro, de libre inscripción, que se celebrarían a partir de setenta y dos horas en la Explanada de la Herradura, a la que se accede desde la Plaza de Rosas por la Cuesta del Cuajo —el pueblo alegre, irónico consigo mismo, la bautizó de esta manera por el aspecto cansino que dícese tener el vulturniano al descenderla—. El ganador resultante recibiría una piara de cerdo ibérico y el honor de ejecutar de un solo disparo al mayor enemigo del Nuevo Orden, el Diablo Juanmaría. La última de las bases del concurso era la siguiente: «Si en el momento de ejecutar la pena máxima el laureado llegare a acobardarse, humillando así la elección de este Jurado y la voluntad de la Sagrada Instancia, será arrestado in misericordia y fusilado él mismo sin dilación».

Es de esperar que la fórmula que se dispuso para que aquel pobre hombre pagara sus escandalosos crímenes sea tildada hoy día, veinticinco años más tarde, de exagerada o de simple

ocurrencia. Nosotros mismos somos de esa opinión y condenaríamos sin miramientos a cualquiera de las naciones si tomare ejemplo de esta pena capital para sus reos de muerte: la silla eléctrica, la inyección letal o nuestro garrote vil son métodos que ya han demostrado su depurada eficacia.

Con todo, ocurrencia o hallazgo, la Junta de Restitución de la Moral y Orden Públicos precisaba de aquellos Juegos de Tiro. No sólo porque al implicar al Pueblo el ajusticiamiento pertenecería, más que al Poder, al Pueblo todo, según creemos fue idea de don Luis; sino porque era necesario hallar al hombre más adecuado para matar al condenado de un solo disparo en el corazón desde una distancia de doce metros y así cumplir los deseos de la Santa (ya fuera aquel milagro alucinación del Señor obispo o revelación fidedigna; nosotros no somos quiénes para dirimir tal cuestión que dejamos al Papa de Roma; sin embargo, nos permitimos subrayar que la Junta obró de tal manera porque asumió desde el primer momento con toda confianza la veracidad del milagro).

A aquellos Juegos presentáronse tiradores de todos los estamentos: humildes cazadores, habilidosos ricohombres, los más capaces soldados del Cuartel de nuestra ciudad, y a cada uno les fueron entregados fusiles idénticos y de igual a igual participaron en aquel torneo. Éste fue, sin duda, el mejor símbolo de que nuevos tiempos, más justos y nobles, estaban a la vuelta de los calendarios.

Los Juegos duraron tres días y constituyeron espontáneamente un preludio de la Fiesta de la Ascensión. Se cuenta que la Explanada de la Herradura reventaba de espectadores y que por la Cuesta del Cuajo, normalmente abandonada, era imposible bajar sin que algún paisano ofreciera vino, limonada o nuestras famosas rosquillas. Lamentablemente para las personas más mayores era dificultoso aquel camino, por lo que preferían contemplar el espectáculo desde el mirador de la Plaza de Rosas pasándose unos prácticos gemelos de unos a otros. Para los que no conozcan nuestra región, la Explanada de la Herradura es un capricho de la naturaleza —con forma del calzado de hierro que usan los equinos— que sobresale en el precipicio sobre el que se levanta Vulturno, a unos trescientos metros por la Cuesta del Cuajo; la cual explanada no tiene otra utilidad que la que han querido los paseantes de esta histórica ciudad a lo largo de los siglos. Cualquiera, con los límites de edad ya señalados, puede descender a ella en nuestros días, y es excursión que recomendamos mucho.

Como se ha mencionado, los Juegos duraron tres días. Al cuarto, sería inexcusable la ejecución.

Durante el primero, se soltaron palomos para el tiro al blanco.

Durante el segundo, algunos perros vagabundos que molestaban en exceso a la ciudad.

Ambas pruebas eran muy selectivas, pues, como puede apreciarse, tratábase de blancos móviles.

El tercer día situáronse en el filo de la Explanada unas reproducciones de estatura humana con el corazón destacado en la zona del pecho correspondiente. Estableciéronse tandas eliminatorias desde los treinta metros (con tres aciertos consecutivos), veinte metros (con cinco aciertos) y doce metros (con doce consecutivos).

No ha quedado noticia de los finalistas. Como suele suceder en estos casos, el restaurante de la Fama —permítasenos el símil— sólo tiene sitio para la mesa del ganador.

Y éste no fue otro que Juan Meléndez, uno de esos humildes cazadores de los que hablábamos antes, que la gente de campo sobrenombraba El Zorzalillo porque dicen que no se le escapaba ninguna de esas sutiles aves que llaman zorzales y, acaso, porque era de menguada estatura. De este hombre han llegado a nuestros días sólo unas pocas y muy confusas noticias debido a que abandonaría Vulturno al poco de la ejecución.

Quiere Dios que haya ricos y pobres, y que estos últimos padezcan las penurias que no conviene a los primeros. Y quiere el Diablo valerse de los segundos como instrumento de sus artimañas en la tierra.

Viene a cuento esta sentencia de que Juan Meléndez era pobre de solemnidad y, según dicen los que con él hablaron, decidióse a presentarse al concurso pues, habiendo de morir aquel reo de todas formas, no le importaba ser él quien le diera el tiro de gracia si con ello se ganaba aquella piara de cerdos que tan oportuna le venía para alimento y negocio de él mismo y de su familia. Esto por lo que respecta a Dios.

Por lo que respecta al Diablo, la pobreza del Zorzalillo propició que aquel recordado don Juan que dirigía por entonces la Compañía Eléctrica Vulturniana, S.A., hiciérale aquella propuesta tan murmurada en esta ciudad a lo largo de muchos años.

Rumor o verídica historia, cuéntase que el mismo día en que Juan Meléndez resultó ganador del torneo, uno antes de que tuviera que cumplir con las funciones de verdugo a las que se había obligado so pena de su propia muerte, don Juan le hizo una visita en la casucha del barrio donde vivía y le ofreció cinco mil duros de los de entonces por una bala de fogueo. Él tendría únicamente que

disparar en falso. Don Juan arreglaría el resto.

Hay muchas posibilidades de que esta historia sea falsa, entre otras cosas porque don Juan y don Luis eran muy amigos y no sería lógico que el director de la Casa de Luces arriesgara amistad tan conveniente por salvar a aquel ominoso revolucionario.

Muy a pesar de los que tanto gustan de convertir la historia en leyenda, Manuel Juanmaría fue fusilado al día siguiente en la Explanada de la Herradura con toda la ciudad y la efigie de la Santa por testigo —los menos jóvenes la recordarán en el mismo sitio, bajo muchos inviernos y veranos, solemne, antes de que fuera trasladada al museo—; depositado dentro de una rústica caja, y conducido en el mismo carro que sus difuntos compañeros de aventura a la fosa común donde siguen durmiendo hoy el sueño de los justos o, más acertadamente, el sueño de los antónimos.

Quiérase como se quiera, acaso Juan Meléndez aceptó la suma que le ofrecía su adinerado tocayo y huyó con ella inmediatamente después de cumplir con su obligación de verdugo para no sufrir las posibles represalias de don Juan, a quien, en todo caso, si esta leyenda fuera cierta, le convenía muy mucho guardarse para sí el fracaso de su secreto.

Lo cierto es que el Zorzalillo recibió la piara y se marchó de Vulturno acompañado de su familia y sin dejar rastro. Con los cinco mil duros de don Juan en el bolsillo o sin ellos seguiría coronándose aquello de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo», una de las más idiosincrásicas piezas de nuestro refranero popular.

UN NIETO DEL CRONISTA

(*Una mañana de mayo del año 2003*)

Mi abuelo era facha, no hay más que leerlo. Eso no quiere decir que cuando yo era pequeño no fuera para mí la mejor de las personas, así se ha portado siempre conmigo. Pero, ¿un hombre que profesa una ideología que provoca injusticias es buena persona, a pesar de que su comportamiento refleje virtudes evidentes, y alguna que otra rigidez fascista? Es algo que nunca me he podido contestar del todo, supongo que porque siempre he vivido en tiempo de paz. Ahora mi abuelo es un muerto más, y me da pena decir que el fragmento anterior es bastante impresentable en cuanto a la objetividad y al trabajo de investigación necesarios para un historiador. Me resulta especialmente molesto ese estilo tan característico de la Década Flexible, entre condescendiente y militante, eclesiástico pero también samaritano, como si con él se pretendiera perdonar la vida a quien hace mucho fue asesinado; compadeciendo a la víctima; sin dejar de ser un alegre cómplice de los ejecutores.

Este fragmento pertenece a un libro que se puede consultar en la Biblioteca Municipal de esta ciudad, que en realidad es un pueblo y, si no lo cito con todas sus enseñas es porque he decidido mantener el anonimato de mi abuelo y el mío propio, ésa es mi condición para colaborar en esta historia. (También es mía la nota sobre la iglesia del convento de la Santa; ¿quién otro iba a guardar ese conocimiento por estos pagos? Y así será mientras los que quieren ocultarlo no quemen mi Biblioteca como han hecho con la de Bagdad.) No me preocupa en absoluto que alguien logre identificarnos por la lectura. El libro de mi abuelo se editó en una imprenta local hace unos cuarenta años y la Biblioteca Nacional no tiene ejemplares. Por otro lado, en Vulturno no hay lectores. Así de sencillo. Ni siquiera se cumple aquel dicho que se usaba sobre Málaga: «La de las mil tabernas y una sola librería». Aquí no hay ninguna de las segundas, aunque sí están todas las primeras. Por si esto fuera poco, la Biblioteca está siempre desierta salvo de mí mismo, y eso es porque yo soy el bibliotecario.

Una de las cosas buenas que me inculcó mi abuelo fue el amor

por los libros, y eso es, que yo sepa, una virtud. Claro, ahora alguien me dirá que sólo un facha podría decir que ese amor es un defecto. A lo que yo le contestaría que eso es algo que también diría un tonto. Aunque muchas veces coinciden el tonto y el facha, pero éste no es el caso de mi abuelo. Si yo me veo en la circunstancia de tener que contar lo que él se calló y otras cosas que he averiguado por mí mismo, es porque —y esto me va a servir para concluir la reflexión de este párrafo— son diferentes el afecto por la verdad y el cariño hacia los libros.

Pues bien, seré breve.

La Junta aquella de nombre tan ridículo encarceló a Juanmaría en los sótanos del Palacio de Justicia, en unos calabozos que debían haberse usado por última vez en el siglo XVIII y que hoy tienen aspecto de auténticas mazmorras.

Se cuenta que iluminaron el pasillo correspondiente con antorchas, le pusieron un carcelero, unos soldados para que vigilaran tanto el piso principal como el acceso al sótano, y abrieron aquello al público. Previo pago de una entrada, cualquier vulturniano podría ver entre las rejas al diablo en persona hasta el día en que fuera fusilado.

Durante aquella semana, fueron muchos los que pasaron por esa especie de zoológico. Una hija de José Cid, no nacida ni aún engendrada en el verano que narra este libro, me contó que la panadera de Calima visitó a Juanmaría en la cárcel y que le llevaba panes y dulces recién hechos. Son los recuerdos que le contaba su padre, José, que también fue varias veces a despedirse de su cuñado. (¿Qué haría Nazario Ortiga mientras tanto? Seguro que la acompañaba en plan calzonazos.) Por lo visto, a los visitantes les era permitido entregar comida al preso, una especie de última gracia concedida por la Junta o, más bien, concebida por Cañoncito Pum o por el propio Nazario. Supongo que, según el talante de cada uno, muchos niños quisieron que sus padres les invitaran a ver al famoso diablo, y que a otros los llevaron asustados con esa sola posibilidad. (Los niños de Vulturno son la traca. Los niños y las niñas. Las hay que saltan a la comba con las tripas de un escarabajo cortado por la mitad, cada mitad en una mano y las tripas de cuerda.) Quizá los niños le lanzaban chucherías a través de los barrotes. Me gusta pensar que algunas madres le regalaron una ristra de chorizos de la última matanza o que sus compañeros de la Casa de Luces le alargaron una bota de vino que Juanmaría, a esas alturas de su vida, cerca la cima de su muerte, acogería ahora con especial agradecimiento.

La hija de José Cid, que se llama María como su madre, y que es una anciana alegre que debió de ser muy guapa, también como su madre, hoy vive en Revellín en una calle muy estrecha que parece peatonal sin serlo. Estábamos charlando un día a la puerta de su casa, sentados los dos en una silla de enea, y cada vez que venía un coche teníamos que levantarnos y pegarnos a la pared, pie con pie a unas macetas de geranios que tiene la buena señora.

María se ponía muy seria al hablarme de Ángeles.

Según cuenta y como es lógico, cuando el Abubilla la devolvió al cortijo esa mujer estaba muy dañada en cuerpo y mente. Lo raro fue que no abortara en la cárcel o a su regreso al cortijo. Todavía se puso peor cuando Melchor, temiendo que se escapara en busca de su marido, la encerró en su habitación durante dos semanas, al cabo de las cuales tuvo una niña que tiene hoy sesenta y tres ó sesenta y cuatro años y vive en Vulturno. A nadie extraña la tristeza de sus ojos.

Su padre, Manuel Juanmaría, no recibió nunca la visita de Ángeles. De su familia sólo fueron a verle José y Remedios, a la que Manuel entregó una carta para su mujer. Parece ser que la había redactado el día anterior a su fusilamiento, durante la última visita que le hizo su cuñada. No se sabe quién le prestó el papel y la tinta: el carcelero, Remedios, don Juan, o cualquier otro de los que pagaron su entrada para ver al preso.

María, la hija del extravagante José Cid, mantiene que Manuel murió de aquel disparo al corazón. Sin embargo, luego me habló de Francia y de otras cosas difíciles de creer que conciernen al futuro de aquella época, pero que tendrán que esperar a otro momento según me ha sido dicho y según ese afecto por la verdad del que he hablado antes. De igual modo me alejaría de esta historia si señalara aquí la suerte de Antonief, para unos maquis y para otros bandolero, dañino con muchas muertes, perseguido durante años por la guardia civil, y que tuvo ocasión de encontrarse con el Tenorio en la sierra.

Me queda hablar de Iván el Abubilla. Cuando le pregunté por él a María, aquella buena mujer ensombreció los ojos. Afirmó que Melchor ni se pensó la posibilidad de entregar a Tarrito y le arranqué poco a poco cómo entre su tía Remedios y su abuelo adecentaron al descamisado, lo echaron sobre el caballo en el que había venido y se metieron por un olivar en dirección hacia el río. Quizá fue por el mismo camino por el que el Abubilla había violado al niño, pero no me atreví ni a sugerir el tema delante de su prima. Ella, María, no sabe si muerto o moribundo, lo tendieron bajo un

olivo en un terreno pedregoso donde abundan los alacranes, ataron el caballo al árbol y se fueron. A los dos días fue encontrado debido a lo que muy bien puede imaginarse.

El Abubilla era hombre de campo. En él se echaba sus siestas y bajo el chaparrón de astros pasaba muchas noches. Aunque extrañó que una persona de su experiencia se pusiera a dormir sobre un nido de alacranes y que estos le aguijonearan con tan mala suerte, se aceptó, no encontrándose otra, la explicación de que le mataron varios picotazos a la altura de la yugular. El Amo —así, después de tantos años, se refería a él la hija de José Cid— la aceptó por buena, tan ocupado como estaba con la política, su Junta, los Juegos de Tiro y todo el carnaval que había organizado para fusilar a Juanmaría. Y, antes de que lo ejecutaran, ya estaba el Abubilla sepultado. Melchor fue de los que cargaron el féretro en los hombros.

MANUEL JUANMARÍA

(*Día*)

Cada una de las doce campanadas las sintió Juanmaría como coscorrones que le daba la muerte. Lo demás era el impresionante silencio que produce una multitud con la boca cerrada. En la Plaza de Rosas no podían moverse ni los gatos cimarrones que cazan en el barranco. El escuadrón de legionarios, armados con rifles y en uniforme de gala, ocupaba el centro de la plaza en posición de firmes y de cara al inicio de la cuesta. La cabeza del escuadrón era un banderín seguido de tres cornetas y, cerrando la simetría —una especie de rombo— estaba el tamborilero. El metal lacado de los instrumentos musicales hería la vista con latigazos de sol. Las cornetas, en las manos tensas que las apretaban a la altura del muslo, padecían un pequeño temblor, un ansia de incorporarse y estallar en chirridos.

En la parte trasera del escuadrón, dos legionarios ultimaron las ataduras del preso, a cuya espalda habían acoplado la estatua de la Santa: poco más de metro y medio que contrastaba con la altura de Manuel. Se diría que dos duelistas, uno bajito y de piedra, otro alto y de carne, iban a comenzar a contar los pasos acordados para darse la vuelta y enfrentar sus pistolas. En lugar de eso, una de las cornetas sonó, el escuadrón inició el desfile, y Juanmaría se inclinó hacia delante para levantar su pesada carga.

—¡Que alguien le ayude! —se oyó una voz de mujer entre los espectadores.

Pero Manuel lo consiguió solo. Vestía el mono azul, sus botas y no llevaba gorra. El pelo crecido durante la última semana simulaba las quemaduras que le habían tatuado en la cabeza. Se le veían los goterones de sudor, como si el sol le escupiera. Y el esfuerzo que le costaba cada metro en los músculos del cuello y de la cara, llena de cicatrices, que no levantaba del suelo.

El tambor marcó un ritmo sencillo y fúnebre, las cornetas se rasgaron en tristes filigranas y una melodía militar y semanasantera presidió el descenso del desfile por la Cuesta del Cuajo. El calor, la desidia musical y las dificultades del reo para arrastrar la estatua de la Santa acentuaron el aspecto cansino de la comitiva. Detrás se fue

incorporando la muchedumbre de la Plaza y, conforme la procesión pasaba, también lo hacían los espectadores aglomerados a cada lado de la cuesta.

La pendiente, aguda y sinuosa, obligaba toda la fortaleza de Juanmaría. La musculatura de sus piernas, a punto de estallar, contenía el peso de la estatua, que lo empujaba hacia abajo. Era como una pesadilla donde la fuerza de la gravedad, desproporcionadamente superior, tuviera que adaptarse al son desmayado del tamborilero. Uno, entre el gentío, se burló de él:

—¿No te llamaban Pasos Largos?

Había algunas mujeres que lloraban y, de entre ellas salió la panadera de Calima, que con un trapo húmedo le limpió la frente y le mojó los labios.

—No lloréis por mí —murmuró Manuel—. Llora por ti, panadera, que tendrás que aguantar a esta gentuza. Y esta gentuza os dejará preñadas y también tendréis que soportar a sus hijos.

La panadera se quedó atrás y quieta, con el trapo en la mano.

La realidad era como una pesadilla e incluso a los legionarios, que sólo tenían que sostener el peso de sus fusiles, les costaba mantener el paso.

Por lo que, poco a poco, fue aumentándolo el escuadrón entero y, como un disco que va ganando revoluciones, los redobles y las cornetas aceleraron el compás, y la procesión alcanzó pronto el trote por la cuesta abajo.

Y ya estaba iniciando el galope cuando Manuel Juanmaría, que al principio había hallado alivio en la rapidez, no logró controlar el peso de la estatua con la mayor velocidad y, al tomar una curva en la que por haber unos zarzales no había público, siguió en línea recta y fue a estrellarse contra los espinos.

Entre varios legionarios lo sacaron de allí todo arañado y magullado.

Estaban en la discusión de si había que conceder al reo algún descanso, cuando del gentío, entregado en ese momento a un filosófico y compasivo cachondeo, salieron los del monasterio de San Leopoldo, Rodrigo el abad con dos de sus frailes, los cuales se ofrecieron para transportar la estatua hasta la Explanada de la Herradura.

Los dos frailes se situaron a la espalda del preso y le liberaron de buena parte de su carga, y el abad Rodrigo, barrigón y torpe como era, prefirió agarrarle del brazo:

—Yo seré tu báculo, hijo mío.

El tambor marcó de nuevo un compás lento y la procesión

reinició la marcha.

—Desde luego —continuó el abad—, si existe el reino de los cielos, tu entrarás en él antes de la hora del aperitivo, para la que falta muy poco.

Manuel apenas entendió lo que acababan de decirle. Miraba los rostros de la muchedumbre, donde encontraba rasgos familiares que mezclaba en ese momento de sufrimiento, sin saber si pertenecían a personas de su antiguo trabajo, de las Quemadas o a gente con la que se había cruzado muchas veces en la ciudad. Rasgos diferentes que conformaban uno solo: el del pasado, el de una vida que, sucediera lo que sucediera en el fusilamiento, ya había acabado incluso antes de ese instante; rostros que habían pertenecido a contemporáneos suyos como podían haberlo sido tantos otros yo tuve una vida en este lugar y en esta época; rostros que había formado el movimiento de las células y de sus elementos químicos por azar o por necesidad quién sabe qué sé como el universo conforma el movimiento de los astros; rostros de sujetos de su misma especie, semejantes que hacía un mes eran la realidad cercana y que, en ese momento y a pocos metros de distancia, le parecían irreales o de una realidad distinta y extremadamente lejanos yo estaría ahí entre ellos mirándome pasar y todo sería lo mismo, animales que despiden lo que debía ser un hombre, animales que construyen el primer matadero. Pero qué debía ser un hombre. Miró una vez más aquellos rostros y vio entre ellos el de Mateo Cristalina que le saludaba con esa sonrisa socarrona que le empezaba en los ojos, agrandados por las gruesas gafas, y señalaba al hombre que había junto a él. Manuel reconoció el pelo blanco, el rostro barbado como un Tolstoi que fue de su padre y que ahora le devolvía una mirada cariñosa y llena de dolor.

Un sollozo conmovió el pecho de Manuel y quiso volver la cabeza hacia donde había visto a su padre, pero se lo impidió el dolor del cuello y el peso de la estatua, y se propuso terminar aquella Cuesta del Cuajo manteniendo toda la dignidad posible en la absurda vejación a la que le habían sometido.

Al entrar en la Explanada los legionarios del escuadrón volvieron la cabeza hacia la derecha y saludaron militarmente a la tribuna que se había levantado en ese lateral de la Herradura, cuyos ocupantes habían vuelto a competir en la elegancia, lujo y otros méritos del vestido. En la primera fila, estaban sentados los miembros de la Junta. En la segunda, los escuderos y falanges del nuevo orden, Nazario Ortiga, Kilometrón Solar, Enrico Bellimbusto, el Rey Gallardo y los hermanos Huesa. En la tercera, otros

principales vulturnianos entre los que destacaba don Juan, gordo solemne y juguetón con sus anillos. En la cuarta y quinta, se abanicaban las mujeres de la Liga.

El escuadrón, detenido, se puso firme. Las cornetas enmudecieron con un último sonido de bisagras que malcierran. Y el tambor comenzó a imitar el doble paso de la muerte.

Al borde de la explanada esperaba Juan Meléndez, el verdugo, junto a la estaca donde habían de atar al preso.

Detrás, estaba el precipicio.

Bajo el cielo parpadeante fulgía, como los trigales de Van Gogh, el valle de las Quemadas.

El tambor llamaba y la muerte venía. La explanada estaba cerrada al gentío, que abarrotaba la cuesta hasta la Plaza de Rosas.

Los frailes se marcharon y dos legionarios guiaron al preso hasta el borde del precipicio. Cortaron las cuerdas que ligaba la estatua a la espalda de Juanmaría y le amarraron a la estaca por la cintura y por los hombros, de tal manera que no pudiera moverse ni agacharse. Situaron la estatua de la Santa a la izquierda del reo, de cara a él, y después volvieron a la formación.

También de cara a Juanmaría, pero a su derecha, Juan Meléndez cargó el fusil.

—Te voy a poner la capucha.

—Mejor será.

El Zorzalillo dejó el fusil en el suelo y sacó una capucha negra del bolsillo trasero del pantalón. Mientras hacía ademán de ponérsela, Manuel observó aquel rostro flaco y sin afeitar y cruzó su mirada grande con aquellos ojos vivos y afilados, como de águila, en cuyo interior se adivinaba el saber de puntería.

—Dime lo que me espera —preguntó Manuel.

—Lo que hayas entendido —contestó rápidamente el verdugo y terminó de cubrirle con la capucha negra.

Por encima del tambor, Manuel oyó cómo su verdugo recogía el fusil del suelo y, después, sus pasos hacia el punto desde donde iba a dispararle. Por encima del tambor y por encima de esos pasos, Manuel se escuchaba la respiración a través de la tela negra. Todo su cuerpo temblaba.

Ver sólo una tela negra es morirse de ganas de gritar. Morirse es flotar en una tela negra con todos los sentidos muertos.

El tambor calló.

No se oyó nada.

La muchedumbre era gente sin sonido.

Desde los doce metros, Juan Meléndez apuntó hacia el corazón

de Manuel Juanmaría.

Unos jilgueros sobrevolaron la explanada con el jugueteo de su canto.

Juan apretó el gatillo.

Y el barranco acogió el eco del disparo.

Los hombros y la cabeza de Manuel habían caído hacia delante y su cuerpo seguía sujeto a la estaca por las cuerdas.

El verdugo dejó el arma en el suelo y se acercó hasta él. Sacó una navajilla del tamaño de medio dedo y, clavándola a la altura del corazón del fusilado, hurgó en la carne. El cuerpo de Manuel se tensó y luego volvió a quedarse inerte.

Mientras desde la tribuna se acercaba don Luis acompañado del obispo, el Zorzalillo guardó la navajita y usó otra, de ocho dedos de hoja, para cortar las ligaduras que mantenían al fusilado atado a la estaca.

El cuerpo cayó boca abajo y el Zorzalillo le dio la vuelta.

Don Luis lo pateó en el costado. Se agachó y tocó la sangre que empapaba la ropa. Se levantó y se olió el dedo manchado.

—Tu Santa estará contenta —dijo.

El obispo se quedó mirando la estatua y se santiguó él mismo, pero no bendijo el cadáver.

—Buen tiro, muchacho —dijo, iniciando el regreso hacia la tribuna.

Don Luis, se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente observando, primero, cómo el obispo se marchaba y, después, la estatua.

—Ayúdame un momento, hombre —le dijo al verdugo.

Y entre los dos giraron la estatua unos grados hacia la derecha, de tal manera que su cabeza quedara en diagonal con la colina de la Santa.

—¿Ves? Así queda propia, oteando su convento.

El Zorzalillo se fijó un momento en aquellos ojos vacíos. El escultor no le había marcado las pupilas. Luego descansó la vista hacia el otro lado del valle, donde Ambusta regía en el paisaje desde hacía más de dos mil años.

Don Luis miró con un último aprecio el cuerpo del que había sido su enemigo.

—Vámonos —le dijo al verdugo—. Habrá que darte el premio.

Los dos hombres se encaminaron hacia la tribuna.

La gente subía la cuesta y abandonaba la Plaza de Rosas.

Los legionarios echaban a unos pocos dolientes y a otros pocos curiosos:

—Fuera, fuera, aquí no tiene que quedar nadie.

Al final sólo se quedaron ellos.

En posición de descanso.

Charlaban y fumaban, guardando el cuerpo pero a una distancia respetuosa.

Sin entrar del todo en la explanada.

Con un calor de muerte.

—Nunca mejor dicho —dijo un novato, para gustar.

Hasta que bajó de una vez el carro del sepulturero.

EN EL CARROMATO

(*Día*)

El sepulturero dejó de escuchar las voces a sus espaldas y tiró un poco de las riendas para frenar el trote de las mulas. Nunca le había gustado que la gente anduviera incordiando detrás del carro, aquel día menos que nunca. Había llegado incluso a ponerse nervioso, lo que era mucho para un sepulturero de sus años. Estaba seguro de que una vez pasada la puerta de la muralla ya no le seguiría nadie. Debía de ser algo psicológico. A fin de cuentas qué más daba unos pasos más fuera de la ciudad. Pero así había sido. Era decirle adiós a Vulturno y tener sólo por delante la carretera tranquila.

Mi amarga Ángeles:

No sufras. Tienes que imponerte ese deber. Los sueños que iniciaron esta guerra han terminado con demasiado dolor. El dolor puede curar una parte enferma de la realidad como el alcohol quema en las heridas. Pero tú no eras la destinataria de ese dolor y ahora eres una herida, una fruta que ha sido desgarrada. Quería alejarte de esto desde el principio y he sido un ingenuo. Por favor, utiliza tanto sufrimiento, el tuyo, la muerte de nuestros amigos, mi fusilamiento de mañana, conviértelo en fortaleza para soportar el presente y en hacer de él una vida digna y tranquila para ti y para nuestro hijo. ¿Cómo convertir lo malo en bueno? Es cuestión de mucho rozamiento en la buena dirección. Yo me equivoqué. A ti te saldrá bien. Eres Ángeles, mi niña, sé de lo que eres capaz.

Las mulas fueron tomando un paso tan lento que los tábanos las molestaban. El sepulturero no quería que nadie pensara que él tenía prisa alguna. Aunque no hubiera nadie a la vista, nunca se sabe quién puede asomar tras una curva del camino o por ahí, a la vera, en el campo. Los olivos estaban pardos de sol. Las ruedas iban sobresaltándose en las irregularidades del carril. La madera crujía. Y la caja de tablones que servía de ataúd se arrastraba en el fondo del carro.

Escúchame bien, como si te lo estuviera diciendo al oído. Te escribo

esta carta muy deprisa, delante de tu hermana en el calabozo y no sé en qué manos puede caer, sé que te tienen encerrada, y por eso no debo explicarte mucho. Después de lo que pasará mañana, si alguien lee esta carta antes que tú simplemente pensará que estoy loco, aunque los locos son ellos. Escucha, Ángeles, mi ángel, mañana sólo parecerá que he muerto. Ese morir no es morir. Nada de lo que te digan que ha ocurrido será cierto del todo, mi fusilamiento, el disparo al corazón, la barbarie y la grandilocuencia en la que han caído los Jefes para apretarnos en sus puños. Me puedo pegar el lujo de incluirme todavía, ya te habrá contado tu hermana las condiciones en que me tienen. Pero pronto ya no me tendrán.

El carro terminó de subir una cuesta, inició el descenso y Vulturno desapareció también de la vista, como antes lo había hecho del resto de los sentidos. El sepulturero —un pintas desgarbado con ropa vieja y grande— metió el brazo izquierdo por las riendas y comenzó a liarse un cigarrillo de un tabaco amarillento y roto, como si se le hubieran caído sobre la mano abierta unas briznas del ala del sombrero, que era de paja mal hilada. A la vera del camino, los olivos se habían convertido en encinas. Olía a tomillo por encima del olor a hombre y a mula. Ahora cantaban menos pájaros pero un águila batía las alas hacia una ladera del oeste.

Mañana desapareceré, Angelines, y la gente irá olvidándose por fin de Manuel Juanmaría. Eso es a todo lo que aspiro después de tanta energía gastada en estas consecuencias que casi me veo grabadas en las manos, triste y pasmado como un idiota que siente pavor ante su primera lucidez: son ansias de que se olviden de mí para siempre. Ni la revolución tan necesaria, y que no sé cómo nos sale siempre absurda, ni la justicia social, aunque sea la obligación humana más urgente: ya no quiero conseguir más que un poco de olvido. Como se han puesto las cosas, eso es lo más parecido a la libertad que puede conseguir un hombre.

Estoy harto, decepcionado, solo sin semejantes y sin mí. Mira que me he sentido veces una marioneta en manos de la voluntad de los otros, del pobre Asombradizo, de lo que hubiera querido mi padre, hasta de las ideas de aquel Kropotkin del que tanto te he hablado. Una marioneta que no estaba segura de serlo o de estar convencida de su autoridad e independencia. Si eso es andar en tierras movedizas, hay una sensación todavía más horrible, la que más daño me ha hecho en estos últimos días mientras todo estaba sucediendo. Me sentía una marioneta de mí

mismo, de cada uno de mis deseos, de cada una de mis decisiones, de mi capacidad para ejecutar cualquiera de los actos que los amigos celebraron y los enemigos han llamado crímenes. Con una efectividad espantosa, Manuel ha pensado o ha sentido y después Manuel ha obrado, como un condenado a obedecer en todo momento los deseos de un extraño que se alimenta dentro de mí y del que yo soy su vista, sus piernas y brazos, un extraño que estoy seguro de ser y no ser al mismo tiempo. Ángeles, mi vida, hay una consolidación de marionetas que bailan sobre mi verdadero ser. Una me colonizó en la infancia y las demás cada día de mi vida que me he sabido miembro de una sociedad, uno en un mecanismo de personas. No pienses que estoy justificando lo que ha sucedido. Creo que tampoco mi verdadero ser, si lo tengo, se hubiera conformado con seguir soportando la situación que vivíamos, que no era una mera desigualdad ni sólo un puñado de privilegios ni una simple persistencia del antiguo régimen. Más bien era y es pura y dura maldad social, afianzada por el derecho, la costumbre y este sueño de tontos interesados que es la vida. Eso había que intentar curarlo y alguien tendrá que volver a intentarlo con más sabiduría y con más serenidad. Pero hay demasiados fantoches que corren hacia cualquier tipo de poder o provecho, sea el que sea, consultando su libro de justificaciones de vez en cuando, sean las que sean.

Una mula sacudió la oreja y el tábano trazó una pequeña parábola y fue a posarse en el cuello del animal. Era difícil elegir quién resultaba más persistente, la mula en su camino o el tábano en su pegamento. El sepulturero alargó el brazo para tocarle las ancas. Estaban calientes y empapadas de sudor. Le dio otra calada al cigarrillo y el humo subió por encima de su sombrero, luego bajó hacia la parte trasera del carro y pasó como un espejismo vaporoso por encima del ataúd de tablas. Habían sido clavadas deprisa y entre ellas se filtraba el sol. Dentro se horneaba el cuerpo. Los haces de luz rayaban la sombra y marcaban el perfil del rostro y la piel bañada por diminutas gotas. Una línea cruzaba el ceño fruncido, el movimiento de las pestañas del ojo al parpadear, el relieve de los labios apretados, la curva de la barbilla.

Te explico todo esto para que me comprendas y me perdones y no me maldigas demasiado. Aunque hubiéramos huido por aquellas galerías que quería José, yo habría sido el peor de los compañeros, incapaz de ayudarte a rehacer nuestras vidas en cualquier otro lugar. No habría conseguido calmar la conciencia, culpándome cada una de mis horas de la muerte de cada uno de los prisioneros cuya salvación estaba en mis

manos. Sólo tenía que entregarme y así lo he hecho, por mucho que esas bestias los hayan asesinado igual. La única voz que supe oír de mi verdadero ser fue ésa. Cualquier otra opción te habría hecho una desgraciada a mi lado. Tienes que entenderlo, Ángeles, sólo en mi ausencia nuestro hijo y tú podéis salir ahora adelante. Aquí no había más arreglo que éste. En cualquier otro sitio yo te hubiera dado mala vida.

El tiempo se acaba, amor mío, van a echar a Remedios de un momento a otro. Me queda toda una noche para prepararme para mañana. Mientras esté vivo hay alguna posibilidad de que escape de ésta. Sé que te será imposible creerme después de lo que sucederá y de lo que después hablará todo el mundo. Escúchales como a quien está convencido de una realidad que no existe. A ti qué te importa lo que ellos crean, la realidad es otra. Ángeles, mi bien, confía en mí, cuando regrese me he jurado compensarte tanta desdicha. Ten esperanza, búscala en la naturaleza que no deja de renovarse a tu alrededor, en la fortaleza de las montañas, en la vidita de nuestro hijo que verás crecer. Cuídale mucho, dile quién es su padre, que nadie le cuente mentiras. Ten esperanza, perdóname,

Manuel.

El tábano se posó en la mejilla del sepulturero y éste, murmurando un insulto, lo aplastó de un bofetón. Cabreado, dio una última calada al cigarrillo, lo tiró al camino y azuzó las mulas. El cigarrillo rodó por la tierra y fue a parar junto a unos hierbajos. La brasa comenzó a chamuscar una hoja muerta y alargada. Se fue ennegreciendo y doblándose sobre sí misma. Nació una llama y lamió una ramita seca. Subió por ella muy despacio, como acechando algo, hasta que encontró otra hoja y otra rama. Prendieron y, en pocos segundos, el matorral estaba envuelto en fuego. Visto desde dentro, era como si el matorral se estuviera devorando así mismo. Visto desde fuera, por delante del foco de un nuevo incendio, más allá de la transparencia de las primeras llamas, el carromato se seguía alejando.

Mi agradecimiento a Salvador Moreno Valencia,
que me enseñó el camino de Vulturno,
por donde pasea intranquila su gente

NOTAS

[1] Y no sólo los cristianos. Los historiadores han supuesto para este lugar cultos desde el neolítico, que fueron especialmente importantes en la época ibera. Se sabe que esta iglesia se construyó sobre los restos de una ermita anterior a la invasión árabe, a los que volvieron los romeros después de la llamada reconquista. Unos años más tarde de que la iglesia estuviera acabada, comenzaron las obras del convento que, aunque se edificó con una iglesia propia, quiso conservar, como la diócesis quería, aquel lugar de peregrinación intacto para la devoción anual de los fieles, reservado en un espacio propio que no estuviera en contacto con los muros del convento, porque así simbolizaba mejor la casa donde Dios era guardado, no como inquilino de unas monjas de clausura, sino como señor de su feudo. Esta iglesia se singularizó especialmente cuando se guardaron en ella los restos de la Santa, para que también hallara el doble cobijo de una urna de cristal y de la urna de piedra que era la propia iglesia. Desde entonces las monjas dejaban recado de ser enterradas en su cripta y no en el interior del convento.